



# 1969. A cincuenta años

## Repensando el ciclo de protestas

Mónica Gordillo  
(Compiladora)



Universidad  
Nacional  
de Córdoba





**1969. A cincuenta años**  
**Repensando el ciclo de protestas**

1969. *A cincuenta años: repensando el ciclo de protestas* / Mónica Gordillo ... [et al.]; prólogo de Mónica Gordillo. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO; Córdoba: Universidad de Nacional de Córdoba (UNC), 2019.

226 p.; 21 x 14 cm.

ISBN 978-987-722-551-8

1. Cordobazo. 2. Represión. 3. Estudiantes. I. Gordillo, Mónica II. Gordillo, Mónica, prolog.

CDD 320.98254

Fotografías de tapa: Carlos Saldi, José Ardiles,  
Archivo Histórico

# **1969. A cincuenta años Repensando el ciclo de protestas**

**Mónica Gordillo**  
Compiladora

**Mónica Gordillo**  
**María Cristina Viano**  
**Emilio Crenzel**  
**Martín Mangiantini**  
**Hernán Camarero**  
**Juan Sebastián Califa**  
**Mariano Millán**  
**María Elena Barral**  
**Esteban Pontoriero**  
**Rubén Kotler**



Universidad  
Nacional  
de Córdoba

 **CLACSO**



**CLACSO**

Consejo Latinoamericano  
de Ciencias Sociales  
Conselho Latino-americano  
de Ciências Sociais

### **CLACSO - Secretaría Ejecutiva**

**Karina Batthyány** - Secretaría Ejecutiva

**Nicolás Arata** - Director de Formación y Producción Editorial

**Lucas Sablich** - Coordinador Editorial



Universidad  
Nacional  
de Córdoba

### **Autoridades UNC**

#### **Rector**

Dr. Hugo Oscar Juri

#### **Vicerrector**

Dr. Ramón Pedro Yanzi Ferreira

#### **Secretario General**

Ing. Roberto Terzaroli

#### **Prosecretario General**

Ing. Agr. Esp. Jorge Dutto

#### **Editorial de la UNC**

##### **Directores:**

Dr. Marcelo Bernal

Mgr. José E. Ortega

##### **Coordinación editorial:** Lorena Díaz

Universidad Nacional de Córdoba. Pabellón Argentina, Haya de la Torre s/n.  
Ciudad Universitaria. Córdoba. +54 0351 5353710 / 711  
[www.editorial.unc.edu.ar](http://www.editorial.unc.edu.ar)



LIBRERÍA LATINOAMERICANA Y CARIBEÑA DE CIENCIAS SOCIALES  
**CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE**

Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital o adquirirse en versión impresa desde cualquier lugar del mundo ingresando a [www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana](http://www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana)

1969. *A cincuenta años: repensando el ciclo de protestas* (Buenos Aires: CLACSO, noviembre de 2019).

ISBN 978-987-722-551-8

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor. La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

### **CLACSO**

**Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais**

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | [clacso@clacsoinst.edu.ar](mailto:clacso@clacsoinst.edu.ar) | [www.clacso.org](http://www.clacso.org)

Patrocinado por la Agencia Sueca de Desarrollo Internacional



# Contenido

Prólogo.....	11
<i>Mónica Gordillo</i>	

## **Primera parte. Del *Cordobazo* a la recuperación democrática: abordajes metodológicos e hipótesis explicativas**

### **Capítulo 1**

La <i>excepcionalidad</i> del <i>Cordobazo</i> .....	19
<i>Mónica Gordillo</i>	

Bibliografía.....	35
-------------------	----

### **Capítulo 2**

<i>Rosariazo(s)</i> : una aproximación entre imágenes y memorias .....	39
<i>Cristina Viano</i>	

1. La producción de imágenes del 69 rosarino en 1969 .....	41
2. Las imágenes viajando en el tiempo: del cuerpo masculino caído a las “ <i>dos, tres, muchas chicas del palo</i> ” .....	46
3. Entre imágenes y memorias .....	53

Bibliografía.....	56
-------------------	----

### **Capítulo 3**

En y más allá de la estela del <i>Cordobazo</i> . El Tucumanazo y la lucha de calles en Tucumán, 1969-1972 .....	59
<i>Emilio Crenzel</i>	

1. Crisis azucarera, protesta social y radicalización política .....	61
2. El 69 tucumano .....	65

3. El <i>Tucumanazo</i> .....	68
4. El <i>Quintazo</i> .....	76
5. Conclusiones .....	81
Bibliografía.....	83

#### **Capítulo 4**

¿Qué hacer con el <i>Cordobazo</i> ? Las izquierdas: antes, durante y después de mayo de 1969.....	89
<i>Hernán Camarero y Martín Mangiantini</i>	

1. En los prolegómenos .....	92
2. El <i>Cordobazo</i> en el discurso público de las izquierdas .....	95
3. Estrategias, reorientaciones y debates .....	98
4. En torno a los sujetos sociales .....	104
5. Balances y perspectivas .....	107
Bibliografía.....	115

### **Segunda parte. Nuevos objetos (y sujetos) para una agenda sobre las movilizaciones de finales de los años sesenta**

#### **Capítulo 5**

La lucha estudiantil en Buenos Aires y Córdoba entre 1966 y 1975. Un análisis comparativo .....	123
<i>Juan Sebastián Califa y Mariano Millán</i>	

1. Ciclos, aliados y protagonismos .....	126
2. Reclamos y procesos de radicalización.....	136
3. Conclusiones .....	143
Bibliografía.....	144

#### **Capítulo 6**

Conflictividad política y clero en perspectiva histórica. Apuntes para una reflexión sobre el <i>Cordobazo</i> .....	149
<i>María Elena Barral</i>	

1. Iglesia y <i>Cordobazo</i> en <i>Marcha</i> .....	149
2. Una historia más larga.....	154
3. Catolicismo, <i>Cordobazo</i> e historiografía.....	159



4. Angelelli y los jóvenes: de la JOC al seminario.....	161
5. Agravios, injusticia y protesta.....	166
Bibliografía.....	170

## Capítulo 7

Insurrección y represión. El impacto del Cordobazo en las estrategias de intervención en seguridad interna del Ejército en los años sesenta y setenta .....	175
---	-----

*Esteban Damián Pontoriero*

1. El gobierno y las Fuerzas Armadas frente a las insurrecciones populares de 1969 .....	178
2. Los efectos del <i>Cordobazo</i> en el abordaje represivo del gobierno y el Ejército .....	184
3. El <i>Cordobazo</i> : un punto de inflexión en la historia de la represión en la Argentina reciente.....	188
Bibliografía.....	190

## Capítulo 8

Las consecuencias represivas de las luchas estudiantiles en Tucumán.....	193
--	-----

*Rubén Isidoro Kotler*

1. Introducción.....	193
2. La Resistencia estudiantil entre 1969 y 1972.....	195
3. El esquema represivo interno de la UNT en 1976 .....	206
4. Cierre del Comedor y desaparición de estudiantes .....	208
5. Palabras finales .....	213
Bibliografía.....	215

Sobre los autores y las autoras.....	219
--------------------------------------	-----



# Prólogo

Mónica Gordillo

La protesta obrero-estudiantil del 29 y 30 de mayo de 1969, que devino en rebelión popular, marcó un hito en la historia argentina. Síntesis de una conflictividad previa se convirtió, a su vez, en acontecimiento inaugural de un ciclo de protestas que se expandió por todo el país y obligó a la salida electoral de 1973. Sobre ese ciclo trata este libro.

Como proyecto, como hecho histórico o como mito, los *azos* fueron objeto de diversas interpretaciones, reconstrucciones historiográficas, comparaciones prospectivas, inaugurando un campo de estudios sobre diferentes expresiones de la conflictividad y radicalización social y política que los tornaban insoslayables.

Por eso, en el marco de las Jornadas abiertas<sup>1</sup> que organizamos en el mes de mayo al conmemorarse los cincuenta años del *Cordobazo*, invitamos a participar a investigadores que se han convertido en una referencia obligada por haber abordado alguno de los *azos* más emblemáticos o haber reflexionado sobre sus significados. Nos interesaba pensar conjuntamente sobre la existencia de interpretaciones canónicas en relación con lo sucedido, sobre si esas versiones iniciales se habrían transformado en sentidos comunes que obturaran

<sup>1</sup> Jornadas A 50 años del *Cordobazo*. *Repensando el ciclo de protestas obreras, rebeliones populares e insurrecciones urbanas*, realizadas el 23 y 24 de mayo de 2019 en la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba (UNC), Córdoba, Argentina.

la posibilidad de revisar ese pasado y, sobre todo, de generar nuevos abordajes. Por eso, considerando el tiempo transcurrido y la distancia contextual con esa sociedad, consideramos también necesario convocar a investigadores que pudieran desarrollar nuevas preguntas e incorporar nuevos sujetos y objetos de estudio a la reflexión.

Mucho se ha escrito y se sigue escribiendo sobre ese pasado reciente, sin embargo gran parte de los trabajos presentan las características de análisis en profundidad sobre casos, habiéndose avanzado muy poco en pensar los acontecimientos de manera más integral, formando parte e incidiendo en acciones políticas con un alcance nacional que, incluso, trasciende en algunos sentidos los propios límites del país.

Creíamos necesario entonces que el resultado de los debates que sostuvimos en las Jornadas se condensara en una especie de puesta al día, como una cartografía de lo pensable, a los cincuenta años, sobre aquel acontecimiento emblemático. De allí que invitamos a esos reconocidos investigadores a que nos acompañen con sus capítulos en esta edición.

El libro está dividido en dos partes. En la primera, desde diferentes registros, abordajes metodológicos y narrativos se plantea una actualización de las interpretaciones sobre algunos de los azos más memorables: *Cordobazo*, *Rosariazos* y *Tucumanazos*. Ello se complementa con una original reconstrucción de los sentidos sobre los *Rosariazos*, presentes en imágenes de época, así como el posterior trabajo realizado sobre ellos por la memoria social; contribuciones a cargo de Mónica Gordillo, María Cristina Viano y Emilio Crenzel, respectivamente. Completando esta primera parte, encontramos también el capítulo de Hernán Camarero y Martín Mangiantini, quienes aportan una necesaria síntesis acerca de cómo leyeron el *Cordobazo* los principales partidos de izquierda y los desafíos que el mismo generaba.

A la segunda parte la hemos titulado “Nuevos objetos (y sujetos) para una agenda sobre las movilizaciones de finales de los años sesenta”. El capítulo de Juan Sebastián Califa y Mariano Millán inicia esta parte con una comparación de las experiencias de los movimientos

estudiantiles de la Universidad de Buenos Aires y de la Universidad Nacional de Córdoba, entre los golpes de Estado de 1966 y de 1976, bajo una novedosa metodología que combina el análisis cuantitativo y cualitativo, y discute con las explicaciones que ligan la radicalización estudiantil con la politización que habría operado hacia fines de los sesenta. A través del capítulo escrito por María Elena Barral encontraremos un acercamiento novedoso a un actor fundamental para el periodo, el “bajo clero” o curas que habían escogido “la opción por los pobres”, participando en distintos episodios y contextos de conflictividad política antes, durante y después del *Cordobazo*. Se los verá apoyar las luchas estudiantiles y populares enmarcando las injusticias existentes como situaciones que correspondía a los cristianos modificar. El capítulo de Esteban Pontoriero replantea el lugar ocupado por las organizaciones político-militares en cuanto a la decisión de las Fuerzas Armadas de encarar la represión en el orden interno, mostrando en cambio el impacto que el *Cordobazo* tuvo en ellas para definir una respuesta ofensiva frente a la ola de huelgas, protestas y manifestaciones populares. Ligado con lo anterior, el capítulo de Rubén Kotler analiza la represión ejercida sobre los estudiantes en Tucumán; en particular sobre el grupo que bregó por la conformación de una comisión estudiantil para la administración del comedor universitario, lo que había dado origen al *Tucumanazo* protagonizado en noviembre de 1970, culminando el análisis con el cierre del comedor en abril de 1976 y la desaparición de un estudiante del emblemático cuerpo de delegados de la Facultad de Bioquímica, Química y Farmacia.

De allí que, por una parte, la contribución de esta obra sea la de presentar nueva información que había sido descuidada o no considerada relevante en estudios anteriores sobre el periodo, lo que permite acercarnos de manera más compleja a las sociedades que estudiamos y anudar lazos en una red más densa para la comprensión de aquellos acontecimientos. Pero, por otro lado, lo que constituye el aporte principal del libro es una nueva forma de pensar lo sucedido que busca comprender lo que el periodo de los *azos* tiene en común,

sin perder de vista sus actores específicos y sus situaciones locales. Es decir superar las parcialidades que caracterizaron a la mayoría de los abordajes iniciales para extender y flexibilizar las temporalidades y los paradigmas explicativos, en la medida que ello permita una mejor comprensión de los condicionantes que llevaron a distintos sujetos a implicarse en la acción y convertirse en agentes de cambio.

De este modo el libro pretende ofrecer una visión de conjunto de lo que definimos como un *ciclo de protestas*, así como identificar los mecanismos que lo produjeron, los factores que incidieron e inciden para promover distintos formatos de acción, entre ellos, la violencia colectiva; incluso para –a partir de esos aprendizajes– comprender su recurrencia en otros momentos históricos. Ciclo que, sin dudas, requiere seguir siendo reconstruido y ocupado con nuevos y diferentes actores.

Una constatación puede extraerse, sin embargo, de lo aquí reunido: fue el ciclo de protesta el que hizo posible completar el sentido con que hoy se estudia y recuerda el *Cordobazo* como acontecimiento inaugural. Porque sin el componente disruptivo y de desestabilización del régimen que éste tuvo, pero que no culminó en él, no se le daría hoy ese carácter de gesta; asimismo sin la recuperación de la democracia en 1973 y sin los otros componentes del ciclo, no tendría hoy ese carácter de parteaguas. Entonces el *Cordobazo* debe ser entendido como abriendo un sentido, cuyo relato había comenzado antes con hitos históricos propiamente pero no exclusivamente cordobeses: como el Programa de La Falda en octubre de 1957, la solicitada “Signos Negativos” de agosto de 1966 dada por Agustín Tosco; el Documento del 1° de mayo de 1968 de la CGT de los Argentinos, que se publicó en Córdoba pero en el marco de presentación pública de esa Central; es decir que se completa con otras acciones y actores que le preceden y suceden y, de este modo excede a Córdoba.

Como dijimos al comienzo, este libro fue pensado como una recapitulación, como un legado, en el contexto del aniversario de los cincuenta años; recapitulación que nos propusimos realizar en el marco de las Jornadas ya señaladas. De allí que deba agradecer, en

primer lugar, a los integrantes de mi equipo de investigación y a los de la cátedra de Historia Argentina II, de la Escuela de Historia de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la UNC, por haber sido los gestores de la idea y entusiastas promotores para avanzar en ella. En particular debo mencionar a Ana Elisa Arriaga, Gabriel Carini, Fernando Aiziczon, Norma San Nicolás, Juan Sebastián Malecki, María José Franco, Leticia Medina, Ana Carol Solis, Laura Valdemarca, Camila Sapp, Ernesto Roland, Juan Gerbaldo, Gabriel Gerbaldo, Joaquín Villalobos Galante, Paola Bonvillani, Janet Páez, Luciana Torres, Raúl Vidal, entre otros.

Asimismo es necesario destacar el apoyo brindado en todo momento por la Escuela de Historia, a través de su Directora, Isabel Castro Olañeta y del Vicedirector Pablo Molina Ahumada quienes, a su vez, convocaron a una Comisión de Apoyo a las Jornadas a la que se sumaron varios estudiantes y egresados para colaborar en la organización. En igual sentido cabe el reconocimiento a las autoridades de la Facultad de Filosofía y Humanidades (FFyH) y de la Universidad Nacional de Córdoba (UNC), que facilitaron las gestiones y ofrecieron su apoyo edilicio y técnico para el éxito de las mismas. Debe destacarse también la colaboración brindada por el Centro de Estudiantes de la Facultad, por la Federación Universitaria de Córdoba y por los representantes de todos los claustros en el Consejo Superior de la UNC.

En lo que respecta al apoyo económico para las Jornadas, debemos agradecer los aportes recibidos por la Secretaría de Ciencia y Técnica (SECyT) y por la Secretaría de Asuntos Estudiantiles (SAE) de la UNC, por el Ministerio de Ciencia y Tecnología (MINCYT) de la Provincia de Córdoba, por la Municipalidad de la Ciudad de Córdoba, por el Instituto de Humanidades (IDH), Unidad Ejecutora UNC-CONICET y por la Unión de Educadores de la Provincia de Córdoba (UEPC).





## **Primera parte**

Del *Cordobazo* a la recuperación  
democrática: abordajes metodológicos  
e hipótesis explicativas



## Capítulo 1

# La excepcionalidad del Cordobazo

Mónica Gordillo

El 29 y 30 de mayo de 1969 estalló la ciudad de Córdoba. Así lo vivieron sus contemporáneos que inmediatamente comenzaron a referirse a lo sucedido como *Cordobazo*. En efecto, en el discurso de los medios y del gobierno, una bomba había explotado en la ciudad mediterránea. ¿Qué había ocurrido? El plan impuesto en 1967 por el Ministro de Economía de la dictadura de Onganía, Adalbert Krieger Vasena, había congelado los salarios y suspendido la negociación colectiva prometiendo restablecerla para fines de 1968. Llegado ese momento la promesa fue incumplida y las dos expresiones que disputaban la conducción de la Confederación General del Trabajo (CGT) en Capital Federal –la reconocida por el gobierno, asentada en la calle Azopardo 862, y la autotitulada CGT de los Argentinos o Paseo Colón– iniciaron planes de lucha para recuperar los salarios.

En ese marco ambas centrales lanzaron un paro nacional por 24 horas para el día 30 de mayo de 1969. Por su parte, el 12 de mayo, Onganía había sancionado un decreto que establecía la semana laboral de 48 horas en todo el país, afectando a los trabajadores de aquellas provincias que, como en Córdoba, se regían por una legislación que contenía el sábado inglés, es decir una semana laboral de 44 horas cobrándose el día sábado como jornada completa.

Esa situación, sumada a la represión sufrida por el movimiento estudiantil en Corrientes y Rosario en la segunda quincena de mayo, decidió a las dos regionales cordobesas de la CGT a adelantar el paro al día 29, con la modalidad de paro activo, es decir con asistencia a los lugares de trabajo para luego movilizarse desde allí al centro y culminar en un gran acto frente al local de la Delegación Regional de la CGT.

De este modo, la movilización fue organizada como una protesta obrero-estudiantil, donde las distintas columnas convergerían en el acto previsto, unificando las demandas obreras por el restablecimiento de las convenciones colectivas y la restitución del sábado inglés, con el repudio a la represión sufrida por los estudiantes. Sin embargo, la violencia policial que impidió la marcha de las columnas, bajo la orden de no dejar llegar al centro a los manifestantes, generó los primeros enfrentamientos, la ruptura de la organización inicial y el apoyo de diversos sectores sociales que se sumaron espontáneamente, transformando la protesta obrero-estudiantil en rebelión popular. Las acciones de protesta se mantuvieron durante todo ese día y el 30 a pesar de que, luego de haber sido desbordada la Policía provincial, la represión estuvo en manos del Tercer Cuerpo de Ejército con asiento en las proximidades de la ciudad, cuyos efectivos comenzaron a llegar a ella al caer la tarde del 29.

En estas reflexiones, al cumplirse los cincuenta años de ese acontecimiento, propongo pensar el *Cordobazo* con una mirada más general que la que se localiza en la situación de Córdoba, que sirva como herramienta teórica para abordar otros momentos del pasado reciente como contextos productores de condiciones activadoras o desactivadoras de la acción colectiva. Es decir, considerarlo desde la perspectiva de la acción como una de gran impacto pero sin quedarnos solo en esa expresión episódica sino tratando de analizar los mecanismos que hacen posible acciones con esas características, así como los efectos que ese tipo de acciones produce. En lo que respecta a 1969, considerar entonces un mayo que no se circunscribe a Córdoba, que no empieza ni termina en Córdoba, a pesar que el 29 y 30 de

mayo dejaron perplejos a la mayor parte de los participantes y observadores, dándole el carácter de un acontecimiento excepcional. En efecto, fue visto como excepcional en particular por la mayor parte de las organizaciones de izquierda que no participaron esos días y que, luego, reflexionaron largamente sobre lo ocurrido, modificando o ratificando lo que ya venían sosteniendo.

Las primeras explicaciones sobre lo acontecido, hechas al calor de las revueltas, provinieron de la sociología, ya sea en el marco de la teoría de la modernización o desde una matriz marxista. Eran argumentaciones de tipo estructural y remitían al desarrollo de un régimen de acumulación que habría creado en Córdoba un polo de desarrollo metal-mecánico desde 1955, que se encontraría en crisis para 1969. Entre las primeras se destacaron las contenidas en *Diagnóstico social de una crisis. Córdoba, mayo de 1969* de Juan Carlos Agulla<sup>1</sup> y *Crisis y protesta social. Córdoba, mayo de 1969*<sup>2</sup> de Francisco Delich.

No es mi intención hacer un recorrido historiográfico de lo mucho producido sino destacar el tipo de hipótesis y formas de abordaje que fueron instalando cierto sentido común sobre lo ocurrido, tanto a nivel académico como de la memoria social. Agulla y Delich explicaron el *Cordobazo* como consecuencia de una *crisis*, ahora bien, ¿de qué tipo? Agulla consideraba que las manifestaciones de violencia desatadas en mayo debían considerarse signos de un proceso de transformación estructural cuyos conflictos no encontraron un cauce institucionalizado de expresión, por razones políticas coyunturales y por las presiones reales producidas por el estancamiento del proceso de desarrollo industrial. Según este autor, Córdoba se convirtió así en el lugar de la rebeldía contra una política nacional porque se habría constituido en meridiano social, representando la transición entre el desarrollo de Buenos Aires y el sub desarrollo del interior. Una posición similar en este punto sostenía Delich, cuando

<sup>1</sup> Publicado por Editel (1969, 31 de julio).

<sup>2</sup> Publicado por Signos (1970) como libro, pero sus reflexiones habían sido anteriormente presentadas en distintos números de la revista cordobesa *Jerónimo*.

se refería a la situación de colonialismo interno de Córdoba frente a Buenos Aires, que afectaría las posibilidades de desarrollo de la primera. Para Agulla, sin embargo, esa crisis no habría generado una conciencia revolucionaria, aunque sí un estado de “confusión ideológica” que podía actuar como “caldo de cultivo para el copamiento ideológico” (Gordillo, 1994: 255). Es decir, los sectores socialmente emergentes habrían levantado reivindicaciones de corto plazo con objetivos de mayor alcance que apuntarían al cambio de estructuras, sin que eso significara una crisis en la dominación social. Algo similar con respecto al contenido económico de la protesta, aunque desde otra matriz ideológica, fue planteado en el libro de Beba Balvé, Miguel Murmis, Juan Carlos Marín, Beatriz Balvé y otros, *Lucha de masas, lucha de clases*, publicado en 1973.

Lo que me interesa plantear con relación a estas primeras explicaciones, que influyeron fuertemente en las posteriores, es cierto carácter de excepcionalidad de lo que había ocurrido en Córdoba, que remitía directamente a las preguntas: ¿Por qué Córdoba? ¿Qué tenía de específico?

Ahora bien, podríamos sostener la existencia de un segundo grupo de explicaciones que relacionaba la excepcionalidad con la espontaneidad, es decir con la falta de previsibilidad y de organización, que mostraría la incapacidad por parte de algunos sectores de izquierda de imaginar que los sindicatos peronistas, no peronistas y agrupaciones estudiantiles podían co-organizar una movilización, a la que se sumara el *pueblo* sin distinciones partidarias y sectoriales y que pudiera ello dar lugar a un formato *insurreccional*. Ante esa perplejidad algunos empezaron a buscar la explicación de lo ocurrido en un tipo particular de sindicalismo en Córdoba que no habrían advertido antes, aludiendo a una vanguardia obrera en los sectores de punta, a sindicatos que se habían formado durante los años de proscripción del peronismo con un alto grado de autonomía frente a las burocracias, entre otros argumentos. Un ejemplo de esta explicación aparecía en la reflexión de James Petras (1971: 28-31) “Córdoba y la revolución socialista”, aparecida en la revista *Los Libros*, en agosto.

En relación con la especificidad de Córdoba, el otro elemento que se destacaba en ese número de la revista era la de contar con una masa estudiantil con características especiales que ligaba directamente a ese movimiento con la Reforma de 1918. Incluso se hacía referencia a una particular burguesía que habría vivido los efectos negativos de la radicación de las empresas transnacionales y que estaba dispuesta a aliarse con el movimiento obrero.

Como se podrá apreciar, las explicaciones centradas en la especificidad de Córdoba debido a sus condicionantes estructurales servían tanto para pensar en la existencia de trabajadores relativamente calificados que se movilizaban por reivindicaciones económicas como en la posibilidad de una vanguardia obrera, dado que al encontrarse en empresas de punta podían acelerar la contradicción de las relaciones capitalistas, con un horizonte revolucionario. Es decir, subyacía la pregunta acerca de hasta qué punto y de qué forma la condición obrera incidía en su conciencia, por lo que se hacía necesario responder sobre las características específicas de los trabajadores de esos sindicatos líderes de Córdoba. ¿Eran una aristocracia obrera al estilo norteamericano, un *bread and butter unionism* o, por el contrario, trabajadores con una posición estratégica dispuestos a encarar la revolución? ¿Era adecuado pensar en otras determinaciones, tales como la proscripción del peronismo desde 1955 o hasta qué punto la alternancia de gobiernos autoritarios y democráticos había fortalecido al actor sindical?

Hacia fines de los años ochenta y principios de los noventa éstas eran las explicaciones predominantes. Cuando, simultáneamente y sin saberlo al comienzo, James Brennan y yo realizábamos nuestras respectivas tesis de doctorado, contábamos con abundantes descripciones y cronologías de corta duración y con una importante cantidad de ensayos y reflexiones sobre lo ocurrido. Pero carecíamos de análisis históricos, las preguntas anteriores no habían sido respondidas ni tampoco las relativas a la incidencia de los procesos de trabajo en la identidad obrera, al modo cómo la organización y las prácticas

sindicales habían definido las estrategias obreras, así como sobre el tipo de identidades políticas predominantes en esos trabajadores.

Estos principales interrogantes fueron los que abordamos en nuestras investigaciones doctorales,<sup>3</sup> pudiendo dar carnadura a esos nuevos trabajadores. Una de mis hipótesis era la del surgimiento de un nuevo tipo de obrero industrial en las plantas automotrices, cuya comprobación me llevó a realizar un análisis sociodemográfico del personal afiliado al Sindicato de Mecánicos y Afines al Transporte Automotor (SMATA), a través de los datos provistos por las fichas de sindicalización, que ofrecían información sobre el lugar de nacimiento, edad al momento de ingreso a la empresa, estudios, estado civil, año de ingreso/afiliación, lugar de residencia en Córdoba, entre otros datos. Se trataba de reconstruir quiénes eran esos trabajadores para luego conocer cómo experimentaron su vida en la fábrica, la función del sindicato y sus relaciones con el resto del movimiento obrero; reconstrucción realizada a través de la cuantiosa y diversa documentación encontrada en el archivo del SMATA y de un enorme trabajo de historia oral. Pude comprobar que había habido una importante migración de trabajadores jóvenes hacia la ciudad, que para muchos se trataba de la primera experiencia de trabajo en una fábrica, que se había producido una significativa concentración y crecimiento urbano en los alrededores de las principales empresas y que el sindicato, creado en 1956, comenzó a cumplir una función decisiva en el proceso de organización e identificación sindical. Sos-tuve así la idea de la conformación de una tradición sindical en Córdoba con un alto grado de autonomía en sus sindicatos líderes y de una conciencia sindical proclive al ejercicio de la acción directa y la movilización durante toda la década del sesenta (Gordillo, 1996).

Sin embargo, esa tradición sindical combativa permitía comprender la lucha corporativa y la modalidad que ésta adoptó en Córdoba frente al empeoramiento de la situación que afectaba a todos los sindicatos del país y, en particular, a sus sindicatos líderes –por ejemplo

<sup>3</sup> Publicadas como Brennan (1996) y Gordillo (1996).



al SMATA y a la Unión Obrera Metalúrgica (UOM), entre otros— por la falta del restablecimiento de las convenciones colectivas a fines de 1968, como había sido prometido por el gobierno, y al sancionarse el 12 de mayo de 1969 la ley que establecía la semana laboral de 48 horas y terminaba con el sábado inglés. Pero, como señalamos, el *Cordobazo* fue mucho más que una protesta obrera-estudiantil. Tuvo un plus, que lo diferenció de otras manifestaciones conjuntas ensayadas entre el movimiento obrero y estudiantil durante los años previos en Córdoba. Una primera diferencia fue la participación de otros y distintos sectores sociales que convirtió la protesta obrero-estudiantil en rebelión popular. Una segunda fue la violencia colectiva que ganó las calles, dándole casi un carácter insurreccional. Ese plus fue justamente su contenido político, una acción colectiva con otras características, que asumía la forma de una contienda política, más allá de que ese sentido no fuera explicitado en las jornadas.

Y aquí nos acercamos al otro componente que quiero destacar: lo *común*, lo que flotaba como marcos de sentido para interpretar la realidad, que excedía a Córdoba y que, creo, pudimos vislumbrar en el artículo que escribimos con Brennan al cumplirse el vigésimo quinto aniversario de los sucesos de mayo.

En efecto, en 1994 la revista *Estudios* le dedicó un número especial al *Cordobazo*. Delich participó en ese número con el prólogo a la reedición de *Crisis y protesta social. Córdoba 1969*, que ese año publicó la Editorial de la UNC (*Estudios*, 1994: 43-50). Si bien reafirmó su hipótesis inicial referida a que la sociedad urbana cordobesa había sido la gran protagonista del acontecimiento del *Cordobazo*, es decir se había tratado sobre todo de una “sublevación popular”, como consecuencia de que la sociedad mutaba y esta conmoción la unificaba en el estilo de la revuelta, en esta ocasión ponía más énfasis que en sus reflexiones de 1969 en el carácter coyuntural de lo ocurrido. En efecto, según cuenta, respondiendo a una pregunta de Gino Germani, diría que “no hubo ni anomia ni crisis orgánica, porque son categorías que no sirven para el análisis coyuntural, [ellas] solo son aplicables en análisis de mediano y largo plazo” (*Estudios*, 1994: 47).

Lo que Delich agregaba en esta revisión era, en cambio, la función del Estado y el carácter de resistencia que esa sociedad había mostrado a la opresión. Visto en perspectiva, lo que remarcaba era también la debilidad del gobierno autoritario para procesar las demandas sociales. La revista organizó también un panel donde volvieron a reeditarse las explicaciones anteriores: estuvieron Elpidio Torres (Secretario del SMATA en mayo de 1969), Lucio Garzón Maceda (abogado del SMATA en los años sesenta), Felipe Alberti (ex Secretario del Sindicato de Luz y Fuerza de Córdoba y ex miembro de la Comisión Directiva presidida por Agustín Tosco), Carlos Altamirano y Juan Carlos Torre. Los dirigentes sindicales destacaron la unidad en la acción de las dos CGT y la acción fundamental de tres gremios: SMATA, Luz y Fuerza y Unión del Transporte Automotor (UTA). Con respecto a las interpretaciones sobre lo ocurrido, Lucio Garzón Maceda volvió a destacar que el *Cordobazo* había sido la culminación de un proceso “que tuvo como actor central –casi único– al movimiento obrero de Córdoba, en tanto movimiento social organizador de luchas colectivas trascendentes (...) se trata de un movimiento obrero que comenzó a languidecer casi inmediatamente después del *Cordobazo* (...)” (*Estudios*, 1994: 25). Nuevamente Córdoba era la clave explicativa de todo lo sucedido.

Sin embargo, quien ya en 1971 marcó un contrapunto con esas interpretaciones fue Juan Carlos Torre, y nuevamente lo hizo en el panel por el 25° aniversario. En 1971 Torre había señalado que el *Cordobazo* debía ser visto como una reacción contra una coyuntura en la que se había combinado un proyecto de racionalización económica capitalista y un poder fundado en el autoritarismo político, que había marcado el nacimiento de una oposición social. Pero, según él, ésta se habría caracterizado por la dialéctica que anima a los movimientos sociales: la disociación entre los comportamientos colectivos y las representaciones que de ellos se hacen los protagonistas. Por eso fue una explosión de violencia sin consignas, que representaba la tensión entre el rechazo a la presión como arma del combate social y la carencia de un discurso propio que definiera la originalidad de

lo que se estaba produciendo (Gordillo, 1994: 257). En 1994 la presentación de Torre se tituló “A partir del Cordobazo”. Estuvo de acuerdo en admitir que mayo de 1969 representaba la culminación de un proceso, como había sostenido Garzón Maceda, pero para destacar que lo que se había producido sería un cambio en la composición social del protagonismo, un comienzo, donde la juventud llevaría a cabo un parricidio y donde la insurgencia que sobrevino habría sido producto de una “indignación moral”. Entonces, “cuando miramos el *Cordobazo* vemos cierta combinación de cólera obrera e indignación moral y estos dos elementos son los soportes de un movimiento político. Este descansa sobre las necesidades –y la cólera obrera expresa esas necesidades– pero también sobre una condena moral” (*Estudios*, 1994: 42).

Ese número de *Estudios* publicó también nuestro artículo en coautoría con Brennan titulado “Protesta obrera, rebelión popular e insurrección urbana en la Argentina: el Cordobazo” (*Estudios*, 1994: 51-74). En él planteamos parte de lo que habían sido las principales conclusiones en nuestras respectivas tesis ya defendidas para entonces. Hablamos del proceso de racionalización económica emprendido por Onganía y de sus efectos en Córdoba, hicimos una breve referencia al funcionamiento del régimen político pero, fundamentalmente, aludimos a la construcción de una conciencia y disciplina sindical así como a una tradición sindical combativa en Córdoba, no necesariamente revolucionaria en los términos marxistas clásicos, que estaba en la base de la explicación de lo ocurrido en mayo de 1969. Habíamos logrado analizar empíricamente el proceso sindical cordobés que arrancaba en 1955, las reivindicaciones y formas de lucha de los sindicatos líderes (del SMATA y del Sindicato de Luz y Fuerza), sus diferentes momentos, por lo que habíamos llenado de contenido esa explicación que señalaba que los sucesos de mayo eran la culminación de un proceso que tenía al movimiento obrero de Córdoba como protagonista central.

El título de ese artículo, sin que mediara una decisión premeditada, fue anticipatorio de otro conjunto de explicaciones que luego

comencé a proponer. Creo que para entonces habíamos logrado dar cuenta de la protesta obrera y solo de algunas claves para analizar la rebelión popular. Pero, como ya anticipé, la movilización del día 29 y 30 de mayo fue mucho más que una protesta obrero-estudiantil, fue una acción colectiva contenciosa<sup>4</sup> que disrumpió las formas rutinarias de la acción para transformarse en violencia colectiva. Y esa violencia es la que necesitaba ser explicada, no como resultado de un comportamiento desviado sino como consecuencia de la interacción social entre demandantes y un gobierno con oídos sordos para aceptar y procesar esas demandas.

Lo que intentábamos mostrar en el artículo en coautoría con Brennan era la complejidad de lo ocurrido, donde habían devenido diferentes formatos de acción colectiva de protesta, convirtiéndolo en un verdadero acontecimiento, un partaguas que precipitaría definiciones y sentidos que no habían sido explicitados en esa ocasión. Comencé a preocuparme por explicar qué era lo que generaba el pasaje a la acción colectiva de sectores que no estaban predispuestos para ello. Hacía mediados de los años noventa comencé a indagar en las explicaciones de la acción colectiva desde la perspectiva de la sociología histórica. Ello me permitió entender, por ejemplo, los factores o mecanismos que inciden en el pasaje a la acción colectiva

<sup>4</sup> Ésta aparece como una traducción del concepto *contentious politics* tal como es expresado en el libro de Aminzade et al. (2001), para diferenciarlo de “contienda política” (*political contention*), tal como se usa en la versión castellana de la obra de Mc Adam, Tarrow y Tilly (2001). En esta traducción al castellano se aclara que se prefirió cambiar el término inicial de “contestación” o contestatario por el de contienda, que hace referencia a una lucha o enfrentamiento abierto entre actores, agregándosele el calificativo de “política” para dar cuenta más acabada del contenido del libro; es decir que éste no trataba de cualquier contienda sino de una que implicaba de alguna manera una definición del orden público o al poder del Estado. Sin embargo consideramos que, tal como se plantea en el libro de Aminzade et al., aparecido con posterioridad, y donde se hace referencia no a “*contention*” sino a “*contentious politics*” como una forma o modalidad particular que puede asumir la acción política, sería más conveniente mantener la traducción literal de “política contenciosa”, que proponemos, dado que en castellano el término “contencioso” hace referencia a contradecir lo que otros afirman, aplicándose a las materias sobre las que se litiga y al procedimiento para litigar.

donde, además de demandas específicas, son necesarios marcos culturales que permitan enmarcarlas y estructuras movilizadoras que ayuden a componer la indignación moral, como construcción de injusticia, agencia e identidad (Gamson, 1995). Otra cuestión importante se relaciona con la conformación del sentido público de las demandas. Es decir, las protestas pueden contener reivindicaciones específicas que plantean y preocupan a los actores inicialmente movilizadas. Sin embargo, por efecto de la difusión de la acción, esas reivindicaciones iniciales van construyendo un sentido público abierto que escapa a los autores promotores, sobre todo si esas demandas logran integrarse bajo la forma de cercenamiento de derechos (Nardacchione, 2005), cosa que considero ocurrió en todas las movilizaciones de fines de 1968 y de 1969.

Ahora bien, tanto la definición de las demandas como de la misma representación de injusticia se realizan siempre colectivamente y en la interacción con diversos actores. Deben existir estructuras que contengan, integren y generen sentidos sobre lo que ocurre y que, a la vez, elaboren un relato. Ese relato se nutre además de procesos que trascienden lo local. De visiones sobre el mundo y de lo que está ocurriendo en él que pueden aparecer como oportunidades favorables o desfavorables para sumarse a la acción.

Por eso creo que aquí es necesario traer a colación otra fecha, 1959 y el impacto de la revolución cubana. En varias ocasiones he sostenido que la década del sesenta comienza en 1959, como posibilidad de agencia, de construcción de una alternativa de liberación nacional desde América Latina. Comienza a instalar la cuestión latinoamericana en el espacio público de los países centrales. Pero también como hito en la fractura del no peronismo empezando a borrar, con la *traición* de Frondizi, la posibilidad de una propuesta progresista democrática que integrara a los trabajadores y pudiera convertirse en una alternativa al peronismo. Luego, la llegada del gobierno de Onganía apareció por su parte como un devenir bastante anunciado, suspendió la política formal y, de este modo, la proscripción que antes había afectado solo al peronismo pasó ahora a ser padecida por

toda la sociedad. Pero para el pasaje a la acción no basta que exista la afectación sino que se hace necesario que haya estructuras que actúen como núcleos de reunión y de creación de relatos: que planteen que se están cercenando derechos estudiantiles, laborales, culturales, a la libre expresión, entre otros. Reconstruir esos nichos es necesario para entender las movilizaciones de 1969.

En este sentido considero que el año 1968 fue fundamental como momento de articulación de diferentes sectores sociales y de elaboración de un discurso que los integrara y, a la vez, construyera la posibilidad de la agencia. La muerte del Che Guevara en Bolivia en octubre de 1967, que fue tomado como un ícono por los estudiantes del mayo francés de 1968 pero, sobre todo, la lectura que de la cuestión latinoamericana comenzó a realizarse a través también de los teólogos de la liberación, que plantearon en común la lucha contra el imperialismo y las dictaduras, se convirtieron en componentes importantes para la construcción de injusticia. En marzo de 1968 se conformó la CGTA, que jugó un papel fundamental como articuladora, dentro de lo que puede ser considerada como una estructura movilizadora, al igual que las parroquias de curas obreros en los barrios o de los intelectuales que se acercaron a la CGTA. Se comenzó a plantear el cercenamiento de los derechos laborales, estudiantiles, políticos. En Tucumán en 1968 las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP) tuvieron su primera experiencia foquista, varias agrupaciones de izquierda se acercaron a la CGTA. Su tarea en el interior fue muy importante apoyando las acciones de los curas y de los estudiantes. Cuando estos últimos en Corrientes reclamaban por el aumento del precio del Comedor Universitario, lo que también estaba en juego era la intervención de las universidades. Lo que determinó el paro del 30 de mayo no era la actualización salarial sino el restablecimiento de las convenciones colectivas. Es decir derechos cercenados. El 29 Córdoba fue el lugar de articulación de la protesta de un conjunto de acciones previas que la excedían. Y estas acciones no se limitaban a Córdoba.

Las principales estructuras organizadoras que decidieron el 28 de mayo – en el marco del paro general nacional convocado para el 30– la modalidad de paro activo fueron los sindicatos cordobeses y las agrupaciones estudiantiles, decisión favorecida por la convicción de sus principales dirigentes, Elpidio Torres, Agustín Tosco y Atilio López, de que era necesario reeditar una vez más la unidad en la acción, por encima de sus diferencias ideológicas. La participación en las calles el 29 y el 30 fue posible porque se venía construyendo desde el año anterior un sentido de injusticia y de agencia que motorizó la acción más allá de lo previsto inicialmente.

¿Cómo explicar la violencia? Una explicación rápida diría que se respondió a la represión ejercida por la Policía que claramente fue quien inició la violencia. Es cierto, pero frente a ella los manifestantes podrían haberse dispersado. Incluso, habría que destacar que la violencia continuó cuando ya la Policía había sido desbordada y se había retirado. Entonces, ¿qué llevó a que el inconformismo social frente a un orden adoptara la forma de violencia? Habría que señalar que no hablamos de la violencia como estrategia complementaria de la acción política (por ejemplo de las acciones armadas de organizaciones político-militares), sino de la *violencia colectiva* como una forma de interacción social episódica, que inflige daños físicos inmediatos a personas y/u objetos, que implica por lo menos a dos autores de los daños y es consecuencia, al menos en parte, de la coordinación entre las personas que realizan los actos (Tilly, 2007: 3). Dentro de este planteo, la violencia popular es la que aparece como una interacción expandida, que se difunde y suma a distintos actores y sectores sociales, más allá de los autores iniciales de los daños o de los colectivos emprendedores.

Podríamos preguntarnos, además, acerca de los mecanismos o condiciones que propician las respuestas violentas. A pesar de los distintos tipos de violencia colectiva podrían indicarse como procedimientos comunes desencadenantes de ellas: 1) la activación de las divisorias por parte de emprendedores políticos que operan sobre identidades preexistentes; 2) esa activación lleva a polarizar o dar

centralidad a alguna de las tantas líneas de oposiciones que conforman las identidades, con capacidad de conectar, coordinar y representar a los reivindicadores pero no solo a ellos; 3) la polarización nuclea a otros actores previamente moderados o no comprometidos con ninguno de los polos iniciales del eje nosotros-ellos; 4) ese alineamiento aumenta la incertidumbre a ambos lados de la línea divisoria dado que los actores tienen información menos fiable de las probables acciones de los otros; 5) las respuestas violentas crecen ante lo que se percibe como amenazas a acuerdos sociales previos, lo que genera representaciones de afectación (Tilly, 2007: 229).

Relacionado con lo anterior aparece, entonces, otro elemento clave para entender la movilización que puede adoptar una forma violenta, el de la construcción social de afectación, que se basa en cambios o dislocaciones en la estructura, en cuestiones objetivas pero no solo en ellas. Esto destaca la necesidad de analizar los cambios estructurales en la medida que, como muy bien ha señalado Pérez retomando el planteo de Germani (Pérez, 2007b: 271-312) dan lugar a “desprendimientos” o “desplazamientos” sociales. Sin embargo esos cambios en la estructura social no necesariamente implican “disponibilidad”; para que esto ocurra debe darse una “movilización psicológica” o una puesta en disponibilidad, lo que podría asimilarse con el concepto de construcción colectiva de una representación de “injusticia”. Aquí nos encontramos entonces con otra cuestión fundamental a tener en cuenta: la diferencia entre movilización social y movilización política. Mientras la primera implica la dislocación de la estructura preexistente, algún tipo de respuesta a ello, disposición de las personas hacia nuevas formas de comportamiento, la representación de dicha disposición y la búsqueda de algún tipo de integración en la sociedad, la movilización política busca la transformación del significado de dichas posiciones y la impugnación de los dispositivos que definen el acceso y distribución de los recursos de autoridad y asignación (Pérez, 2007a: 46-47). En este último caso asume un carácter contencioso y de intento de institucionalización del cambio. Entonces podríamos decir que la movilización social se



produce como consecuencia de la afectación o dislocamiento de posiciones que predisponen a la construcción social de una representación de “injusticia”,<sup>5</sup> ya sea como reparación por un bien perdido (derechos afectados), como amenaza de la propia supervivencia o como posibilidad de ampliación de la esfera de actuación.

Creo que las políticas implementadas por los gobiernos que antecedieron a los acontecimientos estudiados produjeron una movilización social que fue abriendo paulatinamente un ciclo de movilización política, donde las distintas “injusticias” construidas y no resueltas por medio de interacciones políticas convencionales llevaron a su expresión violenta en las jornadas analizadas.

De este modo, el *Cordobazo* se habría convertido a su vez en el inicio de un ciclo de movilización política, que se ajusta bien a la definición dada por Tarrow de *ciclo de protesta*, entendido como una fase de intensificación de los conflictos y de la confrontación que incluye una rápida difusión de la acción colectiva de los sectores más movilizados a los menos movilizados, un ritmo de innovación acelerada en las formas de confrontación, marcos nuevos o transformados para la acción colectiva, una combinación de participación organizada y no organizada y unas secuencias de interacción intensificada entre disidentes y autoridades que pueden terminar en la reforma, la represión y, a veces, la revolución (Tarrow, 1997: 294). No solo el *Cordobazo* abrió la puerta para las organizadas armadas, sino también posiciones radicalizadas en el movimiento obrero como los llamados “clasismos”. Ese ciclo llevó también a la salida electoral e incidió en las características de las candidaturas que se conformaron tanto para la presidencia como en algunas provincias.

<sup>5</sup> Se ha señalado que la representación colectiva de injusticia, que se diferencia de la situación “objetiva” de injusticia, potencia el componente de “agencia”, o sea la convicción de que es posible incidir en el orden de las cosas, de modificar las condiciones a través de la acción; la “identidad” operaría en este caso para pasar de un sentimiento de insatisfacción personal a definir un “nosotros” en oposición a un “ellos”, ya que sin un adversario potencial o real la acción colectiva no puede concretarse (Gamson, 1995: 90).

Pensar el proceso abierto con el *Cordobazo* como ciclo permite comprender las movilizaciones en otras provincias como parte de una misma lucha política contra la dictadura y por el restablecimiento de un gobierno popular. Por eso, había planteado que la acción colectiva de protesta deriva, en algunos casos, en diferentes movimientos políticos (Gordillo, 1999), porque el NO radical, terminal, esgrimido el 29 y 30 de mayo generó luego varios relatos, que a la vez dispersa a los actores en distintas propuestas. El *Cordobazo* fue un *basta* uniforme, que luego se fue disgregando en distintas propuestas. Sostener la unidad en la acción dejó de ser posible.

Para cerrar pasemos a otros aniversarios: mayo de 1989 y pensemos también en 2019. El tipo de demandas que llevaron a la acción colectiva a fines de los años ochenta fueron totalmente distintas. Más allá de la conflictividad sindical que utilizó los formatos clásicos frente a derechos cercenados, una novedad se instaló a fines de mayo de 1989 con un formato y una demanda específica: la demanda de alimentos que adoptó la forma de violencia colectiva pero, esta vez, bajo la forma de saqueos de supermercados. Esas acciones dejaron un número significativo de muertos: 19 en una semana, sin embargo no pudo construirse allí una representación común de injusticia. Y no porque ésta no existiera, sino porque el significante de la hiperinflación actuaba como la catástrofe caída del cielo que lo tapaba todo y había que atravesar a cualquier precio. La demanda de alimentos no pudo generalizar un sentido de injusticia entre otras cosas porque la decisión de adelantar la entrega del gobierno por parte de Alfonsín a Menem actuó como catalizador y esperanza política. Hoy, en 2019, estamos ante una situación similar con respecto a la demanda alimentaria, pero con la diferencia de que se ha podido construir una representación de injusticia, cristalizada en la sanción de la prórroga de la emergencia alimentaria, que es resultado también del relato que se viene construyendo desde diferentes organizaciones que realizan a su vez distintos tipos de acciones colectivas rutinizadas para paliar el hambre. Es decir, hoy hay estructuras que contienen y, fundamentalmente, hay esperanza en un cambio. Lo que esto

muestra entonces es que es la política, de nuevo como siempre, la que determina las estrategias, el giro de las acciones y el resultado de la interacción entre gobernantes y gobernados. Es la capacidad o incapacidad estatal, evidenciada en la disposición a procesar demandas, la que en definitiva produce o mitiga las acciones de violencia colectiva.

## **Bibliografía**

AA. VV. (1994, julio-diciembre). El Cordobazo [edición especial]. *Estudios. Revista del Centro de Estudios Avanzados de la UNC*, 1(4).

Agulla, J. C. (1969). *Diagnóstico social de una crisis. Córdoba, mayo de 1969*. Córdoba: Editel.

Aminzade, R.; Goldstone, J.; Mc Adam, D.; Perry, E.; Sewell, W. Jr.; Tarrow, S. y Tilly, C. (2001). *Silence and voice in the study of contentious politics*. Nueva York: Cambridge University Press.

Balvé, B. C.; Murmis, M.; Marín, J. C.; Aufgang, L.; Bar, T. J.; Balvé, B. S. y Jacoby, R. (1973). *Lucha de calles, lucha de clases*. Buenos Aires: La Rosa Blindada.

Brennan, J. (1996). *El Cordobazo. Las guerras obreras en Córdoba, 1955-1976*. Buenos Aires: Sudamericana.

Brennan, J. y Gordillo, M. (1994, diciembre). Protesta obrera, rebelión popular e insurrección urbana en la Argentina: el Cordobazo. *Estudios*, 1(4), 51-74.

Brennan, J. y Gordillo, M. (2008). *Córdoba rebelde: el Cordobazo, el clasismo y la movilización social*. La Plata: De la Campana.

Delich, F. (1970). *Crisis y protesta social. Córdoba, mayo de 1969*. Córdoba: Signos.

Gamson, W. (1995). Constructing social protest. En H. Johnston y B. Klanderman (Eds.). *Social movements and culture*. Minneapolis: University of Minnesota Press, (pp. 85-106).

Gordillo, M. (1991, julio-septiembre). Los prolegómenos del Cordobazo: los sindicatos líderes de Córdoba dentro de la estructura de poder sindical. *Desarrollo Económico*, 31(122), 163-187.

Gordillo, M. (1994, diciembre). El Cordobazo en la producción bibliográfica. *Estudios*, 1(4), 254-262.

Gordillo, M. (1996). *Córdoba en los '60: la experiencia del sindicalismo combativo*. Córdoba: Dirección de Publicaciones de la UNC.

Gordillo, M. (1999, octubre-diciembre). Movimientos sociales e identidades colectivas: repensando el ciclo de protesta obrera cordobés de 1969-1971. *Desarrollo Económico*, 39(155), 385-408.

Gordillo, M. (Ed.). (2001). *Actores, prácticas, discursos en la Córdoba combativa. Una aproximación a la cultura política de los '70*. Córdoba: Ferreyra Editor.

Mc Adam, D.; Tarrow, S. y Tilly C. (2001). *Dinámica de la contienda política*. Barcelona: Hacer.

Nardacchione, G. (2005). La paradoja de las protestas vecinales bajo el menemismo: ¿cómo generalizar la protesta defendiendo lo propio?. En AA.VV. *Tomar la palabra. Estudios sobre la protesta social y acción colectiva en la Argentina contemporánea*. Buenos Aires: Prometeo, (pp. 193-216).

Pérez, G. (2007a). *Exceso y defecto: movilización y subjetividad desde una perspectiva sociopolítica*. En E. Rinessi; G. Nardacchione y G. Vommaro. *Los lentes de Víctor Hugo*. Buenos Aires: Prometeo, (pp. 46-47).

Pérez, G. (2007b). Participación, cambio social y régimen político. Apuntes sobre dos ciclos de movilización. En E. Rinessi; G. Nardacchione y G. Vommaro. *Los lentes de Víctor Hugo*. Buenos Aires: Prometeo, (pp. 271-312).

Petras, J. (1971, agosto). Córdoba y la revolución socialista. *Los Libros*, 3(21), 28-31.

Tarrow, S. (1997). *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid: Alianza.

Tilly, C. (2007). *Violencia colectiva*. Barcelona: Hacer.



## Capítulo 2

# *Rosario(s)*: una aproximación entre imágenes y memorias\*

*Cristina Viano*

A cincuenta años *Rosario* es una palabra que suena fuerte. Que no viene sola, sino acompañada de una serie de imágenes, de recuerdos, de transmisiones, de historias, de Historia.

Los trazos de una sociedad que desafió crecientemente a la dictadura de Onganía se manifestaron en las calles rosarinas en dos momentos del año 1969. La memoria social ha fundido (al menos parcialmente) los acontecimientos de mayo y setiembre de 1969 bajo esa nominación; aún a sabiendas de que se trató de dos expresiones de insurgencia distintas tanto por sus actores y actrices centrales como por sus características, alineamientos y respuestas sociales. No obstante se constituyó en “una situación”, en un momento de la historia local, nacional e internacional que reúne significados comunes. Es fuerte la persistencia de un proceso de síntesis en el recuerdo de las generaciones que lo atravesaron, es decir, en aquellas generaciones para las que el año 69 devino en “experiencia”. Frente a esta circunstancia es posible evidenciar

\* Agradezco muy especialmente a la historiadora del arte Sabina Florio y a Charly López, documentalista infatigable de los *Rosarios*, por los generosos intercambios que han sido fundamentales para construir este texto.

que la condensación de esos dos distintos acontecimientos ha predominado a la hora de recordar y consecuentemente pensar los significados y las implicancias políticas del año 69.<sup>1</sup>

No obstante ello, en este 2019, connotado por una proliferación de acciones conmemorativas que por su magnitud y diversidad no reconoce antecedentes similares en otros momentos del pasado, se ha insistido en pluralizar esa nominación –y aun cuando ello no constituye un hecho novedoso– se ha generalizado el uso de “los *Rosariazos*”. Ahora bien, si nombrar al *Rosariozo* (en singular o plural) supone evocar a la memoria social, ella aparece fuertemente ligada a un conjunto de imágenes, ya que no hay memoria sin imágenes (Huysen, 2009).

Imágenes que a su vez son portadoras de historias y por ende pasibles de ser consideradas no solamente documentos para la historia sino a ellas mismas como acontecimientos (Didi-Huberman, 2006). Fotografías, dibujos, collages, instalaciones, estencils, archivos filmicos, documentales y films de ficción, heliografías y hasta un tapiz constituyen los principales dispositivos visuales que forman parte de la historia y la memoria visual del 69 rosarino; la mayoría producidos al calor de los acontecimientos, otros

<sup>1</sup> Inmediata respuesta a la brutal represión en Corrientes, en mayo de 1969, en Rosario, la violencia que el régimen descargó sobre lxs estudiantes sembrando la muerte operó como el desencadenante de una respuesta que no estuvo circunscripta a la universidad sino que involucró a un importante arco social, en especial a los sectores combativos del movimiento obrero nucleados en la CGT de los Argentinos. La prensa y las organizaciones empresariales locales se solidarizaron con los sectores contestatarios, aunque ello fue efímero ya que después del Cordobazo se replegaron a sus tradicionales posiciones. La movilización de estudiantes y trabajadorxs reprimida por la policía se transformó en lucha callejera y el escenario fue el centro de la ciudad. La policía, con un bajo grado de preparación para este tipo de acciones urbanas aún nuevas en el país, fue desbordada y la ciudad fue puesta bajo control militar. Los acontecimientos de setiembre, en cambio, encontraron su origen en un conflicto suscitado entre los trabajadores ferroviarios y la dictadura. El paro activo de 36 horas con asistencia a los lugares de trabajo para confluir desde distintos lugares a un acto central y la represión a las distintas columnas desencadenó el *Rosariozo*, que tuvo características insurreccionales, se prolongó por más de dos días y alcanzó puntos muy distantes de la ciudad.



en algunos momentos de los cincuenta años transcurridos desde entonces, aunque retornando a esas imágenes originales. A la fotografía del 69 rosarino principalmente, a las historias que las rodean y las configuran se dedica este texto.

## 1. La producción de imágenes del 69 rosarino en 1969

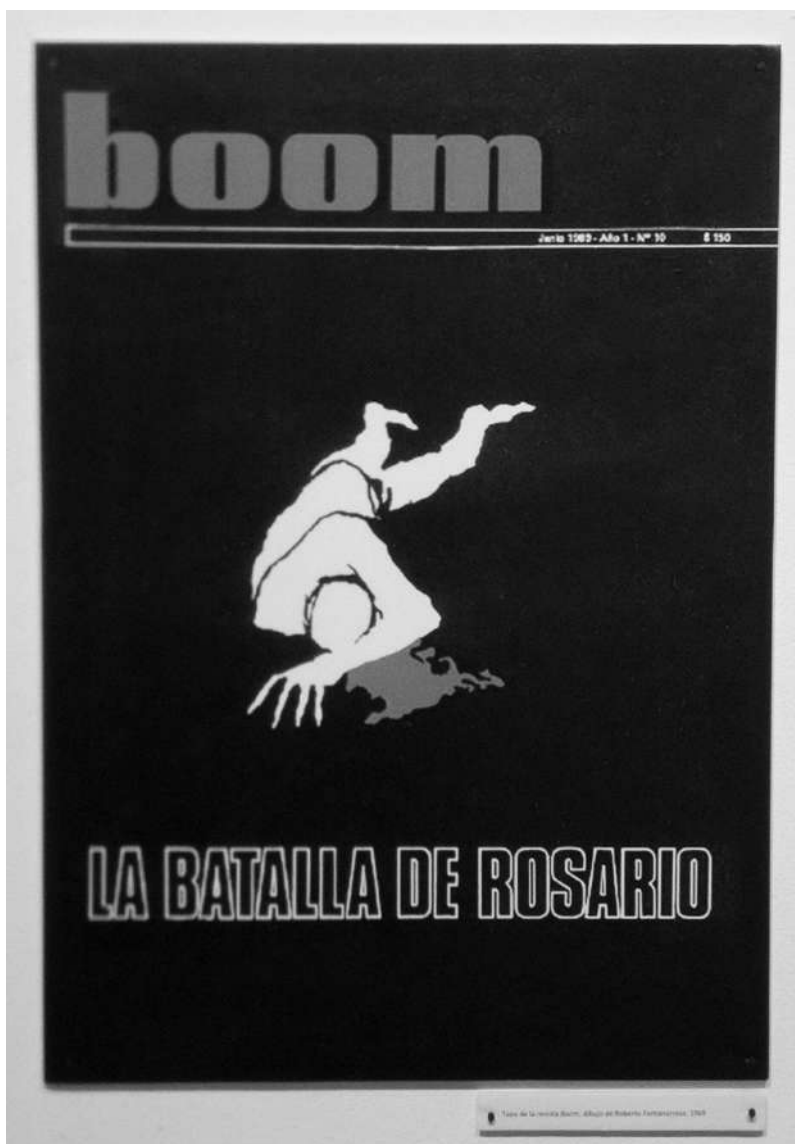
Comenzar a historizar las imágenes del 69 no puede sino llevarnos a recuperar la figura de un fotógrafo: Carlos Saldi. Su trabajo nos permite contar con el principal corpus visual de los *Rosarios*. Algunas de esas fotografías en blanco y negro fueron publicadas en distintos medios de la ciudad durante el 69, pero la colección completa fue conservada de manera casi fortuita, ya que cuando Saldi salió del país en 1973 se llevó consigo todos los negativos; realizaría desde Europa una tarea de clasificación y ordenamiento sobre la base de su memoria.<sup>2</sup> Esos negativos solo regresarían treinta años después (en 1999) en el momento del retorno definitivo del fotógrafo a Argentina. Para entonces quedaban muy pocas imágenes de esos días de insurgencia. En una entrevista periodística que le realizaron en 2003 aseveraba que “cuando hice este conjunto de fotos las hice trabajando y nunca pensé que llegarían a tener tanta importancia. Es más, no lo supe hasta 1999 cuando hice una exposición en el Parque de España (Rosario) y en un costado incluí estas fotos en un espacio pequeño. El impacto que causaron fue tremendo (...)” (*La Capital*, 2003).

<sup>2</sup> En notas periodísticas, ya en la primera década del siglo XXI, aclararía algunos errores de clasificación (sobre todo en relación a si las fotos pertenecían a mayo o a setiembre) y también a lugares que había atribuido inicialmente a algunas de las muchas escenas de lucha callejera que fotografió. La colección Saldi se encuentra en guarda aunque dividida en dos museos de la ciudad de Rosario: forma parte del Fondo Rosarios del Centro Documental Rubén Naranjo en el Museo de la Memoria y del Archivo Fotográfico “Vladimir Mikielevich” del Museo de la Ciudad. Las fotos resguardadas constan de la clasificación original (fecha y lugar). Saldi falleció en el año 2004.

En 1969, Saldi formaba parte del equipo editorial de *Boom*,<sup>3</sup> una revista rosarina que reunió –al decir de Osvaldo Aguirre– a una de las mejores redacciones del periodismo local, resonando como una de las mejores experiencias gráficas del periodo en Argentina. La revista había comenzado a publicarse en 1968 y fue poseedora de una audaz perspectiva investigativa que formulaba interrogantes que abrían a nuevas miradas y temas (Aguirre, 2014). Manifestaba la pretensión de pensar a Rosario como una gran ciudad que se insertaba en un mundo en vertiginosa transformación. En el curso de 1969, la revista realizó una extensa cobertura de los acontecimientos con una lente fuertemente empática con los distintos movimientos y actores de la protesta social. Entre quienes formaban parte de su *staff* se encontraba el joven Roberto Fontanarrosa, quien sobre una foto de Saldi dibujó en color blanco el cuerpo de un joven varón tendido boca abajo en el asfalto con una enorme mancha roja de sangre. Negro, blanco, rojo: los colores de ese dibujo que se convirtió en la tapa con que *Boom* presentó a la sociedad rosarina el número correspondiente al mes de mayo: era “La batalla de Rosario” (*Boom N° 10*, 1969, 5 de junio). Se trataba de Luis Norberto Blanco, el segundo asesinado por las fuerzas represivas durante el primer *Rosariazo*. Paralelamente, el *Semanario CGT* publicaba en su página inicial una fotografía tipo carnet de ese estudiante y trabajador de tan solo 15 años con un elocuente epígrafe: “otra víctima de los verdugos del pueblo” (*Semanario CGT N° 46*, 1969, junio).

<sup>3</sup> Fundada por el hijo del dueño del diario *La Capital*, Ovidio Lagos Rueda, formado como periodista en *Primera Plana* con Tomás Eloy Martínez y Ernesto Schoo la revista instaló temas aún hoy fuertemente actuales. Publicó 22 números entre agosto de 1968 y julio de 1970 (momento en que se fundió).

**Imagen 1. Tapa de la revista *Boom* N° 10 (1969)**



Fuente: Revista *Boom*. (1969, 5 de junio). 1(10). [Rosario].


Para entonces la brutal represión policial a la protesta ya se había cobrado otra vida en Rosario, la de Adolfo Bello, un estudiante de ciencias económicas de 22 años quien había recibido un disparo en la frente a muy corta distancia cuando, junto a otros estudiantes, intentó refugiarse de las balas y los gases en una céntrica galería a pocos metros del comedor universitario. Bello fue llevado agonizando a la Asistencia Pública y allí un fotógrafo, Enrique Marcarian, logrando sortear la guardia de seguridad y colocándose una bata que le facilitó un periodista ingresó al quirófano donde estaba siendo asistido. Al ser descubierto fue detenido y su equipo fotográfico confiscado, aunque el rollo que contenía las fotografías fue salvado gracias a un ardid. Entregó uno vacío y logró enviar por avión a Buenos Aires el que contenía las evidencias del brutal asesinato. La foto de Bello con un tiro en medio de la frente siendo atendido por tres enfermeras fue publicada al día siguiente (un domingo) por el diario *Crónica* y también en la tapa de la revista *Así*. Esa foto funcionó como una potente evidencia para dismantlar la versión oficial de la dictadura (que refirió a un “accidente”), sobre un asesinato que conmovió intensamente a la sociedad.<sup>4</sup> Las circunstancias de la producción de esa foto, tomada subrepticamente (que en su autor disparó debates éticos a posteriori), de esa foto que abruma por su contenido explícito, nos permite preguntarnos entonces por el papel primario del ámbito visual en la conformación de la información y en este caso de la denuncia de la dictadura. La inmediata circulación de esa foto que muestra a la víctima (y no a sus victimarios pero sobre los que no hay duda social alguna) funciona más allá de sí misma, documenta, evidencia, acusa, subleva.

El periódico de la CGTA se encargó de replicar el rostro de Bello bajo la forma de un dibujo (como imagen única) con una importante mancha de sangre en su mejilla. Ocupando casi completa la página final, su nombre iba acompañado de los otros doce (una mujer y doce varones) que la dictadura había asesinado en Corrientes, en Rosario y en Córdoba en esos “Quince días que sacudieron el país”.

<sup>4</sup> Esta reconstrucción fue posible gracias a la video-entrevista (inédita) que Charly López realizó en el año 2014 a Enrique Marcarian.

**Imagen 2 . Semanario CGT N° 46 (1969)**

**Compañeros**  
Juan José Cabral  
Adolfo Ramón Bello  
Luis Norberto Blanco  
Máximo Mena  
Raúl Castillo  
Juan Mario Romero  
Leonardo Gulle  
Juan Carlos Funes  
Delia Guerra  
Daniel Castellanos  
Mariano Pereyra  
Marcelo Terza  
Juan Saquila



**ASESINADOS EN CORRIENTES, ROSARIO Y CORDOBA**  
Y a todos los compañeros heridos, torturados, procesados, condenados por  
una Justicia Militar que el pueblo no reconoce:

- **LA SANGRE QUE USTEDES DERRAMARON  
NO SERA NEGOCIADA**
- **LOS IDEALES QUE USTEDES DEFENDIERON  
NO SERAN TRAICIONADOS**
- **LA LUCHA QUE USTEDES INICIARON  
NO SERA INTERRUMPIDA**

“...Hasta que podamos reconquistar la Libertad y la Justicia Social  
y le sea devuelto al pueblo el ejercicio del poder”

---

**CGT DE LOS ARGENTINOS**

Organización de la Clase Obrera y Campesina del Uruguay - Año 22 - Nº 46 - Buenos Aires, 2 de Junio de 1969

Fuente: *Semanario CGT*. (1969, junio). 1(46).

## **2. Las imágenes viajando en el tiempo: del cuerpo masculino caído a las “dos, tres, muchas chicas del palo”**

Las fotos de Saldi sobre el cuerpo caído del joven Blanco fueron re-trabajadas en momentos distintos por dos integrantes del grupo de vanguardia de Rosario, que entre otras expresiones había producido la muestra denuncia Tucumán Arde en 1968,<sup>5</sup> Juan Pablo Renzi (1940-1992) y Rubén Naranjo (1929-2005).

En los primeros años setenta, Renzi, sumido en el proceso de pasaje del arte a la política daría forma a un grupo de Panfletos. Dedicaría el número 1 a Tucumán Arde y el Panfleto N° 2<sup>6</sup> a la foto en blanco y negro tomada por Carlos Saldi pero ampliada a gran tamaño. Presentaba a Blanco tirado sobre el empedrado de la calle, boca abajo, resaltando con esmalte rojo la sangre derramada sobre los adoquines y colocando debajo un balde lleno de líquido rojo y una consigna en inglés: “Esta sangre es sangre latinoamericana derramada en nuestra lucha por la liberación. Tarde o temprano habremos de cobrárnosla”. Ana Longoni aventura que la reiteración de la mancha de sangre, fácilmente transportable lograba ambientar cualquier espacio (fuera éste de exhibición artística o no) y aludir a distintas formas de violencia de acuerdo al contexto preciso en el que actuara. Añade que la estetización de la foto de Saldi adquiere un tono denunciante y deviene en la exaltación de la lucha armada, frecuente en cantos, poemas y afiches de amplia profusión en la época. El charco de sangre señalaría una muerte violenta y Blanco representaría a la figura del héroe mártir, a la muerte y la sangre

<sup>5</sup> En noviembre de 1968 se desarrolló lo que sería la condensación de los aportes del llamado Grupo de Rosario. Resultado del encuentro de artistas de Rosario, Santa Fe y Buenos Aires: la muestra-denuncia Tucumán Arde (TA). Ella se convirtió, a la vez, en la obra conclusiva del grupo. Había estado precedida por una verdadera escalada de activismo donde el grupo conjugó acelerada e indisolublemente arte y política, y estuvo íntimamente vinculada a uno de los sectores del sindicalismo rosarino, el de la CGT de los Argentinos. Renzi y Naranjo junto a Roberto Jacoby y Pablo Suárez realizaron el primero de los viajes a Tucumán (Viano, 2000).

<sup>6</sup> Este Panfleto fue conservado en la colección de Graciela Carnevale, quien se convirtió en la guarda de parte de la producción del grupo que protagonizó Tucumán Arde.

de los caídos nutriendo el gran cuerpo colectivo de la revolución, a un cuerpo individual subsumido en ese cuerpo mayor. La autora lee allí la inevitabilidad de la muerte y la presencia de una ética del sacrificio, pero también la ausencia de miedo a la muerte (Longoni, 2014).

En 1999, Rubén Naranjo,<sup>7</sup> en un sombrío contexto marcado por políticas neoliberales en Argentina y América Latina vuelve a trabajar sobre el 69; con el dibujo que Fontanarrosa realizó sobre la foto de Saldi. Se aboca a la realización de un collage que terminó ilustrando la tapa de un fascículo editado por la Asociación de Magisterio de Santa Fe (AMSAFE), que lleva el título *Los Rosariazos. Mayo y setiembre de 1969* y cuya escritura también le pertenece.

¿Qué novedades trae ese collage? Otra vez el cuerpo del joven es blanco y se destaca el charco de sangre roja pero sin embargo se introduce un elemento que no había estado presente anteriormente: el cuerpo yace tendido sobre un fondo habitado por múltiples figuras amontonadas de represores, dibujadas en negro, portando armas largas, escudos y cascos que cubren todos los rostros, tanto que no permiten intuir allí ningún rasgo de humanidad. Treinta años después, Naranjo continuó eligiendo la muerte y la sangre pero aquí la represión se vuelve explícita y constituye el telón de fondo de la muerte. Esta ya no es más anuncio de un paso necesario e inevitable en pos de la revolución y el cambio de estructuras.

Ese modo de traer a ese presente cargado de nuevas amenazas y malos pronósticos aquel pasado nos permite intuir esa capacidad de las imágenes y su proceso de actualización, imágenes que se difunden incrustándose de manera no lineal en una historia y en un diálogo con el presente. A propósito de ello Susan Buck Morss afirma que la fuerza (o la verdad) de las imágenes surge de una condición de movilidad dentro

<sup>7</sup> Rubén Naranjo tuvo una importante trayectoria en distintos campos: en las artes plásticas y también como gestor cultural de múltiples experiencias en las que destaca la creación de la Escuela de Artes Visuales de la Biblioteca Vigil y la "Editorial Biblioteca". Fue un incansable militante de derechos humanos hasta su muerte. Dejó un archivo muy valioso de Educación, Arte, Política, Derechos Humanos, Dictadura, Chicos de la Calle, Bibliotecas Populares, proyectos y creaciones editoriales.

y fuera de contextos determinados, libres de su origen y de la historia de su proveniencia, más aún aventura que la imagen es promiscua por naturaleza (Buck Morss, 2005). Sin embargo atendemos la advertencia de Didi-Huberman (2006) cuando insiste en que las imágenes siempre se inscriben en un campo de posibilidades y se convierten ellas mismas en acontecimientos, adquieren fuerzas no previstas, y si bien son anacrónicas respecto de su tiempo de origen devienen simultáneamente históricas en tanto sus efectos pueden verificarse en relación con distintos contextos; por ejemplo aquel en que la imagen fue creada o éste en el que se actualizan o potencian otros sentidos.

*Imagen 3. Collage Rubén Naranjo (1999)*



Fuente: Cortesía Centro Documental Rubén Naranjo, Museo de la Memoria-Rosario.



A cincuenta años, otras fotos de Saldi se han convertido en icónicas del 69 rosarino. Se trata de imágenes muy distintas de aquellas que capturaron la atención durante prolongados períodos. Dos fotos que superpuestas y utilizadas indistintamente condensan una imagen de mujer que la artista plástica Flor Garat bautizó como “la chica del palo”. Una de esas fotografías, la más célebre sin dudas, nos muestra a una joven mujer de cabello largo y oscuro suelto, capturada en pleno movimiento, corriendo y portando una larga madera para alimentar una hoguera o una barricada, vistiendo minifalda y tacones bajos. Esa foto fue publicada por primera vez en el interior de la revista *Boom* del mes de octubre de 1969, número que cubrió generosamente los acontecimientos bajo el rótulo “El porqué de la violencia”.

Fue expuesta hace veinte años, cuando esos doscientos negativos volvieron al país, y también en la importante muestra realizada en la conmemoración de los cuarenta años por el Museo de la Ciudad. Devino en la pintada que se adueñó de casi toda la pared exterior de un sitio de memoria donde durante la dictadura funcionó el principal centro de detención y desaparición de personas en Rosario (hoy borrada), fue reconstruida como tapiz acompañada por un emotivo texto en la creación de Flor Garat, es la tapa de la agenda del sindicato de las y los docentes universitarios de Rosario del año 2019, fue elegida por las curadoras como imagen (íntegramente tonalizada en color rojo) de presentación de la muestra “Revolucionistas: Rebeliones (y) Feminismos” (2019) que se inauguró en el Centro Cultural Fontanarrosa y luego itineró por distintos espacios de la ciudad, formó parte de la muestra “Arde el interior. Tomar las calles para abrir el camino” (2019) montada en el ex Comedor Universitario de la UNR (hoy Facultad de Humanidades y Artes) donde comenzaron las acciones de protesta en mayo del 69, fue bordada en gorras, se multiplicó en sitios web una y otra vez cobrando nuevas vidas, circulando incansablemente, difundiéndose mucho más allá del ámbito local y replicando bajo nuevos soportes. La imagen de la chica del palo se viralizó. Como enfatiza Garat (2019):

Tapiz, cartera, pin, pañuelo, boina, parche, remera, bordada, y ahora en mi brazo derecho: tatuada. La chica del palo es mi mujer maravillosa, biónica punk. También es la que corría el mismo día que mi papá. (...) Quiere prender fuego. Es la fuerza pero también la posibilidad de lo colectivo: ese fuego no era el único que había en la ciudad, ese fuego no se hizo con un solo palo. Es infinita, a pesar de su moda (...).

Esa viralización instaló un persistente interrogante: ¿quién es esa chica? Esa chica (continuemos usando el singular por ahora) está de espaldas, lo que nos impide ver su rostro y ello aumenta la incertidumbre que aún hoy rodea su identidad. Sin embargo la chica del palo no estaba sola, otras jóvenes aparecen en las fotografías de la época. No son tantas como los varones pero su presencia no pasó inadvertida. El diario *La Capital* menciona un crecido porcentaje de mujeres entre quienes se manifiestan tras el asesinato del estudiante Adolfo Bello. En la revista *Boom* aparece un chiste de Roberto Fontanarrosa en donde un policía le dice, a modo de excusa, a su superior: “Ud. no se imagina comisario... ¡La de extremistas disfrazados de mujer que había! (...)” (Bortolotti, 2019).

Sin dudas el insistente interrogante sobre quién es esa chica en términos individuales encubre esa otra presencia, que es mucho más plural y colectiva; la de las múltiples chicas, movilizándose, participando de las barricadas, de los debates, del estar en la calle rebelándose contra la dictadura.

Ello queda evidenciado en esa otra foto a la que antes hacíamos mención, también de amplia circulación, foto que en ocasiones es referida indistintamente y donde aparecen otras dos chicas, nuevamente de espaldas, portando un larguísimo palo en la misma esquina de la ciudad, una más alta que la otra vestida con jumper corto, mocasines y medias tres cuarto claras. Una tercera toma, resguardada en el Museo de la Ciudad, nos permite develar que se trata de mujeres distintas. Es decir que según el registro fotográfico podemos apreciar al menos tres chicas que preparan una barricada portando palos, dos lo hacen juntas y la otra corre sola con él.

### Imagen 4 . Fotografía de Carlos Saldi



*mitre 9 de julio*

Fuente: Cortesía Fondo Rosariazos del Centro Documental Rubén Naranjo, Museo de la Memoria-Rosario.

### Imagen 5. Fotografía de Carlos Saldi



*mitre y 9 de julio*

Fuente: Cortesía Fondo Rosariazos del Centro Documental Rubén Naranjo, Museo de la Memoria-Rosario.

Saldi reconoció que estaba muy implicado con sus fotos. Y que además las realizó con una cierta metodología; enterarse donde empezaba la movilización, seguirla y tratar de estar en todos los lugares donde “pasaban cosas”. Su idea de “seguir” la movilización y no adelantarse a ella devino acto precisamente en las tres fotos que nos muestran a las chicas del palo; sus rostros no pueden verse. Sin embargo y por virtud de esa viralización alguien reconoció (por medio de la foto circulando en un mensaje de Whatsapp) en esas jóvenes a su hermana. Desde Australia, Leo Martínez, en una larga comunicación con la periodista Sonia Tessa plantea que “La chica que corre con la madera era mi hermana Martha, desaparecida el 14 de mayo de 1977, y hay otra foto donde para a descansar” (*Rosario*/12, 2019, 16 de junio).

Ricardo Arias, el compañero de Martha Antonia Martínez Molina, un experimentado militante, que sabe de clandestinidades y de resguardos, mirando esas fotos junto a la hija mayor que tuvo con Martha (Ana Clarisa), lee una intención en el fotógrafo: fotografiar de atrás para cuidar, como queriendo preservar las identidades de esas manifestantes frente a un poder represivo. Sin embargo no puede aseverar que se trate de Martha, solo nos confirma que ella estuvo allí, que participó en las rebeliones del 69, como estudiante de la carrera de Filosofía de la entonces Facultad de Filosofía y Letras de la UNR (hoy Humanidades y Artes) y como militante de la Tendencia Antiimperialista Revolucionaria, una agrupación estudiantil vinculada al Partido Revolucionario de los Trabajadores.<sup>8</sup>

<sup>8</sup> Cuando esta historia cobró atención en los medios de comunicación local, desde el Programa de Preservación Documental, “Facultad de Humanidades. Historia, memoria y política” (bajo mi coordinación y la de Laura Luciani) nos encontrábamos trabajando desde hace algunos años en la búsqueda de huellas materiales del paso de los 90 estudiantes, docentes y graduados de nuestra Facultad desaparecidos y asesinados bajo el terrorismo de Estado. Martha Antonia forma parte de esa nómina y las evidencias que encontramos hasta el momento son exiguas, limitándose a algunas actas de exámenes y un pedido de readmisión. Su legajo está desaparecido. El 7 de junio de 2019 concretamos una extensa entrevista con Ricardo y Ana Clarisa Arias, el compañero y la hija mayor de Martha, para unir fragmentos de su historia como estudiante, militante, compañera, madre y mujer.

Esas fotos, en su circulación, instituyeron vínculos entre imágenes y recuerdos, relaciones entre palabras e imágenes. Son múltiples las confusiones que persisten, no solo la incógnita (parcial) sobre esas identidades femeninas, sino también si esas fotos corresponden al primer o al segundo *Rosario*,<sup>9</sup> en qué lugar de la ciudad se tomaron ya que el fotógrafo les asignó una esquina equivocada de la ciudad. Entretanto en una resignificación de la conocida consigna del Che Guevara encontramos una provisoria respuesta a aquella pregunta que insiste socialmente; para nosotrxs se trata de “Dos, tres, muchas chicas del palo”.<sup>10</sup> Lo cierto es que se convirtieron en imágenes manifiesto (Florio, 2005; Giunta, 2009), viajando libres de ataduras y pudiendo trasladarse a cualquier escenario de protesta, volviendo ineludible interrogarse sobre la participación de las mujeres en los *Rosarios* y en esa rebeldía que inundó las calles de Argentina a fines de los años sesenta.

### 3. Entre imágenes y memorias

Las imágenes disponibles del 69 rosarino son muy variadas, principalmente las producidas por Saldi, quien desde una lente que toma partido por lxs rebeldes ofrece muy distintos ángulos de los acontecimientos. Podríamos leer en ellas desde una cartografía de la protesta, de sus modalidades y expresiones, un detalle minucioso de sus actrices y actores, y también de los otros, de los represores. Pero no

<sup>9</sup> Distintos textos atribuyeron la foto más famosa al mes de mayo (Bortolotti, 2019, Garat, 2019 y Debanne, Valeriano y Gamarnik, 2019), si bien ésta fue publicada por la revista *Boom* como perteneciente al segundo *Rosario*, recién con el número de octubre. Sin embargo sabemos que la metodología de trabajo, casi a contrarreloj, no era muy rigurosa. Aguirre (2014) publica la foto de las dos chicas sosteniendo el palo como perteneciente a mayo. Hemos asistido a innumerables debates; el carácter estudiantil del primero indicaría que fue mayo, el hecho que las fotos fueran tomadas de día se ajusta a la dinámica del segundo *Rosario*, más que al primero con fuegos ardiendo desde que el sol comenzó a caer.

<sup>10</sup> Esta idea fue elaborada colectivamente entre quienes formamos parte del Programa antes mencionado (estudiantes, graduados y docentes).

solo. También advertimos, en su captura, escenas de un cotidiano que se ve abruptamente sobresaltado. Puede apreciarse a una ciudad con sus calles céntricas y barriales, con sus rincones, sus casas bajas, sus negocios y sus bares, sus luces de neón y sus publicidades, sus medios de transporte, sus estaciones ferroviarias devastadas y los troles quemados de setiembre entre muchas otras recuperaciones posibles.

Las imágenes carecen de significados unívocos y por su propia naturaleza admiten la posibilidad de múltiples lecturas. Es sabido que las imágenes en general, y las fotografías en particular, no pueden ser consideradas un reflejo de la realidad, sino que constituyen representaciones que contribuyen a la creación de imaginarios visuales. Si como sosteníamos al iniciar este texto las imágenes son (también) poderosos instrumentos de la memoria social podemos preguntarnos entonces por el vínculo que se estableció entre memoria e imagen a propósito del 69 rosarino.

Lo primero que debemos considerar es que se realizó una apropiación selectiva del corpus de imágenes disponibles, que esa selectividad implicó mudanzas y significaciones temporales específicas y tal vez los movimientos de la memoria social guarden una relación con ello. Hay una presencia de las imágenes de los muertos bajo la represión, que fue tematizada y retrabajada a posteriori con insistencia. ¿Qué podemos leer allí aún con esa distancia con que Renzi y Naranjo acudieron a ella? Una elección estético-política que suponía para el primero la heroicidad de la muerte necesaria para la revolución y para el otro la represión que cobra fuerza y se cobra vidas.

Advertimos sin embargo la existencia de distintas memorias; una es la memoria de la represión, de la muerte y de los muertos en la lucha, pero también hay otra memoria que fue abriéndose paso casi subrepticamente hasta instalarse con fuerza en este cincuenta aniversario; la de la lucha, pero la de la lucha que no supone la muerte necesariamente, la lucha que impone su vitalidad, la de la marca en la experiencia de la calle, la de la solidaridad en movimiento recorriendo el país, anclando en esos cuerpos jóvenes de mujeres

y varones corriendo, cooperando, denunciando, sublevándose, de distintas clases sociales, sin dudas, pero aunadas y hermanadas. Más aún, esa memoria visual cobró forma de mujer a través de esa imagen manifiesto, imagen emblema, imagen potencia: la chica o las chicas del palo.

Podemos trazar algunos puentes entre los caminos de la memoria social sobre México del 68 y la Argentina del 69. Al analizar las imágenes y la memoria del 68 mexicano Alberto del Castillo (2012) sugiere que la matanza (de Tlatelolco) como hecho histórico definió el recuerdo y la memoria colectiva del movimiento durante los siguientes años desplazando los importantes logros cívicos obtenidos por los estudiantes durante los meses previos, cuando cientos de miles de personas marcharon por las calles de la capital y tomaron simbólicamente el Zócalo capitalino, sede de los poderes civiles y religiosos desde el período virreinal. Sin embargo repara en la existencia de dos memorias sobre el movimiento estudiantil de 1968: la correspondiente a la “denuncia”, surgida a fines de los años sesenta, como consecuencia de la impunidad de la matanza del 2 de octubre, y la del “elogio”, nacida en la década de los setenta, como parte del proceso de recuperación política y cultural del movimiento, que poco a poco fue leído como pieza clave de la transformación del sistema político mexicano. Concluye admitiendo que en tiempos recientes ambas memorias coexisten y se complementan, aunque la memoria de la masacre por su carácter impune es la predominante en el recuerdo ciudadano. La memoria de la tragedia habría desplazado a la fiesta enfatizándose a la represión.

Una comparación nos indica, en cambio, que en el 69 rosarino aparece una tensión entre esas dos imágenes y esas dos memorias: la de la muerte sembrada por la dictadura y la de la insurrección y la desobediencia simbolizada (ahora) en una imagen de mujer. En este cincuentenario ese pasaje del cuerpo masculino asesinado a las imágenes de mujeres en movimiento implica un movimiento simbólico y político desde la muerte a la lucha pero encarnada en géneros distintos.

Ese desplazamiento proyecta (y sintetiza) a una mujer activa, a una mujer con agencia propia, a una mujer en movimiento, junto a otras, cooperando e instituyendo sentidos nuevos sobre el 69. En ese tomar las calles para abrir el camino, las chicas del palo han permitido abrir paso a otros recuerdos (e imágenes) más allá de las históricamente predominantes voces de los varones ya del movimiento estudiantil, ya del movimiento obrero combativo. Encontrar explicación a ello supone reconocer ante todo que esas imágenes actúan en situación, en un entorno simbólico receptivo, en un campo de posibilidades creado sin lugar a dudas por la significatividad y potencia del movimiento feminista; uno de los movimientos sociales más importantes de la Argentina actual. Solo así es posible comprender ese salto dialéctico de “las chicas del palo” desde aquel pasado a este presente.

## Bibliografía

Aguirre, O. (2013). *Boom, la revista de Rosario. Antología*. Rosario: La Chicago Editora.

Bazzoni, C. (2003, 20 de julio). Testimonio de los días que conmovieron a Rosario. *La Capital, Suplemento Señales*, p. 1.

Berger, J. (2015). *Modos de ver*. Barcelona: Editorial G. Gili.

Bortolotti, M. (2019). ¿Quién es esa chica?. *El Corán y el termotanque*. (Rosario). Recuperado de <https://coranytermotanque.com/2019/05/quien-es-esa-chica/>.

Buck Morss, S. (2005). Estudios visuales e imaginación global. *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología*. (Colombia: Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de los Andes), 1(9).



- Burke, P. (2005). *Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico*. Barcelona: Crítica.
- Debanne L.; Valeriano, D. y Gamarnik, C. (2019, 27 de mayo). La chica del poste. *La tinta periodismo hasta mancharse*. Recuperado de <https://latinta.com.ar/tinta-china-dibujos/>.
- Del Castillo Troncoso, A. (2012). *Ensayo sobre el movimiento estudiantil de 1968. La fotografía y la construcción de un imaginario*. México: Instituto de Investigaciones J. L. M. Mora / CONACYT.
- Didi-Huberman, G. (2015). *Ante el tiempo*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.
- Didi-Huberman, G. (Cur.). (2017). *Sublevaciones*. Caseros: EDUNTREF.
- Florio, S. (2005). Un lugar en la historia. Tomas de posición a través de un cuadro-manifiesto. En *La trama de la comunicación, Anuario del departamento de la Comunicación*. (Rosario: Facultad de Ciencia Política y RR.II., UNR), 10.
- Garat, F. (2019). La chica del palo, obsesiones o cruce de destinos. En *Catálogo Revolucionistas. Rebeliones (y) feminismos*. Rosario: CelChe - Centro de Estudios Latinoamericanos Ernesto Che Guevara, Municipalidad de Rosario, (p. 27).
- Giunta, A. (Ed.). (2009). *El Guernica de Picasso: el poder de la representación. Europa, Estados Unidos y América Latina*. Buenos Aires: Biblos.
- Huyssen, A. (2009). Medios y memoria. En C. Feld y J. Stites. *El pasado que miramos. Memoria e imagen ante la historia reciente*. Buenos Aires: Paidós.
- Longoni, A. (2014). *Vanguardia y revolución. Arte e izquierda en la Argentina de los sesenta-setenta*. Buenos Aires: Ariel.
- Naranjo, R. (1999, octubre). *Los Rosariazos. Mayo y setiembre de 1969*. Santa Fe: Ediciones AMSAFE.
- Tessa, S. (2019, 16 de junio). Todas esas chicas del palo en las barricadas. *Rosario/12*.
- Viano, C. (2000). Una ciudad movilizada. (1966/76). En A. Pla (Coord.). *Rosario en la historia, de 1930 a nuestros días. Tomo 2*. Rosario: UNR Editora.

Viano, C. (2009, octubre). A 40 años del Rosariazo: política, historia y memoria. *Revista Reseñas de la Enseñanza de la Historia; Asociación de Profesores de Didáctica de la Historia de Universidades Nacionales (APEHUN)*. (Córdoba: Editorial Alejandría), 1(7).

### **Imágenes**

[Collage de Rubén Naranjo]. (1999). Centro Documental Rubén Naranjo, Museo de la Memoria, Rosario.

[Fotografías de Carlos Saldi]. (1969a). Archivo Fotográfico “Vladimir Mikielievich”, Museo de la Ciudad, Rosario.

[Fotografías de Carlos Saldi]. (1969b). Fondo Rosariazos del Centro Documental Rubén Naranjo, Museo de la Memoria, Rosario.

## Capítulo 3

# En y más allá de la estela del Cordobazo

## El Tucumanazo y la lucha de calles en Tucumán, 1969-1972

*Emilio Crenzel*

El *Cordobazo* significó el comienzo del fin de la dictadura de la “Revolución Argentina” y, a la vez, abrió un ciclo de radicalización política inédito en el país. La provincia de Tucumán no fue ajena a ese proceso. Simultáneamente al *Cordobazo*, su capital fue escenario de enfrentamientos callejeros durante los cuales la Casa de Gobierno provincial fue rodeada y apedreada por los manifestantes. Entre el 10 y el 13 de noviembre de 1970, la provincia asistió a una protesta aún mayor: el *Tucumanazo*. En el apogeo de esos días, entre 64 y 90 manzanas de San Miguel de Tucumán estuvieron en poder de los manifestantes y como resultado de la protesta fueron descabezados diversos estamentos del gobierno provincial. Finalmente, en junio de 1972, se produjo el *Quintazo*, que tuvo por epicentro la Quinta Agronómica, sede universitaria, que culminó con el asesinato de un estudiante.

En este artículo retomo discusiones sobre el *Cordobazo*, para avanzar en la comprensión del sentido social y político de los *azos* en

Tucumán entre 1969 y 1972.<sup>1</sup> Trataré de mostrar sus rasgos comunes con el *Cordobazo* y, a la vez, la especificidad de sus protagonistas, conflictos y relaciones de fuerza en el marco de los cambios devastadores que sufrió la economía tucumana fruto de la política azucarera del general Onganía. Analizaré, entonces, al *Tucumanazo* en la intersección de procesos nacionales y locales. Esto es, en y más allá de la estela del *Cordobazo*.

Esta apuesta pretende discutir simultáneamente dos perspectivas. La primera tiende a sobredimensionar la presencia de la clase obrera azucarera en el *Tucumanazo* a partir de la participación de ciertas fracciones, a la vez que le otorga a la misma un carácter continuo e invariado (Nassif, 2013). La segunda propone que la reducción de su presencia en esa lucha evidencia la culminación del protagonismo de la clase obrera azucarera en las confrontaciones sociales en la provincia ignorando, así, su intervención posterior en diversas formas de lucha, incluyendo la huelga de dos semanas de septiembre de 1974 contra el gobierno peronista (Ramírez, 2008).<sup>2</sup>

Propongo, en cambio, que los *azos* tucumanos fueron episodios insurreccionales en el proceso de formación, a nivel nacional, de una fuerza social de carácter popular y antidictatorial, asamblearia y antiburocrática, comprometida con las corrientes de la “nueva izquierda” que tenían por horizonte político el socialismo y el peronismo revolucionario. Esta fuerza heterogénea coincidía en luchar por recuperar las libertades civiles y políticas y enfrentar la pérdida de derechos sociales, mientras se dividía en torno a la caracterización política de la figura de Perón y las vías de la Revolución.

Si estos rasgos emparentan los *azos* tucumanos con el *Cordobazo*, su especificidad radicó en que su conducción estuvo en manos de los estudiantes universitarios alineados con la nueva izquierda y

<sup>1</sup> Sobre esas discusiones véanse, especialmente, Brennan y Gordillo (1994), Torre (1994) y G. Maceda (1994).

<sup>2</sup> Esta autora, cuya perspectiva reproduce la mirada de Healey (2003), confunde, además, la dimensión de la presencia obrera en las confrontaciones con el carácter de clase que éstas asumen.

la presencia obrera, secundaria respecto del protagonismo cordobés pero igualmente fundada en una tradición sindical combativa, estuvo encarnada en fracciones antiburocráticas y clasistas, minoritarias dentro de la Federación Obrera de Trabajadores de la Industria Azucarera (FOTIA), que pugnaban por recuperar o defender su condición asalariada amenazada y por empleados administrativos, y no por obreros que se encontraban entre los mejor pagos del país (Brennan y Gordillo, 1994: 51).

### **1. Crisis azucarera, protesta social y radicalización política**

Tras el golpe de Estado del 28 de junio de 1966, la dictadura de la “Revolución Argentina” prometió una drástica transformación de la industria azucarera. Pocos días después del golpe, con motivo del 150 aniversario de la Independencia Nacional, Onganía fue recibido de forma masiva y entusiasta en Tucumán. Ante dirigentes de la FOTIA manifestó que: “la espada de la revolución se desencadenaría sobre Tucumán para transformarlo de manera revolucionaria”<sup>3</sup>. Su discurso pronto reveló su contenido. Las medidas que protegían a pequeños y medianos cañeros fueron reemplazadas por otras que favorecían la concentración y centralización del capital acentuando, así, un proceso de desregulación del sector iniciado en 1955 con la “Revolución Libertadora”. Ante la crisis de sobreproducción de azúcar de 1965 la dictadura fijó, mediante el Decreto Ley 16.926, cupos de producción por provincia, reguló el precio del azúcar a partir de los costos más altos de producción, eliminó los subsidios estatales, dispuso la intervención y cierre de los ingenios menos eficientes, restringió los cupos de producción de los ingenios –beneficiando a los de Salta y Jujuy en detrimento de los tucumanos– (Gobernación de Tucumán, 1980: 23; Campi y Bravo, 1999; Pucci, 2007: 75) y dispuso incentivos fiscales para radicar nuevas industrias (Sigal, 1970). La caída

<sup>3</sup> *La Gaceta* (1966, 10 de julio, p. 2).

del precio internacional del azúcar y la introducción de cosechadoras integrales, cada una de las cuales desplazaba a 117 cosecheros manuales, terminaron de componer un cuadro desolador (Murmis, 1969: 17). Quebraron 10 mil pequeños cañeros, se redujo en 120 mil hectáreas el área cultivada, cerraron 11 de los 27 ingenios azucareros y se concentró y centralizó la producción. En 1972, 16 ingenios superaban la producción de los 27 existentes en 1966 (Pucci, 2007: 126; Murmis, Sigal y Waisman, 1969; Sigal, 1970).

El cierre de ingenios tuvo consecuencias dramáticas. El desempleo alcanzó, en 1968, al 15% de la Población Económicamente Activa. Ese año, un 35% del personal ocupado en la industria azucarera quedó desocupado (INDEC, 1970b). Provocó una emigración estimada de entre 150 y 250 mil personas hacia las periferias de las grandes ciudades del país. Pueblos enteros quedaron deshabitados y la población provincial, que creció un 30% entre 1947 y 1960, disminuyó -1% entre 1960 y 1970 (INDEC, 1970a).<sup>4</sup> Por último, suscitó una vertiginosa desafiación sindical. La FOTIA redujo sus afiliados, entre 1966 y 1969, de 36 mil a 19 mil y de 52 a 19 los sindicatos de fábrica y surco adheridos (Sigal, 1969).

La dictadura impulsó el “Operativo Tucumán”, un programa de promoción industrial con exenciones fiscales de hasta el 100% si la empresa se establecía en zonas de ingenios cerrados. Pese a la instalación de 16 fábricas –frigoríficos, algodoneras, citrícolas–, el empleo industrial en 1974 alcanzaba a 42 mil personas, apenas superior a las 39 mil que reunía en 1954 (Gobernación de Tucumán, 1980: 43).

El cierre de ingenios agudizó la conflictividad social. Se multiplicaron las movilizaciones, los piquetes, las huelgas y las ocupaciones de ingenios, incluso con toma de rehenes, protagonizadas por obreros de fábrica y del surco. Estas luchas abrevaban en una combativa tradición obrera manifestada en grandes movilizaciones promovidas por la FOTIA como la “Marcha del hambre” que en 1962 colmó con 25 mil cañeros y obreros del surco la Plaza Independencia frente

<sup>4</sup> Sobre los cambios en la estructura ocupacional y demográfica, véase Cuenya (1977).

a la gobernación provincial; pronunciamientos como el del congreso “Camilo González” de 1965 que abogó por la reforma agraria y un gobierno obrero y popular (Taire, O., 1970: \*) o la elección, ese año, de Leandro Fote, secretario general del sindicato del ingenio “San José”, militante del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), como legislador provincial y de Benito Romano, dirigente del ingenio “La Esperanza” y militante de la resistencia peronista electo diputado nacional.<sup>5</sup>

Ante la política de Onganía, un núcleo de sindicatos de ingenio constituyeron Comités de Defensa de la industria azucarera junto a pequeños cañeros, comerciantes y vecinos y Comisiones de Ingenios Cerrados en las cuales predominaba la CGT de los Argentinos cuyo líder, Raimundo Ongaro, visitaba asiduamente Tucumán, y la izquierda clasista. Estas corrientes se oponían a la CGT Aballay, vanderista y a la dirección de la FOTIA a la que acusaban de “colaboracionista”.<sup>6</sup>

En ese marco, Tucumán se volvió sinónimo de desigualdad y pobreza pero, también, de combatividad. “Tucumán podría convertirse, del día a la noche, en otra Sierra Maestra”, declaraba el presidente del Jockey Club local a *Primera Plana*, aún antes de producirse el cierre de ingenios. El fantasma de la Revolución Cubana recorría, también, el imaginario revolucionario. La guerrilla peronista de Taco Ralo, derrotada en agosto de 1968, era un indicador de este proceso.<sup>7</sup>

En función de la dramática y conflictiva situación provincial, en noviembre de 1968, en las sedes de Buenos Aires y Rosario de la CGT de los Argentinos se realizó la muestra “Tucumán Arde”, impulsada por esa central sindical, intelectuales y artistas de vanguardia

<sup>5</sup> Fote fue secuestrado el 12 de enero de 1976 y Romano el 14 de abril de 1976. Ambos permanecen desaparecidos.

<sup>6</sup> Entrevista a Taire (1984 de septiembre), ex secretario de prensa del Sindicato de Prensa de Tucumán, y a Hevia (1995, 7 de julio) entonces militante del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT). Sobre la conflictividad obrera en el período, véase Sigal (1973).

<sup>7</sup> *Primera Plana*. (1966, 24 de mayo, p. 7).

procurando denunciar la concentración monopólica y la crisis social provocadas por las medidas de Onganía.<sup>8</sup>

La protesta social contaba, también, con el apoyo de los curas del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo, entre los que se contaban David y Amado Dip, Fernando Fernández, Juan Ferrante, Roque Carmona, René Nieva, entre otros, quienes recogían las ideas de la Conferencia Episcopal de 1968 en Medellín y abogaban por un proceso de liberación. Estos sacerdotes participaban de las luchas obreras por la reapertura de ingenios, en sus misas defendían los derechos de los trabajadores y ofrecían sus parroquias como refugios ante la represión.<sup>9</sup>

La radicalización abarcaba, también, al movimiento estudiantil en el cual comenzaron a predominar las tendencias de la “nueva izquierda” que, influenciadas por la Revolución Cubana, la figura del Che, el mayo francés y las luchas anticolonialistas y antiimperialistas de Argelia y Vietnam, propugnaban el socialismo. El movimiento estudiantil enfrentó la intervención de las universidades dispuesta por Onganía y al rector Rafael Paz miembro de la élite azucarera local a quien burlescamente llamaban el “Incapaz”, y participó de las luchas obreras contra el cierre de ingenios.<sup>10</sup> La efervescencia social se expresaba, además, en la renovación del folclore, el teatro alternativo y en organizaciones populares, como el Grupo Alfa que, con el método del pedagogo Pablo Freire, impulsaba campañas de alfabetización (Orquera, 2010). Estos actores confrontaron con la dictadura de Onganía y su modelo corporativo, anticomunista y preconciiliar. El gobernador Roberto Avellaneda lo personificaba: integraba la élite azucarera provincial y, a la vez, era un asistente regular de los “cursillos de cristiandad”.

Tucumán asistió a la formación de un movimiento de protesta con un nuevo perfil. La clase obrera azucarera afectada por el cierre

<sup>8</sup> Sobre Tucumán Arde, véase Metsman y Longoni (2010).

<sup>9</sup> Entrevista a Carmona (1989, 7 de junio) entonces sacerdote del Tercer Mundo.

<sup>10</sup> Sobre el rechazo estudiantil a la intervención universitaria, véase Bonavena (2010).



de ingenios, el desempleo, la emigración y el hambre, ofreció una férrea resistencia a la pérdida de su condición, los curas tercermundistas contribuyeron a su fuerza moral y la solidaridad estudiantil zanjó la cesura abierta durante el primer peronismo con la clase obrera.

## **2. El 69 tucumano**

En 1969 los trabajadores del azúcar ocupaban el tercer lugar de horas no trabajadas –196.254– por causa de conflictos obreros y el cuarto en horas no trabajadas promedio por obrero, 21 (Ministerio de Trabajo, 1970). A las huelgas de los obreros azucareros, se añadían las movilizaciones de los obreros de ingenios cerrados. En marzo una movilización en torno al ingenio Bella Vista, cuyo dirigente era Atilio Santillán, peronista alineado con la CGT de los Argentinos, marchó a la capital provincial, bloqueó el paso de un tren e incendió un tractor. En abril, en Villa Quinteros, se produjo una pueblada conducida por la Comisión Pro Defensa de Villa Quinteros, que reunía obreros, comerciantes y cañeros, la cual fue reprimida al intentar entregarle un petitorio al gobernador (Crenzel, 2014: 70-71).

El martes 13 de mayo, un grupo de trabajadores había ocupado el ingenio Amalia, donde retuvieron a uno de los gerentes en reclamo por sueldos atrasados. El día 16, el asesinato del estudiante correntino Juan José Cabral crispó los ánimos de los estudiantes universitarios quienes se sumaron a las protestas y fueron reprimidos por la policía en cercanías del Correo. El 17, los estudiantes constituyeron la Coordinadora Universitaria integrada por los Centros de Estudiantes de Derecho, la Federación Universitaria del Norte y la Liga de Estudiantes de Humanidades de Tucumán la cual decretó el “asueto de mayo”, para la semana del lunes 19 al domingo 25, consistente en movilizaciones y toma de facultades. Pronto se sumaron estudiantes secundarios de 17 colegios quienes participaron de las asambleas y conformaron una coordinadora similar (González Trejo, 1970: 73).

Los manifestantes se enardecieron al conocer el asesinato en Rosario del estudiante Adolfo Bello. En ese marco, la Federación Universitaria del Norte adhirió al paro estudiantil de 48 horas que, para el 20 y 21 de mayo, había decretado la Federación Universitaria Argentina, al cual se sumaron estudiantes secundarios. La noche del 23 de mayo se produjo una “marcha del silencio” en repudio de los asesinatos de Cabral y Bello. La noche siguiente, en vísperas del 25 de mayo, un joven irrumpió, mientras se desarrollaba la obra *Romeo y Julieta* con la asistencia del gobernador Avellaneda, y pidió un minuto de silencio por los estudiantes asesinados.

El lunes 26, se realizó una misa en la parroquia San Gerardo en homenaje a Cabral y Bello con la asistencia de 3.500 personas, muchas de ellas vecinos de San Cayetano y Ciudadela, barriadas populares. El sermón del cura Juan Ferrante fue elocuente: “Hoy los cristianos tenemos que dar testimonio de las enseñanzas de Cristo, para que el combate que libran los estudiantes no sea en vano, pues si queremos hacer una revolución, tenemos que hacerla hasta el final, y si caen algunos que su sangre sea semilla liberadora” (Crenzel, 2014: 74). Los asistentes marcharon, luego, al centro. Apedrearon la Casa de Gobierno y el Jockey Club mientras circulaban rumores de conflicto salarial en la policía provincial. De hecho, el día siguiente, el jefe de policía Montes, fue reemplazado por el teniente coronel Villareal, jefe del Regimiento 19 de infantería con asiento en Tucumán (Crenzel, 2014: 67, 68; Tarcus, 1999: 27).<sup>11</sup>

Pronto la represión policial alcanzó la sede de la FOTIA y la de Federación Económica de Tucumán donde su presidente, José Chebaia, detenido-desaparecido en 1976, sufrió un ataque cardíaco. La represión a la sede de la FOTIA radicalizó la protesta. El 28 se realizó una concentración obrero-estudiantil, programada por la CGTA, en el local de la FOTIA, mientras los estudiantes universitarios tomaban

<sup>11</sup> En 2013 en el predio de este regimiento, entonces ocupado por el Liceo Militar y la Jefatura de policía, fueron hallados restos pertenecientes a detenidos desaparecidos. Véase, <https://www.tucumanalas7.com.ar/local/2013/11/20/encuentran-restos-humanos-en-el-ex-regimiento-19-83580.html>.

la sede de la universidad y desconocían a sus autoridades. El acto en la FOTIA exhibe, según Nassif, la unidad obrero-estudiantil: ocho oradores obreros, cinco estudiantes y cuatro representantes de los pequeños cañeros y del sindicato docente (Nassif, 2013: 162-166).<sup>12</sup> A la vez, evidencia que la representación obrera corresponde a la fracción minoritaria de la FOTIA, alineada con la CGTA y al sindicalismo clasista. Tras el acto, los manifestantes ocupan 15 manzanas de la ciudad. El 29 por la mañana, obreros detienen en la estación Ranchillos del ferrocarril Mitre al tren de pasajeros “El Cordobés”. Otro tanto ocurre en Tafi Viejo, mientras en Concepción los manifestantes incendian una casilla policial. Corren rumores sobre el *Cordobazo* y se generaliza un comentario: “De Córdoba vienen camiones cargados de huevos”.<sup>13</sup>

En ese marco, la dictadura dispone el funcionamiento de los Consejos de Guerra Especiales en todo el país. El día 30, día de paro nacional decretado por la CGT, obreros de los talleres ferroviarios de Tafi Viejo erigen barricadas y ocho de ellos son heridos de bala. Obreros de los ex ingenios San José y Villa Amalia se suman a la sede de la universidad, mientras se producen incidentes en la Banda del Río Salí, en la periferia de la capital, en los que muere el obrero Ángel Rearte.

Los enfrentamientos de mayo de 1969 en Tucumán constituyen una expresión más de la situación política nacional, de la efervescencia estudiantil y del impacto de los asesinatos de Cabral y Bello. Sin embargo, su estallido simultáneo a la insurrección cordobesa muestra sus raíces locales. Evidencia la intensa conflictividad social y la combatividad de la fracción de la clase obrera azucarera afectada por el cierre de ingenios, la radicalización estudiantil y la constitución de una fuerza social que incluía, además, a estudiantes secundarios, pequeños cañeros y comerciantes y, en términos políticos, a la CGT de los Argentinos, el sindicalismo clasista, la nueva izquierda

<sup>12</sup> Véanse *Primera Plana*. (1969, 27 de mayo, 235). y *Primera Plana*. (1969, 3 de junio, 236, p. 11).

<sup>13</sup> Entrevista a Marteau (1988, 5 de abril) ex dirigente estudiantil y miembro de la comisión del Comedor.

juvenil y el cristianismo de liberación. El acto obrero-estudiantil en la FOTIA, que se traduce en la ocupación posterior de algunas manzanas de la ciudad, la misa en San Gerardo y los incidentes el 30 de mayo, en el marco del paro nacional, son los momentos en que se manifiesta, en las calles, esta alianza.

### **3. El Tucumanazo**

Un año y medio después de los enfrentamientos de mayo de 1969, se abrió un nuevo contexto político a escala nacional tras ser reemplazado de la presidencia Onganía por el general Marcelo Levingston. Sin embargo, Tucumán seguía inmersa en el conflicto social. Se sucedían manifestaciones obreras en Los Ralos en reclamo de fuentes de trabajo, tomas de los ingenios San Pablo, San Juan y Marapa en reclamo del pago de salarios atrasados, huelgas de maestros y no docentes de la universidad y pronunciamientos críticos de los sacerdotes terciaristas.

A ello se añadía la inestabilidad política. Tras la renuncia de Onganía, el ejecutivo provincial estuvo por un mes a cargo del coronel Jorge Rafael Videla, jefe de la V Brigada de infantería con asiento en Tucumán, quien enfrentó fuertes conflictos gremiales. En septiembre, asumió Carlos Imbaud, democristiano, quien había sido interventor federal de Tucumán en 1962 bajo el gobierno de Guido. La universidad también vivía un clima de movilización. Las asambleas eran multitudinarias y tenían por eje la discusión de la situación del Comedor, la denuncia de la ausencia de libertades públicas y la solidaridad con el movimiento obrero.

A principios de noviembre un nuevo actor irrumpió en este escenario. Un comando del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), brazo armado del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) asaltó, unos meses antes, una sucursal del Banco Comercial del Norte apoderándose de 20 millones de pesos de entonces. Durante una asamblea estudiantil varios encapuchados, desde una azotea,

lanzaron dinero para el “fondo de movilización”. Según Héctor Marteau, dirigente estudiantil, la asamblea decidió rechazar la donación y, tras una presentación judicial, el dinero quedó depositado en Tribunales, deslindándose así todo vínculo entre los donantes y el movimiento estudiantil. Tras tres meses, los fondos pasaron al erario público. Según Marteau, esta decisión no expresaba una ruptura con los grupos armados, sino la responsabilidad política ante el movimiento de masas.<sup>14</sup> Graciela Jaeger, dirigente estudiantil y luego presidenta de Madres de Plaza de Mayo de Tucumán, recuerda que, tras tres meses, dado el axioma que reza “posesión vale título”, los fondos quedaron en propiedad de la coordinadora estudiantil que adquirió con ellos un espléndido mimeógrafo (Jaeger: 1992, 9).<sup>15</sup> Estas memorias reflejan lecturas retrospectivas diferentes sobre la lucha armada pero, además, ponen de manifiesto los desafíos que la guerrilla planteaba a los movimientos de masas.

Lo cierto es que para principios de noviembre de 1970 el Comedor Universitario ubicado en la calle Muñecas al 200, en el centro de la ciudad, donde comían diariamente centenares de estudiantes, vio amenazada su existencia por su cierre, meta que la dictadura había intentado implementar desde 1969 en diversas universidades nacionales. El Comedor estaba dirigido por una comisión designada por el rector que ejercía un control discrecional sobre el acceso. Con sus precios accesibles, sostenía la economía diaria de estudiantes de Tucumán, extranjeros, en especial de Bolivia y Chile, y de provincias vecinas del norte. Este último grupo, representaba un 47% de los 10.625 mil estudiantes con los que contaba la Universidad Nacional de Tucumán en 1970, entonces única universidad nacional del norte argentino (Universidad Nacional de Tucumán, 1970). El perfil social de su estudiantado tenía un marcado carácter popular. Ese año, 60%

<sup>14</sup> Entrevista a Marteau (1988, 24 de junio).

<sup>15</sup> Su esposo, Maurice, periodista de *La Gaceta* fue detenido-desaparecido el 8 de julio de 1975, por el ejército y la policía.

de uno de sus padres era obrero o empleado (Comisión Bicameral de la Provincia de Tucumán, 1970: \*).

En ese contexto, el movimiento estudiantil que rechazaba por burocráticos los Centros de estudiantes y se organizaba en base a cuerpos de delegados eligió en una asamblea de 500 estudiantes y por votación nominal una nueva conducción del Comedor que desplazó a la “comisión de admisión” designada por el rector. Sus integrantes expresaban la presencia de estudiantes de otras provincias del noroeste argentino, de hecho los centros de estudiantes provinciales motorizaron sus respectivas candidaturas y, además, la emergencia de la “nueva izquierda”. Héctor Marteau, jujeño, era estudiante de Filosofía y Letras y militante de la Agrupación Revolucionaria de Estudiantes Socialistas (ARDES); José Luna, único tucumano cuya candidatura fue apoyada por el centro de estudiantes de Santiago del Estero, era estudiante de Ciencias Económicas, militante del Grupo de Base Independiente; Guillermo Martinelli salteño, militante de la Línea Independiente Antiimperialista; Víctor Noé, salteño, estudiante de Derecho, militaba en esa misma agrupación; Lisardo Arias, salteño, estudiaba Derecho y militaba en el Grupo Evolución Tucumán (GET) y Lucio Yazlle, salteño y estudiante de Agronomía, militaba en el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT-La Verdad).

La Universidad Nacional de Tucumán (UNT), recuerda José Luna,

(...) era una universidad típica de la oligarquía tradicional, con el estudiantado obligado a ir de corbata. El rector, Paz, descendiente de una de las familias de la oligarquía azucarera, la dirigía con autoritarismo, nombraba a la Comisión del Comedor el cual sólo ofrecía plazas para 300 estudiantes. Esa comisión decidía, a dedo, quien comía. En ese mismo lugar, en el viejo comedor, va naciendo la conciencia crítica: ¿Por qué un comedor para pocos? Encima se hablaba que a fin de año cerraría por falta de presupuesto.<sup>16</sup>

<sup>16</sup> Entrevista a Luna (1988, 14 de octubre) ex miembro de la Comisión del Comedor Universitario.

Los estudiantes exigían que el Comedor no cerrase, estuviese bajo control del movimiento estudiantil y su presupuesto cubriese 3.500 plazas diarias; declaraban su apoyo a la huelga no docente, la unidad obrero-estudiantil en repudio a la dictadura y reclamaban la libertad de los presos políticos. Simultáneamente, el personal no docente de la universidad demandaba la sanción de un nuevo escalafón, los obreros de los ingenios Santa Lucía y San Pablo reclamaban el pago de salarios atrasados y los empleados judiciales y la policía provincial aumentos salariales.

Como forma de lucha, la comisión decidió instalar el Comedor Universitario en la calle exigiendo, además, dialogar con el rector Paz sobre sus demandas. En las veredas y aceras adyacentes los estudiantes desplegaron sillas, mesas y ollas populares y, en paralelo, comenzaron a realizar, allí, una asamblea.<sup>17</sup> El Comedor no sólo gravitaba en la vida estudiantil. Era un centro de actividad política más amplio en el cual confluían comisiones obreras de los ingenios cerrados, ferroviarios de Tafí Viejo y empleados públicos, entre otros. De hecho, algunos sindicatos, como Luz y Fuerza, donaron, esos días, \$ 500 de entonces para apoyar su lucha. Ante la amenaza de desalojo y el despliegue de la infantería, carros de asalto y camiones hidrantes se produjo un diálogo entre Héctor Marteau, miembro de la Comisión del Comedor y Enrique George, subjefe de policía. George intimó a los estudiantes a desalojar la calle y los estudiantes le reclamaron la liberación de 14 detenidos en incidentes anteriores. George replicó que serían liberados tras levantarse las barricadas. Los estudiantes rechazaron la oferta y se iniciaron las refriegas.<sup>18</sup>

En función del lugar político y simbólico que ocupaba el Comedor, rápidamente la protesta adquirió apoyo. Los vecinos de la zona colaboraban, solidarios, con las barricadas. Un estudiante, emergió flameando una bandera argentina en la intersección de las calles

<sup>17</sup> Entrevista a Luna (1988, 14 de octubre) ex miembro de la Comisión del Comedor Universitario.

<sup>18</sup> Entrevista a Marteau (1988, 1 de junio) ex miembro de la Comisión del Comedor Universitario.

Córdoba y Maipú, escena que se consagró como imagen icónica del *Tucumanazo*. La policía se retrajo. Circularon diversas versiones. Una, proponía que se les habían agotado los gases lacrimógenos. Otra, que existía, como en mayo de 1969, un conflicto salarial y que estaba acuartelada. Lo cierto es que la protesta se expandió por el radio céntrico de la ciudad y concitó el apoyo de estudiantes secundarios, obreros ocupados y de ingenios cerrados, comerciantes y vecinos. La insurrección adquirió, entonces, un carácter político, una naturaleza antidictatorial y popular que anudó el reclamo estudiantil con la demanda de libertades públicas y la lucha de obreros del azúcar y trabajadores administrativos.

Ante el repliegue de la policía, los manifestantes lanzaron piedras contra la Casa de Gobierno, la sede del Jockey Club y de la Caja de Ahorro, autos oficiales y comisarías. Arrojaron bolitas a fin de desestabilizar a la policía montada, colocaron alambres entre las aceras para detener el avance de las motos policiales, lanzaron bombas Molotov desde los techos de las viviendas ante los disparos de las fuerzas represivas y encendieron fogatas para diluir el efecto de los gases lacrimógenos. Sobre la noche, se escucharon disparos de armas de fuego.<sup>19</sup>

En ese marco, ante la ausencia del gobernador Imbaud, de viaje en Buenos Aires, el coronel Videla, al mando de la V Brigada de infantería con asiento en Tucumán, dispuso el arribo de 70 infantes de gendarmería de Salta y Jujuy y de 100 efectivos de infantería de la policía federal. Su llegada intensificó la represión. Fueron allanadas las sedes del Comedor Universitario, de la FOTIA, de la CGT Regional Tucumán, varias facultades y las viviendas y pensiones donde residían dirigentes estudiantiles y obreros. Fueron detenidos, entre

<sup>19</sup> Reconstruyo los enfrentamientos en base al diario *La Gaceta*. (1970, 10-14 de noviembre). Para una reconstrucción documental, véase Heluani y Kotler (2007) y Reinoso (2014). Para los recuerdos de los integrantes de la Comisión del Comedor, véase Asociación de Prensa de Tucumán (2014).



otros, Marteau, Julio Rodríguez, dirigente obrero del ingenio San Juan y el sacerdote tercermundista Juan Ferrante.<sup>20</sup>

Pese a ello, las fuerzas represivas no logran contener la protesta y la presencia de “la Federal” irritó, aún más, los ánimos. La ciudad se transformó en un campo de batalla. Obreros ferroviarios detuvieron un tren en la estación del bajo mientras las barricadas se extendían por las calles de San Miguel de Tucumán desde el centro hasta la Plazoleta Dorrego. Los manifestantes lograron ocupar 64 de sus manzanas principales, desde Monteagudo hasta Salta y desde General Paz hasta Santiago. La Casa de Gobierno, de hecho, se encontró cercada. El coronel Videla lanzó un ultimátum a los manifestantes para que en media hora desalojasen las zonas ocupadas o entraría en acción la Gendarmería. Finalmente, el gobernador Imbaud negoció una tregua con los estudiantes. Los manifestantes advirtieron que “cuadra tomada era cuadra defendida”. Esto es, que no desalojarían la ciudad hasta que no fuesen liberados los detenidos. El gobernador acordó la liberación de los 93 detenidos y el retiro de la policía federal y la gendarmería a cambio del levantamiento de las barricadas. Imbaud fue obligado, por los manifestantes, a descender por las escalinatas de la Casa de Gobierno con la lista de detenidos a liberar. Cuando estaba a punto de leerla, un dirigente estudiantil, el “trosko” Salvatierra, luego desaparecido, se la arrebató y tomó a su cargo su lectura. Tras ello, Guillermo Martinelli, dirigente de la Comisión del Comedor, dirigió la palabra y afirmó que: “la lucha es de carácter político y sólo concluirá cuando el pueblo esté en el poder”.<sup>21</sup>

El 12 de noviembre al mediodía comienza un paro de 36 horas dispuesto por la CGT al que adhiere la regional Tucumán, el cual tuvo un acatamiento del 94%, mayor al 82% registrado a nivel nacional. La insurrección se superpuso, así, con la huelga general. La administración pública, el transporte, el comercio y la actividad universitaria y escolar se paralizaron. Durante el conflicto, la Comisión del

<sup>20</sup> Entrevista a Ferrante (1988, 14 de octubre) entonces sacerdote tercermundista.

<sup>21</sup> *La Gaceta*. (1970, 12 de noviembre, p. 3).

Comedor y dirigentes obreros nucleados en la CGT de los Argentinos conformaron una coordinadora obrero-estudiantil para impulsar la protesta. Benito Romano designó a Hugo Andina Lizárraga, emblemático militante de la Resistencia Peronista, para representar a los trabajadores azucareros.<sup>22</sup> Unos 200 obreros de ingenios cerrados, obreros de la fábrica de electrónicos Hitachi y de maderera Lules se sumaron a la protesta en la zona de las calles Sáenz Peña y 24 de septiembre. Nuevamente, la ciudad se transformó en un campo de batalla y son incendiados varios autos frente a la Casa de Gobierno. En paralelo, comunicados oficiales reclamaron a los padres que “cuiden la participación de sus hijos en los sucesos de público conocimiento” mientras la gendarmería tomaba el correo, la compañía de teléfonos, la radio, los canales locales de televisión y lanzaba bengalas que iluminaron las zonas de la ciudad tomadas.<sup>23</sup>

Por la mañana del viernes 13 de noviembre arribaron a Tucumán 50 efectivos de la “Brigada Azul”, cuerpo motorizado de la policía federal equipado con ametralladoras Halcón, al mando del comisario Alberto Villar quien conducirá la organización parapolicial “Alianza Anticomunista Argentina” (Triple A), responsable de centenares de asesinatos de dirigentes, militantes e intelectuales bajo el gobierno de María Estela Martínez de Perón. La brigada “Azul” avanzó sobre la Plazoleta Dorrego donde los manifestantes desplegaron una fuerte resistencia, destrozaron viviendas populares e hirieron de bala a un obrero en la cabeza. Comenzaron a circular versiones sobre la presencia de francotiradores. En un caso, su autor fue identificado. Se trataba de un mayor retirado del ejército que baleó la sede de la CGT provincial. Simultáneamente fue allanada, por segunda vez, la sede de la FOTIA que reclamó, tras ello, la renuncia del gobernador. El *Tucumanazo* hizo realidad el reclamo. En las semanas siguientes renunció el gobernador Imbaud, el jefe de la policía provincial, comisario

<sup>22</sup> Entrevista a Andina Lizárraga (1995, 3 de julio) ex militante de la Resistencia Peronista. La coordinadora perduró sólo un corto tiempo tras el *Tucumanazo*. Entrevista a Yazlle (2019, 4 de octubre) ex miembro de la dirección del Comedor Universitario.

<sup>23</sup> *La Gaceta*. (1970, 13 de noviembre, pp. 4-5).

Pedro Agarotti y el rector de la Universidad Nacional de Tucumán, el ingeniero Rafael Paz, cuya dimisión demandaron más de sesenta profesores.

El movimiento estudiantil obtuvo logros importantes: evitó el cierre del Comedor, incluso incorporó dos sedes más, una en el centro y otra en la Quinta Agronómica, que sirvieron de apoyo a trabajadores azucareros y citrícolas en lucha. Desde entonces, y hasta 1974, el Comedor se transformaría en uno de los epicentros del activismo político revolucionario de Tucumán. Se adoptaron medidas de democratización de la vida universitaria y se eliminó el uso de vestimenta obligatoria. El personal no docente consiguió el escalafón y otros gremios obtuvieron ciertas demandas. El *Tucumanazo* impactó en todo el noroeste y se sucedieron fuertes protestas en Catamarca y en Salta donde fue asesinado un joven.

A diferencia del *Cordobazo*, la conducción del *Tucumanazo* la ejerció el movimiento estudiantil a través de la Comisión del Comedor alineada con la nueva izquierda. Aunque se conformó una coordinadora obrero-estudiantil que reeditó orgánicamente la alianza de 1969 entre el movimiento estudiantil, la CGTA y las corrientes clasistas, la participación obrera fue relativa y no asumió un carácter orgánico ni través de la FOTIA ni de la CGT local.<sup>24</sup> Fue, en cambio, subsidiaria de la iniciativa estudiantil la cual logró, además, incorporar a la protesta a estudiantes secundarios, comerciantes y vecinos. Pese a que los estudiantes ejercieron la conducción, sus reivindicaciones, que son las que desencadenan la lucha, reflejan su condición social, próxima a la clase obrera.<sup>25</sup> Con igual sentido, la superposición de la insurrección con la huelga general de 36 horas decretada por la CGT, las tomas simultáneas de ingenios y la participación obrera en las barricadas de barrios periféricos y localidades próximas a la capital provincial revelan su intervención en la protesta.

<sup>24</sup> Entrevista a Yazlle (2019, 4 de octubre) ex miembro de la dirección del Comedor Universitario.

<sup>25</sup> Para una observación similar respecto del estudiantado cordobés, véase Balve et. al (1973).

El *Tucumanazo* se produjo en un contexto político diferente a mayo de 1969. Mientras los manifestantes enfrentaron la represión en las calles, se constituía la “Hora del Pueblo” el acuerdo de los partidos tradicionales, incluido el peronismo, para demandar elecciones. El *Tucumanazo* se desenvuelve, entonces, en un momento de bifurcación en las estrategias de confrontación con la dictadura de la “Revolución Argentina”, entre la acción directa de las masas y una salida institucional. El nuevo perfil social de la protesta y los caminos alternativos que se abren en el escenario político se pondrán de manifiesto, con mayor evidencia, en 1972.

#### **4. El Quintazo**

Casi dos años después del *Tucumanazo*, entre el 21 y el 27 de junio de 1972, se produjo el *Quintazo*, protesta que tomó su nombre debido a que su epicentro fue la Quinta Agronómica, ubicada en Avenida Roca al 1.900, inaugurada un año antes para relocalizar las sedes estudiantiles y alejarlas del centro político y económico de la ciudad. Esta protesta se desarrolló en un contexto político diferente al del *Tucumanazo*. En las postrimerías de la “Revolución Argentina”, gobernaba el general Alejandro Lanusse quien había desplazado de la presidencia al general Levingston. Ante la crisis política y el proceso de radicalización en curso abierto por el *Cordobazo*, Lanusse implementó en julio de 1971 el Gran Acuerdo Nacional que incluía la habilitación del peronismo para participar de elecciones tras 18 años de proscripción electoral. Lanusse leyó el *Cordobazo* como una advertencia que requería dividir al heterogéneo conglomerado de oposición a la dictadura para así aislar a la “subversión”. Las protestas contra la inflación y el aumento de los servicios públicos y la actividad guerrillera convivían con la expectativa que suscitaba el llamado a elecciones y el posible regreso de Perón al país. Simultáneamente, la dictadura mantenía una férrea represión que se concentraba pero

trascendía al sindicalismo combativo y a la guerrilla (Foro de Buenos Aires por la vigencia de los Derechos Humanos, 1973).

En mayo de 1972 Lanusse visitó Tucumán para inaugurar un barrio y reunirse con el gobernador Oscar Sarrulle, nacionalista católico, quien asumió tras la renuncia de Imbaud luego del *Tucumanazo*. A diferencia de la recepción entusiasta que tuvo Onganía en 1966, Lanusse fue recibido con naranjazos arrojados a la vera del camino que lo trasladó desde el aeropuerto a San Miguel de Tucumán.<sup>26</sup> Un mes después, el 22 de junio, se desencadenó una protesta callejera tras la detención, en la propia Casa de Gobierno, del secretario general del Sindicato de Empleados Públicos, Eduardo Suleta, quien se encontraba reunido con funcionarios oficiales.

Los empleados públicos, los maestros nucleados en la Asociación de Trabajadores de la Educación Provincial (ATEP), liderados por Francisco Isauro Arancibia, luego asesinado el 24 de marzo de 1976 en la sede del sindicato, y los empleados judiciales estaban en huelga. Los obreros de la Textil Escalada y de los ex ingenios La Esperanza y Los Ralos también estaban en conflicto. Por último, el movimiento estudiantil, en alianza con la CGT provincial, rechazaba la licitación del yacimiento Minero Aguas del Dionisio a la empresa estadounidense Cities Service (Nassif, 2013: 306-308).

Los empleados públicos y otros sectores en conflicto se concentraron en el Comedor Universitario y junto a los estudiantes avanzaron hacia la Casa de Gobierno. La represión policial logró dispersarlos e, incluso, allanar la sede del Comedor Universitario ubicado en la calle Ayacucho al 800, en el centro de la ciudad. La represión en el radio céntrico obligó a los manifestantes a replegarse hacia la zona de la Quinta Agronómica. Allí, los estudiantes levantaron barricadas e idearon, con materiales de construcción, una gran honda con la cual comenzaron a lanzar proyectiles –adoquines, recortes de plomo y acero–, además de bombas Molotov, a las fuerzas represivas.

<sup>26</sup> Naranjazos contra Lanusse. *El Pueblo*. (1972, 5 de mayo). [Tapa].

En una de las manifestaciones por las calles circundantes a la Quinta es asesinado, el 24 de junio, el estudiante salteño Víctor Villalba de 20 años.<sup>27</sup> Su muerte enardeció a los estudiantes que intentaron velarlo en el predio de la Quinta Agronómica. Sin embargo, según denunciaron el sacerdote Ferrante, el arquitecto Ricardo Cuenya y algunos estudiantes, el cadáver de Villalba había sido prácticamente secuestrado por la policía para impedir su velatorio.

Entonces, se inclinaron por realizar una gran misa popular en las adyacencias de la Quinta. Estaba presidida por una cruz de madera con un crespón negro, de la cual colgaba la campera que Villalba usaba al ser asesinado. La misa fue oficiada por los sacerdotes tercermundistas Amado Dip, Juan Ferrante y René Nieva, este último asesinado por la dictadura militar de 1976, quienes repudiaron a las fuerzas represivas. La policía se mantuvo sin intervenir, sobre Avenida Alem y Lavalle. Luis Araoz, testigo de la muerte de Villalba, relató el asesinato. Las vivas a Perón se alternaron con vítores a las organizaciones armadas, cantos de repudio a la dictadura y promesas de vengar la muerte de Villalba. La misa en su memoria rearticuló a las fuerzas populares y operó otorgándoles fuerza moral para proseguir la lucha.

A las pocas horas, Héctor Ciapuscio, rector de la Universidad Nacional de Tucumán, se dirigió a la Quinta, se solidarizó con los estudiantes por la muerte de Villalba e intentó que desalojasen el predio. Éstos se negaron. Pobladores organizados en el Centro Vecinalista de los barrios de San Cayetano, Ciudadela y Floresta se sumaron a los ocupantes de la Quinta y trabajadores metalúrgicos de la empresa Delaporte, encabezados por Juan Carlos Guía, quien sería asesinado en 1974 por un grupo parapolicial, hicieron entrega a los ocupantes de bolsas con recortes metálicos para usarlos como proyectiles de las hondas. Obreros de la fábrica Motorola se sumaron, también, a la Quinta, mientras obreros de los ingenios cerrados Amalia y San José armaban piquetes en diversas rutas para disgregar a las fuerzas

<sup>27</sup> Para una crónica del asesinato de Villalba, véase Aldonate y Font (1992).

represivas. En ese marco, a propuesta de los delegados del Sindicato de Prensa, Marcos Taire y Ángel Gutiérrez, y pese a sus reticencias, la CGT Regional Tucumán convocó a un paro activo de 14 horas para el 27 de junio en repudio a la represión, la presencia militar en la ciudad y en solidaridad con los gremios en lucha. Según Taire, Damián Márquez, su secretario general alineado en el peronismo ortodoxo, quien fue secuestrado en 1977 y continúa desaparecido, era asiduo concurrente a la Casa de Gobierno y llamaba “compañero gobernador” a Oscar Sarrulle.<sup>28</sup>

Un día antes, en el marco de la persistente conflictividad social, en función de la experiencia de los *azos* previos y de la declaración de la huelga general por parte de la CGT provincial, el ejército desplegó efectivos en los alrededores de la Quinta Agronómica para evitar el avance de los manifestantes hacia el centro de la ciudad. Meses antes, Lanusse, en una reunión de altos mandos del ejército, había señalado que prefería “ciudades tomadas a ciudades ensangrentadas”.<sup>29</sup> Buscaba, así, evitar el costo político del enfrentamiento abierto entre el ejército y la población que, entendía, servía a los fines de guerrillas y fuerzas insurreccionales que denunciaban el carácter represivo y antipopular de las Fuerzas Armadas.

El ejército ocupó la ciudad y, como se dijo, estableció un cerco militar sobre la Quinta Agronómica. Fuerzas del Regimiento 19 de Infantería y del Destacamento de Exploración Blindado 5 de Salta, al mando del mayor Dendarys, con tanquetas, camiones, policías de civil y piezas de artillería, precedidas por una topadora “Michigan” que despeja los escombros de las barricadas, avanzaron sobre la Avenida Roca donde se ubica la Quinta.<sup>30</sup> En paralelo, los comunicados

<sup>28</sup> Entrevista a Taire (1988, 15 de abril). En 2012, los restos de Márquez fueron identificados en el Arsenal Miguel de Azcuénaga por el Equipo Argentino de Antropología Forense (EAAF). Véase <https://www.lagaceta.com.ar/nota/482440/politica/identificaron-restos-ex-senador-damian-marquez-otros-dos-desaparecidos.html>.

<sup>29</sup> *La Gaceta*. (1972, 28 de junio, p. 2).

<sup>30</sup> *La Gaceta*. (1972, 28 de junio, pp. 2-5).

oficiales advertían sobre la presencia de extremistas infiltrados en el estudiantado.

Las fuerzas represivas dispararon ráfagas de ametralladora sobre la Quinta. Sus ocupantes respondieron con hondas y bombas Molotov. Pero, ante la evidencia de la relación de fuerzas desfavorable y el riesgo de que se desencadene la represión a sangre y fuego, en asamblea, decidieron poner fin a su ocupación. Reclamaron y lograron pactar el desalojo del predio con el ejército, con el fotógrafo Jesús Antonio Font del diario *La Gaceta* como testigo. Fueron detenidos cuatrocientos manifestantes y, pese a la promesa de las fuerzas represivas de que no serían maltratados al entregarse, fueron conducidos al estadio del Club Central Córdoba y a diversas comisarías donde fueron duramente golpeados.<sup>31</sup> Tras ello, el ejército impidió un acto del Colegio de Abogados por la libertad de los detenidos y una marcha de la CGT Tucumán hacia la Plaza Independencia mientras las tropas del ejército recorrían la ciudad desierta. Pese a ello, el paro de actividades fue total e involucró al comercio, la administración pública y el transporte.

El *Quintazo* contó con la participación de un número menor de manifestantes y, específicamente, de obreros azucareros ocupados y desocupados en comparación con el *Tucumanazo*. Su composición social, en cambio, fue más heterogénea: universitarios, secundarios, empleados públicos, docentes, vecinos de las barriadas populares de Villa Carmela y San Cayetano, población semi-ocupada de ingenios cerrados y obreros de fábricas radicadas tras el “Operativo Tucumán” el cual, para entonces, evidenciaba su fracaso. Pese a su derrota, el *Quintazo* evidenció una voluntad de enfrentamiento que trascendía la estrategia del Gran Acuerdo Nacional, de los partidos nucleados en la “Hora del Pueblo” y su apuesta por una salida institucional a la dictadura, alternativa en la que estaba comprometida la CGT provincial.

<sup>31</sup> Testimonio de Rosa Nassif, dirigente estudiantil y militante del Partido Comunista Revolucionario (PCR), en el documental de Heluani y Kotler (2007).



Nuevamente, la lucha de calles coincidió con un paro general, esta vez de alcance provincial. Diversas fracciones de la clase obrera intervinieron como fuerzas auxiliares del movimiento de protesta: ofrecieron su solidaridad a los ocupantes de la Quinta, se sumaron a la ocupación, intervinieron con cortes de rutas para disgregar a las fuerzas represivas. Sin embargo, la ocupación militar de la ciudad que circunscribió el enfrentamiento a la Quinta Agronómica, el predominio de una conducción sindical burocrática y las derrotas de la clase obrera azucarera para revertir el cierre de ingenios redujeron su presencia orgánica respecto a mayo de 1969 y al *Tucumanazo*. Pero, como lo atestiguaría la huelga de dos semanas encabezada por la FOTIA en septiembre de 1974 por demandas salariales, empleo y condiciones laborales, todavía no había llegado a su fin su protagonismo en las luchas sociales en Tucumán (Taire, M., 2008). Pese a su derrota, el *Quintazo* produjo efectos institucionales: la renuncia del rector Héctor Ciapuscio y, también, en el conflicto social al suspenderse, tras él, la licitación de Yacimiento Aguas del Dionisio a Cities Service.

## 5. Conclusiones

La protesta de 1969, el *Tucumanazo* y el *Quintazo* se inscribieron en el ciclo de insurrecciones y puebladas que discurrió a nivel nacional entre mayo de 1969 y 1972. La simultaneidad de las protestas en mayo de 1969 en Tucumán y en Córdoba muestra que la lucha de calles y los *azos* tucumanos se inscribieron en y más allá de la estela del *Cordobazo*. Esto es, que formaban parte, junto al acontecimiento cordobés, de un proceso político y social de alcance nacional. Y, a la vez, que reconocían raíces específicas en las agudas confrontaciones sociales desenvueltas en Tucumán tras el cierre de ingenios en 1966. Al igual que el *Cordobazo*, los *azos* tucumanos constituyeron jornadas de lucha de contenido popular y antidictatorial que excedieron el carácter proletario. Esto es, convocaron a obreros, estudiantes universitarios y

secundarios, cañeros, comerciantes, empleados públicos, sacerdotes tercermundistas. Sin embargo, mientras que en la protesta de mayo de 1969 en Tucumán los obreros en conflicto y los desocupados que bregaban por recuperar su condición obrera tuvieron un protagonismo compartido con los estudiantes, en el *Tucumanazo* fueron los estudiantes universitarios alineados en la “nueva izquierda” quienes condujeron la lucha. Pese a conformar, como en Córdoba, una coordinadora obrero-estudiantil, el protagonismo obrero no alcanzó la dimensión que tuvo en la provincia mediterránea.

El *Quintazo* tuvo, nuevamente, como protagonistas principales a los estudiantes universitarios, esta vez secundados por empleados públicos, obreros de ciertas fábricas industriales y de ingenios cerrados y, en especial, pobladores de barriadas populares próximas a la Quinta Agronómica. Expresó la continuidad de la acción de masas en una coyuntura en la cual predominaba el compromiso de los partidos tradicionales y de la conducción de la clase obrera con la salida electoral. La intensidad de la presencia obrera profundizó la tendencia decreciente de su protagonismo, ya evidenciada en el *Tucumanazo*, producto de las derrotas para revertir el cierre de ingenios, la ocupación militar de la ciudad simultánea al paro general y la hegemonía de la burocracia sindical en su seno. Sin embargo, tanto en 1969 como durante el *Tucumanazo* y el *Quintazo*, no estuvo ausente. Su fracción antiburocrática y clasista, minoritaria al interior de la clase, operó como fuerza auxiliar de la conducción del enfrentamiento a través de métodos radicalizados de acción directa. La huelga de la FOTIA de 1974 mostraría que la capacidad de movilización y lucha de la clase obrera azucarera no se había agotado, pese a su carácter decreciente desde el cierre de ingenios. Es decir, los *azos* no fueron la culminación de un proceso histórico ni el comienzo de otro en el cual los anteriores protagonistas hubiesen salido completamente de la escena.

El *Tucumanazo* evidenció un proceso de movilización y radicalización política que tenía a la provincia por escenario destacado pero, a la vez, la trascendía. Sus protagonistas y el propio Comedor

Universitario fueron blanco de la represión. Una de las sedes del centro del Comedor fue dinamitada en 1974 por el “Comando Nacionalista del Norte”, versión local de la Alianza Anticomunista Argentina (Triple A) y el 13 de noviembre de ese año, al cumplirse el cuarto aniversario del *Tucumanazo*, el Comedor de la Quinta Agronómica, sede universitaria que entonces llevaba por nombre Víctor Villalba, fue desalojado por grupos parapoliciales y la policía provincial. La ofensiva represiva se complementó en 1975 con el Operativo Independencia y se selló con la dictadura militar instaurada en 1976. El Comedor Universitario fue clausurado sólo una semana después del golpe, el 2 de abril de 1976, por el delegado militar e interventor de la Universidad, el coronel Eugenio Barroso.<sup>32</sup> La conducción del Comedor sufrió cárcel, exilio y uno de sus miembros, Víctor Noé, desaparición forzada. Otros protagonistas de estas confrontaciones corrieron igual suerte. Fue esta dictadura, y el plan de persecución política y exterminio que implementó, la que clausuró, a sangre y fuego, el ciclo de radicalización política e indisciplina social abierto en 1969 por los *azos*.

## Bibliografía

Aldonate, M. y Font, J. (1992). *Autores desconocidos*. San Miguel de Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán.

Balvé, B. C.; Murmis, M.; Marín, J. C.; Aufgang, L.; Bar, T. J.; Balvé, B. S. y Jacoby, R. (1973). *Lucha de calles, lucha de clases*. Buenos Aires: La Rosa Blindada.

<sup>32</sup> Resolución 55-76 del 2 de abril de 1976, en Archivo Histórico de la Universidad Nacional de Tucumán; citado por Kotler (2016: 9-10).

Bonavena, P. (2010). Tucumán 1966: el movimiento estudiantil en Tucumán ante la Revolución Argentina. *Primeras jornadas de historia reciente del NOA*, San Miguel de Tucumán, Argentina.

Brennan, J. y Gordillo, M. (1994, diciembre). Protesta obrera, rebelión popular e insurrección urbana en la Argentina: el Cordobazo. *Estudios*, 1(4), 51-74.

Campi, D. y Bravo, M. C. (1999). La agroindustria azucarera argentina. Resumen historiográfico y fuentes. *Boletín de Fuentes*. (México: Instituto Mora), 1(11), 73-93.

Comisión Bicameral de la provincia de Tucumán. (1991). *Informe de la Comisión Bicameral Investigadora de las violaciones a los Derechos Humanos en la provincia de Tucumán*. San Miguel de Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán.

Crenzel, E. (2014). *El Tucumanazo*. San Miguel de Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán.

Cuenya, B. (1977). *Tucumán: dinámica poblacional y estructura del empleo, 1947-1970*. Buenos Aires: CEUR.

Fiat-Consult. (1967). *Plan preliminar para el desarrollo de la Provincia de Tucumán*. Buenos Aires: s.d.

Foro de Buenos Aires por la Vigencia de los Derechos Humanos. (1973). *Proceso a la explotación y a la represión en Argentina*, Foro de Buenos Aires por la Vigencia de los Derechos Humanos, Buenos Aires, Argentina.

Gastón Maceda, L. (1999, julio-diciembre). Cordobazo: algunos de sus mitos y leyendas. *Estudios*, 1(4), 25-34.

Gobernación de Tucumán. (1980). *Tucumán en cifras*. San Miguel de Tucumán: Secretaría de Estado de Planeamiento y Coordinación.

González Trejo, H. (1969). *Argentina: tiempo de violencia*. Buenos Aires: Carlos Pérez Editor.

Healey, M. (2003). El interior en disputa: proyectos de desarrollo y movimientos de protesta en las regiones extrapampeanas. En D. James

(Comp.). *Nueva Historia Argentina. Tomo IX*. Buenos Aires: Sudamericana, (pp. 169-212).

Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC). (1970a). *Censo Nacional de Población, Familia y Vivienda*. Buenos Aires: INDEC.

Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC). (1970b). *Tucumán: Encuesta de empleo y desempleo*. Buenos Aires: INDEC.

Jaeger, G. (1992, enero). Tucumán insurgente. *Diario de las Madres de Plaza de Mayo*.

Kotler, R. (2016). La defensa del Comedor estudiantil en la Universidad Nacional de Tucumán. De los Tucumanazos a la última dictadura (1969-1976). *Historia, Voces y Memoria*, 1(10), 9-20.

Lanusse, A. (1977). *Mi testimonio*. Buenos Aires: Laserre Editores.

Mestman, M. y Longoni, A. (2010). *Del Di Tella a "Tucumán Arde". Vanguardia artística y política en el 68 argentino*. Buenos Aires: EUDEBA.

Ministerio de Trabajo, República Argentina. (1970). *Boletín de Estadísticas sociales*. Buenos Aires: Ministerio de Trabajo.

Murmis, M.; Sigal, S. y Waisman, C. (1969). *Tucumán arde. ¿Por qué?*. Buenos Aires: CICSO.

Murmis, M. y Waisman, C. (1999). Monoproducción agroindustrial, crisis y clase obrera, la industria azucarera tucumana. *Revista Latinoamericana de Sociología*, 5(2), 344-383.

Naranjazos contra Lanusse. *El Pueblo*. (1972, 5 de mayo). [Tapa].

Nassif, S. (2013). *Tucumanazos: una huella histórica de luchas populares, 1969-1972*. San Miguel de Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán.

Orquera, F. (Comp). (2010). *Ese ardiente jardín de la República. Formación y desarticulación de un campo cultural: Tucumán, 1880-1975*. Córdoba: Alción Editora.

Pavetti, O. (2001). Azúcar y Estado en la década de 1960. En L. Bonano (Coord.). *Estudios de Historia Social en Tucumán. Educación y política en los siglos XIX y XX. Vol. II*. San Miguel de Tucumán: Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán, (pp. 147-201).

- Pucci, R. (2007). *Historia de la destrucción de una provincia, Tucumán, 1966*. Buenos Aires: Ediciones del Pago Chico.
- Ramírez, A. (2008). Tucumán 1965-1969: movimiento azucarero y radicalización política. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*. Recuperado de <http://journals.openedition.org/nuevomundo/38892>.
- Rosenzvaig, E. (1987). *Historia social de Tucumán y del azúcar Tomos I y II*. San Miguel de Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán.
- Sigal, S. (1970). Crisis y conciencia obrera: la industria azucarera tucumana. *Revista latinoamericana de Sociología*, 6(1), 60-96.
- Sigal, S. (1973). Acción obrera en una situación de crisis: Tucumán, 1966-1968. *Documentos de Trabajo* (Buenos Aires: Instituto Di Tella), 86.
- Slutzky, D. (1969). Algunos aspectos de la estructura socio-económica en una zona rural argentina. *Revista de la Facultad de Economía*, (Universidad Central de Venezuela).
- Taire, M. (2008). *El último grito. 1974: crónica de una huelga de los obreros tucumanos de la FOTIA*. Buenos Aires: Ediciones del Pago Chico.
- Taire, O. (1969). *Azúcar para el monopolio*. San Miguel de Tucumán: Ediciones Signo.
- Tarcus, H. (1999). Un Mayo caliente. *Todo es Historia*. (Buenos Aires). 1(382).
- Torre, J. C. (1994, julio-diciembre). A partir del Cordobazo. *Estudios. Revista del Centro de Estudios Avanzados de la UNC*, 1(4), 15-24.
- Universidad Nacional de Tucumán. (1970). *Censo Universitario*. San Miguel de Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán.

### **Entrevistas**

- Andina Lizárraga, H. (1995, 3 de julio). Entrevista de E. Crenzel al ex militante de la Resistencia Peronista [grabada]. San Miguel de Tucumán: archivo personal del autor.
- Carmona, R. (1989, 7 de junio). Entrevista de E. Crenzel al ex sacerdote del Tercer Mundo [grabada]. Buenos Aires: archivo personal del autor.

Ferrante, J. (1988, 14 de octubre). Entrevista de E. Crenzel al ex sacerdote tercermundista [grabada]. Buenos Aires: archivo personal del autor.

Hevia, F. (1995, 7 de julio). Entrevista de E. Crenzel al ex militante del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) [grabada]. San Miguel de Tucumán: archivo personal del autor.

Luna, J. (1988, 14 de octubre). Entrevista de E. Crenzel al ex miembro de la Comisión del Comedor Universitario de la UNT [grabada]. Buenos Aires: archivo personal del autor.

Marteau, H. (1988, 5 de abril). Entrevista de E. Crenzel al ex dirigente estudiantil y miembro de la Comisión del Comedor de la UNT [grabada]. Buenos Aires: archivo personal del autor.

Marteau, H. (1988, 1 de junio). Entrevista de E. Crenzel al ex dirigente estudiantil y miembro de la Comisión del Comedor de la UNT [grabada]. Buenos Aires: archivo personal del autor.

Marteau, H. (1988, 24 de junio). Entrevista de E. Crenzel al ex dirigente estudiantil y miembro de la Comisión del Comedor de la UNT [grabada]. Buenos Aires: archivo personal del autor.

Taire, M. (1988, 15 de abril). Entrevista de E. Crenzel al ex secretario de prensa del Sindicato de Prensa de Tucumán [grabada]. Buenos Aires: archivo personal del autor.

Taire, M. (1988, 4 de septiembre). Entrevista de E. Crenzel al ex secretario de prensa del Sindicato de Prensa de Tucumán [grabada]. Buenos Aires: archivo personal del autor.

Yazlle, L. (2019, 4 de octubre). Entrevista de E. Crenzel al ex miembro de la Comisión del Comedor Universitario de la UNT [vía correo electrónico]. Buenos Aires: archivo personal del autor.

### **Filmografía**

Asociación de Prensa de Tucumán. (2014). *Mesa panel sobre el Tucumanozo, testimonios de los integrantes de la Comisión del Comedor Universitario*. Tucumán: APT. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=mX-MoJgJkIKs>

Heluani, D. y Kotler, R. (2007). *El Tucumanazo*. San Miguel de Tucumán: Cine Independiente Producciones. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=AEPm5I3O7C4>.

Reynoso, R. (2014). *El Tucumanazo. El poder popular Poder popular*. San Miguel de Tucumán: Asociación de Prensa de Tucumán. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=EdJPNdELtro>.



## Capítulo 4

### ¿Qué hacer con el *Cordobazo*?

Las izquierdas: antes, durante  
y después de mayo de 1969

*Hernán Camarero y Martín Mangiantini*

En 1969 una serie de impactantes protestas obreras y populares desbarató el proyecto inaugurado tres años atrás por el golpe de Estado del general Juan Carlos Onganía. El *Cordobazo*, ocurrido a fines de mayo de ese año, fue el inicio de una crisis de dominación que trajo consigo una movilización autónoma de la sociedad superadora de sus mediadores naturales (O'Donnell, 1982; Portantiero, 1996; Cavarozzi, 2006). El país no fue igual desde aquellos días: la hegemonía quedó en cuestión. El período abierto quedó configurado por la intensificación de la lucha de amplias capas de la clase trabajadora, la radicalización ideológica y un desbarajuste institucional que vio fracasar todas las estrategias de superación. Junto a la revuelta emergió una heterogeneidad de actores que pusieron en jaque la estatalidad vigente, la estructura económico-social y las configuraciones ideológicas y culturales dominantes: organizaciones político-militares, partidos autodefinidos como revolucionarios, sindicalismo *clasista*, activismo estudiantil universitario y secundario, movimientos intelectuales, culturales y hasta religiosos (James, 2003; Schneider, 2005; Brennan, 2015; Brennan y Gordillo, 2008; Balvé et al., 2006). Como

parte de este proceso, las distintas expresiones de la izquierda alcanzaron, en los años siguientes, ciertas posibilidades de reincidir en sus vínculos con la clase obrera, más allá de la mayoritaria adhesión de ésta al peronismo (Pozzi y Schneider, 2000).

El *Cordobazo* fue indagado en múltiples planos de análisis empíricos, temáticos y conceptuales, y desde abordajes disciplinarios diversos (histórico, sociológico, politológico, cultural o discursivo). En ellos hubo referencias indirectas o más específicas a los modos en el que las izquierdas se posicionaron ante el proceso. Este estudio había sido realizado de manera incompleta, dejando ciertas expresiones de la izquierda sin tratamiento, sin una consideración global y comparativa entre todas ellas. La propuesta de este capítulo es aportar en este sentido, a partir de un exhaustivo relevamiento de fuentes, con el objetivo de identificar las elaboraciones y posiciones neurálgicas de aquellas corrientes políticas.

Las alusiones historiográficas a las izquierdas no cubrieron de manera uniforme y coherente todas las temporalidades necesarias a tener en cuenta. Aquí se pretende superar estas discontinuidades, apelando a un relevamiento cronológico más amplio. En función de ello, se investigan las caracterizaciones de las corrientes en tres etapas diferenciadas: en los prolegómenos del estallido de mayo de 1969 (para pensar los modos bajo los cuales el *Cordobazo* se asimiló, o no, a sus perspectivas previas); en los momentos inmediatamente posteriores al hecho (a los efectos de evaluar el impacto en sus orientaciones); finalmente, los balances realizados una vez transcurrido un tiempo más largo, a la luz de los sucesos posteriores. También se observa la influencia que el *Cordobazo* produjo en cuanto a las prácticas y orientaciones político-programáticas de los partidos de izquierda, lo cual conduce a encarar los debates dentro de cada grupo y entre ellos, alrededor de las formas de intervención, los modelos organizativos y el análisis del contexto político.

Las izquierdas también fueron ganadas por la sorpresa ante el inesperado hecho histórico. Los grandes acontecimientos que producen virajes de la realidad suelen implicar una interrupción y

desordenamiento de las argumentaciones y posturas en los actores que los viven. Por ello es necesario recrear las diferentes modulaciones y capturar las contradicciones de los discursos y acciones tal como se expresaron en las fuentes de época. De este modo, en este estudio se recurrió a un examen combinado de la documentación interna proveniente de los organismos de dirección de los agrupamientos (en donde puede verse más diáfananamente las precarias tentativas para explicar la novedad del proceso) junto con los materiales públicos (periódicos, folletos o ediciones varias), en donde las palabras debían renunciar a traslucir cualquier duda y adoptar un carácter afirmativo.

Se optó por una selección de seis alternativas de izquierda, elección justificada por la existencia de un denominador común: todas ellas compartieron, por un lado, la premisa de la necesidad de construir herramientas partidarias como el instrumento de sus estrategias políticas y, por otro lado, se autodefinieron dentro del paradigma del socialismo marxista. Dentro de la denominada izquierda tradicional se considera al Partido Comunista (PC), organización que combinaba el diseño de una propuesta moderada de cuño democrático reformista y de frente popular, y la fidelidad a la Unión Soviética (Tortti, 1999 y 2014; Camarero, 2014; Bonvillani, 2015). También se analizan los dos grupos más importantes del trotskismo: el Partido Revolucionario de los Trabajadores - La Verdad (PRT-LV), continuador de una corriente reconocible desde los años cuarenta bajo la dirección de Nahuel Moreno (González, 1999; Mangiantini, 2018); y Política Obrera (PO), sigla conformada en 1964, como deriva del grupo Praxis (Coggiola, 2006). Asimismo, se abordan otras dos organizaciones: la surgida en 1967 como una fractura centralmente estudiantil del PC, adoptando la denominación de PC-CNRR (Comité Nacional de Recuperación Revolucionaria), un año después con su nombre definitivo de Partido Comunista Revolucionario (PCR), y que tiempo después se convierte al maoísmo (Califa, 2015; Rugar, 2017); y Vanguardia Comunista (VC), formada en 1965 como un “partido marxista-leninista” que, en el marco de la polémica chino-soviética,

se definió por los principios de Mao Tse Tung (Celentano, 2014; Soto, 2004). Finalmente, se incluyen los posicionamientos del Partido Revolucionario de los Trabajadores - El Combatiente (PRT-EC), vertiente escindida de la ruptura del PRT de 1968 convertida en una de las más importantes organizaciones político-militares (Pozzi, 2004; Weisz, 2006; Carnovale, 2011).

## 1. En los prolegómenos

En los meses previos al *Cordobazo* hubo un incremento de conflictos laborales, cuyos reclamos recaían en la defensa de las condiciones de trabajo ante el aumento de la racionalización y los despidos como así también acciones por aumentos salariales, tales como el trabajo a reglamento, los paros parciales o quites de colaboración. Este escenario daba cuenta del surgimiento de una nueva camada de militantes que trascendían las estructuras sindicales tradicionales y resurgían tras el ciclo de derrotas experimentadas al inicio del golpe de 1966 (Gordillo, 1991; Schneider, 2005). Vinculado a este escenario, la indagación debe comenzar con interrogantes alrededor de dos cuestiones, que se hallan imbricadas entre sí. ¿De qué modo, en los prolegómenos del estallido cordobés, las diversas organizaciones revolucionarias caracterizaban el devenir del *onganiato* y su estabilidad como proyecto? ¿Existió algún tipo de previsión en sus análisis que vislumbraran la crisis venidera y el ánimo general de los sujetos que protagonizarían los sucesos de mayo?

El Partido Comunista, por ejemplo, destacó la importancia de las protestas vividas en diversas provincias del interior del país. Desde los inicios de 1969 subrayó como un avance la vinculación cada vez mayor entre las luchas económicas y políticas extrayendo dos conclusiones. En primer lugar, que fueron las propias masas movilizadas las que impulsieron, de hecho, la unidad de acción y forjaron un inicio de coordinación entre las tendencias de una CGT atomizada y, por otro lado, que el éxito de esos conflictos obedeció a su gestación

en el seno del movimiento obrero y popular mediante la formación de comisiones coordinadoras en las fábricas, o bien, de embriones de articulación entre vecinos, estudiantes, obreros y fuerzas políticas, dando por tierra con la política de colaboración sindical propiciada por Onganía. Se analizó que la mayor debilidad recaía en la desconexión entre sí, razón por la cual se imponía la unificación de distintas fuerzas antidictatoriales en un Centro Coordinador nucleado bajo acuerdos mínimos como así también de comisiones coordinadoras de fábricas, ámbitos educativos, barrios y concentraciones campesinas. En los momentos anteriores al estallido, el PC percibió la llegada de una nueva etapa en el “combate contra la dictadura” ante la irrupción de fuerzas que dictaminarían su crisis.<sup>1</sup>

Dentro del trotskismo, la conflictividad fue identificada por el PRT-LV como expresiones de una reanimación desarrollada desde las bases en los ámbitos fabriles con ciertos rasgos de “espontaneísmo” y “desorganización”, a partir de consignas reivindicatorias. Este partido vislumbró la aparición de una nueva vanguardia obrera que ya había hecho una experiencia con sus direcciones burocratizadas y, por ende, comprendía la necesidad de desarrollar metodologías más contundentes, extender los conflictos y coronar las luchas sindicales con un cambio político. No obstante, diferenció este fenómeno del ánimo de la clase en general lo que impedía transformarlo en la nueva dirección de las luchas. Desde este análisis, se vivenciaba un giro en el desarrollo de las movilizaciones contra la dictadura y, en base a ello, la necesidad de que las vertientes de la CGT impulsaran un paro conjunto al que también se volcara el movimiento estudiantil.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> “Asegurar el paro nacional en la base a través de asambleas y coordinadoras” (*Nuestra Palabra*, 1969, 27 de mayo, p. 7); “La tarea inmediata” (*Nuestra Palabra*, 1969, 29 de abril, p. 1); “Llamamiento del Partido Comunista” (*Nuestra Palabra*, 1969, 27 de mayo, p. 1).

<sup>2</sup> “Las consignas militares y paramilitares para la nueva etapa” (Congreso Nacional del PRT-LV, 1970); “El movimiento obrero argentino. Situación y perspectivas” (*La Verdad*, 1969, 14 de abril, pp. 3 y 6); “Paro obrero y estudiantil contra la dictadura” (1969, 26 de mayo, p. 1).

Política Obrera destacó el proceso de Córdoba como anticipo de la explosión por llegar. Identificaba un fenómeno particular de maduración política de la clase obrera visualizado, sobre todo, en las huelgas automotrices advirtiendo que allí se tomaba conciencia del papel y los métodos de las direcciones sindicales burocratizadas, al tiempo que se generaba una ligazón con las luchas estudiantiles. En consonancia con el PRT-LV, subrayó que el salto de la lucha obrera contra el régimen militar encontraba como debilidad central la ausencia de una dirección revolucionaria del movimiento obrero y el vacío que la burocracia había realizado ante el reclamo de paro nacional en solidaridad con Córdoba.<sup>3</sup> El papel de las direcciones sindicales fue también mencionado por el PRT-EC, al afirmar que éstas habían perdido la posibilidad de responder a las necesidades de sus afiliados a partir de la “demagogia de las conquistas”. No obstante, aseveró que el movimiento obrero no constituía un peligro para la estabilidad del régimen, sino que su debilidad provendría de una posible profundización de las tensiones existentes dentro de los sectores dominantes.<sup>4</sup>

Por su parte, desde finales de 1968, el PCR destacó la existencia de luchas parciales, a las que caracterizó como un “polvorín” de descontento popular, necesario de hacer estallar para romper el cerco de la dictadura: se imponía la premisa de establecer un gobierno popular revolucionario mediante la acción de los obreros, campesinos, estudiantes e intelectuales y construir un partido comunista fuerte.<sup>5</sup> En tanto, el número anterior al *Cordobazo* de *No transar*, de Vanguardia Comunista, reflejó la conflictividad contra el gobierno, sin vislumbrar la llegada de un estallido como el que se avecinaba. Destacó sucesos de Tucumán y Santa Fe sin darle primacía a Córdoba.<sup>6</sup>

<sup>3</sup> “Córdoba marca el camino: Por un inmediato paro nacional” (*Política Obrera*, 1969, 21 de mayo, pp. 1-9).

<sup>4</sup> “Onganía: Mito frustrado” (*El Combatiente*, 1969, 7 de mayo, pp. 3-4).

<sup>5</sup> “La orden de Perón” (*Nueva Hora*, 1968; citado en PCR, 2005).

<sup>6</sup> “¿Quién debe dirigir la lucha antidictatorial?” (*No Transar*, 1969, mayo, pp. 2-4).

## 2. El *Cordobazo* en el discurso público de las izquierdas

El *Cordobazo* conmovió al mundo de las izquierdas. Con inmediatez a los sucesos, el PRT-LV se apuró a señalar un cambio en la relación de fuerzas de la clase obrera con respecto al gobierno dado que, tras varios años de retroceso, ésta pasó a la ofensiva. Vislumbró que el impacto de la movilización dio inicio a una “situación prerrevolucionaria”, identificando cuatro características: la inestabilidad dentro de la burguesía, que empezaba a mostrar disputas internas álgidas; la creciente oposición al gobierno por parte de la pequeña burguesía (como el estudiantado); la predisposición a la lucha del movimiento obrero y la contundencia de sus métodos; y el surgimiento de una vanguardia estudiantil y obrera ya revolucionaria (o con tendencias a virar hacia esa dirección).<sup>7</sup>

El PRT-EC, por su parte, definió al *Cordobazo* como un estallido popular espontáneo de carácter defensivo que demostró la carencia de una dirección precisa como así también de programa, a la vez que evidenció el desigual desarrollo entre las diversas regiones del país e incorporó a las luchas políticas los métodos de la resistencia activa y la lucha armada. En contraposición con sus antiguos aliados, señaló que, justamente, la situación prerrevolucionaria había finalizado para ya dar comienzo a un proceso revolucionario, lo que exigía la necesidad de un aparato armado que enfrentara a las fuerzas represivas del régimen en futuros estallidos y no confiar en un “espontaneísmo de las masas”. Según su análisis, la posible repetición de éstos sin un ejército revolucionario los tornaría inocuos.<sup>8</sup>

Política Obrera criticó la idea de espontaneidad argumentando que la movilización cordobesa, si bien careció de una dirección revolucionaria, fue producto de discusiones elaboradas desde hacía

<sup>7</sup> “Tesis sobre la situación nacional después de las grandes huelgas generales” (CC del PRT-LV, 1969, junio); “1969. Año del despertar obrero” (*La Verdad*, 1969, 29 de diciembre, pp. 1-7).

<sup>8</sup> “Resistencia activa a la dictadura de los monopolios” (*El Combatiente*, 1969, 11 de junio, pp. 8-9).

dos años por diversos activistas, lo cual se evidenciaba en el protagonismo de una nueva vanguardia obrera revolucionaria. Visualizó una crisis prerrevolucionaria del capitalismo nacional en la que habían sido afectadas las instituciones políticas burguesas, a la vez que identificó una debacle del peronismo, a partir de la hipótesis de una ruptura obrera con éste, ante la capitulación al régimen de sus dirigentes gremiales. La mayoría de las izquierdas reconocieron no haber protagonizado la movilización cordobesa, pero PO manifestó una cierta autorreferencialidad, al identificarse como parte del proceso de politización fabril mediante la influencia de sus agrupaciones sindicales.<sup>9</sup>

El PCR definió al *Cordobazo* como un “ensayo” revolucionario sin planificación previa que dejaba en las masas una huella y creaba las condiciones para transformar en sujetos revolucionarios a los partícipes. Una de sus consecuencias habría sido la dinámica de un proletariado que superó a sus direcciones y se organizó mediante comisiones de lucha o comandos de acción directa a la vez que practicaron la democracia obrera mediante asambleas. Aparece aquí la idea de “espontaneidad” en la conformación de grupos de acción que en el propio combate callejero organizaron el enfrentamiento contra la represión. Este partido se propuso privilegiar el trabajo sindical mediante la proletarización de su militancia y el fortalecimiento de las agrupaciones gremiales priorizando la disputa por los cuerpos de delegados y comisiones internas.<sup>10</sup>

Similar planteo expresó Vanguardia Comunista, que le otorgó al *Cordobazo* rasgos espontáneos al tratarse de una lucha que desbordó los marcos de la movilización sindical y mostró la ausencia de dirección unificada. No obstante, a diferencia de posiciones como las del PRT-EC, afirmó que el proceso contó con cierta conducción

<sup>9</sup> “Viva el alzamiento obrero-popular de Córdoba” (*Política Obrera*, 1969, 4 de junio, pp. 1-5 y 24); “Por una nueva dirección. Congreso de bases” (*Política Obrera*, 1969, 26 de junio).

<sup>10</sup> “Documentos aprobados por el Primer Congreso del Partido Comunista Revolucionario” (1969, 11-14 de diciembre; citados en PCR, 2005).



de los obreros automotrices, metalúrgicos y de Luz y Fuerza, quienes fueron seguidos en la calle por estudiantes y vecinos. Ello daba cuenta de una clase obrera que, aunque espontáneamente, alcanzaba madurez política, reflejada en el desarrollo de consignas que no peticionaban al gobierno ni exigían cambios de funcionarios, sino que esbozaban un carácter “antidictatorial, antiimperialista y antioligárquico”. Desde su análisis, el proceso comenzó como una lucha reivindicativa transformándose en un conflicto contra el carácter represivo de la dictadura y, finalmente, en un combate contra el *onganiato*. Esta organización otorgó un significado a la violencia en las calles, vislumbrando en el ataque a las propiedades un ejemplo de madurez, más allá de percibir como debilidad la incapacidad de destrucción del aparato represivo.<sup>11</sup>

También el Partido Comunista matizó la idea de espontaneidad. Desde su visión, las acciones obreras y populares de mayo fueron la cúspide de una ola de combates desplegada desde el inicio de la dictadura en todo el país dando inicio a una nueva etapa factible de culminar con su derrocamiento. La supervivencia de Onganía se debía a la ausencia de un centro coordinador, lo que dejaba un gobierno malherido y derrotado en sus planes.<sup>12</sup> El *Cordobazo* se entendió como la corroboración de una tesis sostenida por el partido desde 1962: el “giro a la izquierda de las masas” peronistas y no peronistas. El nacionalismo burgués sería sustituido por el marxismo-leninismo, la colaboración de clases reemplazada por la lucha entre ellas y los conflictos por reivindicaciones inmediatas se vincularían con las demandas políticas contra la dictadura.<sup>13</sup> A diferencia de sus pares, el PC se atribuyó una participación de relieve en la movilización

<sup>11</sup> “Circular de la Dirección Nacional sobre la situación nacional y el trabajo partidario” (VC, 1969, septiembre); “Hay que seguir luchando” (*No Transar*, 1969, 6 de junio, pp. 3-4); “Córdoba: el rumbo” (*No Transar*, 1969, 6 de junio, pp. 5-6).

<sup>12</sup> “La lección de las luchas de mayo: ¡Es hora de la unidad nacional contra la dictadura!” (*Nueva Era*, 1969, pp. 417-428); “La situación nacional y sus perspectivas” (*Nueva Era*, 1969, pp. 629-655).

<sup>13</sup> “Aportes de leninismo al análisis de la realidad nacional y la línea de nuestro partido” (AA. VV., 1970).

cordobesa. Las crónicas dan cuenta de su labor en la elaboración del paro y en el trabajo de agitación tanto por parte de su rama sindical como juvenil como así también la difusión de la propaganda partidaria en los cuarteles cordobeses entre los conscriptos (Córdoba, 1971). En testimonios posteriores se afirmó que el PC tuvo un significativo rol en la preparación de la lucha a través de dirigentes sindicales como Jorge Canelles (de la construcción) (Gilbert, 2009). También sobrevuela la relación que mantenía con el partido Agustín Tosco, referente del sindicato de Luz y Fuerza y la imagen más representativa de la dirigencia combativa de estos años. Sin estar afiliado a una corriente, desde finales de los años cincuenta, Tosco sostuvo estrechos vínculos con el PC y participó de diversas iniciativas sindicales y políticas impulsadas posteriormente (Camarero, 2011).

### 3. Estrategias, reorientaciones y debates

Tanto los prolegómenos del *Cordobazo* como, sobre todo, los momentos posteriores al estallido, fueron momentos propicios para que las organizaciones definieran sus estrategias de intervención. Hubo ciertos debates, más o menos directos, entre los grupos y, al mismo tiempo, una serie de polémicas y tensiones internas dentro de ellos alrededor de la política a desarrollar. La discusión estratégica que cruzaba al conjunto de las organizaciones radicaba en la vía para la transformación revolucionaria de la sociedad. Se trató de un período surcado por posicionamientos en favor de la alternativa insurreccional en oposición a aquellos que propugnaban las acciones armadas como paso previo al camino de la insurrección, como así también de tensiones conciliadoras de ambas nociones.

Una polémica, en los hechos indirecta, se produjo entre las dos organizaciones que, hasta 1968, dieron forma al PRT como partido unificado. El PRT-LV pronosticó que, tras el *Cordobazo*, proseguiría el ascenso del movimiento obrero y el surgimiento de una nueva vanguardia y que este fenómeno provocaría nuevas formas

de organización como las coordinadoras obrero-estudiantiles o barriales. En esta perspectiva, propuso profundizar la disputa por los organismos de base del movimiento obrero para transformarlos en herramientas revolucionarias. Así, el fortalecimiento partidario se hallaba inherentemente ligado a su influencia sobre la clase trabajadora y sus organismos.<sup>14</sup> Como respuesta, el PRT-EC previno contra toda ilusión sobre la espontaneidad de las masas y la vía insurreccional para la toma del poder. Rechazó la idea de que las movilizaciones se desligaran de la necesidad de creación de un ejército revolucionario y aseveró que, aun cuando el estallido de mayo hubiera tenido un carácter insurreccional consciente, sus posibilidades de éxito se hubieran visto limitadas por la ausencia de un partido que actuara como dirección política y de un ejército revolucionario capaz de derrotar a las fuerzas militares del capitalismo. En ese sentido, la tarea que se avecinaba no era la expectativa por la llegada de nuevos estallidos insurreccionales sino la construcción de ese insumo militar que permitiera la toma del poder y cuya carencia en Córdoba fue la causa de la debilidad y los límites del proceso. Se trataba de preparar la guerra revolucionaria en respuesta a las necesidades de la lucha de clases.<sup>15</sup>

Política Obrera polemizó, indirectamente, con aquellas posiciones denominadas “foquistas”, cuestionando que los límites de la rebelión hubieran obedecido a la falta de preparación militar. En un planteo que invertía los argumentos del PRT-EC, sostuvo que la lucha de masas no esperaba la constitución de una dirección para manifestarse políticamente, sino que eran estos hechos los que preparaban el surgimiento de una vanguardia revolucionaria. Afirmaba que la conciencia insurreccional nacía del propio movimiento de masas y no sería importada por grupos de composición pequeño-burguesa.

<sup>14</sup> “Original de volante, que deberá imprimir cada zona para el paro lo más rápido posible” (CE del PRT-LV, 1969, 24 de septiembre); “Orden del día del Comité Ejecutivo” (CE del PRT-LV, 1969, 21 de junio).

<sup>15</sup> “Resistencia activa...” (*op. cit.*); “Las movilizaciones populares en todo el país dijeron: Abajo la dictadura de los monopolios” (*El Combatiente*, 1969, 11 de junio, pp. 3-7).

Aseveró, a la vez, que la carencia de armamento obrero no fue la debilidad del movimiento sino el aislamiento del proletariado cordobés con relación al resto del país. De allí la reafirmación en torno a la necesidad de construir un partido obrero revolucionario y la consigna de elecciones libres sin proscripciones y convocatoria a una Asamblea Constituyente soberana.<sup>16</sup>

Colateralmente, un debate que se produjo dentro de las izquierdas con anterioridad al estallido cordobés se halló ligado a la reflexión en torno al carácter del capitalismo argentino lo que, en consecuencia, definía el modo de intervención. Por ejemplo, Vanguardia Comunista esgrimió la tesis maoísta que le permitió enfatizar los rasgos feudales y de atraso de la Argentina, por lo que el proceso revolucionario se libraría del campo a las ciudades. En 1968 caracterizó al país como “neocolonial y dependiente del imperialismo” con predominio de relaciones capitalistas y subsistencia de rasgos precapitalistas. Ello daba lugar a “zonas críticas”, factibles de ser utilizadas como eslabones débiles en donde podía cesar la dominación imperialista mediante la Guerra Popular Prolongada cuyo teatro principal de operaciones sería el campo. El proletariado debía organizar y movilizar al campesinado para concentrar el ataque en los terratenientes y monopolios imperialistas.<sup>17</sup>

El PCR, por su parte, presentaba a la Argentina como un país capitalista deformado por rémoras precapitalistas subsistentes en el campo. No obstante, aseveró que la vía para el triunfo revolucionario sería la insurrección armada sostenida por todo el pueblo pero cuyo papel de dirección recaería en la clase obrera. Esta debía dominar todas las formas de lucha y saber combinarlas o pasar de una a otra según las circunstancias. Así, se diferenció tanto de la tendencia “foquista” por negar el rol de un partido revolucionario como del método de la Guerra Popular Prolongada identificada como una variante

<sup>16</sup> “Viva el alzamiento obrero-popular...” (*op. cit.*); “La situación política” (*op. cit.*).

<sup>17</sup> “Proyecto de Resolución sobre la Situación Nacional” (VC, 1968, octubre); “Resolución del CC de Vanguardia Comunista publicada en el *Cuaderno Rojo* N° 2” (VC, 1970, septiembre).

acorde a realidades en las que el campesinado era el sujeto fundamental y, con éste, la posibilidad de instaurar un poder revolucionario en las zonas liberadas para, desde allí, avanzar a las ciudades.<sup>18</sup> Por detrás de estas posturas se escondían en el PCR tensiones ante la presencia de tres posiciones divergentes en su seno. Una corriente insurreccionalista privilegiaba la construcción partidaria, el desarrollo de frentes de masas, la realización de propaganda no armada y la preocupación por la cuestión militar supeditada al inicio de una insurrección encabezada por la clase obrera; una segunda línea defendía el insurreccionalismo pero no desdeñaba las acciones armadas de propaganda como acicate de la conciencia revolucionaria; y, finalmente, una tendencia vinculada al paradigma subsidiario de la Revolución cubana que vislumbraba la necesidad del accionar armado antes de la insurrección (Rupar, 2019).

El PRT-EC intervino en estas polémicas al analizar el rasgo desigual entre regiones dentro del capitalismo argentino sin desprender de ello la posibilidad de un cerco campesino a las ciudades. Señaló la presencia de regiones más desarrolladas (como la pampeana), con mano de obra calificada y mayor nivel de vida. Más allá de poseer una población esencialmente urbana, identificó allí una producción agropecuaria integrada sobre todo por “campesinos medianos y ricos” y casi sin proletariado rural, razón por la cual la posibilidad de una crisis se volvía impensada. La presencia de zonas más débiles del capitalismo, como el norte del país, en donde no existían sólidas capas medias y las instituciones se volvían endebles, serían las pertinentes para la lucha armada lo que, a su vez, se justificaba en su nexos continental con Bolivia y Brasil, en donde este proceso ya se encontraba abierto.<sup>19</sup>

Concretado el *Cordobazo* la línea del PCR se clarificó. En sus balances, destacó como aspecto positivo que las masas incorporaran a

<sup>18</sup> “Tesis para el XIII Congreso” (PC - CNRR, 1968, noviembre; citado en PCR, 2005).

<sup>19</sup> “Norte Argentino: eslabón débil del capitalismo” (*El Combatiente*, 1969, 7 de mayo, pp. 5-7).

su lucha acciones violentas contra la dictadura, pero sostuvo la necesidad de que estas se insertaran en la perspectiva de la insurrección armada de todo el pueblo. Desde este enfoque, el proceso de conflictividad abierto podría llevar al movimiento obrero al cansancio y al desgaste y, por ello, resultaba ineludible una construcción partidaria que hegemonizara la lucha armada antidictatorial, gestando y encabezando esa insurrección a través de la preparación militar propia y de las masas.<sup>20</sup> Este planteo llevó al PCR a polemizar con el PRT-EC, al sostener que existía una diferencia entre el tipo de insurrección defendida y la noción de guerra prolongada de guerrillas urbanas o campesinas que, en el fondo, escondía una división entre la hegemonía proletaria o pequeño-burguesa de la dirección. Así, el PCR intentaba no provocar una división entre el trabajo político y el militar atribuyéndole a expresiones como la *santuchista* la postergación de la gestación de un partido revolucionario bajo el pretexto de la carencia de un ejército. Advirtió la importancia del predominio de lo político y evitar el error de pasar a una etapa de primacía de la lucha armada dando lugar a la exposición ante el enemigo.<sup>21</sup>

Como respuesta, el PRT-EC interpeló públicamente al PCR. La tendencia liderada por los Santucho ponderó que esta organización concibiera la lucha armada como perspectiva pero le cuestionó que ella fuera percibida como la culminación de una insurrección popular dirigida por un partido revolucionario (o bien, como la aplicación de métodos armados de defensa espontáneamente establecidos por los propios obreros) y no como parte de una guerra prolongada con acciones de guerrilla urbanas y rurales combinadas, que derrotaran al ejército profesional y a las instituciones de la burguesía, reemplazándolas por organismos populares con sostén del ejército del pueblo.<sup>22</sup>

<sup>20</sup> “Documentos aprobados...” (*op. cit.*).

<sup>21</sup> “Documentos aprobados...” (*op. cit.*).

<sup>22</sup> “Carta al PCR” (PRT, 1969, 20 de agosto).

En cierto punto, también para Vanguardia Comunista el proceso cordobés significó un impacto en sus elaboraciones conceptuales y definiciones. La tensión entre una militancia revolucionaria con eje en el proletariado y la premisa de consolidar un trabajo en el campo para luego cercar la ciudad se reveló difícil de resolver. La búsqueda de una integración de estas alternativas teórico-prácticas se pretendió sustanciar a través de perspectivas tales como la adhesión a la idea de Guerra Popular Prolongada, pero con un privilegio por aquellas zonas que tuvieran como mano de obra a los obreros rurales de cultivos como el azúcar, la madera o el tabaco (Soto, 2004). Mayo de 1969 provocó desconcierto en la organización hasta el punto de dilatar la realización de su primer congreso partidario el que, finalmente, tuvo lugar en 1971. Tras el *Cordobazo* surgió una autocrítica, esgrimiendo que se había sostenido la expectativa de un comienzo de la guerra popular surgida de la propia lucha de masas. Como reorientación, afirmó que la guerra sería producto de una combinación entre la lucha espontánea y las iniciativas del partido. En diferencias con el PRT-EC, aseveró que tales iniciativas no debían recaer en “acciones atrevidas de agitación y terror” a modo de propaganda armada, pues ello supondría desplazar el trabajo de movilización política y económica de las masas subestimando al partido como ideólogo y dirección de la lucha.<sup>23</sup>

Con perspectivas divergentes, el PC también se expidió en estas polémicas. En primer lugar, deslindándose del mote de “reformista”, al sostener la importancia de las reivindicaciones inmediatas como una táctica que permitiera vincular éstas con la lucha antidictatorial. En otro orden, defendió la autodefensa como respuesta a la represión, en oposición a las premisas “aventureras” de expresiones de “ultraizquierda y guerrilleras” que proponían caminos cortos practicados al margen de las masas.<sup>24</sup> Sus planteos encontraban una base

<sup>23</sup> “Circular de la Dirección...” (*op. cit.*).

<sup>24</sup> “La lección de las luchas de mayo...” (*op. cit.*); “La situación en las Fuerzas Armadas y el problema de la autodefensa de masas” (*Nueva Era*, 1969, pp. 457-467).

de sustento proveniente de la estrategia y proyección del Frente Democrático Nacional (Camarero, 2014). En su XIII Congreso Nacional, de marzo de 1969, reafirmó que la contradicción principal en la Argentina era aquella protagonizada por las fuerzas productivas (obrerros, empleados, campesinos y burguesía nacional) que pugnaban por su desarrollo y las relaciones de producción, identificadas en la oligarquía terrateniente, el gran capital internacional y los monopolios extranjeros, que las detenían. Así, resultaba necesaria la unidad en un frente de aquellas oposiciones a la dictadura que desembocara en un gobierno de coalición democrática y en la posterior convocatoria a una Asamblea Constituyente.<sup>25</sup>

#### 4. En torno a los sujetos sociales

Si bien el movimiento obrero poseía centralidad en los análisis vertidos por las izquierdas, las referencias a otros sujetos sociales no se hallaron ausentes. Un rasgo destacado en algunas organizaciones, como el PCR, fue la perspectiva de incorporación de una gama más amplia de actores factibles de asimilar a un proyecto revolucionario. Se subrayaba la necesidad de una política hacia el proletariado rural en la búsqueda de forjar una organización sindical en donde ella no existiera y se ponderó el rol del estudiantado para convertirlo en aliado de la clase obrera.<sup>26</sup>

En este aspecto, es particular el caso de Vanguardia Comunista. Esta organización daba cuenta de una amplitud al identificar que, desde los obreros hasta los empleados, campesinos pobres y medios, intelectuales revolucionarios y la pequeña burguesía urbana eran actores factibles de integrar a una “revolución nacional, democrática y popular”.<sup>27</sup> Ya con el *Cordobazo* consumado, sus análisis destacaban

<sup>25</sup> “Derrotar la dictadura de los monopolios con el Frente Democrático Nacional” (*Nueva Era*, 1969, pp. 225-234).

<sup>26</sup> “Tesis para el XIII Congreso” (*op. cit.*).

<sup>27</sup> “Proyecto de Resolución sobre la Situación Nacional” (VC, 1968, octubre).



en el proletariado el sujeto esencial y maduro del proceso y, en razón de ello, se propuso la organización de “Comisiones de obreros clandestinas” que prepararan la autodefensa para futuras acciones y el impulso de asambleas y reuniones por fábrica para continuar con las medidas. No obstante, subrayó como problemática la ausencia en el conflicto del proletariado rural y el campesinado, alertando que, en la medida en que ello no ocurriera, resultaría imposible que la violencia acaecida en las ciudades revirtiera en una guerra organizada del pueblo.<sup>28</sup>

Con preexistencia a mayo de 1969, el trotskismo ponderó la figura del estudiantado sin que ello implicara la puesta en práctica de una acción desligada de la clase obrera. Así, el PRT-LV impulsó la idea de desarrollar métodos de autodefensa ante la represión estatal, instando a que desde los centros de estudiantes se organizaran piquetes para la movilización antidictatorial y PO propuso la conformación de comités obreros de resistencia interfabriles y comités conjuntos obrero-estudiantiles para el enfrentamiento a la represión en la perspectiva de un paro obrero-estudiantil nacional.<sup>29</sup> No obstante, en el clima engendrado con el ascenso cordobés, la perspectiva de su movilización independiente se revelaba insuficiente. Para el PRT-LV, era improbable que este movimiento forjara un papel autónomo en la lucha dado que no gozaba de un carácter de clase, por lo que su agitación solo poseería perspectivas revolucionarias si lograba ligarse a la del movimiento obrero. También PO encontraba en el estudiantado una orientación difusa, por lo que pugnaba para que éste se imbricase con el enfrentamiento popular callejero antidictatorial.<sup>30</sup>

Por su parte, el PC vislumbró que, más allá de la centralidad de la clase obrera, el anhelado frente antidictatorial precisaría de la articulación entre variados actores como el campesinado, el movimiento

<sup>28</sup> “Córdoba: el rumbo” (*No Transar*, 1969, 6 de junio, pp. 5-6).

<sup>29</sup> “Como defenderse de la represión” (*La Verdad*, 1969, 26 de mayo, p. 6); “Paro obrero-estudiantil conjunto” (*Política Obrera*, 1969, 21 de mayo, pp. 9-11).

<sup>30</sup> “El movimiento estudiantil y nuestra política” (CC del PRT-LV, 1968); “Paro obrero-estudiantil conjunto” (*op. cit.*).

estudiantil, los partidos políticos y los intelectuales siendo una tarea del partido encontrar puntos de coincidencia que permitieran confluir.<sup>31</sup> También era notable la primacía que se otorgó a la militancia dentro de las FEAA. Se sostenía la posibilidad de que, por intermedio de su intervención, se abriera dentro de la esfera castrense una corriente de pensamiento divergente a aquellas identificadas con el nacionalismo, el social-cristianismo y las variantes peronistas.<sup>32</sup> Se trataba de una línea que se consolidaría con los llamados a convergencias cívico-militares (Campione, 2005; Casola, 2010).

En simultáneo al análisis en torno a los sujetos sociales potencialmente factibles de incorporarse a un proceso revolucionario, las izquierdas también focalizaron sus balances no solo en el derrotero de la conflictividad social sino también en las contradicciones y disputas identificadas en el seno de la burguesía y del aparato estatal. El PRT-LV, por ejemplo, distinguió una tensión entre la tradicional burguesía nacional, industrial y agro-ganadera (que reivindicaba un crecimiento ligado al mercado mundial) y aquella que propugnaba un desarrollo “neocapitalista” (sosteniendo la combinación entre la burguesía nacional y las inversiones imperialistas). Dentro de esta última facción identificó a las tendencias desarrollistas y señaló la existencia de una corriente que consideraba decisivo garantizar una moneda estable y la libertad de inversión y comercio absoluto de los capitales extranjeros.<sup>33</sup>

Otros grupos también analizaron los sectores que dividían a las clases dominantes. El PCR distinguió tres realidades. La tendencia “eficientista” que aspiraba a privilegiar la producción para el mercado mundial y mantener al país como “satélite” de los grandes monopolios internacionales asociando a ellos a la gran burguesía argentina; el sector “desarrollista” que pretendía impulsar la industria y los servicios básicos sobre la base de la sustitución de importaciones

<sup>31</sup> “Por la unidad del movimiento obrero” (*Nueva Era*, 1969, pp. 435-445).

<sup>32</sup> “La situación en las Fuerzas Armadas y el problema...” (*op. cit.*).

<sup>33</sup> “Tesis sobre la situación nacional...” (*op. cit.*).

pero concediendo todo tipo de facilidades al capital extranjero para atraerlo al país y, finalmente, una propuesta “nacionalista” sostenida por propietarios industriales y rurales que impulsaban la lógica de las nacionalizaciones limitadas.<sup>34</sup> VC también encontraba una agudización de las luchas internas de las clases dominantes pero simplificó la dicotomía entre el “desarrollismo” de los monopolios norteamericanos que buscaba superar la crisis mediante una apertura democrática y un “ala gorila liberal” que no pretendía ninguna concesión y aspiraba a una economía con escasa regulación estatal.<sup>35</sup>

## 5. Balances y perspectivas

El levantamiento cordobés abrió un ciclo de protestas en el país que, partiendo de reivindicaciones locales, pusieron en tela de juicio al régimen militar y contaron con el protagonismo de amplios sectores. Paulatinamente, desde principios de los años setenta se observaron importantes cambios en las metodologías de confrontación de la clase obrera a partir de la creciente demanda de autonomía y democracia de base en las estructuras sindicales, lo que tuvo su expresión central en medidas de confrontación directas tales como las ocupaciones de fábricas con toma de rehenes (Gordillo, 2003).

Tanto los días finales del agitado 1969 como su primer aniversario en 1970 fueron momentos propicios para forjar balances sistemáticos, con la ventaja de contar con la perspectiva de cierta distancia histórica, y a la luz de un contexto en el que se hallaban vigentes los motivos que originaron la convulsión, pero en un marco de notorio incremento de la conflictividad y la crisis política.

Para el PC, el aniversario del *Cordobazo* lo llevó a concluir que este estallido modificó el panorama político y marcó un quiebre ante el ascenso de la lucha de masas y la descomposición de la dictadura. En

<sup>34</sup> “Documentos aprobados...” (*op. cit.*).

<sup>35</sup> “Circular de la Dirección Nacional...” (*op. cit.*).

otro orden, encontró en mayo de 1969 un aval a sus posicionamientos de debate con las organizaciones político-militares, dado que demostraba el protagonismo de la clase obrera como sujeto, la posibilidad de transformación de consignas mínimas en planteos antidictatoriales y la transición de acciones gremiales en una insurrección popular.<sup>36</sup> Los sucesos posteriores le sirvieron para justificar su hipótesis de “giro a la izquierda” de las masas, identificado en ciertas prácticas (la masificación de los métodos callejeros, la ocupación de barrios durante los paros activos, la toma de fábricas o la frecuente realización de asambleas en los sitios de trabajo) e, ideológicamente, en el desprestigio de las dirigencias sindicales “de derecha” del peronismo (Córdoba, 1971).

La sucesión de estallidos regionales, fue englobada por el PRT-LV en la categoría de “semi-insurrecciones” que incluyeron el enfrentamiento directo de los obreros y estudiantes contra las fuerzas policiales pero, a la vez, carecieron de una dirección que supiera organizar a las masas para golpear en los puntos neurálgicos.<sup>37</sup> Culminando 1969 caracterizó la continuidad de la situación prerrevolucionaria, pero identificando la presencia de dos obstáculos que impedían dar por finalizada la experiencia de Onganía: el desnivel entre las luchas del interior y Buenos Aires y el problema del control de los sindicatos por una burocracia que no había sido reemplazada por una nueva vanguardia que aún presentaba rasgos de inexperiencia, atomización y espontaneísmo. A ello se agregaba la ausencia de un partido revolucionario de peso que permitiera superar la desorganización del activismo y resolver el problema de dirección.<sup>38</sup> Ante la intensificación de la conflictividad laboral a principios de 1970, este partido destacó que, tras cumplirse un año del *Cordobazo*, la protesta comenzaba a extenderse hacia Buenos Aires en rubros como los bancarios, telefónicos o docentes lo que reflejaba la radicalización de la pequeña

<sup>36</sup> “A un año de ‘El Cordobazo’” (*Nueva Era*, 1969, pp. 438-446); “Córdoba espera en la avanzada” (*Nuestra Palabra*, 1970, 2 de junio, p. 1).

<sup>37</sup> “Tesis sobre la situación nacional...” (*op. cit.*).

<sup>38</sup> “1969. Año del despertar obrero” (*op. cit.*).

burguesía. La conflictividad porteño-bonaerense fue analizada como un fenómeno de características menos explosivas que el proceso cordobés, pero más sólido y continuo, pues el movimiento obrero logró consolidarse mediante la conquista de pequeños objetivos.<sup>39</sup>

En tanto, Política Obrera evaluó que, habiendo transcurrido un año del *Cordobazo*, el país había ingresado en un período de guerra civil entre el proletariado y la burguesía con una politización de las masas (fundamentalmente en el interior del país) que ya no podría frenarse por medio de un intervencionismo estatal conciliador. A la vez, identificó en este movimiento una tendencia irreversible hacia la “desperonización de las masas” en el camino hacia la adopción de un socialismo revolucionario. En contraposición al PRT-LV, PO encontró en Buenos Aires una situación de rezago aún problemática.<sup>40</sup>

En una línea similar, el PRT-EC reflexionó que, desde el *Cordobazo*, la clase obrera comprendió que los tradicionales aparatos sindicales crecieron a sus expensas bajo la tolerancia de la burguesía y adaptados el régimen capitalista. De ese modo, identificó la existencia de un fuerte repudio a un tipo de dirigente que ya no gozaba de las posibilidades de maniobra de antaño permitiéndoles confundir a los trabajadores y orientarlos hacia el camino de la colaboración de clases. La muerte de Vandor sintetizaba el fin de una etapa de dominio de la burocracia sindical. No obstante, su balance se encontró con mayor caudal de matices al encontrar una madurez de la lucha de clases desde 1969 pero, al mismo tiempo, la idea de una ausencia de victorias para los trabajadores dada su imposibilidad de superar la tendencia al “espontaneísmo”, las demandas meramente económicas y la incapacidad de visualizar como necesidad la construcción de un partido revolucionario.<sup>41</sup>

En tanto, el PCR afirmó que la crisis abierta por el *Cordobazo* no se encontraba resuelta dado que tanto la política económica de la

<sup>39</sup> “Informe sobre la situación nacional” (CC del PRT-LV, 1970); “1971: Forjemos una dirección para la lucha” (*La Verdad*, 1971, 13 de enero, pp. 1-3).

<sup>40</sup> “Por un nuevo mayo, nacional y definitivo” (*Política Obrera*, 1970, 18 de mayo).

<sup>41</sup> “1969: Saldo favorable” (*El Combatiente*, 1969, 23 de diciembre, pp. 5-10).

dictadura como la universitaria operaban como estimulantes de inestabilidad constante, a lo que se agregaba una mayor división dentro de las FF.AA. De modo autorreferencial, aseveró que ya podía vislumbrarse la influencia de la organización sobre el proletariado en detrimento de “corrientes populistas”. En otro orden, identificó como rasgos superadores la tendencia al enfrentamiento directo y la utilización de formas elevadas de lucha como las ocupaciones de fábrica; el surgimiento de nuevas direcciones desde las bases; la avidez por el debate político, con las asambleas en los lugares de trabajo; la ruptura de los marcos gremiales que permitía movilizar al proletariado en apoyo a los estudiantes y el surgimiento de agrupaciones clasistas que enfrentaban a los jerarcas sindicales. También visualizó un avance en el movimiento estudiantil al cobrar sus luchas un creciente tono antidictatorial y antiimperialista.<sup>42</sup>

En un registro divergente se hallaron los planteos de Vanguardia Comunista. Como rémora de caracterizaciones antes vertidas, analizó que en ciudades como Córdoba el proletariado era más compacto y que las fuerzas subjetivas de la revolución poseían mayor peso. Ello daba como resultado la concentración de la vanguardia proletaria y la necesidad partidaria de privilegiar su inserción en dichas regiones. No obstante, recuperaba la noción en torno a la presencia de “zonas críticas” del capitalismo en provincias como Tucumán o Chaco en las que los grupos dominantes (como la oligarquía o los monopolios) no podrían desviar o amortiguar la lucha popular por intermedio de concesiones, por lo que podrían transformarse en eslabones débiles en la medida en que comenzara una organización del proletariado junto a una mayor presencia de un partido revolucionario. En estas regiones la organización debía concentrar sus fuerzas en vistas a forjar una alianza obrero-campesina que permitiera iniciar la guerra revolucionaria.<sup>43</sup>

<sup>42</sup> “Conferencia permanente del PCR” (1970, 15-16 de agosto; citada en PCR, 2005); “Lo nuevo del Mayo 70” (*Nueva Hora*, 1970, 1ra quincena de junio, p. 2).

<sup>43</sup> “Resoluciones del CC de Vanguardia Comunista publicadas en el *Cuaderno Rojo* N° 2” (VC, 1970, septiembre).

La crisis acelerada del régimen político posibilitó a las izquierdas proyectar diversas perspectivas. La presentada por el Partido Comunista tuvo rasgos distintivos. Su planteó recayó en la necesidad de derrocamiento del *onganiato* a través de la acción de masas y la constitución de un nuevo tipo de gobierno provisional de amplia coalición en su reemplazo, en el que participaran diversas fuerzas antidictatoriales y democráticas. Se vislumbró la convocatoria a una Asamblea Constituyente como paso preciso para acelerar las condiciones para una revolución democrática, agraria y antiimperialista.<sup>44</sup> Como resultado de la premisa de conformación de un centro político que dirigiera al conjunto de las luchas, el PC avanzó en la posterior difusión del llamado Encuentro Nacional de los Argentinos (ENA), al que definió como un “embrión de poder popular” (Córdoba, 1971).

El PRT-LV pronosticó la posibilidad de un recambio dentro del sistema consistente en la búsqueda de una salida democrática por parte de diversas facciones de la burguesía y el ejército. Esto le valió una polémica con las organizaciones que, ante un devenir electoral, rechazaban todo tipo de participación por esa vía. Su argumento recayó en no dejar libradas las demandas de elecciones democráticas a “organizaciones burguesas o burocráticas” sino tomarlas como propias y ligarlas a la necesidad de la movilización para efectivizarlas. Pronosticó que, ante la continuidad del ascenso obrero y de su radicalización, la burguesía se vería finalmente obligada a utilizar el recurso de la vuelta del peronismo como una estrategia de apaciguamiento de los ánimos.<sup>45</sup> En la adopción de esta línea, esta organización se diferenció de alternativas en boga como el ENA, caracterizado como un intento del PC de emular a la Unidad Popular de Chile, con la diferencia de carecer de la participación obrera y aspirar a una alianza con sectores de la burguesía considerados progresivos.<sup>46</sup>

<sup>44</sup> “El setenta” (*Nuestra Palabra*, 1970, 6 de enero, p. 8).

<sup>45</sup> “Tesis sobre la situación nacional...” (*op. cit.*).

<sup>46</sup> “Informe sobre la situación nacional” (CC del PRT-LV, 1970).

Para Política Obrera, se abría un período en el que se combinarían las luchas políticas con las económicas a la par de esporádicos levantamientos. Se propuso la gestación de un programa revolucionario que contemplara al conjunto de las reivindicaciones inmediatas, sindicales o económicas, en combinación con consignas políticas directas pugnando por unificar a todas ellas con los métodos de la acción de masas y de la guerra civil revolucionaria, como la democracia obrera y la ocupación fabril defendida con piquetes de huelga armados.<sup>47</sup> Meses después, PO impulsó la convocatoria a un Frente Único Antiimperialista como herramienta de las luchas del proletariado para superar a las direcciones peronistas, nacionalistas y a la burocracia sindical.<sup>48</sup>

En el caso del PRT-EC, el derrotero posterior a mayo de 1969 sirvió como reafirmación de premisas. Destacó el papel jugado por la organización en la educación de la vanguardia movilizada para que, a partir de los problemas mínimos, comenzara a practicar el ejercicio de la violencia organizada y de la lucha armada. Caracterizó como uno de los aspectos más positivos del *Cordobazo* la consagración de la violencia como una forma de lucha legítima e inevitable por parte de sectores cada vez más amplios que simpatizaban con las acciones realizadas.<sup>49</sup> Bajo estos presupuestos aceleró los tiempos de formación de un ejército revolucionario y, tras la realización de su V Congreso en 1970, formalizó esta línea con la creación del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), una herramienta subsidiaria del partido que posibilitara la preparación y el inicio de la guerra revolucionaria.<sup>50</sup>

Para el PCR, el aniversario del *Cordobazo* fue la reafirmación de su postura insurreccionalista y de la ponderación del proletariado.

<sup>47</sup> “Por un nuevo mayo, nacional y definitivo” (*op. cit.*).

<sup>48</sup> “Organizar el Frente Único Antiimperialista” (Resolución del CC del PO; citada en Coggiola, 2006).

<sup>49</sup> “1969: Saldo favorable” (*op. cit.*).

<sup>50</sup> “La guerra en marcha” (*El Combatiente*, 1969, 15 de agosto) [error en el original, es 1970]; “Proclama del ERP” (*El Combatiente*, 1970, marzo, p. 8) [La fecha real es 1971, errónea en la edición original].



Ello se debió, sobre todo, a un conflicto en esta provincia en la fábrica Perdriel, en la que el partido tuvo un lugar de dirección, algo fundamental para subrayar la importancia de una estrategia insurreccional. En este escenario, entabló un debate público con las FAL, organización armada con militantes desprendidos del PCR. Se criticaba al grupo por una política voluntarista de desarrollar acciones militares sin tener inserción entre los sectores movilizadas. Argumentó que el “terrorismo urbano” invertía la lógica: en lugar de ganar a las masas para que ellas desarrollaran la guerra revolucionaria, se la practicaba para que aquellas fueran espectadoras de un combate que no protagonizaban. Esta discusión se sintetizó en la consigna “Más vale un Perdriel que cien secuestros”, que también habilitó un cierre de las tensiones internas.<sup>51</sup> Para el orientador de este partido, existieron dos hechos que “salvaron” al PCR de caer en la lógica de militarismo urbano: el *Cordobazo* y la toma de Perdriel (Brega, 2008).

En un giro de cierta notoriedad, el año 1970 fue para Vanguardia Comunista un quiebre en cuanto a su orientación y práctica. Destacó la necesidad de construcción partidaria dentro de una perspectiva de inserción en la clase obrera y, bajo esa premisa, su Comité Central se trasladó a Córdoba para acompañar de cerca los hechos provinciales. Con el tiempo, alcanzó mayor injerencia en conflictos de trascendencia como, por ejemplo, en el SITRAC-SITRAM. Sin perder nociones provenientes de anteriores etapas, se produjo el abandono paulatino de aquella idea que sostenía que la revolución argentina tendría al campo como su base (Soto, 2004; Rupar, 2019).

\*\*\*

La disciplina de la Historia reflexionó mucho en torno a la categoría de “acontecimiento”, y los modos según los cuales algunos de ellos, exhibidos y tamizados por los medios de comunicación, pudieron

<sup>51</sup> “IKA - Perdriel: un camino y un método” (*Nueva Hora*, 1970, 1ra quincena de junio, pp. 4-5); “Conferencia permanente del PCR” (*op. cit.*).

lograr una gran fuerza social con la que habilitaron horizontes de expectativas, como diría Reinhart Koselleck. El *Cordobazo* fue un acontecimiento tanto traumático como esperanzador. Y lo que nos interrogamos en este texto es el sentido que adquirió para las izquierdas argentinas, para las cuales las revueltas, los levantamientos populares y las grandes manifestaciones de protesta, siempre fueron referencias esenciales. Los imaginarios, las simbologías y el sistema de representación de estas culturas políticas estuvieron expectantes a la existencia o a la posibilidad de este tipo de eventos. Lo mismo ocurrió con la Semana Roja de 1909, las luchas del Centenario, la Semana Trágica de 1919, las huelgas de la construcción y general de 1936, el 17 de octubre de 1945 o los violentos conflictos de la Resistencia en el posperonismo.

El *Cordobazo* tuvo la especificidad de que, a pesar de haber sido reconocido y saludado por las izquierdas como un extraordinario acontecimiento de lucha de la clase obrera y el pueblo, no contó con la participación orgánica y destacada de aquellas, más allá de presencias puntuales. Al mismo tiempo, en corrientes que hacían hincapié en la previsión de los fenómenos de protesta, lo notable fue la sorpresa que alcanzó a casi todas ellas.

Si las jornadas de Córdoba provocaron un sentimiento inicial de perplejidad ante la profundidad de los hechos, el paso siguiente fue la creciente excitación por las nuevas perspectivas que se creía abría el extraordinario acontecimiento. El fin de un ciclo de repliegue de los trabajadores, el deterioro decisivo en las condiciones de dominación del régimen militar, el inicio de una situación prerrevolucionaria o revolucionaria, la amenaza que se cerniría sobre el tradicional control de la burocracia sindical, la aparición de una vanguardia obrera y estudiantil mayormente madura, la radicalización ideológica y política de nuevas camadas de activismo militante, el fortalecimiento de alas revolucionarias del movimiento obrero, la apertura de una dinámica más propicia para las acciones armadas, entre otros elementos, todos ellos fueron apuntados en las primeras argumentaciones. Como hemos visto, los grupos y partidos de izquierda mostraron

la necesidad de presentar balances públicos sobre el significado de mayo de 1969 y sus proyecciones. En algunas organizaciones, el estallido generó desconcierto y debates que atravesaron a su militancia y definieron orientaciones y estrategias de intervención. En definitiva, el *Cordobazo* marcó el inicio de otro período en la historia de las izquierdas argentinas.

## Bibliografía

- AA.VV. (1969). *Vigencia del leninismo hoy y en la Argentina*. Buenos Aires: Anteo.
- AA. VV. (1970). Aportes de leninismo al análisis de la realidad nacional y la línea de nuestro partido. S.d. [F. Nadra].
- Balvé, B. C. et al. (2006). *Lucha de calles, lucha de clases. Elementos para su análisis (Córdoba, 1971-1969)*. Buenos Aires: RyR / CICOSO.
- Brega, J. (2008). ¿Ha muerto el comunismo? El maoísmo en la Argentina. Conversaciones con Otto Vargas. Buenos Aires: Ágora.
- Brennan, J. (2015). *El Cordobazo. Las guerras obreras en Córdoba, 1955-1976*. Buenos Aires: Waldhuter.
- Brenann, J. y Gordillo, M. (2008). *Córdoba rebelde. El Cordobazo, el clasismo y la movilización social*. Buenos Aires: De la Campana.
- Bonvillani, P. (2015). Unidad contra la dictadura “corporativa-fascista”: algunas lecturas del Partido Comunista Argentino sobre el golpe de Estado de 1966. *Izquierdas* (Santiago de Chile), 1(22), 110-132.
- Califa, J. S. (2015). Del Partido Comunista al Partido Comunista Comité Nacional de Recuperación Revolucionaria en la Argentina de los años

sesenta. Una escisión con marca universitaria. *Izquierdas* (Santiago de Chile), 1(24), 173-204.

Camarero, H. (2011). Lucha sindical y compromiso político: algunas observaciones sobre Agustín Tosco y su militancia de izquierda. En A. Tosco. *Textos reunidos II. 1972-1975*, Córdoba: Editorial de la UNC, (pp. 41-59).

Camarero, H. (2014). Tras las huellas de una ilusión: el Partido Comunista argentino y sus planteos del Frente Democrático Nacional (1955-1963). *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, 3(5), 31-50.

Campione, D. (2005). Hacia la convergencia cívico-militar. El Partido Comunista 1955-1976. *Herramienta*, 9(29), 141-164.

Carnovale, V. (2011). *Los combatientes. Historia del PRT-ERP*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Casola, N. (2010). El Partido Comunista Argentino y el golpe militar de 1976: las raíces históricas de la convergencia cívico-militar. *Izquierdas*, 1(6), 1-15.

Cavarozzi, M. (2006). *Autoritarismo y democracia (1955-1996)*. Buenos Aires: Ariel.

Celentano, A. (2014). Maoísmo y nueva izquierda. La formación de Vanguardia Comunista y el problema de la construcción del partido revolucionario entre 1969 y 1969. En M. C. Tortti (Dir.). *La nueva izquierda argentina (1955-1976). Socialismo, peronismo y revolución*. Rosario: Prohistoria (pp. 83-109).

Coggiola, O. (2006). *Historia del trotskismo en Argentina y América Latina*. Buenos Aires: Ediciones RyR.

Córdoba, A. (1971). *El Cordobazo. Apuntes de un combatiente*. Córdoba: Anteo.

Gilbert, I. (2009). *La Fede. Alistándose para la revolución. La Federación Juvenil Comunista, 1921-2005*. Buenos Aires: Sudamericana.

González, E. (Coord.). (1999). *El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina. Tomo 3: Palabra Obrera, el PRT y la Revolución Cubana. Volumen 2 (1963-1969)*. Buenos Aires: Antídoto.

- Gordillo, M. (1991). Los prolegómenos del *Cordobazo*: Los sindicatos líderes de Córdoba dentro de la estructura de poder sindical. *Desarrollo Económico*, 31(122), 163-187.
- Gordillo, M. (2003). Protesta, rebelión y movilización: de la resistencia a la lucha armada, 1955-1973. En D. James (Dir.). *Nueva Historia Argentina. Tomo IX: Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*. Buenos Aires: Sudamericana.
- James, D. (2003). Sindicatos, burócratas y movilización. En D. James (Dir.). *Nueva Historia Argentina. Tomo IX: Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*. Buenos Aires: Sudamericana, (pp. 117-167).
- Mangiantini, M. (2018). *Itinerarios Militantes. Del Partido Revolucionario de los Trabajadores al Partido Socialista de los Trabajadores (1965-1976)*. Buenos Aires: Imago Mundi / Colección Archivos.
- O'Donnell, G. (1982). *El Estado burocrático autoritario. Triunfos, derrotas y crisis*. Buenos Aires: Editorial de Belgrano.
- PCR. (2005). *Documentos aprobados por el PCR a partir de su 1° Congreso, diciembre de 1969, hasta su 2° Congreso, abril de 1972*. Buenos Aires: Ágora.
- Portantiero, J. C. (1996). Economía y política en la crisis argentina (1958-1973). En W. Ansaldi y J. L. Moreno (Comps.). *Estado y sociedad en el pensamiento nacional*. Buenos Aires: Cántaro, (pp. 301-346).
- Pozzi, P. (2004). *Por las sendas argentinas. El PRT-ERP, la guerrilla marxista*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Pozzi, P. y Schneider, A. (2000). *Los setentistas. Izquierda y clase obrera: 1969-1976*. Buenos Aires: EUDEBA.
- Rupar, B. (2017). El rol de la Revolución Cultural China en el maoísmo argentino. *Leste Vermelho*, 3(1), 355-375.
- Rupar, B. (2019). *Emergencia y configuración de la corriente maoísta en Argentina. Antecedentes, fundamentos y caracterización (1965-1974)*. (Tesis de Doctorado). Facultad de Filosofía y Letras, UBA, inédita.
- Schneider, A. (2005). *Los compañeros. Trabajadores, izquierda y peronismo (1955-1973)*. Buenos Aires: Imago Mundi.

Soto, A. (2004). *Vidas y Luchas de Vanguardia Comunista. Tomo I*. Buenos Aires: Nuevos Tiempos.

Tortti, M. C. (1999). Izquierda y “nueva izquierda” en la Argentina. El caso del Partido Comunista. *Sociohistórica*, 1(6), 221-232.

Tortti, M. C. (2014). *La nueva izquierda argentina (1955-1976)*. Socialismo, peronismo y revolución. Rosario: Prohistoria.

Weisz, E. (2004). *Nueva Izquierda e Izquierda Tradicional*. Buenos Aires: Ediciones del CCC.

### **Documentos partidarios internos**

Carta al PCR (PRT, 1969, 20 de agosto).

Circular de la Dirección Nacional sobre la situación nacional y el trabajo partidario (VC, 1969, septiembre).

El movimiento estudiantil y nuestra política (CC del PRT-LV, 1968).

Informe sobre la situación nacional (CC del PRT-LV, 1970).

Las consignas militares y paramilitares para la nueva etapa (PRT-LV, 1970, Congreso Nacional).

Orden del día (CE del PRT-LV, 1969, 21 de junio).

Original de volante, que deberá imprimir cada zona para el paro lo más rápido posible (CE del PRT-LV, 1969, 24 de septiembre).

Proyecto de Resolución sobre la Situación Nacional (VC, 1968, octubre).

Resoluciones del Comité Central de Vanguardia Comunista publicadas en el *Cuaderno Rojo* N° 2. (VC, 1970, septiembre).

Tesis sobre la situación nacional después de las grandes huelgas generales (CC del PRT-LV, 1969, junio, V Congreso Nacional).

### **Publicaciones periódicas partidarias**

1969. Año del despertar obrero. (1969, 29 de diciembre). *La Verdad*, 207, pp. 1-7.

1969: Saldo favorable. (1969, 23 de diciembre). *El Combatiente*, 2(41), 5-10.

- 1971: Forjemos una dirección para la lucha. (1971, 13 de enero). *La Verdad*, 250, pp. 1-3.
- A un año de “El Cordobazo”. (1970). *Nueva Era*, 1 al 5, pp. 438-446, Tomo 1. [J. Bergstein].
- Asegurar el paro nacional en la base a través de asambleas y coordinadoras. (1969, 27 de mayo). *Nuestra Palabra*, 986, p. 7.
- Como defenderse de la represión. (1969, 26 de mayo). *La Verdad*, 182, p. 6.
- Córdoba: el rumbo. (1969, 6 de junio). *No Transar*, 79, pp. 5-6, Extra.
- Córdoba espera en la avanzada. (1970, 2 de junio). *Nuestra Palabra*, 1.039, p. 1.
- Córdoba marca el camino: Por un inmediato paro nacional. (1969, 21 de mayo). *Política Obrera*, 3(51), 1-9.
- XIII Congreso Nacional del Partido Comunista. (1969). Derrotar la dictadura de los monopolios con el Frente Democrático Nacional. *Nueva Era*, 1 al 5, pp. 225-234, Tomo 1.
- El movimiento obrero argentino. Situación y perspectivas. (1969, 14 de abril). *La Verdad*, 176, pp. 3 y 6.
- El setenta. (1970, 6 de enero). *Nuestra Palabra*, 1.018, p. 8.
- Hay que seguir luchando. (1969, 6 de junio). *No Transar*, 79, pp. 3-4, Extra.
- IKA - Perdriel: un camino y un método. (1970, 1ra quincena de junio). *Nueva Hora*, 46, pp. 4-5.
- La guerra en marcha. (1969, 15 de agosto). *El Combatiente*, 3(46). [Error en el original, es 1970].
- La lección de las luchas de mayo: ¡Es hora de la unidad nacional contra la dictadura!. (1969). *Nueva Era*, 1 al 5, pp. 417-428, Tomo 1.
- La orden de Perón. (1968, 1ra quincena de diciembre). *Nueva Hora*, 18.
- La situación en las Fuerzas Armadas y el problema de la autodefensa de masas. (1969). *Nueva Era*, 1 al 5, pp. 457-467, Tomo 1. [J. Sotomayor].

La situación nacional y sus perspectivas. (1969). *Nueva Era*, 6 al 11, pp. 629-655, Tomo 2. [G. A. Álvarez. Informe realizado en la reunión del Comité Central los días 22 y 23 de noviembre de 1969].

La tarea inmediata. (1969, 29 de abril). *Nuestra Palabra*, 982, p. 1.

Las movilizaciones populares en todo el país dijeron: Abajo la dictadura de los monopolios. (1969, 11 de junio). *El Combatiente*, 2(30), 3-7.

Llamamiento del Partido Comunista. (1969, 27 de mayo). *Nuestra Palabra*, 986, p. 1.

Lo nuevo del Mayo 70. (1970, 1ra quincena de junio). *Nueva Hora*, 46, p. 2.

Norte Argentino: eslabón débil del capitalismo. (1969, 7 de mayo). *El Combatiente*, 2(28), 5-7.

Onganía: Mito frustrado. (1969, 7 de mayo). *El Combatiente*, 2(28), 3-4.

Paro obrero-estudiantil conjunto. (1969, 21 de mayo). *Política Obrera*, 3(51), 9-11.

Paro obrero y estudiantil contra la dictadura. (1969, 26 de mayo). *La Verdad*, 182, p. 1.

Por la unidad del movimiento obrero. (1969). *Nueva Era*, 1 al 5, pp. 435-445, Tomo 1. [R. Iscaro].

Por un nuevo mayo, nacional y definitivo. (1970, 18 de mayo). *Política Obrera*, 4(70).

Por una nueva dirección. Congreso de bases. (1969, 26 de junio). *Política Obrera*, 3(53).

Proclama del ERP (1970, marzo). *El Combatiente*, 53, p. 8. [La fecha real es 1971, figura errónea en la edición original].

¿Quién debe dirigir la lucha antidictatorial?. (1969, mayo). *No Transar*, 78, pp. 2-4.

Resistencia activa a la dictadura de los monopolios. (1969, 11 de junio). *El Combatiente*, 2(30), 8-9.

Viva el alzamiento obrero-popular de Córdoba. (1969, 4 de junio). *Política Obrera*, 3(52), 1-5 y 24.



## **Segunda parte**

Nuevos objetos (y sujetos)  
para una agenda sobre las movilizaciones  
de finales de los años sesenta



## Capítulo 5

# La lucha estudiantil en Buenos Aires y Córdoba entre 1966 y 1975

## Un análisis comparativo

*Juan Sebastián Califa y Mariano Millán*

En Argentina, como en otros países, durante los años sesenta y principios de los setenta del siglo XX se vivió una etapa de radicalización política. A raíz de ello, numerosas investigaciones analizaron el accionar de diversos sujetos. Debido a la significación de las revueltas urbanas proliferaron estudios de caso sobre los *azos* y en reiteradas ocasiones se examinaron trayectorias intelectuales, subrayando cambios en los compromisos políticos y diálogos entre ideas otrora distantes, como el marxismo y el nacionalismo o el catolicismo.

En este amplio y heterogéneo conjunto de textos suele mencionarse la relevancia del movimiento estudiantil. Sin embargo, recién en las últimas dos décadas comenzó a formarse un campo de investigaciones empíricas específicas que supera las generalizaciones ensayísticas. Estos trabajos se debaten entre dos grandes interpretaciones, entrelazadas, construidas desde perspectivas teórico-metodológicas divergentes: la peronización y las transformaciones del reformismo.

La primera fue planteada por diversos autores (Sigal, 1991: 71; Tortti, 2000: 149; Barletta, 2001; Sarlo, 2001: 85 y ss.; Suasnábar, 2005: 82 y ss., Ferrero, 2009) en momentos iniciales de la conformación del campo y

podría resumirse así: tras la intervención universitaria dispuesta por la dictadura en 1966, el movimiento estudiantil pasó a la ilegalidad y por ello se acercó al pueblo peronista, proscrito desde 1955. El reformismo, tradicionalmente abocado a cuestiones universitarias, perdió terreno ante las organizaciones estudiantiles del peronismo y de la nueva izquierda, que pensaban “lo universitario” en estrecha relación con fenómenos más amplios de la política nacional e internacional y buscaban componer alianzas más allá de los claustros, fundamentalmente con los trabajadores. Los estudios de esta corriente otorgaron centralidad a la documentación de las organizaciones, sobre todo las peronistas, y a los testimonios de sus integrantes. Estas ideas cobraron tal preeminencia que la peronización se convirtió en un objeto de investigación en sí, como lo expone el libro reciente de Nicolás Dip (2017).

La segunda vertiente, de la que formamos parte con Pablo Bonavena, tomó fuerza en los últimos años y sostiene que para explicar la radicalización estudiantil hay que observar los enfrentamientos sociales protagonizados por los alumnos, tomando en consideración sus formas de acción, sus protagonistas, sus reclamos, sus escenarios, sus aliados y sus enemigos, integrando los discursos de las agrupaciones en el conjunto más amplio de sus acciones. Nuestros análisis arribaron a dos conclusiones: para 1966 el movimiento estudiantil llevaba al menos una década de radicalización, comenzada con el combate social de “Laica o Libre”, y los tradicionales centros y federaciones así como las agrupaciones reformistas, varias ligadas a la “izquierda tradicional” del Partido Socialista o del Partido Comunista, son las que más enfrentamientos sociales protagonizaron dejando muy por detrás, salvo por etapas muy breves y con muchas salvedades, a las corrientes del peronismo o de la llamada nueva izquierda.

Hasta el momento, los análisis fueron estudios de caso, con mayor dedicación al caso porteño (una síntesis véase en Bonavena, Califa y Millán, 2018). Salvo una acotada excepción (Millán, 2018), no se compararon experiencias de diferentes ciudades, un ejercicio que puede hacer observable la operatividad de ciertas variables locales y enriquecer una descripción nacional. De allí que para avanzar hacia una mejor comprensión de las luchas estudiantiles en la Argentina de los

años sesenta y setenta resulta interesante comparar los movimientos de la Universidad de Buenos Aires (UBA), la de mayor cantidad de alumnos, y el de la Universidad Nacional de Córdoba (UNC), la tercera matrícula nacional más grande del país, entre 1966 y 1975.

Subrayamos también que se cotejan dos movimientos con extensas trayectorias. En la UBA, los centros de estudiantes, cuyos antecedentes se remontan a la década del setenta del siglo XIX, fueron fundados a principios del siglo y desde entonces, con fuertes transformaciones a partir de 1918, articulaban la militancia estudiantil. En Córdoba, las experiencias de organización colectiva de los alumnos reformistas fueron muy fuertes, como lo atestigua la Reforma Universitaria de 1918. De este modo se contrasta un caso situado en la capital del país con otro localizado en uno de los centros de las revueltas urbanas del período, pujante ciudad industrial, logrando así contextualizar con mayor precisión la experiencia estudiantil en el *Cordobazo*.

Para ello realizamos un análisis comparado sintético, remitiendo a descripciones cuando resulte oportuno y necesario, de la evolución temporal de la cantidad de acciones, que ilustrará con precisión los ciclos de lucha y reflujo en cada universidad, marcando sincronías y asincronías, así como similitudes y diferencias en sus magnitudes, modalidades, reclamos, protagonistas y aliados.

Para ello trabajamos con una base de datos de probada validez y fiabilidad sobre los enfrentamientos estudiantiles acaecidos, a los que remiten tales acciones de lucha, que fue construida con información aparecida en más de 20 periódicos de circulación nacional y local entre 1966 y 1975 (Bonavena, 1990/2). Codificamos los hechos en diez variables, seis con sistemas de categorías excluyentes (lugar, fecha, tipo de acción, escenario de la acción, cantidad de participantes y facultad donde ocurrió el hecho), y cuatro no excluyentes (protagonista/s, reclamo/s, aliado/s y enemigo/s).

Con nuestro análisis esperamos contribuir a una comprensión más cabal de las similitudes y también las diferencias en los distintos procesos de movilización estudiantil del país, así como aportar

al debate acerca de los vectores ideológico-políticos sobre los que se constituyó el proceso de radicalización.

## **1. Ciclos, aliados y protagonismos**

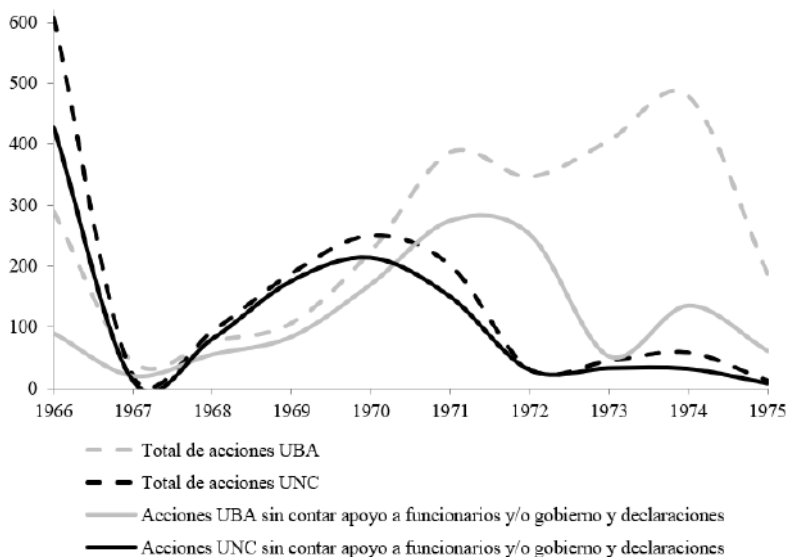
La noción de lucha estudiantil denomina el proceso de enfrentamientos sociales protagonizados por estudiantes en tanto tales. La primera tarea de nuestra investigación consistió en registrar los hechos que responden a esas características y clasificarlos en un sistema de categorías ordenadas según el nivel de confrontación que implican, a saber: declaraciones, conferencias de prensa, actos, asambleas, huelgas de hambre, huelgas universitarias, marchas/movilizaciones, actos relámpago, enfrentamientos con la policía, barricadas, tomas, tomas con control del edificio, detonación de explosivos, ataques armados y otros. La suma anual de estas acciones nos brinda una imagen aproximada de los ciclos de activación y reflujo de los movimientos estudiantiles de la UBA y la UNC.

Sin embargo, esta agregación contiene una heterogeneidad que hace imprecisa la descripción y comparación de ambas experiencias, pues no diferenciamos entre las modalidades contenidas y transgresivas de la contienda, para usar los términos de Dough Mc Adam, Sidney Tarrow y Charles Tilly (2005). En tal sentido, la siguiente operación fue desagregar de ambas series las declaraciones y las acciones realizadas en apoyo a funcionarios y/o al gobierno en general, las cuales suponen un menor costo de activación y, por ende, requieren un compromiso más lábil que otras prácticas.<sup>1</sup> Las cifras resultantes expresan de un

<sup>1</sup> En nuestra investigación hemos constatado que, en reiteradas ocasiones, una misma acción se ha convertido en otra. Numerosas asambleas derivaron en movilizaciones callejeras o en tomas de los establecimientos, varias manifestaciones se convirtieron en enfrentamientos con la policía. En algunos casos esos choques llevaron a grupos más pequeños de estudiantes a realizar actos de tipo relámpago o, en otros, a erigir barricadas. Tomamos la decisión metodológica de incluir en un mismo registro a todas las formas de acción derivadas. Por ello, en nuestra contabilidad hay ocasiones en las cuales un hecho reconoce múltiples formas de acción, pudiendo ser una asamblea, una marcha y un acto relámpago, u otra combinación posible.

modo más realista las variaciones en la disposición al enfrentamiento de los alumnos de cada universidad.

*Gráfico 1. Evolución anual del total de acciones de los movimientos estudiantiles de la UBA y de la UNC y de las acciones sin contar declaraciones y apoyo a funcionario y/o gobierno (28/6/1966-31/12/1975)*



Asimismo, en cada acción, aun cuando se trata de hechos simples que no derivaron en otros sucedáneos, los reclamos tal vez sean varios. Es habitual encontrar declaraciones donde los protagonistas exigen rectificaciones sobre cuestiones académicas o de política universitaria, como reprobaciones masivas, limitaciones para la admisión en las carreras o el regreso del cogobierno, junto a otras consignas como la libertad de los presos políticos o lo que, según varios colectivos de alumnos/as, sería la causa subyacente de los problemas experimentados en las facultades: el carácter del gobierno y/o el régimen, la influencia del imperialismo en la cultura y la educación, etcétera.

Por estas razones de orden estrictamente metodológico, la suma de los valores de cada tipo de acción y de cada tipo de reclamos excede a la de la cantidad de hechos. Para tener una medida cuantitativa de la incidencia de determinado tipo de acciones y reclamos sobre el conjunto de los hechos debimos realizar una operación matemática. Tomamos como 100% la cantidad de hechos y luego redujimos la cantidad de "declaraciones" y de "acciones en defensa de funcionarios y/o gobierno" en la misma proporción que la suma de todas las categorías de la variable "formas de acción" y "reclamos" excedían el total de hechos. De este modo fue posible restar a ese total de hechos las declaraciones y las acciones motivadas por el apoyo a las autoridades.

El primer elemento que debe considerarse, antes de interpretar este gráfico, es la diferencia en el tamaño de las matrículas y su peso en la trama urbana. Según Augusto Pérez Lindo (1985: 171), en 1968 la UBA contaba con 79.640 alumnos y la UNC con 26.850, mientras que al final del período, en 1975, alcanzaban los 171.897 y 50.504, respectivamente. Por otra parte, Córdoba se reconocía a sí misma como, entre otras cosas, una ciudad universitaria. Para 1960 contaba con 600 mil habitantes y en 1970 con 800 mil (Malecki, 2015). Los alumnos cordobeses representaban entre un 3 y un 4,5% de la población, con especial peso en algunas zonas compartidas con los trabajadores, como el barrio Alberdi (Bravo Tedin y Sarria, 2007).

En Buenos Aires, en cambio, los estudiantes se encontraban más dispersos, mientras que las representaciones sociales no ubicaban a la universidad en el mismo sitio. La Capital Federal contaba con poco menos de 3 millones de habitantes y el conglomerado del Gran Buenos Aires contabilizaba más de 6 millones en 1960 y una cifra superior a 8 millones para 1970. Los estudiantes de la UBA representaban alrededor del 1% de la población. Asimismo, en Buenos Aires no existían barrios estudiantiles. Algunas facultades se encontraban en el microcentro porteño, cerca del distrito bancario (Filosofía y Letras y Ciencias Exactas y Naturales), otras diseminadas en grandes avenidas (Arquitectura, Derecho, Ingeniería) y el núcleo más concentrado alrededor del Hospital de Clínicas (Medicina, Ciencias Económicas, Odontología, Farmacia y Bioquímica), en el pudiente Barrio Norte.

Estos datos invitan a comprender que las similitudes observables en el Gráfico 1 tuvieron un impacto y una densidad mucho mayor en Córdoba que en Buenos Aires. Por una cuestión de proporciones, el influjo sobre la trama urbana fue notoriamente diferente, algo ya señalado por estudios clásicos sobre el *Cordobazo* (Delich, 2005). Por lo dicho, el activismo a lo largo de esta década constituye un fenómeno de mayor representatividad entre los alumnos cordobeses que en los porteños. Tenemos un movimiento de lucha que protagonizó algo más que 1.500 acciones de enfrentamientos y otro, en la capital del país, una cifra levemente superior a 2.500, reconociendo etapas en



las cuales la cantidad de confrontaciones en la ciudad mediterránea superaron largamente las de la UBA, todo esto con una base social que rondaba al tercio de la porteña.

Con estas consideraciones, las curvas nos permiten observar que, más allá de la excepción de 1966, la proporción de las declaraciones y las acciones en apoyo a funcionarios y/o al gobierno es mucho mayor en la UBA que en la UNC. Esto quiere decir que el movimiento cordobés presenta una mayor disposición al enfrentamiento en el conjunto de sus acciones durante estos diez años, aunque no sea una constante.

En el caso cordobés puede notarse una relativa sintonía entre ambas curvas que, más allá de algún momento donde la diferencia se ensancha levemente, dibuja una distancia breve entre las cifras que incluyen acciones de menor o nula disposición al enfrentamiento y las que las excluyen.

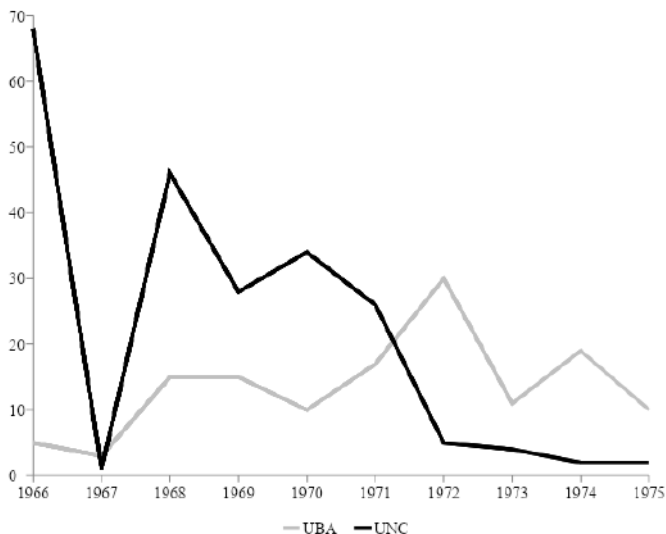
En Buenos Aires la situación es completamente diferente. Tras la gruesa diferencia en 1966, también muy amplia en Córdoba, las dos líneas recorren juntas todo el período de reflujos de 1967, la recuperación de 1968 y el ascenso de 1969 y 1970. En 1971 la distancia comienza a cobrar espesor, las declaraciones adquieren mayor importancia, acompañadas de un incremento de menor magnitud de las acciones que no las cuentan. Esta distancia se sostiene en 1972, en un contexto de caída leve, y en 1973, con el comienzo del tercer gobierno peronista, se observa que la elevación del total de acciones contrasta con una caída muy pronunciada en la magnitud de los hechos que denotan mayor disposición al enfrentamiento. Como puede notarse, las líneas experimentan orientaciones contrarias, algo único en el período analizado. Esta divergencia en el trazado cesa para 1974, aunque durante los dos últimos años puede notarse aún la enorme distancia entre el total y la suma de acciones más disruptivas. Es cierto que en 1975 esa diferencia vuelve a reducirse, esto se debe a la escasez de apoyos a funcionarios y/o gobierno, pues el grueso del estudiantado porteño se oponía a la “Misión Ivanissevich”, su rector y sus decanos.

Por otra parte, cuando se observan las líneas de Córdoba puede notarse que, como señaló Mariano Millán (2018), las confrontaciones del segundo semestre de 1966 tuvieron una magnitud y una radicalidad muy superior a las de la UBA, expresado en su mayor número como en la mayor injerencia de la lucha de calles. Algo similar ocurrió con el proceso de recuperación de 1968 y el posterior auge entre 1969 y 1970, años en los cuales el movimiento estudiantil de la UNC superó en términos absolutos la cantidad de enfrentamientos de su par porteño. En 1971 comienza un declive, algo que ocurrió en Buenos Aires durante 1972, y se ubica por debajo de la UBA, aunque la diferencia es proporcionalmente mucho menor a la existente con relación a la cantidad de alumnos. En la UNC la caída de 1972 fue abrupta y desde ese momento hasta 1975 el estudiantado ingresó en otra dinámica, de muchísima menor combatividad.

Como ha destacado César Tcach (2013), el movimiento estudiantil cordobés, especialmente el reformista, fue uno de los primeros sectores que integraron un conglomerado antidictatorial, ya por 1966. La convergencia con otros actores se profundizó en los años subsiguientes cuando el activismo fabril alcanzó su cenit entre 1969 y 1971, siendo muy relevantes las izquierdas (Brennan, 1996 y Gordillo, 1999).

El *Cordobazo*, el acontecimiento que designa una etapa de la historia argentina, fue entre otras cosas un levantamiento obrero-estudiantil. En tal sentido, fortalecemos su comprensión si podemos localizarlo dentro de la evolución inmediatamente anterior y posterior del vínculo entre el accionar contencioso de los trabajadores y de los alumnos, tanto en Córdoba como en Buenos Aires.

*Gráfico 2. Evolución anual de las acciones del movimiento estudiantil de la UBA y de la UNC con la clase obrera (28/6/1966-31/12/1975)*



El análisis de las magnitudes de la acción obrero-estudiantil de cada caso arroja sensibles diferencias. En primer término, la brecha entre la UNC y la UBA en 1966. La resistencia contra el golpe de Estado, la intervención universitaria y luego el repudio al asesinato de Santiago Pampillón fueron procesos con cualidades muy divergentes en Córdoba y en Buenos Aires. En la primera de estas ciudades se conformó un efímero pero activo bloque obrero-estudiantil, algo prácticamente inexistente en la Capital Federal, donde el movimiento obrero se encontraba encolumnado con las direcciones de los sindicatos de rama nacionales que, al igual que la mayoría del peronismo, apoyaron la autoproclamada “Revolución Argentina” encabezada por el general (RE) Juan Carlos Onganía durante sus primeros meses.

El segundo elemento que debe resaltarse es la notoria similitud en las curvas del total de hechos de confrontación del movimiento estudiantil cordobés y las relativas a las acciones obrero-estudiantiles.

Con la salvedad del pico de 1968, ambas líneas reconocen un ascenso en el trienio radical de 1969-1971, cuando alcanzan las mayores magnitudes y una caída sustancial durante 1972, para ubicarse en cifras que se mantuvieron relativamente constantes hasta 1975 inclusive.

El caso porteño es verdaderamente diferente. Entre 1968 y 1969 puede observarse un movimiento acompasado de las líneas de actividad contenciosas en general y de las acciones obrero-estudiantiles, pero luego el ascenso general de 1970 se acompaña de una caída de la unidad con los trabajadores, que recupera la sintonía ascendente en 1971, pero sólo por ese año.

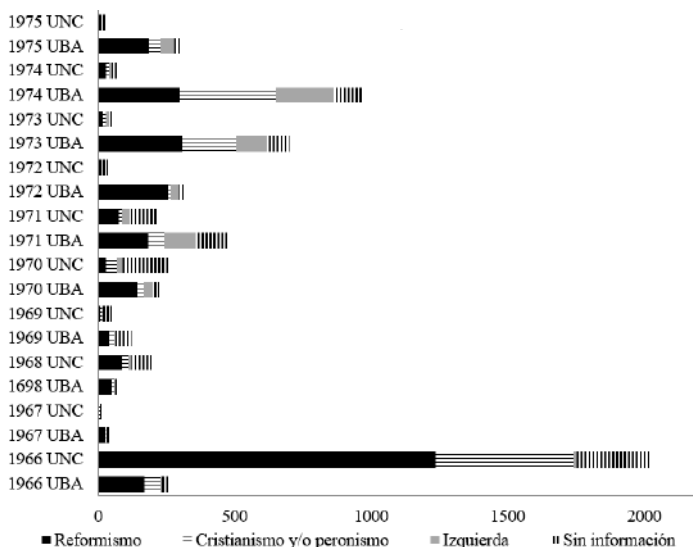
Las trayectorias erráticas de estas variables para la UBA exhiben el ascenso estudiantil más desligado del movimiento obrero. El *Cordobazo*, entonces, se ubica en el contexto de un ciclo de mediano plazo de activación obrero-estudiantil que forma parte de otro, más prolongado, donde se observa una notoria covariación.

Por otro lado, como se ha mencionado anteriormente, una serie de autores sostuvieron que el proceso de radicalización estudiantil se encontraba estrechamente ligado a la crisis del reformismo, el ascenso del peronismo entre los estudiantes y la emergencia de las agrupaciones de la llamada nueva izquierda. Aunque esta afirmación ha sido cuestionada (Califa, 2018), todavía no contamos con una perspectiva comparada de distintos casos donde se aborde cuantitativamente el protagonismo en los enfrentamientos de los distintos sectores que componían el movimiento estudiantil.

Nuestro código e investigación contempla 27 categorías no excluyentes, puesto que una acción puede haber sido protagonizada por más de un grupo. A los fines de simplificar la lectura, aquí presentamos cuatro categorías: “Reformistas” (Centros y federaciones, los comunistas del Movimiento de Orientación Reformista; los radicales de Franja Morada; los socialistas del Movimiento Nacional Reformista; la izquierda nacional nucleada en la Agrupación Universitaria Nacional, y otras reformistas), “Agrupaciones de Izquierda” (las maoístas Frente de Agrupaciones Universitarias de Izquierda y Tendencia Universitaria Popular Antiimperialista Combatiente y la trotskista

Tendencia Estudiantil Revolucionaria Socialista y otras marxistas como la Corriente de Izquierda Universitaria, la Línea de Acción Popular o los Grupos Revolucionarios Socialistas); “Agrupaciones Cristianas y/o Peronistas” (Frente de Estudiantes Nacionales, Juventud Universitaria Peronista, Integralismo y otras) y “Otros/sin información”, donde no incluimos a los grupos de derecha.<sup>2</sup> En el Gráfico 3 puede observarse una evolución de la cantidad de acciones que protagonizaron grupos integrantes de los distintos conglomerados junto a la cantidad total de protagonismos del movimiento estudiantil.

*Gráfico 3. Protagonismo de reformistas, cristianos y/o peronistas, izquierdistas y sin información en los enfrentamientos del movimiento estudiantil de la UBA y la UNC (28/6/1966-31/12/1975)*



<sup>2</sup> Para el año 1974, en Buenos Aires se computó como “Cristianismo y/o Peronismo” el 70% de las acciones de los centros de estudiantes y de la federación local. Somos conscientes de que esta clasificación tiene un leve sesgo en favor del Reformismo y en detrimento de la “Izquierda”, pues no fueron separadas las acciones protagonizadas por los escasos centros que dirigía FAUDI y las de la FUA Córdoba, con la presidencia de la misma agrupación, durante 1970. Estimamos que la diferencia puede ser menor a 25 acciones.

La primera cuestión que resulta evidente tras una lectura es la gravitación del bloque reformista. En nuestro relevamiento de las dos ciudades hallamos 6.714 menciones a protagonistas. Estas cuatro categorías concentran 6.438, más del 95% de los casos. Dentro de estas, los reformistas cuentan con 3.170, casi la mitad, los cristianos y peronistas poco más del 20% con 1.373 y la izquierda supera escasamente el 10% con 659, dejando el quinto restante a los casos donde no se menciona a los protagonistas más que como “estudiantes” o “alumnos”.

Ese predominio en los protagonismos en el conjunto de la década se corresponde además con otro dato: el bloque reformista encabezó la contabilidad en cuatro años en Córdoba y ocho en Buenos Aires. Con la excepción de 1974 en la UBA, nunca fue superado por otro bloque, aunque su distancia mermó en 1973 en las facultades porteñas y en la UNC en los períodos de grandes agitaciones, cuando quedó muy por detrás de la categoría “sin información”.

Antes de adelantar conclusiones, debe recordarse que estos conglomerados contenían una notoria heterogeneidad, tanto cuando se los mira en un momento dado como cuando se analizan las trayectorias de sus grupos integrantes. La FUA se dividió en 1970, poco más del 30% de los centros dirigidos por los comunistas formó la FUA “La Plata” y las restantes entidades, en manos de FAUDI, el MNR, Franja Morada y AUN, constituyeron la FUA “Córdoba”. El espacio cristiano-peronista al principio del período es fundamentalmente católico, con grupos religiosos como los Ateneos, el Integralismo y el casi extinto Humanismo, pero también con el FEN, cuyos primeros dirigentes provenían del reformismo y de la izquierda del partido socialista. Hacia el final cobró mayor importancia la JUP, del ala combativa del peronismo, nucleando pequeños grupos de procedencia disímiles, mientras el FEN apoyaba a Perón y a los grupos de derecha frente a la agrupación montonera. Algo similar puede decirse de las izquierdas, donde convivían marxistas sin mayores definiciones, maoístas, trotskistas y anarquistas.

A pesar de todas estas advertencias, los datos precedentes habilitan un cuestionamiento de la hipótesis de uso común de crisis o retroceso del reformismo. En ese mismo sentido, es pertinente señalar la fuerte asociación entre la evolución de la cantidad de acciones de este conglomerado y la cantidad de hechos de ambos movimientos estudiantiles sin contar declaraciones y/o apoyo a funcionarios y/o al gobierno. Esta sintonía es menor cuando se examinan las frecuencias globales depuradas que se mencionaron y las magnitudes de los protagonismos de los grupos cristianos y/o peronistas, y menor todavía cuando se cruzan con las menciones de los grupos de izquierda.

Este análisis global, no obstante, debe ser completado con ciertas precisiones acerca de los ciclos de activación y reflujo. La izquierda incrementó notoriamente su presencia en la acción estudiantil en el escenario posterior al *Cordobazo*, con especial intensidad en la UBA. En esta universidad superó al peronismo en 1970, 1971, 1972 y también, llamativamente, en 1975. El cristianismo y/o peronismo tuvo un salto exponencial en 1973 y 1974, cuando gobernaba su partido en el país y las facultades porteñas contaban con autoridades cercanas a la JUP. En la UNC el ascenso de la izquierda parece haber sido más tenue, pero igualmente notorio tras 1969. Allí los marxistas protagonizaron más enfrentamientos que los cristianos y/o peronistas en 1971 y 1973, un dato relevante vista la inmensa superioridad de los católicos en 1966. Los escuetos guarismos del bloque nacional y popular en la ciudad del *Cordobazo* y el *Viborazo* nos ayudan a ensanchar nuestra distancia de las lecturas que asociaron peronización y radicalización estudiantil.

Asimismo, en la base de estas hipótesis generales sobre el activismo universitario argentino de los años sesenta y setenta se encuentran dos ideas usualmente consideradas autoevidentes, sobre las cuales se presentan observables con escaso rigor metodológico. La primera es el supuesto de que la radicalización conllevó un desentendimiento de las demandas académico-corporativas. La segunda, que en 1973 se vivió una potenciación de los procesos de radicalización anteriores. En el siguiente apartado examinamos la evolución

de los reclamos de ambos movimientos estudiantiles y comparamos el peso de sus acciones más disruptivas en dos momentos: el trienio 1969-1971 y el bienio 1973-1974.

## **2. Reclamos y procesos de radicalización**

Para describir con rigor la trayectoria de un movimiento de lucha, comprender las motivaciones de sus protagonistas y contribuir a su explicación metódica resulta fundamental construir series de mediano y largo plazo de una variable central: los reclamos. En este punto, nuestra evidencia nos lleva a cuestionar ciertas conjeturas, como la de Beatriz Sarlo, quien sostiene que: “No puede sorprender que, en el marco de la radicalización política de comienzos de los setenta, y de la incorporación de las capas medias al peronismo revolucionario, se coincidiera en la pérdida de especificidad de la cuestión universitaria” (2001: 102 y ss.). En el sentido de establecer un diálogo crítico, importa desentrañar qué lugar ocuparon las cuestiones propiamente universitarias y cuál las estrictamente políticas en estos dos movimientos.

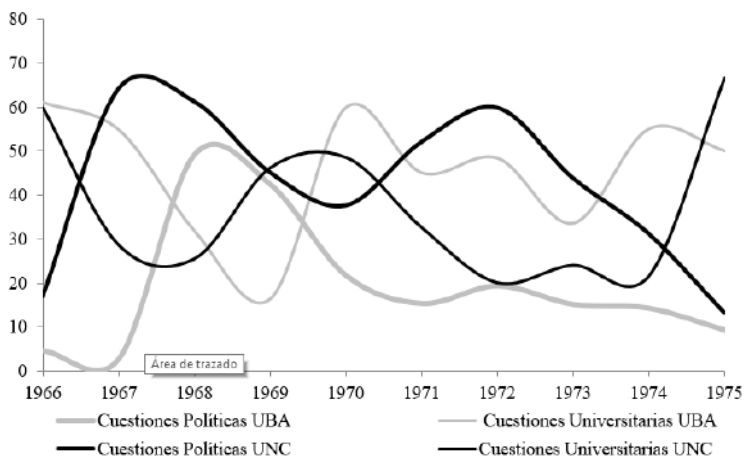
En la variable reclamos codificamos los hechos en 13 tipos de peticiones. En este artículo sólo algunas de ellas son reagrupadas en dos categorías: “Cuestiones Universitarias” (autonomía y cogobierno, cuestiones académicas, bienestar estudiantil, ingreso irrestricto, cuestionamiento contra funcionarios y/o profesores y crítica de la política universitaria gubernamental) y “Cuestiones políticas” (contra medidas y acciones políticas en el escenario nacional y/o internacional, solidaridad con otras luchas y memoria/homenaje a mártires). Dejamos de lado la evolución de las demandas “Anti-represivas” y de “Apoyo al gobierno y/o a funcionario” (apoyo a funcionario, apoyo a la política educativa del gobierno o al gobierno en general).

Las dos categorías que expondremos concentran aproximadamente el 53% de los reclamos en la UBA y el 81% en la UNC. La gran diferencia se debe a la magnitud de las acciones en apoyo a los



funcionarios universitarios y al gobierno durante 1973 y 1974 en Buenos Aires. Asimismo, en ambos casos las cuestiones universitarias prácticamente duplican las cifras de las políticas a lo largo de la década: 37 contra 16 en las facultades porteñas y 53 frente 28 en las mediterráneas. En el Gráfico 4 se expone su evolución anual en las dos ciudades.

Gráfico 4. Evolución anual del porcentaje de la mención a reclamos políticos y a cuestiones universitarias de los movimientos estudiantiles de la UBA y la UNC (28/6/1966-31/12/1975)



La evolución de estas demandas de los movimientos estudiantiles muestra altas y bajas cíclicas. Al comienzo de nuestro período en ambos casos las cuestiones universitarias encabezan los reclamos. Luego, a medida que nos acercamos al *Cordobazo*, se imponen los ejes políticos, para luego ceder terreno a las reivindicaciones ancladas en las facultades. Esta alternancia se convierte en una discordancia para 1971, que prosigue hasta 1974: mientras en Córdoba existen más acciones motivadas por asuntos políticos, en Buenos Aires predominan las cuestiones universitarias, conservando esa primacía hasta

1975, cuando se produce nuevamente una coincidencia con lo ocurrido en la UNC. Puede decirse, entonces, que durante un tercio de la década, estos movimientos estudiantiles no otorgaron la misma prioridad a las cuestiones políticas y a las universitarias.

La primacía de lo universitario en 1966 se debe, fundamentalmente, a que el movimiento estudiantil estuvo abocado a la lucha contra la intervención universitaria del régimen. En esos primeros meses la autonomía y el cogobierno tomaron un lugar central, que luego no tuvieron. Sin embargo, en esa etapa las organizaciones de los alumnos acumularon una experiencia considerable en la nueva lógica del enfrentamiento, sobre todo en Córdoba: la articulación con las fracciones obreras combativas, la gimnasia de los choques callejeros, el ejercicio de la violencia para enfrentar a la policía, etcétera.

El ascenso en los porcentajes de las cuestiones estrictamente políticas durante los años inmediatamente posteriores tiene una estrecha relación con la imposibilidad de establecer espacios de mediación y resolución de cualquier demanda estudiantil. En este sentido, las hipótesis clásicas de Alain Touraine (1969) acerca de la relación directamente proporcional entre ejercicio del poder dirigista, rigidez institucional y radicalización dan en el blanco: los alumnos van trasladando su malestar a una esfera más amplia y cuestionan crecientemente las instituciones. El paroxismo de este proceso se alcanzó con el *Cordobazo*, un hecho de profundas raíces regionales, pero envuelto en una coyuntura nacional donde, tras el asesinato de Juan José Cabral en Corrientes el 15 de mayo, los reclamos anti-represivos dispararon la conflictividad estudiantil nacional.

Sin embargo, estas observaciones no deben tentar a una conclusión apresurada, en la que se suponga que la cuestión universitaria y lo político constituyen una dicotomía de términos excluyentes. En estas páginas proponemos entenderlos, más bien, como elementos que se alimentan mutuamente en la dinámica de un período de ascenso, dado que la radicalización, e inclusive la politización, resultan incomprensibles sin el desarrollo de los enfrentamientos por reclamos universitarios.

El mejor ejemplo de nuestra afirmación es el incremento de la importancia de las cuestiones universitarias en 1970 y 1971, años de gran agitación, que se explica en gran medida por la cantidad de acciones que concentraron los procesos de lucha por el ingreso irrestricto en ambos veranos. Durante el primero de estos, en Córdoba, surgieron los cuerpos de delegados de curso, una nueva estructura organizativa de mayor plasticidad en comparación con las precedentes, amoldada a los procesos de movilización, tanto en sus iniciativas como en la designación de sus dirigentes (Bonavena y Millán, 2010). Luego los cuerpos de delegados se extendieron a otras zonas del país, llegando a configurar el llamado “doble poder” en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA en 1971.

En nuestro registro de acciones observamos que hacia dicho año comenzó una divergencia: mientras en Córdoba lo político encabezaba los reclamos, en la UBA predominaban las cuestiones universitarias. Un análisis unilateral de esta asincronía puede conducir a sostener que la UNC fue el escenario de un movimiento estudiantil más politizado y radical que el de la UBA. Sin embargo, vale recordar que la primacía de lo político en la capital mediterránea tuvo lugar en una etapa de caída abrupta en la cantidad de acciones, por lo cual tal vez lo más apropiado sea pensar en una politización de la vanguardia que coexistió con un declive de su influencia sobre las bases.

La pendiente de la etapa final de la dictadura establecida en 1966 es la resultante de, entre otras cosas, la presión de un factor exógeno: el cambio en la estrategia del régimen con el Gran Acuerdo Nacional (GAN). Tras el *Viborazo* de 1971 se produjo un relevo encabezado por el general Alejandro Lanusse que se propuso aislar a los grupos radicalizados legalizando los partidos y convocando a una transición electoral. En la Universidad esta política tomó impulso con las iniciativas “dialoguistas” del ministro Gustavo Malek. El GAN, recordemos, convivía con un ataque del poder judicial a la lucha antidictatorial, concentrado en el “Camarón” también conocido como “Cámara del Terror”, y con el ascenso del paramilitarismo, como atestiguan los numerosos ataques armados y secuestros desde 1971,

que reconfiguraron las prácticas represivas contra el movimiento estudiantil (Califa y Millán, 2016).

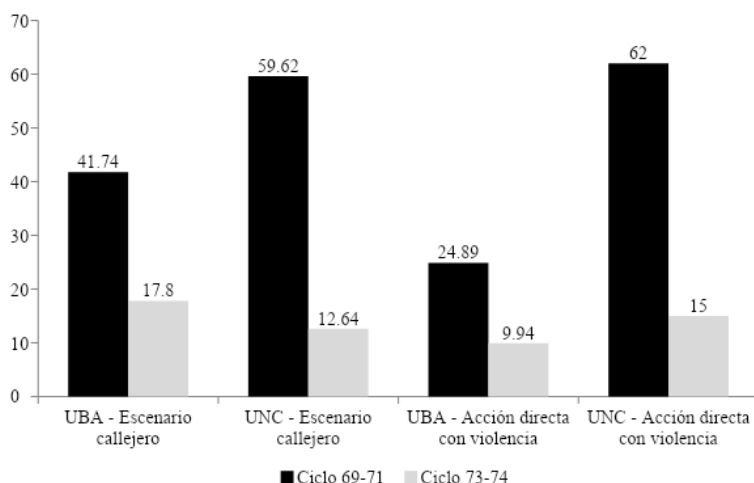
El declive de la dinámica confrontativa en 1973 y 1974 en la UBA se corresponde con la gravitación de las acciones de apoyo a los funcionarios y/o gobierno, el 39,78% y el 18,5% respectivamente. En ese sentido, no siempre politización es un sinónimo, como se ha creído, de radicalización. Durante el tercer peronismo se observa una acusada preocupación del movimiento estudiantil por la marcha de los asuntos del Estado y el gobierno, pero no necesariamente para cuestionar la lógica de las instituciones, con la concentración de la capacidad de decisión en los funcionarios, sino todo lo contrario: el poder de movilización de la JUP y *La Tendencia* en la UBA fue direccionado, centralmente, para fortalecer la posición de aquellos actores que se suponían leales al proceso de liberación nacional. En 1973, sobre todo en esta universidad, se impuso una estrategia para conquistar muchas de las demandas de los años sesenta que otorgó centralidad a la vía institucional, con el resultado de legitimar a las organizaciones políticas tradicionales: el peronismo y el radicalismo.

No debe extrañar pues que cuando estos partidos impulsaron, avalaron o no cuestionaron la aplicación del terrorismo de Estado en las universidades desde 1974, tras la ruptura entre Perón y la juventud combativa de su movimiento, las agrupaciones, centros y federaciones no tuvieron capacidad para derrotar la avanzada. En 1975, la coincidencia en el ascenso de los reclamos corporativos sobre los políticos en Córdoba y Buenos Aires refleja movimientos en retirada, que buscan ejes reivindicativos para sobrevivir “en las últimas casamatas”. Esta evolución cuestiona ahora la hipótesis de Touraine (1969): la rigidez institucional y el dirigismo de la Misión Ivanisevich no dieron por resultado una nueva oleada de radicalización estudiantil sino, como mostró Millán (2018), un giro hacia la moderación donde radicales, socialistas y comunistas desacoplaron el legado de la Reforma Universitaria de la radicalización y la revolución.

En este análisis comparativo del proceso de radicalización de ambas universidades huelga un cotejo entre dos ciclos que en reiteradas

ocasiones se presentan en una relación de continuidad: el *Cordobazo* y la primera etapa del tercer peronismo. Como mencionamos, 1969 compone, junto al bienio subsiguiente, un período de ascenso estudiantil. Por ello, a continuación examinamos la evolución del porcentaje de las dos categorías más disruptivas dentro de los escenarios y las formas de acción: las calles y la acción directa con violencia.

*Gráfico 5. Comparación de los porcentajes del escenario callejero y de la acción directa con violencia de los movimientos estudiantiles de la UBA y UNC en los ciclos: 1969-71 y 1973-74*



El Gráfico 5 expone las diferencias entre el trienio radical de 1969-1971 y los primeros tiempos del tercer peronismo, entre 1973 y 1974. En lo que respecta al escenario callejero en la UBA sus porcentajes declinan a un tercio, mientras que en la UNC a menos de un cuarto, con el aditamento de que este exiguo guarismo tiene una base más escueta en el segundo período. Algo similar puede observarse en torno a los hechos de acción directa con ejercicio de la violencia: en Buenos Aires se reducen a menos de la mitad y en Córdoba a un cuarto.

Este contraste también puede realizarse entre las universidades. Durante el ciclo del *Cordobazo*, casi el 60% de las acciones de lucha estudiantil pasaban por las calles, mientras que en la UBA esa cifra era de 40%. La diferencia se amplía exponencialmente en los porcentuales de la acción directa con violencia, cuando los cordobeses concentraron más del 60% y los porteños menos del 25%. Este ordenamiento queda trastocado en el siguiente ciclo, cuando los alumnos de la UBA encabezan los porcentuales de actuación en el escenario callejero y los de la Casa de Trejo se ubican por encima en lo que refiere a las acciones directas con violencia, en ambos casos por cifras relativamente contiguas.

Estos datos nos permiten arribar a dos grandes conclusiones. La primera es que el trienio radical 1969-1971, la etapa de mayores movilizaciones estudiantiles de la década, presentó tanto elementos de semejanza como de diferencia entre los casos de la UBA y la UNC que una síntesis a nivel nacional no debe ignorar. Aun sin ponderar la cantidad mucho menor de estudiantes de la segunda, su liderazgo en términos absolutos contiene también una cantidad de acciones obrero-estudiantiles mucho mayor y una proporción incomparablemente superior de formas y escenarios de las prácticas militantes más disruptivas. Lo decimos con una frase muy simple: en la etapa más aguda los alumnos cordobeses fueron más activos, incrementaron su vinculación con los trabajadores, ganaron más las calles y fueron más violentos que sus colegas porteños. En tal sentido, el *Cordobazo* y el *Viborazo* no fueron hechos aislados, sino símbolos de este tipo de lucha estudiantil y popular, que no tuvieron esa escala en Buenos Aires.

La segunda es que en el caso de existir una relación directa entre la radicalización estudiantil y la adhesión al peronismo en 1973, la peronización debería haber sido notoriamente más fuerte en Córdoba que en Buenos Aires. Sin embargo, lo que se observa es lo opuesto. La experiencia del primer tramo del tercer peronismo en la UBA fue de una verdadera politización pero, comparada con los años previos en esta universidad, difícilmente se la pueda considerar

sin más como un punto alto de radicalización del estudiantado. En Córdoba, mientras tanto, el movimiento estudiantil se desplomaba, convirtiéndose en una sombra de lo que había sido.

### 3. Conclusiones

A fines de los años sesenta los estudiantes cobraron notoriedad en el mundo por el tenor de sus acciones. En Argentina existía una rica tradición de luchas estudiantiles, pero lo acaecido en estos años resultó inédito. Las clases dominantes observaron alarmadas las protestas de los alumnos que se entremezclaban con las de los obreros, ubicando este proceso dentro del “problema” de la “subversión”. En ese sentido, es pertinente preguntarse acerca de quién hablamos.

Un primer señalamiento apuntó a cuestionar la imagen de derrumbe del reformismo y de entronización de la nueva izquierda, con epicentro en el peronismo. Nuestra investigación, por el contrario, no corroboró tal caída y tampoco registró la centralidad peronista. Es notorio además que en la UNC no se haya dado algo semejante a lo vivido en la UBA a fines de 1973, cuando *La Tendencia Revolucionaria* del peronismo se impuso en la mayoría de los centros de estudiantes. Es llamativo porque si la afirmación acerca de su avance arrollador entre los universitarios fuera cierta, se debería comprobar con creces en la Casa de Trejo, donde los enfrentamientos precedentes fueron más encarnizados.

En segundo lugar, nuestro trabajo dio cuenta del impacto público del accionar del movimiento estudiantil en ambos casos, lo cual puede observarse en la dinámica callejera, las alianzas con preeminencia de la clase obrera y el uso de acciones directas más disruptivas, frecuentemente violentas. Todas estas variables asumen en Córdoba un rango mayor en comparación con Buenos Aires, plaza de la universidad más concurrida del país, revalidando las pruebas acerca de la centralidad de la ciudad mediterránea.

En tercer lugar señalamos, a contrapelo de numerosas afirmaciones, que los reclamos universitarios no resignaron preeminencia frente a las demandas políticas. Si bien en el ardor de las luchas estas últimas se potenciaron, más en Córdoba que en la Capital Federal, no es menos cierto que ambas se retroalimentaron, incluso a nivel nacional. Así, la lucha por el ingreso y la constitución de cuerpos de delegados hicieron punta en la UNC, pero rápidamente fueron asumidas en la UBA, en ambos casos participando del asedio a la dictadura.

Finalmente, la caída del movimiento estudiantil que se verificó con el advenimiento de la democracia, más aún cuando ésta asumió un rostro represivo, da cuenta de una respuesta sin precedentes por parte de la elite dominante para refrenar un ascenso de masas estudiantiles que había desbordado los canales habituales de contención. Esta respuesta, que recurrió al peronismo para completar lo que la dictadura por sí sola no había conseguido, logró finalmente derrotar a un estudiantado que antes la había vencido. En ese sentido, el carácter de la peronización realmente existente, más aun teniendo en cuenta la relación cambiante con las autoridades, asume un signo más negativo que positivo de cara al fomento del movimiento estudiantil radicalizado. Con todo, esta ecuación excede a esa fuerza, y abarca necesariamente al reformismo.

## **Bibliografía**

Barletta, A. (2001). Peronización de los universitarios (1966-1973). Elementos para rastrear la constitución de una política universitaria peronista. *Pensamiento Universitario*, 1(9), 82-89.



Bonavena, P. (1990/2). Las luchas estudiantiles en Argentina 1966/1976. *Informe de Beca de Perfeccionamiento*. Buenos Aires: Secretaría de Ciencia y Técnica, UBA.

Bonavena, P. (2005). El Integralismo de Córdoba frente a la Revolución Argentina durante 1966: La radicalización del catolicismo universitario. En AA.VV. (Comps.) *IV Jornadas de Sociología de la UNLP*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata.

Bonavena, P. (2009). Guerra contra el campo popular en los '70: Juan Domingo Perón, la depuración ideológica y la ofensiva contra los gobernadores. En I. Izaguirre (Comp.) *Lucha de clases, guerra civil y genocidio en la Argentina, 1973-1983*. Buenos Aires: EUDEBA, (pp. 143-235).

Bonavena, P. y Millán, M. (2010). La lucha del movimiento estudiantil cordobés por el ingreso irrestricto a la Universidad en 1970 y 1971. En G. Vidal y J. Blanco (Comp.) *Estudios de la historia de Córdoba en el siglo XX. Tomo II*. Córdoba: Ferreyra, (pp. 65-84).

Bonavena, P; Califa, J. y Millán, M. (2018). ¿Ha muerto la Reforma? La acción del movimiento estudiantil porteño durante la larga década de 1966 a 1976. *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, 1(12), 73-95.

Bravo Tedin, M. y Sarria, G. (2007). *Historia del Barrio Clínicas*. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba.

Brennan, J. (1996). *El Cordobazo: las guerras obreras en Córdoba, 1955-1976*. Buenos Aires: Sudamericana.

Califa, J. S. (2014). *Reforma y Revolución. La radicalización política del movimiento estudiantil de la UBA 1943-1966*. Buenos Aires: Eudeba.

Califa, J. S. (2018). Los estudiantes argentinos y la “nueva izquierda”. Evaluando un concepto a la luz del accionar de un sujeto. El caso de la Universidad de Buenos Aires entre 1966 y 1973. *Cuadernos de historia. Serie Economía y sociedad*, 1(21), 109-130.

Califa, J. y Millán, M. (2016). La represión a las universidades y al movimiento estudiantil argentino entre los golpes de Estado de 1966 y 1976. *Hib* 2(9), 10-38.

- Delich, F. (1970). *Crisis y protesta social. Córdoba, mayo de 1969*. Buenos Aires: Signos.
- Dip, N. (2017). *Libros y alpargatas. La peronización de estudiantes, docentes e intelectuales de la UBA (1966-1974)*. Rosario: Prohistoria.
- Ferrero, R. (2009). *Historia crítica del movimiento estudiantil de Córdoba. Tomo III (1955-1973)*. Córdoba: Alción.
- Gordillo, M. (1999). *Córdoba en los '60*. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba.
- Malecki, J. S. (2015). La ciudad dislocada. El proceso de urbanización en la ciudad de Córdoba, 1947-1970. *Cuadernos de historia. Serie Economía y sociedad*, 1(13-14), 195-227.
- McAdam, D.; Tarrow, S. y Tilly, C. (2005). *Dinámica de la contienda política*. Barcelona: Hacer.
- Millán, M. (2013a). De la lucha de calles a la lucha en los claustros: el movimiento estudiantil de Córdoba entre el Cordobazo y la “primavera camporista” (junio de 1969-mayo de 1973). *Conflicto Social*, 1(9), 121-155.
- Millán, M. (2013b). *Entre la Universidad y la política. Los movimientos estudiantiles de Corrientes y Resistencia, Rosario, Córdoba y Tucumán durante la “Revolución Argentina” (1966-1973)*. (Tesis de Doctorado). Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.
- Millán, M. (2018). Las resistencias estudiantiles frente a la intervención universitaria de 1966. Un análisis comparado de la UBA y de la UNC. *Contemporánea. Historia y problemas del Siglo XX*, 9, pp. 51-73.
- Pérez Lindo, A. (1985). *Universidad, política y sociedad*. Buenos Aires: Eudeba.
- Sarlo, B. (2001). *La batalla de las ideas (1943-1973)*. Buenos Aires: Emecé.
- Sigal, S. (1991). *Intelectuales y poder en la década del sesenta*. Buenos Aires: Puntosur.
- Suasnábar, C. (2004). *Universidad e intelectuales. Educación y política en la Argentina (1955-1976)*. Buenos Aires: FLACSO / Manantial.

Tcach, C. (2013). El reformismo ¿movimiento social o movimiento estudiantil? (1918-1943). En D. Saur y A. Servetto (Comps.) *Universidad Nacional de Córdoba. Cuatrocientos años de historia. Tomo II*. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba, (pp. 121-143).

Torti, M. C. (2000). Protesta social y 'nueva izquierda' en la Argentina del "Gran Acuerdo Nacional". En H. Camarero; P. Pozzi y A. Schneider (Comps.) *De la revolución libertadora al menemismo*. Buenos Aires: Imago Mundi, (pp. 135-160).

Touraine, A. (1969). *La sociedad post-industrial*. Barcelona: Ariel.



## Capítulo 6

# Conflictividad política y clero en perspectiva histórica

Apuntes para una reflexión sobre el *Cordobazo*

*María Elena Barral*

### 1. Iglesia y *Cordobazo* en *Marcha*

En julio de 1969, el número 27 de la revista uruguaya *Cuadernos de Marcha* estaba destinado al *Cordobazo* y llevaba el título “Otro Mayo Argentino”. Escribían, entre otros, el obispo Jerónimo Podestá (“El vacío de poder se llena con pueblo”), Roberto Carri (“La crisis de la ‘Revolución Argentina’ y las movilizaciones populares”) y Arnaldo Cristiani sobre “La Iglesia ‘tercerista’ en los sucesos de mayo y junio de 1969” (Cristiani, 1969a). Este periodista, que se presentaba como “un joven militante del progresismo católico” había adelantado, algunas semanas antes, una serie de impresiones sobre el mismo tema en el semanario de la misma publicación, un suplemento de la misma revista que analizaba los hechos de manera más instantánea.

En estos textos Cristiani analizaba la participación del clero (tanto de obispos como de sacerdotes) en el *Cordobazo* e interpretaba lo que él mismo enunciaba como “la irrupción del clero” en la política

argentina. Según su análisis, esta irrupción era el resultado de la pérdida de vigencia –y de legitimidad– de los partidos políticos. En un contexto que caracterizaba como de crisis de los cuadros directivos de los partidos, el clero asumía una función de liderazgo social y político. En el semanario había desarrollado la idea:

Es que un fenómeno nuevo se advertía en la política argentina. Los estudiantes rechazaban la participación de los políticos tradicionales en sus filas, pero recibían con alborozo a un nuevo estilo de combatientes, los sacerdotes revolucionarios. Ellos encabezaban manifestaciones callejeras, organizaban ollas populares, prestaban sus atrios para dictar clases, enfrentaban a la policía, publicaban manifiestos de solidaridad con los que luchaban por el cambio del sistema, criticaban la represión policial. Los obispos se sumaban a la protesta (Cristiani, 1969b).

Cristiani subtítulo *La Gesta emancipadora* a otra sección de su artículo donde enumeraba los distintos episodios que, desde 1968, jalónaron un camino con un sentido eclesial e histórico bien definido y cuyos peldaños más significativos habían sido Medellín,<sup>1</sup> el Documento de San Miguel,<sup>2</sup> el alejamiento del Nuncio Mozzoni, los sacerdotes tucumanos y la Federación Obrera de Trabajadores de la Industria Azucarera (FOTIA), la reunión del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo (MSTM) en Colonia Caroya<sup>3</sup> y las manifestaciones estudiantiles de Chaco, Rosario, Corrientes, Córdoba y otras provincias. También repasaba las intervenciones de varios obispos (“actitudes de compromiso a nivel episcopal”) como la de Alberto Devoto de Goya, Vicente Zaspé de Santa Fe o del arzobispo de San Juan,

<sup>1</sup> La Conferencia del Episcopado en Medellín de 1968 ampliaba y profundizaba, desde la realidad latinoamericana, las líneas del Concilio Vaticano II.

<sup>2</sup> Los obispos argentinos elaboraron el Documento de San Miguel, apenas un mes antes del *Cordobazo*, donde afirmaban la necesidad de “la liberación en lo jurídico, político social y cultural desde la perspectiva del pueblo, especialmente de los pobres”.

<sup>3</sup> El Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo (MSTM) se reunía por segunda vez en Colonia Caroya, provincia de Córdoba, a principios de mayo con la participación de ochenta sacerdotes de veintisiete diócesis.

Idelfonso Sansierra, en los días posteriores al *Cordobazo*. Más al ras del suelo se amontonaban otros gestos y acciones en distintas provincias: a principios de marzo tenían lugar las renunciaciones de los treinta sacerdotes rosarinos enfrentados con su obispo por su negativa a aplicar las principales conclusiones del Concilio Vaticano II en su diócesis; en San Juan los párrocos denunciaban “la deplorable situación de injusticia” y en Tucumán varios sacerdotes junto a la FOTIA lideraban las luchas sindicales.

Igualmente destacaba Cristiani en sus artículos las posiciones asumidas por los estudiantes de las universidades católicas materializadas, por ejemplo, en el telegrama enviado por los de la Universidad Católica de Córdoba al ministro de Interior Guillermo Borda y que finalizaba afirmando: “no somos ni marxistas ni agitadores. Sólo 3.000 estudiantes comprometidos en la lucha por la liberación”. Asimismo rescataba la “sentada” de los alumnos de la Universidad del Salvador en la avenida Callao en la ciudad de Buenos Aires o las huelgas en varias casas de formación de los aspirantes al sacerdocio como la del Seminario Diocesano de Villa Devoto también llevadas a cabo en la Capital Federal (*Semanario Marcha*, 1969, 6 de junio).

Cristiani se detuvo en otro episodio que tuvo lugar en ocasión del *Tedeum* del 9 de julio de 1969: un canónigo –que cumplía funciones de capellán del cuerpo de granaderos, Monseñor Enrique Mosé– había pronunciado una homilía que, en la descripción del periodista de *Marcha*, el predicador “buscaba conseguir la resonancia de los sermones de Fray Mamerto Esquiú, el Orador de la Constitución de 1853”. Y agregaba:

Mosé buscó toda la gama de recursos de las Sagradas Escrituras para cimentar el deseo de unidad de los argentinos: en la terrible y cruel crisis de la historia en que nos ha tocado nacer y vivir, cuando las transformaciones y los giros son más intensos y profundos, cuando todas las instituciones, incluso la iglesia, se ven afectadas por las conmociones de un cambio de época, es cuando se manifiesta como más necesaria la unión y cohesión de los hombres y las instituciones.

Al final, en el último párrafo cerraba su nota del mes de julio con un optimista diagnóstico acerca de la actuación del clero: “La repentina, espontánea y coherente actuación de la iglesia nacional durante los sucesos de mayo ha revelado que un clero ardoroso y una jerarquía abierta, pese a su tradicional conservatismo pueden, a partir de Medellín, asombrar a los desprevenidos por su vivencia de una misma inquietud social y la unidad demostrada en su espíritu de cuerpo”

Por otra parte, más de la mitad del número 27 de *Marcha* se ocupaba de documentar la actuación de los distintos sectores —eclesiástico, sindical, partidos políticos y gobernantes y sector estudiantil— en los días y los meses que antecedieron y sucedieron a las jornadas del *Cordobazo*. Las páginas correspondientes al “sector eclesiástico” (en gran medida, las “fuentes” utilizadas por Cristiani en sus reflexiones) reunía doce documentos: algunos firmados por sacerdotes y entregados para su difusión al periodismo<sup>4</sup> u otros de la Juventud Obrera Católica (JOC)<sup>5</sup> sobre los asesinatos de Juan José Cabral, Adolfo Ramón Bello y Luis Norberto Blanco que tuvieron como escenario las ciudades de Corrientes y Rosario e inscriptos en la lista de los “mártires que cayeron en la lucha por la justicia y la libertad, como aquellos de la semana trágica, como Felipe Vallese, Musi Retamar, Méndez, Santiago Pampillón, Hilda Guerreño de Molina y otros tantos héroes anónimos”.

<sup>4</sup> Por ejemplo, el texto titulado “Deplorable situación de justicia denuncian los sacerdotes de San Juan” firmado por sacerdotes (párrocos o capellanes) de la provincia de San Juan en días previos al estallido de Corrientes, el 8 de mayo o el documento “La violencia fue provocada por las mismas fuerzas policías, dicen sacerdotes de la ciudad de Rosario (Santa Fe)” del 20 de mayo de 1969, firmado por 31 sacerdotes que circuló por las parroquias rosarinas.

<sup>5</sup> “De la comisión nacional de la JOC” (1969, 22 de mayo, Documento jocista). A nuestros militantes y a los jóvenes trabajadores, a la clase obrera y al pueblo argentino. Ante los dolorosos hechos que tuvieron como escenario las ciudades de Corrientes y Rosario.



La recopilación también incluye cartas o alocuciones de varios obispos, como Devoto de Goya,<sup>6</sup> Ítalo Di Stefano<sup>7</sup> de Presidencia Roque Sáenz Peña, Carlos Cafferata<sup>8</sup> de San Luis e incluso del arzobispo de Córdoba Raúl Primatesta sobre la coyuntura de represión y de violencia institucional. Completan la serie de documentos varias declaraciones colectivas tanto de la comisión del episcopado,<sup>9</sup> de tono neutral, los cuales contrastan con los vehementes comunicados del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo (MSTM).<sup>10</sup>

Algunas de estas intervenciones se convirtieron en verdaderos debates públicos, desarrollados en medio de un clima de resistencia y protesta social, como el que tuvo en el centro de la escena al párroco de la catedral de Resistencia, Uberto Cúberli.<sup>11</sup> El eclesiástico, luego de la medida de cierre de los comedores universitarios, había organizado una “olla popular” en solidaridad con los y las estudiantes y esta iniciativa fue duramente criticada por el diario *El Territorio* quien describió a Cúberli como el “cura párroco habituado a matizar con premisas políticas sus sermones religiosos”. En respuesta a

<sup>6</sup> “¿En la Argentina sólo pueden opinar los que detentan el poder?” (1969, 16 de mayo). Alocución del obispo Alberto Devoto, pronunciada por radio, sobre el asesinato de Juan José Cabral.

<sup>7</sup> “Esta juventud no quiere la violencia; la está sufriendo, dice el obispo Di Stefano”. Carta abierta de Ítalo Di Stefano, obispo de Presidencia Roque Sáenz Peña al ministro de Interior, Borda, en respuesta a la alocución radiofónica de este último del 19 de mayo de 1969.

<sup>8</sup> “La actuación de las fuerzas del orden, por lo desmedida, se convierte en una verdadera provocación, dice el obispo Cafferata” (1969). Declaraciones completas de monseñor Carlos María Cafferata, obispo de San Luis.

<sup>9</sup> “El derecho a la protesta y el derecho a la huelga en principio son legítimos, dice el episcopado argentino” (1969, 28 de mayo). Documento hecho público por la comisión del episcopado, como una tentativa, sugerida por el gobierno, de anular el efecto de la mayor parte de los documentos eclesiásticos conocidos hasta entonces.

<sup>10</sup> “Acontecimientos que nos avergüenzan y enlutan dicen los Sacerdotes para el Tercer Mundo” (1969, 16-20 de mayo). Manifiesto que circuló, escrito a máquina, distribuido por el MSTM en todo el país: y “LLAMADO A los que detentan el poder. A los dirigentes populares” (1969, 27 de junio). Manifiesto distribuido también por el MSTM.

<sup>11</sup> “La iglesia está donde existe opresión, dice el párroco Uberto Cúberli, de Resistencia (Chaco)” (1969). Texto de la carta dirigida al director del diario *El Territorio* de Resistencia, que esta publicación se negó a insertar en sus páginas. La publicó en un suplemento especial el diario *Norte* de la misma ciudad nordestina el 16 de mayo de 1969.

esta acusación, muy frecuente por otro lado por aquellos meses, el párroco envió una misiva al director de *El Territorio*, Don Iozo Masini, donde le agradecía, no sin ironía: “su buena nueva, que me hace descubrir que el sacerdote es el primer lunático que habita la tierra, y que no es hombre ni está entre los hombres ni vive de las cosas de la Tierra, con una esperanza en la dimensión eterna e infinita: ¿es así?”. Y distanciándose de su concepción afirmaba “la iglesia, reproducción del Cristo liberador; está presente y ‘debe estar’ por medio de sacerdotes y fieles, donde exista opresión o pisoteo de la dignidad de la persona humana, procedan estas de individuos, publicaciones, estructuras o sistemas”.<sup>12</sup>

Una mirada más larga a este tipo de intervenciones muestra que los curas no *irrumpián* por primera vez en la política. Lo venían haciendo desde los siglos coloniales y los años de la independencia integrando los ejércitos, las asambleas legislativas y los congresos constituyentes y participando de las movilizaciones callejeras, tumultos y rebeliones. Los hubo unitarios y federales, peronistas y antiperonistas. Sus posiciones y acciones no fueron siempre iguales y hubo configuraciones cambiantes de su participación en los escenarios de conflictividad social y política. Así, las creencias religiosas portaban significados políticos desde hacía mucho tiempo y sobre ellos trata el próximo punto.

## 2. Una historia más larga

Al repasar los artículos de Cristiani, los modos de denominar los episodios que se analizaban, de describir las acciones colectivas que estaban teniendo lugar y los testimonios de los y las protagonistas, aparecen referencias antiguas y una historia mucho más larga para pensar las relaciones de catolicismo y política. Y más allá de algunas líneas de continuidad que pueden identificarse —en términos de

<sup>12</sup> “La iglesia está donde existe opresión” (1969, julio, p. 48).

“genealogías” e inscripciones voluntarias— también es posible distinguir determinadas prácticas con un significado menos explícito que revelan interesantes continuidades. Tomándolas como indicios de realidades más profundas, las características que asumió la participación de algunos sacerdotes en las jornadas cordobesas de mayo de 1969 y la circulación de ciertas nociones de matriz católica que se propagaban como consecuencia de las transformaciones del edificio eclesial postconciliar, nos pueden ayudar a conjeturar acerca de lo performativo de algunas experiencias previas que tenían como protagonistas a unos y a otras. Este análisis ha identificado solamente algunas de estas referencias “con historia”.

En primer lugar, el nombre del número 27 de los *Cuadernos de Marcha* —“Otro Mayo argentino”— habla de los “otros mayos”. Si bien el mayo francés de 1968 se encontraba muy cerca como experiencia de movilización obrero-estudiantil, es el propio Jerónimo Podestá, el obispo de Avellaneda, y a quien Gregorio Selser atribuyó la expresión, asociaba el mayo cordobés al mucho más antiguo mayo de 1810 (Tarcus, 2008). La diferencia entre estos dos mayos, separados por más de un siglo y medio, según el obispo, residía en que en aquella fecha patria de principios del siglo XIX el pueblo “quería saber”, mientras que en el 69 el pueblo quería “estar” (Podestá, 1969). Si bien Podestá no omitía la referencia a las jornadas del 68 francés —y analizaba el sentido revolucionario de aquella protesta juvenil— le asignaba poca influencia en Argentina.

En segundo lugar, salta a la vista, en diferentes documentos y análisis sobre la rebelión en Córdoba, el liderazgo social de muchos sacerdotes que entendieron las intervenciones políticas como parte de su ministerio. Estas formas de concebir y de vivir el sacerdocio se construyeron a partir de una experiencia secular de interrelaciones con los poderes civiles quienes asignaron a los curas lugares centrales como autoridades, agentes o funcionarios tanto de la monarquía católica como de las sucesivas construcciones políticas republicanas (Barral, 2016). Las preocupaciones sobre la vida de sus feligresías, en tanto parte de la ciudadanía, puede inscribirse en aquellas tareas que

los sacerdotes desempeñaron muy tempranamente en la historia de estos territorios en distintos ámbitos como la educación, los procesos electorales, la práctica de la justicia o el registro de las personas, entre muchos otros ámbitos de actuación.

En este punto es que destaca el espacio de la parroquia como lugar de congregación comunal, donde se tramitaban experiencias colectivas de distinto tipo. Desde los tiempos coloniales, en toda Iberoamérica, la parroquia, su atrio y su cementerio habían servido como lugares simbólicos de habitación y como espacios donde se centralizaba la acción comunitaria, en especial, en contextos de protestas colectivas. Estos lugares, definidos como “una arena viviente donde se tomaban las decisiones de la comunidad” (Taylor, 1987: 179), podían constituirse como tales incluso si el cura párroco estaba entre los destinatarios de la protesta. Esta territorialidad católica conllevaba, en efecto, un pensamiento de la comunidad, una apuesta de orden eclesiológico: el de un grupo de fieles que no se elegían entre sí, sino que se reunían a partir de un territorio y de una celebración en común que los “hacía” Iglesia (Hervieu Léger, 2019). Aunque ha corrido mucha agua bajo el puente –en términos de secularización y de ampliación del mercado religioso– todavía en aquellos años sesenta persistía este “modelo parroquial” de comunalización católica que tenía como objetivo la integración socio-espacial de quienes vivían en ese territorio. Algunos de los testimonios que hemos presentado más arriba la sitúan en el centro de determinadas acciones –como las ollas populares del cura Cúberli de Chaco– o espacios de formación y politización de la juventud como la experiencia de la parroquia de Cristo Obrero en la ciudad de Córdoba a la que nos referiremos más adelante.

Los curas y las parroquias aparecen entonces como algunas de las instituciones y de los agentes cuya presencia en los abordajes históricos no puede ser soslayada (Barral y Fradkin, 2005) como tampoco puede serlo la dimensión religiosa dado que unas y otros colaboran para explicar –o contribuir a explicar– de modo más fértil algunos procesos y fenómenos históricos no directamente vinculados a la

esfera de lo religioso o, incluso, donde los contenidos y agentes religiosos no se encuentran en un primer plano.

También es notoria, en los testimonios y análisis de *Cordobazo*, la persistencia del catolicismo como lenguaje y como contenido de la política tanto en su función pacificadora o conciliadora y como contestataria. Las misas y la lectura del evangelio acompañaron la reflexión sobre la realidad política del país e inspiraron –a la luz de experiencias cercanas como la de Camilo Torres en Colombia– la radicalización de las posiciones de centenares de jóvenes. Por su parte las celebraciones –como el *Te Deum*, otras misas de acción de gracias y las procesiones– y también las homilías y los sermones persistían como escaparates e instrumentos de la lucha política, como formas de exhibición de los consensos y de los conflictos

La persistencia de estas figuras, espacios y contenidos, que se verifica desde el siglo XVIII hasta la mayor parte del XX, no siempre fue igual y se modificó a lo largo del tiempo. A lo largo de estos siglos es posible descubrir modos históricamente situados de “ser cura” y de vincularse con lo político, configurados a partir tanto del tipo de relaciones que entablaron con la sociedad de la que eran parte integrante, como con los poderes políticos superiores –civiles y religiosos– frente a los cuales mantuvieron actitudes muy diversas que fueron desde la obediencia hasta la confrontación o la indiferencia.

Si a lo largo del período colonial los eclesiásticos habían sido magistrados de la monarquía y sus sostenes políticos e ideológicos, a partir de 1810, los ámbitos de acción se multiplicaron: las guerras de revolución, las elecciones, las calles, la prensa y las plazas. A lo largo de las primeras décadas del siglo XIX asistimos a un cambio en la posición del clero que, por un lado, perdía privilegios como grupo –al tiempo que nuevas referencias culturales convivían o competían con el catolicismo como fuente de legitimidad– y, por el otro, un grupo entre ellos, ocupaba posiciones de poder en las nuevas repúblicas. Las disputas por el verdadero sentido de ser buen católico enfrentaron a distintas posiciones al interior de la Iglesia en 1810, en 1960 e incluso hoy en Argentina. Las modulaciones de estos enfrentamientos

abundan y, en el contexto del *Cordobazo*, podían asumir variadas coloraciones: los obispos que no se avenían a aplicar el Concilio Vaticano II en sus diócesis y eran interpelados por algunos sacerdotes y una parte de la feligresía; los jóvenes seminaristas que buscaban una formación fuera de los claustros y en contacto con los sectores populares o los jóvenes que querían vivir el Evangelio, como Camilo Torres, a través de la lucha armada.

Así, a lo largo de la historia argentina las instituciones, agentes y creencias provenientes del catolicismo fueron parte de los recursos de la política. En la persistencia de algunos de ellos —ordenadores de la sociedad durante la etapa colonial— residió la factibilidad de las nuevas repúblicas. En particular, la intervención de los curas no puede ignorarse, aunque los papeles desempeñados no fueran siempre los mismos ni ocuparan siempre el centro de la escena.

A diferencia de lo que sucedía en el período colonial en el cual —al menos en teoría— todos los feligreses eran católicos y súbditos del rey y los sacerdotes debían velar por la paz común, a partir de comienzos del siglo XIX estos defendieron unas banderas por sobre otras y ello implicó enfrentarse con parte de sus feligresías. A la hora de tomar una posición, se identificaron, por ejemplo, con los partidarios de la revolución y de sus distintas facciones, del federalismo o de la lucha contra el laicismo. La prédica católica de fines del siglo XIX había logrado convencer a los laicos de asumir la tarea de “catolizar” a la sociedad. El sindicalismo y el Estado peronista y, luego el golpe del 55 y la proscripción del peronismo, arrastraron a los curas a intervenir en las disputas que tenían lugar con una intensidad creciente y los obligaron a ubicarse de un lado o del otro. Los curas tercermundistas, por su parte, concibieron su modo de ser párrocos en íntimo diálogo con los nuevos aires del Concilio Vaticano II.

Mirar la historia de la Iglesia Católica y su relación con la política en este nivel modifica una parte importante de las nociones que habitualmente manejamos acerca de lo que son la Iglesia, la sociedad y la política. Situados en este punto de observación, es posible reconocer los modos específicos en que, en cada momento histórico, se

definieron sus equilibrios y desequilibrios. Esta mirada “desde abajo” y en una perspectiva relacional –en la cual se hace visible el conflicto y la negociación permanentes– nos devuelve una imagen más compleja y enriquecida de los vínculos entre los curas y la política. Permite apreciar un conjunto clerical heterogéneo y conflictivo, sumamente ligado y dependiente de las comunidades donde les tocaba actuar, quienes los acompañaban, o los enfrentaban,

### 3. Catolicismo, *Cordobazo* e historiografía

La presencia de sacerdotes, obispos o militantes cristianos, tan ostensible para quienes participaron en este ciclo de revueltas –que incluyó tanto el *Cordobazo* como el *Rosarioazo* o el *Tucumanazo*– no ha sido, sin embargo, considerada relevante en muchos de los análisis posteriores centrados, prioritariamente, en el papel de los sindicatos, sobre todo los clasistas, y de los estudiantes. Pese a ello, aquella protesta obrero-estudiantil, que con el paso de las horas se transformó en rebelión popular y en insurrección urbana, se sostuvo e intensificó con la participación de distintos actores, entre ellos los provenientes de un mundo católico en plena transformación.

Si tomamos en cuenta la historiografía que se ocupa de estudiar al catolicismo, y en particular sus versiones laudatorias, directamente omiten al *Cordobazo*. Esta historiografía, en gran medida cimentada en una adscripción confesional, buscaba demostrar la intervención de la Iglesia en los principales acontecimientos del pasado nacional y al mismo tiempo construía el mito de la nación católica. Evidentemente no había una intención de mostrar la intervención del clero en este episodio tan alejado del ser nacional. La monumental obra de Cayetano Bruno (1981) ni siquiera llega al siglo XX, pero Juan Carlos Zuretti (1972) que sí lo hace omite mencionar incluso al MSTM que venía de crearse en 1968. La versión más reciente y renovada de la historia de la Iglesia en la Argentina tampoco lo consideró (Di Stefano y Zanatta, 2000). En contraste, algunas contribuciones

provenientes de la historiografía “laica” sobre el *Cordobazo* si bien no lo ha analizado sistemáticamente han destacado algunas experiencias en barrios periféricos como la de Villa Siburu y el párroco Rodolfo Emma Rins o la de Los Plátanos y Erio Vaudagna (Brennan y Gordillo, 2008).

Algunos aspectos del catolicismo cordobés han sido considerados parcialmente en distintos trabajos, como los trabajos destinados a analizar algunas de las revistas más importantes que circulaban entre los militantes cristianos como *Cristianismo y Revolución* o *Los Libros* (Morello, 2003; Celentano, 2014) e inclusive *Criterio* y *CIAS* (Fabris, 2013) o el papel de la JOC (Blanco, 2008, 2015) en las décadas de los cuarenta y los cincuenta.

Ciertos episodios resonantes que involucraron a sacerdotes en los años previos al *Cordobazo* son más conocidos. Es el caso de la entrevista que dieron José Gaido, Nelson Dellaferrera y Erio Vaudagna, profesores de la Universidad Católica de Córdoba al diario *Córdoba* a fines de abril de 1964 (Morello, s.d.) y donde adhirieron abiertamente al plan de lucha de la CGT. Esta toma de posición pública provocó un gran escándalo en los medios eclesiásticos y, a su vez, atesoró muchas adhesiones de una parte del clero y de jóvenes de distintas organizaciones. Pese a la infructuosa mediación del obispo auxiliar y rector del seminario Enrique Angelelli, los sacerdotes fueron castigados y separados del Seminario donde llevaban a cabo tareas de docencia. Cuando el nuevo obispo, Raúl Primatesta, se hizo cargo de la diócesis estos sacerdotes fueron destinados a la parroquia universitaria de Cristo Obrero donde pudieron retomar un tipo de pastoral que ya habían tenido la oportunidad de desarrollar como asesores de la Juventud Universitaria Católica (JUC) y de los colegios universitarios (Donatello, 2003; Bonavena, 2005).

Los trabajos de Lacombe (2014, 2015) realizan un abordaje más “al ras del suelo” sobre algunas experiencias que llevaron a cabo sacerdotes, laicos y seminaristas en los barrios de la periferia cordobesa. Es el caso de Rodolfo Emma Rins, Pedro Irazábal y Roberto Rodríguez quienes, al ordenarse como sacerdotes eligieron las parroquias



de barriadas obreras como el barrio Comercial, Villa El Libertador y Villa Siburu. Estos sacerdotes desde fines de la década del sesenta fueron importantes actores de la vida política de sus comunidades y muchos de ellos adhirieron al MSTM. Estos curas “de base” aparecen como referentes en las memorias de militantes montoneros estudiadas por Lacombe quien elabora una suerte de genealogía del pensamiento tercermundista en Córdoba –Vaudagna, Dellaferrera y Gaido, los “padres fundadores”; la parroquia universitaria y la huelga de hambre de 1966–<sup>13</sup> y que fija como origen mítico precisamente la aparición de la entrevista mencionada.

#### 4. Angelelli y los jóvenes: de la JOC al seminario

Un patio interno de aquella la parroquia universitaria, donde se habían nucleado grupos cristianos revolucionarios que luego de la huelga y el cierre de la capilla reorientaron su militancia hacia los barrios obreros, comunicaba con un hogar sacerdotal en el que vivía, junto a otros sacerdotes, el obispo auxiliar Enrique Angelelli. Este Hogar sacerdotal se convirtió en un espacio de discusión y formación de jóvenes.<sup>14</sup> Entre los curas sobresale la figura de Milan Visco-vich, ex decano de Ciencias Económica de la UCC, que tendría una gran visibilidad los días del *Cordobazo*.<sup>15</sup> Por su parte, la actuación de Enrique Angelelli, como asesor de la JOC, rector del Seminario y obispo auxiliar nos permite mirar más de cerca lo que pasaba en el

<sup>13</sup> Marcos Aguinis en su novela *La cruz invertida* narra parte de esta experiencia. Nelson Dellaferrera en una entrevista a José Pablo Martín caracteriza al escritor como un plagiario y mala persona: “Aguinis nos grababa sin decirnos nada. Yo había dado tres clases sobre historia de la Iglesia en Latinoamérica. Las había preparado con un texto de Dussel. Aguinis las graba y las utiliza literalmente en su novela” (Martín, 2013: 195).

<sup>14</sup> Entre ellos se encontraban, por ejemplo, católicos como José Sabino Navarro, Emilio Maza o Ignacio Vélez (Verbitsky, 2008: 247-253).

<sup>15</sup> Se destaca su participación en la misa del 18 de mayo en la parroquia del Pilar por los estudiantes muertos en esa semana en diversos puntos del país. Luego es detenido y está preso junto a Tosco.

catolicismo cordobés en los años previos al mayo del 69. Esta etapa cordobesa de Angelelli es bastante menos conocida que la riojana y fue probablemente eclipsada por la intensidad que imprimió a su tarea allí desde 1968 hasta su asesinato en agosto de 1976.

Angelelli tuvo la oportunidad de revisar sus propias posiciones asumidas hacia finales del primer peronismo. Él, como buena parte de los sacerdotes, se había alistado en la vereda antiperonista. Al cabo de unos pocos meses muchos de ellos hicieron una relectura de su relación con los trabajadores y de modo más general, del peronismo. Luego del golpe del 55 en los Congresos de asesores de la JOC proponía la necesaria revisión de la pastoral del mundo obrero, una reinserción de los sacerdotes y el desarrollo de nuevos roles para el laico en las comunidades parroquiales (Barral y Santos Lepera, 2019).

En el transcurso de la Cuarta Semana Nacional de Estudios de los Asesores de la JOC de 1958, Angelelli examinaba la presencia de esta institución eclesial en el mundo obrero de Argentina y consideraba no había sabido hacer “frente a la realidad del problema obrero”.<sup>16</sup> Destacaba particularmente la ausencia de asesores jocistas idóneos y proponía la necesaria revisión de las orientaciones, agentes y medios pastorales, una redistribución de los sacerdotes y el desarrollo de nuevos roles para ellos en las comunidades parroquiales. Allí planteaba:

Debemos confesar humildemente que hemos estado alejados de la clase obrera; no hemos penetrado en el corazón de la misma; no hemos estado presentes como Iglesia en sus momentos tristes, duros y de posibilidades para una promoción auténtica. Ante la clase obrera hemos aparecido como extranjeros; no hubo diálogo materno y filial; hemos usado lenguaje distinto y nos hemos presentado ante ella como una Iglesia burguesa. Con o sin razón, así nos han visto los obreros. No les hemos dado la dedicación que hemos proporcionado

<sup>16</sup> “Revisión y plan de la JOC argentina” (1958, julio-diciembre, *Notas de Pastoral Jocista*, s.n.; citado por Liberti, 2004: 64).

a otras clases sociales y la atención prestada a otros problemas (citado en Baronetto, 2019: 20).

En la formación de los futuros asesores, Angelelli vislumbraba la posibilidad para que la atención pastoral del mundo obrero se convirtiera en un verdadero ministerio eclesial y sacerdotal. En los años siguientes una parte de la militancia jocista asumió roles dirigenciales en el movimiento obrero y él mismo, como obispo auxiliar intervino en distintos conflictos sindicales en IME (Industrias Mecánicas del Estado), municipales y de Fiat (Baronetto, 2019).

En 1963, al bendecir unas viviendas en las canteras de Yocsina, en Malagueño, predicó “estar junto al Cristo sufriente allí presente en los rostros de los obreros quemados por la cal”, lo que provocó la denuncia de los dueños, los empresarios católicos Allende Posse, ante el Arzobispo Castellano, porque “creaba cizaña entre los obreros y ellos” (Baronetto, 2015). En la exhortación pastoral de ese fin de año, estando a cargo de la Arquidiócesis de Córdoba, expresó:

En nuestra provincia advertimos azorados un porvenir inseguro, efecto de una de esas situaciones graves que se manifiestan bajo formas inhumanas de la desocupación, carestía de la vida, bajos salarios, escaso rendimiento del poder adquisitivo, alto déficit de las viviendas, hospitales abarrotados, niños enfermos y desnutridos. Carencia de una asistencia médica social vigorosa y congruente. Se suma a esta situación desalentadora el cierre de plantas industriales, suspensiones masivas del personal, (...). Esto configura algo más que una crisis, es la conculcación, la negación misma de los derechos humanos y cristianos de la persona (citado en Baronetto, 2015).

La autocrítica fue cediendo a una prédica que denunciaba la desocupación, los bajos salarios, el déficit de viviendas, la niñez desamparada y muchas otras situaciones de injusticia que no hacían más que negar “los derechos humanos y cristianos de la persona” (citado en Baronetto, 2015).

Como rector del seminario, desde 1963, entró en contacto con un grupo de sacerdotes que estudiaron en Europa y entre ellos se

cuentan Vadaugna y Dellaferrera (de Roma), Gaido (de Insbruck) y Viscovich (de Lovaina) quienes, como hemos visto, tuvieron un rol central como referentes de los y las jóvenes politizadas.<sup>17</sup> Su rol como rector del seminario lo fue acercando a otros jóvenes, los seminaristas, para quienes tampoco pasaron inadvertidas las jornadas de mayo de 1969.

La experiencia del seminario cordobés contrastaba mucho con otras casas de formación, ya que era “de puertas abiertas”, lo cual les permitía trabajar durante la mañana e ir incorporándose progresivamente al trabajo en los barrios, junto a los párrocos que organizaban una pastoral comunitaria.

En el seminario algunas figuras tenían gran predicamento sobre los jóvenes. Es el caso de Naguib Nasser,<sup>18</sup> el profesor de Biblia. Algunos, como Felipe Oscar González, recuerdan la misa del 25 de mayo de 1969, pocos días antes del *Cordobazo*: “Cuando hubo que preparar la misa del 25 de mayo –donde estaría presente el gobernador Caballero– a Di Sandro [el rector] se le ocurrió que los seminaristas de Entre Ríos y Misiones dirigieran la misa, porque sabía que los seminaristas de Córdoba estaban muy ‘politizados’” (Diana, 2013: 394). Cuenta González, uno de los seminaristas:

A mí me eligieron para dirigir la misa y a Benedicto Allem –de Misiones– para que dirigiera el coro, donde cantaba Hugo Mathot. Otros que estaban en esa misa fueron Miguel Ángel “el chicato” Mozzé –fusilado en el 76 cuando lo sacaron de la cárcel–, Roberto Vidaña –que fue diputado–, Vitín Baroneto y Yuñez. Nosotros nos reunimos con Nasser y él nos escribió el guión de la misa, fundamentado en el Antiguo Testamento y a Benedicto le indicó los salmos que tenían que cantar. Después de la celebración, Nasser estaba contentísimo, pero todos pasamos a la lista negra (Diana, 2013: 394).

<sup>17</sup> José Gaido, de la Universidad de Insbruck, Nelson Dellaferrera, Naguib Nasser, Erio Vaudagna y el padre Rivarola, de Roma, y Milan Viscovich, de Lovaina (Liberti, 2004).

<sup>18</sup> Luego de la dictadura, a partir de 1983, fue uno de los organizadores de la cooperativa de trabajo y vivienda “Solidaridad” que colaboraba con la inserción laboral de presos durante la dictadura (Blanco, 2014).

En medio de las jornadas del *Cordobazo*, según su testimonio, mientras los sacerdotes se encontraban en el medio de las barricadas –“los que ya eran curas: Carlos Fugante, Víctor Acha de Villa El Libertador, el vasco Hilario Irazábal de Barrio Comercial y el turco Abdon Layud de Talleres, fueron todos a la calle y participaron de las manifestaciones de ese día”<sup>19</sup> (Diana, 2013: 394)–, los seminaristas se quedaron en el seminario con funciones precisas:

A nosotros nos encargaron que estuviéramos atentos y si llegaba gente corrida por la policía, que abriéramos la puerta del seminario para que se pudieran refugiar. Esperamos ansiosos y cuando un grupo llegó a la plaza Vélez Sarsfield se toparon con la policía que reprimía, abrimos la puerta, la gente entró y Hugo Borget los sacó por los fondos, haciéndoles saltar la tapia. Era nada, pero estuvimos orgullosos de nuestra participación (Diana, 2013: 394).

Una participación que no pasó desapercibida. Cuenta Felipe (el Gato) González que en el seminario decidieron enviar a cada uno a su casa por una semana y, al volver, decidieron formar un grupo de “seminaristas del Tercer Mundo”. Luego los echaron definitivamente y decidieron iniciar una formación por fuera del seminario y entonces les pidieron a varios de sus antiguos profesores que los acompañaran: Nasser daba clase de Sagradas Escrituras y también los apoyaron Delfa Ferrera, Vaudagna y algunos curas salesianos del Instituto Villada. Luego formaron una comunidad<sup>20</sup> en un barrio muy pobre de Villa Siburu que ni siquiera tenía nombre. Le pusieron Barranca Yaco. Al poco tiempo dejó el seminario, pero siguió viviendo con el cura y

<sup>19</sup> Estos sacerdotes habían estado muy cerca de Angelelli: Fugante capellán militar, después se integró a una parroquia en el barrio Bella Vista (con Vaudagna) y sucedió a Angelelli como asesor de la JOC e Irazábal era cura obrero.

<sup>20</sup> Con Nelio Rougier un cura diocesano que luego se integraría a la Fraternidad de los hermanitos de Evangelio. Participó de la fraternidad de Suriyaco que formó Arturo Paoli y luego fue desaparecido. La película *La fraternidad del desierto* (2016) de Iair Kon reconstruye la experiencia de Suriyaco y los debates sobre la opción de la lucha armada.

participó de una fraternidad laica promovida por Arturo Paoli (Hermanito del Evangelio) y luego se fue acercando al PRT.

Para muchos de estos jóvenes el *Cordobazo* fue una especie de trampolín a la militancia revolucionaria. Algunos testimonios de los seminaristas muestran las experiencias comunitarias en las que participaron en los barrios periféricos de Córdoba y la radicalización ideológica y política que experimentaron en el contacto con la realidad del mundo popular. Cuenta el “Gato” González que de su grupo de seminaristas ninguno llegó a ser cura: Raúl María Caire de Montoneros fue asesinado en Margarita Belén en 1976, Gustavo Adolfo Pon desaparecido desde 1977 y otros dejaron el ministerio y se casaron.

Algunas de estas experiencias comunitarias de las décadas de los sesenta y los setenta muestran la coexistencia y complementariedad entre dos modos de comunalización: uno extensivo y territorial, asociado a la parroquia como centro de congregación y otro configurado de pequeñas fraternidades voluntarias configuradas por las interacciones entre individuos que se eligen (jóvenes militantes cristianos seminaristas o laicos), de la misma manera que eligen los variados caminos de su militancia política y de afiliación al catolicismo.

## **5. Agravios, injusticia y protesta**

Rolando Concatti, uno de los fundadores del MSTM participó en marzo 1968, de un coloquio en Francia que reunió a teólogos, intelectuales y distintas organizaciones cristianas para reflexionar y debatir sobre la problemática de los países del Tercer Mundo con relación al cristianismo, la revolución y la violencia enmarcándose en lo que se iba conociendo como la Teología de la Revolución, luego de la Liberación.<sup>21</sup> Aquel encuentro, anterior a dos “mayos” del 68 y del

<sup>21</sup> La editorial Cristianismo y Revolución (la misma de la revista dirigida por Juan García Elorrio) publicó el libro *Teología para el Tercer Mundo, los cristianos, la violencia y la revolución*, que contenía las exposiciones de quienes allí asistieron.

69, tenía objetivos precisos: “ayudar en su reflexión a los militantes comprometidos en la lucha revolucionaria y mostrar la dimensión internacional de esa lucha; impulsar la colaboración de los cristianos de países desarrollados con los militantes de los países ‘en vías de desarrollo’ y determinar, en la medida de lo posible, las líneas para una investigación posterior” (Neffa y Costa, 1969: 14).

Es evidente que la década de los sesenta acumulaba antecedentes de relecturas del Evangelio y transformaciones del catolicismo. Un año antes, en septiembre de 1967, del otro lado del Atlántico, había comenzado a conocerse el *Mensaje de los 18 obispos del Tercer Mundo*, fechado el 15 de agosto del mismo año cuya posterior adhesión por parte de un grupo de sacerdotes había significado el momento fundacional del MSTM.<sup>22</sup> Este mensaje fue una reformulación de una serie de circulares postconciliares y una lectura y adaptación de la encíclica *Populorum Progressio* (‘sobre el desarrollo o progreso de los pueblos’) de Paulo VI en la que denunciaba que el desequilibrio entre países ricos y pobres y las resoluciones de la Asamblea extraordinaria del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM) realizada en Mar del Plata. Bajo la influencia de esta encíclica y de su debate en el seno del episcopado argentino, el *Mensaje...* unía en su reflexión la realidad de la pobreza en el Tercer Mundo y el “imperialismo del dinero” practicado por las corporaciones multinacionales que, con el aval de los gobiernos, se convertían en “los jueces y los policías de los pueblos materialmente menos ricos” (Bresci, 2018: 221-135). Los 18 obispos del Tercer Mundo exhortaban a los cristianos y a sus pastores a saber reconocer “la mano del Todopoderoso en los acontecimientos que, periódicamente deponen a los poderosos de sus tronos y elevan a los humildes, devuelven a los ricos las manos vacías y sacian a los hambrientos”. Algunos de sus pasajes son extremadamente expresivos, como “la Iglesia no es de ninguna manera la protectora de las grandes propiedades” o “la propiedad tiene, ante todo, un

<sup>22</sup> En Buenos Aires se conoció a través de la revista *Cristianismo y Revolución*. (1968, abril). 6-7, pp. 42-47.

destino social (...). Y, a los pueblos del Tercer Mundo, los llamaba a permanecer firmes e intrépidos.

Unos años antes, el Concilio Vaticano II había sido vivido por una parte del clero como una bocanada de oxígeno que prometía renovar no solo los aspectos formales de la liturgia –que pusieron fin a la misa en latín con el sacerdote de espaldas a la gente– sino, como se decía en ese momento “poner al día” o *aggiornar* la Iglesia Católica a los tiempos modernos. Algunas de sus principales novedades tuvieron que ver con la lectura del evangelio en clave histórica, un nuevo tipo de vínculo entre sacerdotes y laicos y un protagonismo mayor para estos últimos. Por su parte, la Conferencia de Medellín de 1968 había tenido una importancia crucial en la tarea de amplificar las transformaciones del Concilio Vaticano II a la realidad latinoamericana. Su documento final llevó el nombre *La Iglesia en la actual transformación de América Latina a la luz del Concilio* y para muchos fue la plataforma que dio impulso a la Teología de la Liberación y permitió imaginar una “Iglesia de los pobres”. Como se decía en esa época y en determinados ámbitos del mundo católico, la construcción de este pensamiento teológico expresaba el proceso de toma de conciencia de la misión de la Iglesia Católica en un mundo de injusticias.

Rolando Concatti en su intervención en el coloquio de Francia de 1968 expresaba con gran claridad los alcances de esa toma de conciencia:

Aceptar que hay en la fe un “momento de protesta” es reconocer que debemos vivir atentos a las protestas de la historia, para discernirlas y para actuar en consecuencia; es aceptar que, cuando los hombres se rebelan en nombre de la justicia, de la dignidad, de la fraternidad humana, es en cierto sentido Dios mismo que se rebela, que nos acusa; y entonces nuestra fe está en juego (Concatti, 1969: 86-87).

En distintos espacios, a distintas escalas y contextos se multiplicaba la denuncia de la injusticia y se reafirmaba el compromiso de los católicos frente a los agravios de los que eran objeto los trabajadores y las trabajadoras, las masas desposeídas, los pobres. En Santa Fe una



treintena de sacerdotes santafesinos firmaban una declaración a fines de mayo de 1969 fundamentada en anteriores tomas de posición del Vaticano II, del Episcopado argentino y del Evangelio: “Como sacerdotes, vivimos ‘con los demás hombres como hermanos’ (Vat II) para servirlos especialmente a través del anuncio y el testimonio de la Misión Liberadora de Cristo (Luc. 4,18). Por eso es ‘nuestro deber trabajar por la liberación total del hombre e iluminar el proceso de cambio de estructuras injustas y opresoras engendradas por el pecado (Decl. Episc. Argentino)”. En los mismos días *Cristianismo y Revolución* transcribía la “Oración para un 1ro de Mayo en esclavitud” rezada en la Misa de la parroquia de Guadalupe en la provincia de San Juan. Allí la comunidad parroquial interpelaba con ironía al –“cristianísimo”– presidente de facto y reclamaba alimento, educación y justicia:

Nuestro VIRREY ONGANÍA nos dice que se construirá “una gran nación”; la realidad nos muestra que hay pueblos que desaparecen bajo el azote del hambre y la miseria. ASÍ NO SE CONSTRUYE NINGUNA NACIÓN NI GRANDE NI PEQUEÑA, SÓLO SE DESTRUYE. Los cristianos no podemos ni debemos clemencia al gobierno ni a los poderosos. Lo que reclamamos es JUSTICIA. Vemos a diario que ante reclamamos JUSTOS de pueblos enteros. El “cristianísimo gobierno” hace gala de su prepotencia desatando la violencia más cruel, traducida en palos, tiros, gases, torturas y muertes. La situación es clara: la MISERIA DE LOS HOGARES OBREROS, LA FALTA DE ALIMENTOS, DE EDUCACIÓN, DE FUTURO, nos demuestra la urgente necesidad de emprender la lucha definitiva contra el sistema actual.<sup>23</sup>

Un registro de agravios, tensiones e injusticias se iba acumulando y una parte del catolicismo los enunciaba recurriendo al lenguaje de catolicismo postconciliar y de sus relecturas latinoamericanas. Sin embargo la intervención de los contenidos y símbolos provenientes del catolicismo en la lucha política no era nueva, como tampoco

<sup>23</sup> “Desde San Juan al país” (1969: 7).

el posicionamiento del clero en ella. La historia de América Latina abunda en experiencias de resistencia y rebelión donde sus protagonistas acudían a espacios, agentes, objetos y rituales provenientes del catolicismo. De igual modo, podían legitimar la dominación y la opresión. Su multivocalidad permitía la coexistencia de mensajes de subordinación, reconciliación, legitimación y de consentimiento, pero también de rebelión y liberación (Taylor, 2003).

## Bibliografía

Baronetto, L. (2015). Angelelli y los trabajadores de Córdoba. *ACTA*. Recuperado de <https://www.agenciaacta.org/spip.php?article16603>.

Baronetto, L. (2019). *Enrique Angelelli. Jugarse hasta el martirio*. Buenos Aires: Don Bosco.

Barral, M. E. (2016). *Curas con los pies en la tierra. Una historia de la Iglesia en Argentina contada desde abajo*. Buenos Aires: Sudamericana.

Barral, M. E. y Fradkin, R. (2005). Los pueblos y la construcción de las estructuras de poder institucional en la campaña bonaerense (1785-1836). *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. E. Ravignani"* (Buenos Aires: UBA), 1(27), 7-48.

Barral, M. E. y Santos Lepera, L. (2019). Los sacerdotes católicos y el peronismo sin Perón "Compromiso cristiano ante la realidad. En Stancanelli, P. (Comp.). *El Atlas del peronismo: historia de una pasión argentina*. Buenos Aires: Le Monde diplomatique / Capital Intelectual, (pp. 52-57).

Blanco, J. (2008). Componentes identitarios del imaginario de la Juventud Obrera Católica. *Cuadernos de Historia, Serie Economía y Sociedad*, 1(10), 83-118.

- Blanco, J. (2014). “Yo estoy tonsurado por la JOC”: la militancia laical desde las voces de sus protagonistas. *Historia Oral*, 17(2), 95-123.
- Blanco, J. (2015). Iglesia y representaciones de clase en Argentina a mediados del siglo XX. Una aproximación desde la cultura clasista jocista. *Hispania Sacra*, 67(135), 339-360.
- Bonavena, P. (2005). El Integralismo de Córdoba frente a la Revolución Argentina durante 1966: La radicalización del catolicismo universitario. *IV Jornadas de Sociología de la UNLP*, La Plata, Argentina.
- Brennan, J. y Gordillo, M. (2008). *Córdoba rebelde. El cordobazo, el clasismo y la movilización social*. La Plata: De la Campana.
- Bresci, D. (2018). *Historia de un compromiso. A cincuenta años del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo*. Buenos Aires: GES.
- Bruno, C. S. D. B. (1981). *Historia de la Iglesia en la Argentina*. Buenos Aires: Don Bosco.
- Celentano, A. (2014). Insurrección obrera y compromiso intelectual. *Los Libros y Cristianismo y Revolución* frente al Cordobazo y el Viborazo. *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, 1(4), 53-75.
- Concatti, R. (1969). Valores cristianos y revolución. En *Teología para el Tercer Mundo. Los cristianos, la violencia y la revolución*. Buenos Aires: Cristianismo y Revolución, (pp. 86-87).
- Cristiani, A. (1969a). La Iglesia “tercerista” en los sucesos de mayo y junio de 1969. *Cuadernos de Marcha*, 1(27), 19-24.
- Cristiani, A. (1969b, 6 de junio). Iglesia y “Cordobazo”. *Semanario Marcha*, 1.451, 17-18.
- Desde San Juan al país. (1969, segunda quincena de mayo). *Cristianismo y Revolución*, 3(16), 7.
- Di Stefano, R. y Zanatta, L. (2000). *Historia de la Iglesia en Argentina*. Buenos Aires: Mondadori.
- Diana, M. (2013). *Buscando el reino. La opción por los pobres de los argentinos que siguieron al Concilio Vaticano II*. Buenos Aires: Planeta.

Donatello, L. M. (2003). Religión y política: las redes sociales del catolicismo post-conciliar y los Montoneros, 1966-1973. *Estudios Sociales*, 13(24), 89-112.

Fabris, M. (2013). El catolicismo argentino ante la conflictividad obrera en los años 60. La intervención de Caggiano y los posicionamientos de *Criterio* y CIAS durante el Plan de Lucha de la CGT de 1964. *Itinerantes. Revista de Historia y Religión*, 1(3), 133-152.

Hervieur Léger, D. (2019). De la fin des territoires à la réinvention des lieux? Réflexions sur les mutations de la communalisation catholique en France. *Etudes*, pp.67-78.

La iglesia está donde existe opresión. (1969, julio). *Cuadernos de Marcha*, 27.

Lacombe, E. (2014). Las dos Iglesias: memorias sobre el surgimiento de la corriente tercermundista en Córdoba. *Sociedad y Religión*, 24(41), 119-150.

Lacombe, E. (2015). Profetas de la revolución: representaciones del tiempo histórico entre los sacerdotes tercermundistas (1968-1973). *Revista del Museo de Antropología*, 8(2), 147-158.

Liberti, L. O. (SVD). (2004). *Mons. Enrique Angelelli, pastor que evangeliza promoviendo al hombre integralmente: intérprete teológico pastoral del Concilio Vaticano II y de los documentos finales de Medellín*. (Tesis de Doctorado). Facultad de Teología, UCC.

Martin, J. P. (2013). *Ruptura ideológica del catolicismo argentino. 36 entrevistas entre 1988 y 1992*. Los Polvorines: Ediciones UNGS.

Morello, G. (2003). *Cristianismo y Revolución. Los orígenes intelectuales de la guerrilla en la Argentina*. Córdoba: EDUCC.

Morello, G. (s.d.). La libertad de opinión en la iglesia cordobesa. Los reportajes del diario Córdoba, abril-mayo de 1964. S.d.

Neffa, J. C. y Costa, J. (1969). *Teología para el Tercer Mundo. Los cristianos, la violencia y la revolución*. Buenos Aires: Cristianismo y Revolución.

Otro Mayo Argentino. (1969, julio). *Cuadernos de Marcha*, 27, Dossier El Cordobazo.

Podestá, J. (1969, julio). El vacío de poder se llena con pueblo. *Cuadernos de Marcha*, 1(27), 9-12.

Tarcus, H. (2008). El Mayo argentino. *OSAL. Observatorio Social de América Latina*, 9(24), 161-180.

Taylor, W. (1987). *Embriaguez, homicidio y rebelión en las poblaciones coloniales mexicanas*. México: Fondo de Cultura Económica.

Taylor, W. (2003). *Entre el proceso global y el conocimiento local. Ensayos sobre el Estado, la sociedad y la cultura en el México del siglo XVIII*. México: UAM / Porrúa.

Verbitsky, H. (2008). *La violencia evangélica. Tomo II: De Lonardi al Cordobazo (1955-1969)*. Buenos Aires: Sudamericana.

Zuretti, J. C. (1972). *Nueva Historia Eclesiástica Argentina*. Buenos Aires: Itinerarium.



## Capítulo 7

### Insurrección y represión

El impacto del Cordobazo en las estrategias de intervención en seguridad interna del Ejército en los años sesenta y setenta

*Esteban Damián Pontoriero*

El año 1969 pasaría a la historia como uno de los más conflictivos en el siglo XX argentino, destacándose entre varios levantamientos urbanos uno ocurrido en la ciudad de Córdoba en mayo: el *Cordobazo*. De esa forma se denominó a una insurrección de grandes magnitudes que demostraría la fuerza de la movilización popular y la voluntad de lucha contra la dictadura del general Juan Carlos Onganía (1966-1970). ¿Cuáles fueron los hechos centrales de ese acontecimiento?

El 29 de mayo, un día antes de la fecha establecida por la Confederación General del Trabajo de los Argentinos (CGTA) y la Confederación General del Trabajo (CGT) para la realización de un paro nacional, las dos delegaciones de la CGT en Córdoba se adelantaron y pasaron a la acción mediante un paro activo (Brennan, 1996: 218-264; Gordillo, 2003: 329-380; James, 2005: 287-311; Larraquy, 2017: 231-232). A partir de la mañana, gruesas columnas de obreros comenzaron a marchar hacia el centro cuando fueron reprimidos por las fuerzas policiales, apostadas con orden de reprimir, dando inicio a los enfrentamientos. A continuación, los estudiantes, los militantes

católicos y los sectores medios urbanos salieron a las calles, confluendo en un vasto movimiento de protesta que desbordó a las fuerzas de seguridad (Gordillo, 2003: 358-360; Balvé y Balvé, 2005: 95-144; Larraquy, 2010: 233-236).

Entre barricadas, autos incendiados y fogatas, los manifestantes ocuparon el centro de la ciudad y sus zonas aledañas, asaltando, tomando diversas dependencias estatales y edificios de las grandes empresas transnacionales. Frente a este escenario, las autoridades nacionales ordenaron la movilización de tropas pertenecientes al Tercer Cuerpo de Ejército –la región militar que incluía a la provincia mediterránea. En la tarde del día siguiente, luego de que las manifestaciones se disolvieran y los militares lograran tomar el control, se dio inicio a los allanamientos y detenciones, colocando a los civiles apresados bajo la jurisdicción castrense. Según algunas estimaciones, los hechos dejaron un saldo de catorce muertos –siendo soldados dos de ellos– y más de cincuenta heridos (Brennan, 1996: 178-264; O'Donnell, 1996. Gordillo, 2003: 352-355; Balvé y Balvé, 2005: 173-182; Larraquy, 2010: 236-239; Tcach, 2012).

Existe un amplio acuerdo historiográfico sobre la importancia del *Cordobazo* como un punto de inflexión en la historia social y política de la Argentina reciente. También se realizaron notables avances sobre las causas que originaron semejante estallido social. En base a varios trabajos académicos se comprobó que el vasto movimiento de protestas iniciado en 1969 expresaba un conjunto de demandas económicas y políticas de diversos actores. Otro punto que suele destacarse es el surgimiento de nuevos repertorios de confrontación junto con una marcada heterogeneidad regional, social y política. Sumado a esto, el saldo de muertos, heridos y destrucción de la propiedad marcó el inicio de un ciclo de protestas radicalmente distinto a los conflictos internos desarrollados con posterioridad a 1955 (O'Donnell, 1996; Tortti, 1999: 205-234; Gordillo, 2003: 343-344; De Riz, 2007: 73; Tcach, 2012; Manzano, 2017).

Junto a los trabajos que se ocuparon del *Cordobazo* citados anteriormente, en los últimos años la historia reciente tuvo una



renovación dentro de los estudios sobre represión. Las investigaciones realizadas dentro de esta línea comparten un interés por complejizar las cronologías, buscar las líneas de continuidad entre los gobiernos constitucionales y dictatoriales, dar cuenta de los vínculos entre los actores político-civiles y militares y por prestar atención a los borrosos límites existentes entre la legalidad y la ilegalidad dentro de un marco de excepción (Águila, 2018).

Si bien los trabajos realizados desde este enfoque destacan la relevancia del *Cordobazo*, todavía no contamos con investigaciones que se ocupen de los hechos de mayo de 1969 desde ese abordaje. Lejos estamos, sin embargo, de decir que las obras anteriormente mencionadas –ya sean las provenientes de la historia social, de la historia política o de la historia reciente en general– hayan desatendido completamente el tema: poseemos allí varias descripciones y análisis parciales del operativo represivo implementados en Córdoba para contener la protesta y sobre el tratamiento que recibieron los manifestantes. No obstante, lo que sí queremos remarcar es que carecemos de investigaciones que de manera sistemática busquen dar cuenta de ciertos interrogantes: ¿Cuáles fueron las características del operativo represivo? ¿De qué forma intervinieron las Fuerzas Armadas (FFAA.) y las fuerzas de seguridad (FF.SS.)? ¿Cuál era el diagnóstico del gobierno *de facto* y de las autoridades castrenses respecto de las causas de la insurrección popular? ¿Qué medidas se discutieron? ¿Cómo se las llevaron a la práctica? ¿Qué consecuencias tuvo la experiencia adquirida en Córdoba por el gobierno, las FFAA. y las FF.SS. para la elaboración de nuevas acciones represivas en el futuro? En gran medida, el presente trabajo se ocupa de brindar una respuesta a varias de estas preguntas que giran alrededor de saber cuál es el lugar del *Cordobazo* en la historia de la represión en la Argentina de los años sesenta y setenta.

Este capítulo estudia el impacto del *Cordobazo* en el gobierno y las FFAA. respecto del abordaje contrainsurgente de la seguridad interna. En la primera parte se analizan las discusiones que surgieron entre las autoridades políticas y militares a raíz de la insurrección

popular. En este sentido, se explora cómo se caracterizó la amenaza interna así como los medios propuestos para erradicarla. En la segunda parte se estudia la forma en que el gobierno *de facto* modificó su metodología represiva. Derivado de lo anterior, en la tercera parte se busca dar cuenta de los cambios en la doctrina castrense para la intervención en el orden interno. Las fuentes primarias utilizadas para esta investigación incluyen minutas de reuniones secretas de las máximas autoridades de gobierno y militares, legislación de defensa, normativas y reglamentos castrenses, así como las memorias publicadas por algunos de los protagonistas. Nuestra hipótesis es que el *Cordobazo* generó cambios profundos en el enfoque represivo del gobierno y en el abordaje contrainsurgente del Ejército, abriendo un ciclo represivo que alcanzaría sus mayores cuotas de violencia criminal hacia mediados de la década del setenta.

## **1. El gobierno y las Fuerzas Armadas frente a las insurrecciones populares de 1969**

El 28 de junio de 1966 las FF. AA. dieron un golpe de Estado institucional, instalando una Junta Provisoria en el poder. En un nivel, esta acción era una nueva expresión de la imposibilidad del sistema político argentino desde 1955 de procesar los niveles de conflictividad política interna derivada del derrocamiento de Juan D. Perón y la subsiguiente proscripción y represión de su movimiento. En otro nivel, también mostraba el intento del actor castrense de resolver el “problema” del peronismo a partir del establecimiento de una dictadura de largo plazo.

La llegada al poder de los militares aceleró la incorporación de la seguridad al campo de la defensa: a casi cuatro meses de haberse iniciado su gobierno *de facto*, Onganía sancionó la Ley de Defensa Nacional 16.970. De esta forma, las FF. AA. quedaron autorizadas a realizar acciones represivas en caso de producirse alteraciones graves del orden público. De ahí en adelante, la represión en diversos campos,

desde el sindical, hasta el político, pasando por el cultural y otros, se convirtió en un signo distintivo de la dictadura (Pontoriero, 2018).

Cuando a partir de 1969 el gobierno se vio sacudido por una ola de insurrecciones urbanas antidictatoriales y el surgimiento de las organizaciones armadas, las estructuras de seguridad y defensa del Estado se pusieron en alerta máxima (Potash, 1994: 7-8; Rouquié, 1998: 258). En el marco del Consejo Nacional de Seguridad (CONASE) un grupo de civiles en el gobierno, militares con cargos públicos y autoridades castrenses en actividad se reunieron los días 24 y 25 de septiembre para evaluar la “situación subversiva” que desde su punto de vista afectaba al país (Potash Papers, 1969: 1). Creado mediante la Ley 16.970, este organismo coordinaba la seguridad interna y lo integraban el presidente, sus ministros y los comandantes en jefe de las FFAA., completándose con la participación del secretario de Estado a cargo de la Central Nacional de Inteligencia. Entre sus funciones principales se incluían el planeamiento a largo plazo de la estrategia de seguridad, el establecimiento de las normas legales y la creación de los organismos para la defensa (Anales de Legislación Nacional, 1966: 1.475-1.476). Hacia fines de septiembre, entonces, los miembros del CONASE se reunieron en la Sala de Situación de la Presidencia para analizar la coyuntura local. ¿Cuáles fueron las posiciones mantenidas en esa discusión?

En concordancia con un diagnóstico planteado desde principios de la década del sesenta, se afirmaba que la amenaza al orden interno ya no se circunscribía solamente al “comunismo internacional”, sino que incluía un movimiento mucho más amplio en el que confluían diversas tradiciones políticas, incluidas las diferentes expresiones del peronismo. En efecto, como lo señalan varios autores desde los inicios de la década del sesenta los análisis prospectivos realizados por los asesores militares franceses y sus camaradas argentinos consideraban esta posibilidad (Amaral, 1998: 173-195; Mazzei, 2002: 105-137). El ministro de Educación y Cultura José Mariano Astigueta afirmaba:

Quizás nos encandile con demasiada fuerza la presencia de los grupos subversivos tipo OLAS [Organización Latinoamericana de Solidaridad], pero además ejercen gran influencia en nuestro país viejos políticos, que tienen gran interés en que fracase la Revolución Argentina (Potash Papers, 1969: 9).

En este sentido, el secretario de Informaciones del Estado general retirado Eduardo Señorans manifestaba que “hay una serie de movimientos con el denominador común de ‘liberación nacional’ que busca una revolución nacional de raíz castrista, a la que se suman algunos apoyos de izquierda” (Potash Papers, 1969: 33).

Asimismo, abrevando en una de las preocupaciones de la Doctrina de la “Seguridad Nacional” estadounidense, se expresaba que las causas principales de las insurrecciones urbanas eran las tensiones generadas por el programa económico implementado por el ministro de Economía y Trabajo Krieger Vasena. En base a un análisis entrelazado de los factores políticos, económicos y del desarrollo, de acuerdo con Astigueta se debían tomar en consideración dos elementos: “1º) que estamos en presencia de una subversión declarada, que exige medidas inmediatas y 2º) considerar seriamente el planteo político del tiempo económico. Pregunta en qué medida la estabilidad económica no pone en peligro la estabilidad política” (Potash Papers, 1969: 7). Por su parte, Onganía señalaba que “si no se hubiera agregado la crisis subversiva con visos de subversión internacional, igual hubiéramos tenido una crisis. Al gobierno siempre le resultó difícil graduar la marcha del proceso económico, siendo consciente de lo difícil de la transición del tiempo económico al social” (Potash Papers, 1969: 2; subrayado en el texto original). Desde este punto de vista, pues, debía tenerse en cuenta la conexión existente entre la “subversión” y las dificultades que el plan económico le estaba generando a la población.

En relación con la estrategia represiva, el centro de la discusión fue la forma en que se haría uso de las fuerzas policiales y de las FF.AA. El general Onganía afirmaba que hasta ese momento se había

utilizado una doctrina de intervención escalonada de las fuerzas disponibles:

En el inicio han actuado las distintas jurisdicciones casi exclusivamente a través de las policías provinciales con algunas directivas del Poder Central. Luego entró a actuar la Policía Federal; a medida que se agravaban las cosas se agregó la Gendarmería Nacional y dentro de una cierta gravedad en que siguió el proceso se fue dando intervención a las Fuerzas Armadas, tratando de que éstas quedaran hasta último momento para evitar desgastes (Potash Papers, 1969: 3).

En efecto, esta era la metodología vigente y codificada en varias normativas militares. El reglamento *RC-2-3. Conducción de fuerzas terrestres en una zona de emergencia* de 1968 prescribía la subordinación de las fuerzas policiales a las fuerzas militares al tiempo que dejaba abierta la posibilidad de establecer tribunales militares (Ejército Argentino, 1968: 18, 29). La gradualidad en el uso de las fuerzas represivas implicaba una continuidad entre las acciones de seguridad –ejecutadas por la Policía y la Gendarmería, y las operaciones de guerra interna–desarrolladas por las FF.AA. En este sentido, el reglamento *RC-8-3. Operaciones contra la subversión urbana* de 1969 explicaba:

El empleo de las fuerzas legales en operaciones de seguridad en áreas urbanas se realizará, en principio, en forma escalonada y ascendente. En primer término serán empleadas las fuerzas policiales (provinciales o federales) a fin de asegurar el mantenimiento del orden en el área afectada. Cuando ellas se encuentren incapacitadas para enfrentar el enemigo, deberá recurrirse al empleo de la Gendarmería Nacional (eventualmente Prefectura Nacional Marítima) para apoyar las operaciones de las fuerzas policiales. El empleo de las Fuerzas Armadas deberá decidirse antes de que se agote la capacidad de las fuerzas de seguridad y/o cuando la inminencia de graves acontecimientos así lo justifique (Ejército Argentino, 1969: 22-23).

En la reunión del CONASE, sin embargo, una parte de los asistentes consideraba que debía recurrirse en primera instancia al uso

de fuerzas militares. Para el ministro del Interior general retirado Francisco Imaz la Policía no habían podido garantizar el orden, por lo que “cree que debe darse intervención a las Fuerzas Armadas” (Potash Papers, 1969: 45). Onganía, por su parte, señalaba que “es muy importante la intervención directa de las Fuerzas Armadas en una situación que se considere grave” (Potash Papers, 1969: 46). Se dejaba en claro que el sofocamiento de las rebeliones populares debería ser conducido por el gobierno nacional, la Junta de comandantes en jefe, el Estado Mayor Conjunto y los comandantes de cuerpos de Ejército, con un grado de planificación y ejecución equivalente al requerido en una operación militar (Potash Papers, 1969: 4-6).

En contraposición, el comandante en jefe del Ejército general Alejandro Agustín Lanusse prefería conservar la doctrina de uso escalonado de la Policía y las FF.AA. En la minuta de la reunión del CONASE se señalaba que esta autoridad militar “aprecia que las Fuerzas Armadas logran más por persuasión que por represión”. Para Lanusse, “hay que separar lo subversivo de lo gremial. Hay que evitar medidas que los unan”. Además, se advertía sobre el posible efecto negativo para el gobierno de una acción represiva generalizada sobre la población, teniendo en cuenta que podría unificar a la “subversión” con los sectores trabajadores (Potash Papers, 1969: 46). Por lo tanto, la máxima autoridad del Ejército mantuvo una postura moderada, basada en un enfoque político de la contrainsurgencia, frente a las opciones represivas de uso directo de las FF.AA. que estaban impulsando Onganía y su ministro del Interior.

Con respecto a las medidas a implementar, Lanusse recomendaba realizar un despliegue preventivo de las tropas, un curso de acción en el que coincidía con el ministro Imaz. Se afirmaba que “si los efectivos deben ser empleados, recién allí se constituye la Zona de Emergencia” (Potash Papers, 1969: 45). Mediante ese concepto se denominaba a una jurisdicción especial creada por la Ley de Defensa Nacional 16.970 para permitir el uso de las FF.AA. fronteras adentro en caso de ataque exterior o como resultado de una “conmoción interna”. Se expresaba, además, que para facilitar la conducción de

las acciones represivas y/o de control se buscaría “concentrar en la autoridad militar la totalidad del gobierno en el ámbito territorial que se determine” (Anales de Legislación Nacional, 1966: 1474-1480). El artículo 43 de la ley prescribía que “en aquellas zonas o lugares especialmente afectados podrán declararse zonas de emergencia a órdenes de autoridad militar, para la imprescindible coordinación de todos los esfuerzos” (Anales de Legislación Nacional, 1966: 1.478). Por su parte, el Decreto 739 de reglamentación de la Ley de Defensa Nacional 16.970 agregaba que “el Comandante de la misma [de la “zona de emergencia”] ejercerá el gobierno militar y civil en dicha zona, debiéndosele subordinar las autoridades, medios y fuerzas provinciales que sean necesarios” (Anales de Legislación Nacional, 1967: 474-475). En relación con esto, el artículo 39 de la normativa que reglamentaba la Ley de Defensa indicaba que esta jurisdicción especial sería declarada mediante un decreto que fijaría la delimitación geográfica, la designación de autoridad militar, las fuerzas asignadas y, dependiendo de la gravedad de la situación, la facultad de dictar bandos (Anales de Legislación Nacional, 1967: 474-475).

El jefe del arma terrestre y el ministro del Interior consideraban la “zona de emergencia” como la precondition requerida para hacer uso de las FF.AA. En este sentido, Imaz señalaba que “no hay problema alguno en declarar Zonas de Emergencia para lograr una mejor combinación de todos los esfuerzos civiles y militares” (Potash Papers, 1969: 47). A partir de pensar en una situación hipotética, este funcionario manifestaba:

Quando el Presidente de la nación lo determine, las Zonas de Emergencia entrarán en vigencia. El despliegue y la ocupación de objetivos deben ser previos a la huelga. En cuanto al criterio de empleo, una forma de disuasión es mostrar las fuerzas en el terreno. El fuego se abrirá o no de acuerdo con lo que haga el enemigo. Hay que dedicarle también preferente atención a todo lo que sea prensa y difusión (Potash Papers, 1969: 47).

De esta forma, Imaz esperaba que la disuasión provocada por la presencia militar neutralizara cualquier tipo de protesta. No obstante, se aclaraba que los civiles que participaran en “acciones subversivas” serían tratados como enemigos, sin descartar que las FF.AA. recurrieran al fuego abierto sobre los manifestantes.

## **2. Los efectos del *Cordobazo* en el abordaje represivo del gobierno y el Ejército**

En este período se dio un cambio central en la metodología represiva tal como se la había desarrollado en la doctrina desde mediados de los sesenta: el uso en primera instancia de las FF.AA. El acontecimiento en el que se ensayó por primera vez la nueva estrategia fue el *Viborazo*, un estallido social ocurrido en la ciudad de Córdoba en marzo de 1971. Iniciado como una protesta contra la designación como gobernador del dirigente conservador José Camilo Uriburu, los hechos derivaron en una nueva insurrección urbana. En el marco de una huelga general se ocuparon establecimientos fabriles, se realizaron movilizaciones y se produjeron enfrentamientos, con el saldo de un obrero muerto por la represión policial (Gordillo, 2003: 370-377; Balvé, 2006; De Riz, 2007: 91). La respuesta de las autoridades políticas y militares alteró profundamente la serie de pasos a seguir para sofocar ese tipo de situaciones.

Según el general Lanusse, como vimos más arriba, de acuerdo con la legislación de defensa y la teoría antisubversiva hasta ese momento la doctrina militar disponía un uso gradual de las fuerzas represivas: el recurso a las FF.AA. quedaba reservado solamente para el caso de que la Policía resultara insuficiente. No obstante, a partir del 16 de marzo de 1971, luego de la gran rebelión ocurrida en Córdoba el día anterior se pasó al principio de intervención inmediata y preventiva del Ejército (Lanusse, 1977: 10, 11). ¿Cómo se decidió el reemplazo de la doctrina de uso gradual de las fuerzas militares y de seguridad? Según el relato de Lanusse, quien planteó por primera vez en una



reunión del Estado Mayor General del Ejército este curso de acción fue el general Alcides López Aufranc, comandante del Tercer Cuerpo de Ejército y por consiguiente máxima autoridad castrense en la región mediterránea. Luego de una reunión mantenida el 18 de marzo en el CONASE en momentos previos al inicio de un paro activo, el presidente *de facto* Levingston declaró la “zona de emergencia” para la capital de la provincia mediterránea (Lanusse, 1977: 201, 202). De acuerdo con el Decreto 888, se estableció la creación de aquella jurisdicción especial y el mando de las tropas, las fuerzas de seguridad y el gobierno quedó en manos del general López Aufranc, unificándose la autoridad político-militar de la región. Asimismo, se facultaba al comandante de la “zona de emergencia” a establecer consejos de guerra para juzgar a los civiles acusados de cometer delitos contra el orden público (Anales de Legislación Nacional, 1971: 244-245). A través de estos medios represivos, pues, el Ejército sofocó el amplio movimiento de oposición a la dictadura expresado en el *Viborazo*.

Desde mediados de la década del sesenta el Ejército estabilizó sus hipótesis de guerra, dando prioridad a las externas por sobre las internas. A pesar de su preocupación por la doctrina antisubversiva, el arma terrestre poseía una lógica que desbordaba el contexto de la Guerra Fría, conectándose con un objetivo de largo plazo asociado con el desarrollo como institución. Según un documento redactado en octubre de 1966 titulado “Elaboración del Plan Militar” aquellos análisis prospectivos eran similares a los de años anteriores (Servicio Histórico del Ejército Argentino, 1966). En efecto, se continuaba pensando en la posibilidad de un conflicto bélico desde una perspectiva triple: en primer lugar, una “guerra revolucionaria”; luego, una guerra exterior convencional contra uno o varios contendientes y, como tercera opción, una mixtura entre las dos primeras, es decir, una acción en otro país dirigida a sofocar un proceso revolucionario (Servicio Histórico del Ejército Argentino, 1966).

La elección de las hipótesis de guerra se hacía evaluando el caso que planteara los mayores riesgos, implicando la preparación más exigente para la fuerza. De acuerdo con la “Elaboración del Plan

Militar” la hipótesis de guerra más peligrosa era la de una intervención contra países limítrofes “comunizados o en vías de ‘comunización’” [“Hipótesis de guerra ‘A’ variante 2”] (Servicio Histórico del Ejército Argentino, 1966: 13). Asimismo, en un estudio redactado al año siguiente denominado “Análisis de las bases para el planeamiento militar conjunto” se manifestaba que las hipótesis de guerra interna “difícilmente permiten predecir cuál será el poder del enemigo, pues se lo desconoce, no pudiéndose apreciar qué fuerzas se sublevarán y qué apoyo recibirán”. Se consideraba que, más allá de la gravedad que pudiera llegar a alcanzar la amenaza interna, “las Fuerzas de Seguridad y el Poder Militar existente pueden enfrentar con éxito las exigencias máximas que pudieran desprenderse de su ocurrencia” (Servicio Histórico del Ejército Argentino, 1967: 27, 30). Por consiguiente, con posterioridad a 1955 las estimaciones sobre un conflicto externo no solamente se mantuvieron vigentes, sino que para mediados de los sesenta se habían vuelto prioritarias.

En el medio de la desestimación de las hipótesis de guerra interna, las autoridades militares se vieron sorprendidas por los alzamientos populares de 1969 y el surgimiento de las organizaciones armadas. Diversos estudiosos y protagonistas de los hechos coinciden en resaltar la dificultad que tanto el sector castrense como los funcionarios del gobierno tuvieron para explicar lo ocurrido (Lanusse, 1977: 4; O’Donnell, 1996: 257-263; Rouquié, 1998: 283-285).

Con posterioridad a los hechos, los primeros análisis expresaron una fuerte autocrítica, centrándose en la preponderancia otorgada a la guerra externa en la preparación militar. Efectivamente, en un documento redactado inmediatamente después del *Cordobazo* titulado “Estudio sobre los cambios a realizar en la organización del Ejército en los años 1970 y 1971, considerando los recursos disponibles y buscando mantener un adecuado alistamiento permanente para el combate”, se advertía que por privilegiar las hipótesis de guerra exterior:

Marina y Aeronáutica no han dejado de crecer, [mientras que el] Ejército no ha dejado de reducirse en los últimos 15 años. (...) La rea-

lidad es el “Cordobazo” desde hace varios lustros. [El] Ejército es la fuerza que llevará el esfuerzo en esa lucha en forma casi exclusiva (Servicio Histórico del Ejército Argentino, 1969a: 1).

En sintonía con esta consideración, en su “Orientación del Comandante en Jefe del Ejército para el año 1970”, redactada a fines de 1969, el general Lanusse concluía que “se aprecia que en 1970 podrían llegar a repetirse hechos de violencia similares a los de este año por obra de grupos minoritarios que tratarán de capitalizar el descontento existente” (Servicio Histórico del Ejército Argentino, 1969b: 3).

Producido el relevo de Onganía y ya con Levingston en la presidencia, a comienzos de la década del setenta el arma terrestre se consideraba una fuerza beligerante inmersa en una “guerra contra la subversión”. En relación con esto, la “Orientación del Comandante en Jefe del Ejército para el año 1971” redactada por Lanusse en 1970 afirmaba:

El país vive una de las etapas más críticas de los últimos cien años. Estamos abocados a una situación en la cual se juega el porvenir de la Nación, el destino de nuestros hijos y la vigencia de los principios fundamentales que caracterizan a la sociedad argentina y garantizan la libertad y la dignidad de nuestros conciudadanos. Después de un siglo, podemos decir que la Nación está nuevamente en guerra y el Ejército en operaciones (Servicio Histórico del Ejército Argentino, 1970: 1).<sup>1</sup>

De esta forma, después de un poco más de un lustro de dar prioridad a un eventual conflicto externo, el arma terrestre colocaba a las hipótesis de guerra interna en el centro de sus preocupaciones, pasando a la acción represiva poco tiempo después de este cambio.

<sup>1</sup> Cabe aclarar que la afirmación del general Lanusse relativa a que “después de un siglo, podemos decir que la Nación está nuevamente en guerra y el Ejército en operaciones” seguramente se vincule con el último conflicto bélico librado por la Argentina hasta aquel entonces, a saber, la Guerra del Paraguay (1864-1870).

### **3. El Cordobazo: un punto de inflexión en la historia de la represión en la Argentina reciente**

En 1975 se produjo una actualización de la doctrina de guerra interna del Ejército, aprobándose en agosto como proyecto el reglamento RC-9-1. *Operaciones contra elementos subversivos*. Esta normativa castrense integraba la mayor parte de los saberes contrainsurgentes desarrollados desde la década del sesenta. En este sentido, se indicaba que el reglamento tenía por objetivo “establecer nuevas orientaciones y bases doctrinarias sobre la participación de la Fuerza en la lucha contra la subversión” (Ejército Argentino, 1975: I). El arma terrestre daba cuenta de haber acumulado un saber práctico proveniente de sus intervenciones en el orden interno desde los inicios de la década del sesenta.

Como muestra la primera sección de este capítulo, hacia 1969 la caracterización de la amenaza interna realizada por las autoridades de gobierno y militares señalaba que el mayor peligro para la seguridad podría estar vinculado con la fusión del “peronismo” con el “comunismo”. En un contexto de proscripción electoral del movimiento liderado por Perón, de represión de los trabajadores, de los estudiantes y de surgimiento de las organizaciones armadas, el adversario fue denominado como la “subversión”, englobando así un vasto universo de prácticas contestatarias y actores políticos diversos. A su vez, se discutió abiertamente respecto de cómo utilizar a las FF. AA. en el orden interno, marcándose dos posiciones: los partidarios de la intervención directa y los defensores de la doctrina de uso gradual de las fuerzas de seguridad y militares.

Interesa remarcar que a pesar de la conmoción generada entre las autoridades políticas y militares por la irrupción de las organizaciones armadas, la creciente intervención castrense en el orden interno se reveló como una respuesta ofensiva frente a la ola de huelgas, protestas, manifestaciones e insurrecciones populares iniciadas en 1969. Por lo tanto, para el momento en el que aparecieron las

principales organizaciones armadas la doctrina de uso de las FF. AA. en seguridad ya se había modificado de manera decisiva.

Cabe destacar que la primacía otorgada por el Ejército a la acción represiva estuvo lejos de ser una derivación automática de la sistemática labor de preparación doctrinaria en clave contrainsurgente emprendida desde fines de la década del cincuenta. Antes bien, entre 1966 y 1969 la fuerza había colocado las hipótesis de guerra interna en un segundo plano frente a las de un conflicto armado externo, consideradas con mayores probabilidades de ocurrir. Sin embargo, los levantamientos populares de Rosario y Córdoba en mayo de 1969, junto a otras insurrecciones urbanas desarrolladas en diferentes puntos del país y el surgimiento y extensión de las organizaciones armadas condujeron a la elevación de las hipótesis de guerra interna al tope de las preocupaciones. Al mismo tiempo, el arma terrestre y luego las FF. AA. en su conjunto dieron por terminado el tiempo de la elaboración de análisis prospectivos, asumiendo que se encontraban en una “guerra revolucionaria”.

Por último, es importante insistir en que el Ejército se enfocó en la represión interna, entendida como una “guerra contra la subversión”, con el objetivo principal de sofocar el conflicto social en general y no solamente el accionar de las organizaciones político-militares. El “enemigo interno” dejó de estar asociado con el “comunismo” o el “peronismo”, reconfigurándose en la “subversión” que incluía una extensa variedad de formas de expresión de la conflictividad interna como, por ejemplo, la que demostraban las organizaciones político militares o las protestas de trabajadores y/o estudiantes.

## Bibliografía

Águila, G. (s.d.). La represión en la historia reciente como objeto de estudio: problemas, novedades y derivas historiográficas. En G. Águila (Coord.). *La historia reciente en Argentina. Balances de una historiografía pionera en América Latina*. Buenos Aires: Imago Mundi, (pp. 55-72).

Amaral, S. (1998, enero-diciembre). Guerra revolucionaria: de Argelia a la Argentina, 1957-1962. *Investigaciones y Ensayos*, 1(48), 173-195.

Balvé, B. (Coord.). (2006). *Lucha de calles: lucha de clases: elementos para su análisis: Córdoba 1971 1969*. Buenos Aires: Ediciones, RyR / CiCSO.

Balvé, B. C. y Balvé, B. S. (2005). *El '69. Huelga política de masas. Rosariazo - Cordobazo - Rosariazo*. Buenos Aires: Ediciones, RyR / CiCSO.

Brennan, J. (1996). *El Cordobazo. Las guerras obreras en Córdoba, 1955-1976*. Buenos Aires: Sudamericana.

De Riz, L. (2007). *Historia argentina 8: La política en suspenso: 1966-1976*. Buenos Aires: Paidós.

Gordillo, M. (2003). Protesta, rebelión y movilización: de la resistencia a la lucha armada, 1955-1973. En James, D. (Coord.). *Nueva historia argentina: Violencia, proscripción y autoritarismo 1955-1976*. Buenos Aires: Sudamericana, (pp. 329-380).

James, D. (2005). *Resistencia e integración: el peronismo y la clase trabajadora argentina: 1946-1976*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Lanusse, A. (1977). *Mi Testimonio*. Buenos Aires: Lasserre Editores.

Larraquy, M. (2017). *Argentina. Un siglo de violencia política*. Buenos Aires: Sudamericana.

Manzano, V. (2017). *La era de la juventud en la Argentina. Cultura, política y sexualidad desde Perón hasta Videla*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Mazzei, D. (2002, diciembre). La misión militar francesa en la Escuela Superior de Guerra y los orígenes de la Guerra Sucia, 1957-1961. *Revista de Ciencias Sociales*, 1(13), 105-137.

O'Donnell, G. (1996). *El Estado burocrático autoritario: 1966-1973*. Buenos Aires: Editorial de Belgrano.

Pontoriero, E. (2018). La seguridad interna como campo de batalla de la 'guerra revolucionaria': contrainsurgencia y defensa nacional en los ámbitos político y militar en Argentina (1963-1970). *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"* (Buenos Aires: UBA), 1 (48), 84-120. Recuperado de: [http://ppct.caicyt.gov.ar/index.php/ravignani/article/view/12073/pdf\\_1](http://ppct.caicyt.gov.ar/index.php/ravignani/article/view/12073/pdf_1).

Potash, R. (1994). *El Ejército y la política en Argentina. De la caída de Frondizi a la restauración peronista. Segunda parte, 1966-1973*. Buenos Aires: Sudamericana.

Rouquié, A. (1998). *Poder militar y sociedad política en la Argentina II. 1943-1973*. Buenos Aires: Emecé.

Tcach, C. (2012). *De la Revolución Libertadora al Cordobazo: Córdoba, el rostro anticipado del país*. Buenos Aires: Siglo XXI.

### **Fuentes primarias**

"Análisis de las bases para el planeamiento militar conjunto". (1967). Colección: Comité Militar, Estado Mayor Conjunto, Varios-Siglo XX, Caja N° 7, Servicio Histórico del Ejército Argentino.

"Comando en Jefe del Ejército (EMGE), Orientación del Comandante en Jefe del Ejército para el año 1970". (1969b). Colección: Varios-Siglo XX, Caja N° 28, Servicio Histórico del Ejército Argentino.

"Elaboración del Plan Militar". (1966). Colección: Planeamiento y Movilización, Caja N° 4. Servicio Histórico del Ejército Argentino.

"Estudio sobre los cambios a realizar en la organización del Ejército en los años 1970 y 1971, considerando los recursos disponibles y buscando mantener un adecuado alistamiento permanente para el combate". (1969a). Colección: Varios-Siglo XX, Caja N° 30, Servicio Histórico del Ejército Argentino.

"Nota al Poder Ejecutivo acompañando el proyecto de ley". (1966, 6 de octubre). En Republica Argentina. Ley de Defensa Nacional N° 16.970. *Anales de Legislación Nacional. Tomo XXVI-C*.

“Orientación del Comandante en Jefe del Ejército para el año 1971”. (1970). Colección: Órdenes de la Jefatura del Ejército, Caja N° 7, Servicio Histórico del Ejército Argentino.

“Reunión del Consejo Nacional de Seguridad de los días 24 y 25 de septiembre de 1969”. (1969). Colección: Robert A. Potash Papers (FS 020), Special Collections and University Archives, University of Massachusetts Amherst Libraries. Recuperado de <http://credo.library.umass.edu/view/full/mufs020-s01-b01-f019-i003>.

Ejército Argentino. (1968). *RC-2-3. Conducción de fuerzas terrestres en una zona de emergencia*. Buenos Aires: Instituto Geográfico Militar.

Ejército Argentino (1969). *RC-8-3. Operaciones contra la subversión urbana*. Buenos Aires: Instituto Geográfico Militar.

Ejército Argentino. (1975). *RC-9-1. Operaciones contra elementos subversivos (Proyecto)*. Buenos Aires: Instituto Geográfico Militar.

Republica Argentina. (1966, 6 de octubre). Ley de Defensa Nacional N° 16.970. *Anales de Legislación Nacional. Tomo XXVI-C*.

Republica Argentina. (1967, 3 de febrero). Decreto N° 739 “Ley de Defensa Nacional: reglamentación de la Ley 16.970”. *Anales de Legislación Nacional. Tomo XXVII-A*.

Republica Argentina. (1971, 18 de marzo). Decreto N° 888 “Zona de emergencia ‘Córdoba’. Declaración”. *Anales de Legislación Nacional. Tomo XXXI-A*.



## Capítulo 8

# Las consecuencias represivas de las luchas estudiantiles en Tucumán

*Rubén Isidoro Kotler*

### 1. Introducción

La década de 1966 a 1976 marcó el auge y apogeo de las luchas de los sectores populares en toda la República Argentina contra el avance de regímenes militares. El golpe militar que depuso al gobierno constitucional de Arturo Illia e impuso como presidente *de facto* a Juan Carlos Onganía el 28 de junio de 1966 acentuó de manera decidida las contradicciones de clase en todo el país y en algunas provincias, como en Tucumán, se desarrolló de manera notable. Esta dictadura buscó implementar un programa económico de ajuste afectando, en Tucumán, sobre todo a los trabajadores del azúcar, principal industria de la provincia y a un sector importante de la clase media, decididamente a los estudiantes universitarios, a partir de políticas atentatorias de la autonomía universitaria. En el presente capítulo me centraré en las luchas del movimiento estudiantil desde la férrea defensa del Comedor Universitario con sus consecuencias represivas posteriores que golpearon de manera particular a quienes habían

resistido durante la década precedente. No abordaré aquí a la afectación que sufrieron los trabajadores del azúcar ni su consecuente Resistencia obrera, tema abordado en otros trabajos, pero que caminan de la mano en el periodo.

La provincia de Tucumán fue una de las más afectadas dentro del conjunto del país por las políticas económicas, sociales y culturales llevadas adelante de manera dictatorial por el onganato. La comunidad universitaria en general, y el estudiantado en particular, fueron atacados de conjunto con la intervención de la dictadura a la totalidad de universidades nacionales del país, entre las que se encontraba la Universidad Nacional de Tucumán (UNT). El objetivo del presente trabajo es entonces centrarme, en un primer momento, en el ataque y defensa del Comedor Universitario, como uno de los espacios que se dieron los estudiantes tucumanos en defensa de sus derechos conculcados por la dictadura de 1966. Junto a los trabajadores que defendían el no cierre de las fábricas azucareras, los estudiantes se movilizaron en tres momentos claves que determinaron los levantamientos populares: un primer momento paralelo al ya reconocido *Cordobazo*, fue un primer *Tucumanazo* en mayo de 1969, a los ciclos de protesta reabiertos en noviembre de 1970, hasta el llamado *Quintazo* de 1972. En un Segundo momento el capítulo buscará establecer las relaciones causales entre la resistencia estudiantil y los embates de la última dictadura que implicaron, entre otras medidas represivas el cierre del Comedor y la persecución, secuestro y desaparición de dirigentes y militantes estudiantiles.

Parto de la hipótesis de que en Tucumán, si bien el movimiento estudiantil se organizó en torno a la defensa del Comedor y a otros derechos que estaban siendo conculcados implicó un movimiento meramente reformista, en un marco en el que se dio, de conjunto, entre el estudiantado y el movimiento obrero organizado, una situación prerrevolucionaria durante el período de 1966-1976. Durante la década en estudio confluyeron en la lucha de calles sectores obreros y estudiantiles, tanto en el espacio urbano como en el rural, sobre todo en regiones donde los ingenios cerrados provocaron una

importante desestructuración social. La situación provincial siempre preocupó a la nación y sus medidas en materia de política económica, social y cultural, afectaron principalmente a estos dos sectores lo que determinó la salida a la calle para enfrentar al régimen y a sus representantes locales en el gobierno provincial y en la universidad, con un alto nivel de conciencia que fueron ganando en esos años. Esas luchas que por momentos tuvo su conquista como la reapertura de nuevas sedes del Comedor, trajo aparejado con el tiempo, un ensañamiento hacia la militancia estudiantil –y obrera– durante la última dictadura militar instaurada en 1976, como continuidad de la anterior.

## **2. La Resistencia estudiantil entre 1969 y 1972**

Con motivo de la muerte de dos estudiantes, en la provincia de Corrientes primero, Juan José Cabral, asesinado el 15 de mayo, y otro en la ciudad de Rosario después, Adolfo Bello, asesinado por las fuerzas de la represión el 16 de ese mismo mes tras diferentes manifestaciones, los estudiantes de la Universidad Nacional de Tucumán (UNT, de ahora en más) se solidarizaban por estos asesinatos. Además, los estudiantes tucumanos sumaban su propia agenda de reivindicaciones locales, centradas a priori en la cuestión del sostenimiento del Comedor Universitario.

Carlos “el Chino” Moya, de la corriente trotskista del Partido Socialista de los Trabajadores, recuerda:

El caso del año 69 cumplimos un rol muy, muy importante, que generaba el pequeño núcleo que estaba (...) porque somos prácticamente la única corriente que, si no recuerdo mal, saca un volante tras la muerte de..., no sé si muere Cabral no me acuerdo, igual saltó después una serie de acontecimientos golpeando simultáneamente con Córdoba y Rosario en el año 1969. Sacamos un volante antidictadura de Onganía, convocamos a levantar las clases, y empiezan a haber

ya las primeras luchas con la montada, la policía, algunas mínimas barricadas ya en el año 69.<sup>1</sup>

Carlos Zamorano, entonces dirigente estudiantil y militante del Partido Comunista, explicaba las causas locales:

También había los motivos autonómicos de Tucumán, el programa propio de los tucumanos para redimir lo que nos estaba haciendo la dictadura, hay que mencionar la Ley 16.912 que nos dejaba sin representación en la universidad, la intervención de la política federal en la universidad, todas esas cosas insoportables para un sector de la masa que eran los activos, entonces en el año 69 se sale a la lucha.<sup>2</sup>

Vemos en los relatos citados que existía un vínculo entre lo que sucedía en otras provincias o ciudades del país con las afectaciones del gobierno dictatorial en la propia provincia de Tucumán. Las protestas callejeras por parte de los estudiantes promediando el mes de mayo de 1969 iban en aumento, incluso en los días previos al 29 de mayo, día en que se producen los enfrentamientos más violentos en la ciudad Córdoba. El 28 de mayo el Estado Nacional sancionaba una ley por medio de la cual entraban en vigor los Consejos de Guerra Especiales. En Tucumán los estudiantes habían ocupado 30 manzanas, lo que determinaba el carácter de las manifestaciones en el momento más álgido de la lucha. A la protesta rural de los trabajadores de los ingenios que habían sido cerrados, los estudiantes replicaban las protestas con la toma de la ciudad capital erigiendo barricadas.

El Comedor se convirtió entonces en uno de los bastiones de las demandas estudiantiles locales. Aunque se impugnaba la intervención militar en su totalidad, el estudiantado bregaba por la defensa de sus intereses. La inquietud que aún hoy nos persigue es la manera en cómo se originaron los primeros movimientos en torno a la

<sup>1</sup> Entrevista a Carlos “el chino” Moya (2007), ex militante del Partido Socialista de los Trabajadores (PST).

<sup>2</sup> Entrevista a Carlos Zamorano (2007), ex dirigente estudiantil, militante del Partido Comunista (PC).

defensa del Comedor. Uno de los líderes estudiantiles fue José “el macho” Luna, quien ingresó en la carrera de Ciencias Económicas el mismo año 1969. Luna provenía de una familia de trabajadores cuyos orígenes se ubicaban en la localidad de Famaillá, en el sur de la provincia, e hizo su experiencia como trabajador en el ingenio Nueva Baviera. Por su condición de clase, la cuestión azucarera estaba en él muy presente. Como muchos otros estudiantes de escasos recursos, provenientes de otras provincias vecinas, de ciudades de la periferia de Tucumán e incluso de países vecinos, la posibilidad de alimentarse en el Comedor les permitía acceder a los estudios superiores en una carrera universitaria. Sobre los orígenes de la coordinadora de lucha del Comedor como espacio de lucha del estudiantado tucumano, Luna recuerda con detalle la conformación del mismo y los lazos de solidaridad que se iban allí entretejiendo:

**José Luna:** Cuando ingreso en la Universidad en 1969, y en el ingreso al Comedor, es que comienzo a interesarme y ver lo que era la vida en la Universidad, a descubrir los temas que se discutían, a leer muchísimo, cada cosa que decían, a enterarme (...). Después logro, porque venía del ingenio, que me acepten en el Comedor, el Comedor de la calle Muñecas al 200 y puedo comer ahí, porque era complicado al mediodía, había que buscar dónde comer, era un lugar que al comienzo costaba, porque eran carteles de campeonato de truco, peñas, todo ese tipo de actividades, ahí no había discusión política jamás (...).

**Pregunta:** ¿Ahí no había todavía discusión política en el Comedor?

**JL:** Ahí íbamos solamente a comer y el Comedor estaba dirigido por una comisión nombrada por el rector que en ese momento era el rector Paz, más conocido como el “Incapaz”, aunque en realidad era muy incapaz, era una persona que prácticamente no resolvía nada, un tipo, el rector, resabio de la oligarquía de Tucumán (...) entonces esa comisión del rector comía adentro del Comedor, comían platos especiales, mientras nosotros comíamos en el Comedor, hacíamos la cola, comíamos la comida común, y nosotros los veíamos cómo los atendían de manera especial, un jujeño era el presidente de esa comisión (...).

**P:** En algún momento se politiza el Comedor ¿Cuándo sentís que se da esa politización?

**JL:** El problema se da que esa misma comisión, o por unos artículos de prensa, empieza a decir lo de siempre, “no hay presupuesto para educación, el Comedor corre peligro de posibilidades de cierre”, empieza a escasear la comida, empiezan a dar menos calidad de comida, empiezan a dar mala calidad de comida.

**P:** Todo esto promediando el 69...

**JL:** Claro, todo esto previo al Cordobazo. Entonces nosotros, yo no sabía qué hacer, yo no conocía al “otro” que se sentaba a comer conmigo ese día o al otro día, no nos conocíamos, porque el Comedor no estaba organizado por agrupaciones políticas sino por centros regionales, al Comedor lo manejaban básicamente el Centro Santiagueño, el Centro Salteño y el Centro Jujeño, que eran los centros regionales grandes, y en menor incidencia estaban los catamarqueños, los riojanos y los tucumanos eran la minoría, nosotros, los del interior, teníamos un peso “muy chico”, casi nada, entonces yo, nuevo, tampoco tenía experiencia de cosas, pero cuando empiezan a decir estas cosas, no se nos ocurre otra cosa que empezar a hacer pasar papelitos a mano: “Tenemos que hacer algo por el Comedor”, “nos están dando mala comida”, entonces hacíamos papelitos pequeños a manos e íbamos un ratito antes y los dejábamos en cada sitio para que los vean cuando vayan a comer. Después encontré que otro compañero, un riojano, le pareció bien, también, y después un santiagueño que decía “está bien que se preocupen” y así. Entonces fuimos armando un pequeño núcleo por ese problema y dentro de esa realidad hasta que llegó un momento en que decían que lo iban a cerrar al Comedor o que lo iban a privatizar, lo de siempre (...). Cuando vemos que eso se venía sacamos un papel que decía “queremos una asamblea” y ahí se suman todos los centros regionales: “Sí, sí, estamos de acuerdo con la asamblea, estamos de acuerdo con la asamblea”. El único Comedor que tenía entonces la Universidad (en 1969) era el de la calle Muñecas con 500 compañeros. Entonces se hace la asamblea en el primer semestre del año 1969, obviamente que los Centros Regionales para esta primera asamblea se mueven con todo su potencial, porque ellos

nucleaban a estas cuatro provincias que te digo, y la presencia en la asamblea fue masiva, estábamos los 500 comensales ahí porque iban a cerrar el Comedor. Y era “muy” importante el tema de la comida para todos. Entonces entramos a la asamblea y a ésta la presidía la comisión del rector. El primer punto era que “nosotros no tenemos por qué tener una comisión del rector, que la comisión del rector tiene que renunciar y que la asamblea iba a elegir una comisión nuestra, elegida por los estudiantes, por los comensales”. ¡El resultado fue 500 a cero! (...). Ahí surge la idea que teníamos que elegir una comisión y que tenía que ser lo más democrática posible, entonces pusimos los nombres en una pizarra y cada comensal tenía que pasar y marcar cinco nombres y un sector me propone a mí. Yo no tenía ninguna oportunidad de salir ya que los tucumanos éramos una minoría absoluta pero los santiagueños me ofrecen el lugar de su Centro, porque la idea era que saliera un representante de cada Centro Regional y es así como yo saco 485 votos, el más votado de todos, también salió Lucio Yazle, salió Marcos Zeitune y Gerardo Arias que fue la primera Comisión del Comedor que sale y comienza a luchar para que no cierren el Comedor. Y ahí comenzamos con los típicos volantes, las marchas por el centro, la búsqueda de la solidaridad con los compañeros, tenemos reuniones muy profundas con los trabajadores no docentes (de la Universidad), la FATUN [Federación Argentina de Trabajadores de las Universidades Nacionales] (...). Nuestra primera alianza con el movimiento obrero aquí en la capital fue con los no docentes, eso nos sirve para que le planteemos al resto de los estudiantes que era necesaria la alianza obrero-estudiantil y se forma una coordinadora obrero-estudiantil aprobada por todos y esa coordinadora ya si tiene relación con otros sectores (...).<sup>3</sup>

El relato de José Luna remite a una experiencia individual al mismo tiempo que colectiva, en la organización del movimiento estudiantil que sentó las bases para el desafío que dicho movimiento le plantearía a la dictadura durante esos años. Aunque la dinámica de la confrontación quedó saldada con la promesa del no cierre del Comedor,

<sup>3</sup> Entrevista a José “el macho” Luna (2013), ex dirigente estudiantil del Comedor.

la lucha se mantuvo con una intensidad inferior hasta el mes de noviembre de 1970, cuando nuevamente estallaría la rebelión del estudiantado en las calles tucumanas.

Los sucesos de noviembre de 1970 marcaron un nuevo punto clave en el ciclo de protestas del movimiento estudiantil. Durante los últimos días del mes de octubre y los primeros del mes de noviembre, los estudiantes participaron de diferentes actos de protestas, muchos de los cuales tuvieron por espacio la sede del Comedor en calle Muñecas al 200, en pleno centro de la ciudad. En esos días era frecuente la instalación de ollas populares y, en más de una oportunidad, la toma de la calle como modo de protesta ya habitual en la organización. Otra forma de manifestación frecuente fueron los actos relámpagos, que consistían en reuniones celebradas en diferentes puntos estratégicos de la ciudad, donde uno o más oradores eran subidos a los hombros de otros compañeros, pronunciaban un breve pero encendido discurso, arrojando volantes a los transeúntes y en muy poco tiempo disolvían la manifestación, procurando desconcentrarse antes de la actuación represiva de la policía.

Los puntos de reclamo del movimiento estudiantil tenían que ver con un Comedor bajo control y administración de los estudiantes, por un mayor presupuesto para educación, el aumento de las plazas en el Comedor y su no privatización, la instalación de nuevas residencias, el apoyo a los reclamos de los trabajadores no docentes, entre otras demandas. Las consignas propiamente políticas apuntaban contra la dictadura militar, la unidad obrero-estudiantil, y por la libertad de los presos políticos y la vigencia de las libertades públicas. Sobre las causas que motivaron la salida de los estudiantes a la calle en aquel noviembre de 1970, Carlos Moya recuerda:

Esta lucha que se inicia por la apertura del Comedor, decuplica la cantidad, después de un triunfo se va a 3.500 plazas, de 300 a 3.500, tuvieron que concesionar cuatro grandes restaurantes para abastecer esta nueva población del Comedor y después construyeron un Comedor en la quinta agronómica, había un Quonset en el centro,



cerca de la universidad central. Digamos lo que parecía un imposible se logra, pero no solamente eso, se conmueve prácticamente toda la población, cae un gobernador, que es el gobernador Imabud y se acelera la caída de Levingston.<sup>4</sup>

El martes 10 de noviembre una asamblea estudiantil decidió almorzar en la calle con ollas populares frente a las instalaciones del Comedor Universitario. Durante todo el día se sucedieron los cruces verbales entre los dirigentes estudiantiles y la policía que pedía el desalojo de la vía pública. Al mismo tiempo comenzaron a levantarse las primeras barricadas y por consiguiente los primeros enfrentamientos entre las fuerzas populares y las fuerzas del régimen. El conflicto se fue expandiendo por todo el centro de la ciudad, llegando incluso hasta la Casa de Gobierno, donde se produjeron algunos enfrentamientos. Los choques entre una y otra fuerza fueron en aumento y la violencia del primer día se repitió el miércoles 11, se paralizó la actividad comercial, y la policía detuvo a algunos dirigentes estudiantiles. Los estudiantes lograron durante esas dos primeras jornadas ocupar y controlar prácticamente 90 manzanas de la ciudad y la represión se tuvo que manifestar de manera mucho más virulenta para quebrantar a las fuerzas del estudiantado. Un dato no menor, y que conviene destacar aquí, es que el encargado del operativo represivo en Tucumán durante los sucesos de noviembre fue el entonces coronel Jorge Rafael Videla, uno de los comandantes en jefe que encabezó el golpe que derrocó a Isabel Martínez de Perón constituyéndose en presidente *de facto* el 24 de marzo de 1976.

La fisonomía de la ciudad en aquellos días estuvo dada por las barricadas que pusieron en jaque a las fuerzas del régimen. Carlos Zamorano recuerda con gran exactitud la manera en cómo se organizaban:

Las puebladas se sostenían mucho tiempo por las barricadas. A tal o cual distancia de cuadra se establecía una barricada. No se puede

<sup>4</sup> Entrevista citada.

establecer una barricada sin la ayuda del pueblo, si el pueblo está en desacuerdo con el movimiento, no va a tener elementos físicos como maderas, tablas, botellas, cubiertas de automotor, lo que fuera necesario para establecer una barricada que obligara a las fuerzas represivas, por más que viniera con carros o lo que fuese, demorar menos de 5 minutos en superar esa barricada, y en 5 minutos uno se va a otro barrio, no hay ningún problema, entonces el avance de la columna es cada 100 metros, con una honda alguien que sea tirador derriba la bomba gigante del alumbrado de la esquina con un disparo y se va avanzando. Como la superficie de la calle es, no sé si cabe la expresión “comba”, entonces se va rompiendo en el camino con un palo el sistema del tránsito del agua de tal manera que queda determinado un chorro de cuatro metros de altura permanente y la calle está mojada sobre todo en las canaletas lindantes con ambas veredas, de tal manera que cuando arrojan la granada de gas, basta empujarla con el pie y se ahoga, a la izquierda o a la derecha, mientras avanza la manifestación, a veces llevando bolsas de recortes de metal para cargar la honda, a veces arrojando piedras simplemente con la mano (...). En aquella época, incluso había cortes de ruta pero eran para traer a la policía hacia esos lugares porque había sitios de donde pedían a los que operaban en otras barricadas que atraigan con provocación a la policía para que se tenga que ir de determinado lugar. De esa manera se hacían los *Tucumanazos*. En el caso de persecución muchísimos hogares abrían las puertas para que el perseguido pueda entrar, en esos tiempos se arrojaban granadas de gases de los fusiles lanzagranadas, parecido al tiempo de hoy, pero se disparaba contra los cuerpos de las personas, casi no hay memoria de que alguien haya quedado de pie, después de recibir el disparo en el cuerpo.<sup>5</sup>

Si bien en las primeras horas de la protesta el foco estuvo centrado en el conflicto estudiantil y la protesta llevada a cabo frente al Comedor, el movimiento obrero habría de plegarse durante el correr de las

<sup>5</sup> Entrevista citada.

horas. Marcos Taire, periodista y militante del Frente Antiimperialista por el Socialismo (FAS) hace su propia evaluación:

Yo creo que había mezclado de todo un poco, había clase media, pero también, mirá, estoy tratando de recordar en este momento, pero por ejemplo hubo cortes de ruta en dos o tres lugares (...) tuvieron participación las comisiones de los ingenios que habían sido cerrados, es decir, hubo participación variada, se puede decir, participación popular en todos sus espectros, tanto de clases medias como de trabajadores. Y me parece que la dictadura de ese momento se asustó mucho y la prueba de esto es que enviaron un contingente represivo fenomenal para lo que era ese momento, para lo que eran esas manifestaciones.<sup>6</sup>

En el balance este segundo *Tucumanazo*, encabezado por estudiantes y obreros, cargó con las fuerzas del régimen a nivel provincial y repercutió en el ámbito nacional, ya que la policía local no bastó para contener las manifestaciones, por lo que tuvo que intervenir el ejército, tal como lo he mencionado, fue reemplazado el jefe de la policía, el rector de la Universidad y, en diciembre de 1970, también fue reemplazado el propio gobernador interventor Carlos Imbaud, cuando el entonces presidente *de facto* Levingston designó a Oscar Sarrulle como el sucesor en el ejecutivo provincial. Asimismo, implicó una serie de conquistas como ser la ampliación en las plazas del Comedor y la instalación, por parte de la UNT, de dos sedes nuevas para albergar una mayor cantidad de comensales, consiguió frenar la implementación de una nueva ley universitaria que propulsaba, entre otras cuestiones, los exámenes de ingreso o que obligaba al estudiantado al uso de la corbata.

Si bien el período que va desde el segundo *Tucumanazo* al llamado *Quintazo* estuvo enmarcado por sucesos políticos y sociales de trascendencia, como ser la asunción de Lanusse como presidente *de facto* en reemplazo del general (R) Levingston, el llamado segundo

<sup>6</sup> Entrevista a Marcos Taires (2007), periodista y ex militante del Frente Antiimperialista por el Socialismo (FAS).

*Cordobazo* y otros sucesos de similar trascendencia, la conflictividad en la provincia de Tucumán no disminuyó y durante estos meses también se registraron enfrentamientos entre los sectores populares y las fuerzas del régimen. Si el primer y el segundo *Tucumanazo* marcaron un punto de inflexión en la lucha en el campo popular, el llamado *Quintazo* no fue menos importante en el movimiento estudiantil. Se denominó *Quintazo* a los enfrentamientos ocurridos en torno al predio universitario de la Quinta Agronómica ubicado en Avenida Roca al 1.800, en la periferia de la ciudad capital durante el mes de junio de 1972.

Carlos Zamorano recordaba:

[...] en junio de ese año, 72, había un grave problema, creo recordar, con el Comedor Universitario, pero en el sentido de las luchas por las plazas del Comedor Universitario, y tuvo epicentro en una quinta que era la facultad de Agronomía y zootecnia, supongo, que en el año 1950 ya Perón tuvo la gran idea de que ciertas facultades tenían que estar lejos de los centros urbanos, porque eran factor real o potencial de perturbación entonces fue a parar en la periferia de la ciudad, en los suburbios de la ciudad, y estaba la Quinta Agronómica que fue el epicentro de grandes luchas, con el infortunio de que ahí fue asesinado de un disparo de granada de gases lacrimógenos el estudiante Víctor Villalba.<sup>7</sup>

Nuevamente el reclamo de los estudiantes ganaba la calle y otra vez el recuerdo de los sucesos de noviembre de 1970 estaba presente. El valor de la experiencia del estudiantado tucumano en los años que precedieron al *Quintazo* hizo que el movimiento estuviera mucho más preparado, con consignas mucho más claras y con las estrategias y acciones más aceitadas. Entre el 21 y el 27 de junio de 1972, volvían a enfrentarse con violencia las fuerzas populares y la policía. Esta vez el enfrentamiento tuvo un saldo trágico para el movimiento estudiantil con el asesinato, a manos de la policía, de Víctor Villalba

<sup>7</sup> Entrevista citada.

el 24 de junio. Víctor Villalba era un estudiante de 20 años, estudiaba en la Facultad de Ciencias Exactas y Tecnologías y era oriundo de la provincia de Salta.

El estrecho vínculo entre la clase obrera y los estudiantes también se puso de manifiesto durante los sucesos del *Quintazo*. Marcos Taire recuerda una asamblea realizada en aquel entonces en la sede de la FOTIA (Kotler, 2014; Crenzel, 1997), convocada por la CGT, para repudiar la represión y la muerte del estudiante salteño:

Se hizo en el Salón de Actos de la FOTIA; ellos no calcularon que nosotros estábamos muy vinculados con el movimiento estudiantil y cuando empezó el plenario, como a las 10 u 11 de la noche, llegó una enorme caravana de dirigentes y militantes estudiantiles que se apostaron como barra alrededor del lugar donde se estaba haciendo el plenario, entonces cuando nosotros propusimos, yo lo hice personalmente, que se hiciera un paro activo en repudio al crimen de Villalba y a la represión indiscriminada que se estaba desatando contra el pueblo tucumano, al ver que había dos o tres gremios que apoyaban, que estaba esa barra que cantaba a favor de la realización del paro no le quedó otra cosa que aceptarlo y se hizo.<sup>8</sup>

Sobre los enfrentamientos producidos, la crónica del diario *Clarín* del día 24 junio destacaba que “los estallidos mantuvieron en tensión casi todo el día a la población de la capital. El Tucumanazo de 1970 volvió a aflorar en el recuerdo de los tucumanos”.

Como vemos acá, el matutino porteño recordaba lo acontecido dos años antes y destacaba el “aflorar del recuerdo”, a lo que habría que haber agregado entonces el renovado conflicto y la manifestación de una crisis abierta mucho antes de ese período. Asimismo, recuperamos la idea de la experiencia en la construcción de una conciencia en el movimiento estudiantil que se gestó, sin lugar a dudas, en las jornadas de mayo del 69 y noviembre del 70. Si bien el *Quintazo* volvió a poner en discusión el conflicto estudiantil, no es menos

<sup>8</sup> Entrevista citada.

cierto que la problemática obrera seguía siendo también un eje importante para la movilización. Las causas que habían originado las movilizaciones eran las mismas que habían desatado los episodios del segundo *Tucumanazo* dos años antes, del mismo modo que los acontecimientos del *Quintazo* de junio de 1972 cargaron contra las autoridades locales del régimen. El 27 de junio las autoridades universitarias presentaron su renuncia. La cantidad de 700 detenidos según informaba el citado diario *Clarín*, era el reflejo de la profunda conflictividad de esos días.

### **3. El esquema represivo interno de la UNT en 1976**

Los años que siguieron al final de la dictadura inaugurada en 1966, el interregno democrático abierto en 1973 y la profundización de las tensiones en pugna hicieron que en los meses previos al denominado Operativo Independencia se pusiera en marcha un mecanismo represivo paraestatal comandado por la Triple A y que comenzaran las primeras desapariciones forzadas de personas. El sistema de represión se fue aceitando mucho más con la implementación del Operativo Independencia, sobre el cual no profundizaré y del que hay ya una buena producción académica. Cuando los dictadores asaltaron por última vez el poder en Argentina, el 24 de marzo de 1976, el genocidio en la República ya estaba en marcha desde hacía mucho y significó una continuidad del que le precedió en 1966, vino a dar por tierra todo intento de rebelión obrera o estudiantil no sólo con la represión a estos dos sectores principalmente, sino con la ejecución de políticas que claramente buscaban cerrar el círculo abierto una década atrás. El objetivo de “aniquilar a la subversión” no sólo implicó la eliminación física de aquellos que optaron por la vía armada para llegar a la revolución socialista, sino la eliminación de todo aquel militante vinculado a las luchas de los *azos* y que pusieron en jaque al proyecto ultra liberal inaugurado por el onganiato.

En las universidades públicas, intervenidas nuevamente por el poder dictatorial, se llevó a cabo un mecanismo de prohibiciones, intrusiones y persecuciones que tuvo entre sus blancos a todos los miembros de la comunidad universitaria, entre docentes, no docentes y al mismo estudiantado que había resistido, durante la década anterior, los avasallamientos a la autonomía universitaria. También constan en los registros de detenidos y desaparecidos miembros del estamento de los egresados, engrosando aún más la lista de perseguidos de la comunidad universitaria. La Comisión de Derechos Humanos, erigida en el ámbito de la Universidad en los primeros años de la transición, consiguió establecer los mecanismos de control, persecución y ejecución de las acciones represivas.

En los días previos al golpe se creó en el ámbito del Rectorado el “Servicio de Seguridad y Vigilancia” (SSV) coordinado por Ismael Haouache “reconocido por su militancia en grupos antisemitas y de provocación democráticos” (Comisión de DD. HH.- UNT, 1986). Dicha oficina de seguridad funcionó hasta el 29 de diciembre de 1983, momento en el que la Federación Universitaria de Tucumán (FUT) la clausuró. Según un informe elaborado por una Comisión de Derechos Humanos creada en el ámbito de la UNT en los primeros años de la transición, el SSV realizó tareas de “detección y fichaje de estudiantes con algún tipo de militancia política, participó activamente de la represión parapolicial” e incluso portaban armas “entregadas desde el Rectorado (a cargo del delegado militar, el coronel Eugenio Barroso)” (*ibíd.*). Al mismo tiempo, en el marco de la propia Universidad, algunas dependencias cumplieron el papel de unidades represivas, como el caso del predio de la entonces Escuela de Educación Física, que entre marzo y mayo de 1976 funcionó como Centro Clandestino de Detención (CCD).

El informe de la Comisión de Derechos Humanos, incluso, esbozó una caracterización de quiénes fueron los represaliados en el marco de la UNT: “(...) dirigentes de base, es decir delegados de curso, delegados por el Comedor Universitario”, y cita el caso emblemático del Cuerpo de Delegados de la Facultad de Bioquímica, Química

y Farmacia, cuyos integrantes fueron secuestrados y desaparecidos entre 1975 y 1976.

Sobre la intervención del SSV durante todo el periodo dictatorial, el informe sostiene que desde 1977 y hasta 1983 “realizó algunos operativos, se dedicó a recibir datos que le suministraban las autoridades de cada Facultad con los cuales se iban confeccionando fichas con los antecedentes de cada uno de los integrantes de la Universidad. Las informaciones recogidas en el ámbito del rectorado eran entonces enviadas a las distintas instancias de inteligencia del gobierno dictatorial”.

#### **4. Cierre del Comedor y desaparición de estudiantes**

El 2 de abril de 1976, es decir a días de haberse producido el último golpe militar, se suspendía “el funcionamiento del Comedor Universitario dependiente del Servicio de Residencias y Comedores”. La Resolución 55/76, firmada por el delegado militar interventor, el coronel Eugenio A. Barroso, expresaba, entre otras razones para su clausura del Comedor “(...) ha constituido desde su creación un organismo conflictivo y deficitario”.<sup>9</sup> En este punto podríamos suponer que la razón central de su cierre tenía que ver con cuestiones de índole netamente presupuestarias. Sin embargo, en otro de sus considerandos explicaba la Resolución 55/76:

(...) que la gran afluencia indiscriminada no sólo de estudiantes, sino también de elementos extraños al Comedor Universitario, desvirtuaron por completo los objetivos para los cuales fue creado, encareciendo enormemente el costo de los servicios; Que asimismo, llegó a convertirse en centro de reuniones de todo tipo, donde los temas netamente estudiantiles estaban ausentes en la mayor parte de los casos; Que las reuniones de carácter político y de tipo partidista fueron deteriorando la imagen de la Universidad y creando fo-

<sup>9</sup> Resolución rectoral 55/76 del 2 de abril de 1976. Archivo Histórico de la UNT.



cos de agitación, llegándose a extremos de provocar la destrucción de elementos que los usuarios tenían el deber de conservar; Que el desorden imperante también se reflejaba en la propia administración, reduciéndole las posibilidades de control y facilitando el mal manejo del organismo, lo que se traducía en pérdidas millonarias en perjuicio del Estado; Que tal desorden no se circunscribía al ámbito del Comedor solamente sino que alcanzaba a otras dependencias universitarias, con la comisión de verdaderos actos de vandalismo, provocando la destrucción de muebles, útiles, etc., de laboratorios y cátedras, hechos que son del dominio público y que daba cuenta la crónica diaria (*Ibid.*).

Para los interventores militares el motivo central de la clausura no tenía que ver solamente con una cuestión de déficit económico, sino y sobre todo, con las actividades políticas que se desarrollaban allí.

Sobre la persecución política que sufrieron los miembros de la comunidad universitaria con la nueva intervención militar, volvemos al caso del Cuerpo de Delegados de la Facultad de Bioquímica, Química y Farmacia. Entre los estudiantes detenidos ilegalmente se encontraba Juan Carreras, secuestrado el 16 de septiembre de 1976 e identificado sus restos en el Pozo de Vargas en agosto de 2016. Juan era oriundo de la localidad catamarqueña de Belén y había militado en el Frente Antiimperialista por el Socialismo (FAS), vinculado al Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT). Juan, si bien no había participado de los *Tucumanazos*, se había vinculado a las tareas de otorgamiento de las becas en el Comedor. Imbuido sí por los *Tucumanazos*, su militancia no se circunscribía sólo al Comedor sino que era delegado estudiantil en su carrera. Juan había sido buscado unos meses antes de su secuestro en la pensión donde vivía y fue finalmente detenido desde dentro de una de las sedes de la Facultad a la salida de un examen final. La hermana de Juan, Felicidad Carreras, cuenta detalladamente el momento del secuestro del estudiante:

**Felicidad:** Bueno, lo del secuestro de Juan, él está acá por que viene cuatro días antes del 16, 11 o 12 de septiembre (...) a Juan el 2 de mayo

del 76 lo buscan en esta casa que te digo de Chacabuco 445, él no estaba, estaba durmiendo en la casa de una abuela, le roban todo lo de valor que tenía.

**Pregunta:** ¿Usted sabía de esta...?

**F:** No, yo me entero al otro día.

**P:** ¿Nunca le sugirió que se fuera?

**F:** Hasta ese momento, nunca.

**P:** Pero cuando usted se entera, ¿no le advierte?

**F:** Cuando lo buscan le roban hasta los despertadores viejos, lo llevo hasta la casa de mi tío que vivía en la calle Lavalle 650 (a la vuelta de la Chacabuco), y ahí estábamos en la gran duda si decir que se vaya o acompañarlo y presentarse en alguna dependencia del ejército o la policía, porque los *changos*<sup>10</sup> no sabían si había sido del ejército o de la policía los que habían allanado, los que han asaltado esa noche la casa. Mi tío decía que era mejor que no lo encuentren, al fin no se presentó y yo lo llevo a Catamarca, a Belén, digamos a los 2 o 3 días. Me acuerdo que en el ómnibus iban 2 personas que yo siempre pienso que eran personas que nos iban siguiendo o por lo menos algo sabían del asunto, o capaz no, porque la paranoia te hace ver cosas irreales. Bueno, llegamos a Belén el 5 o 6 de mayo y él se queda, él le ayudaba a mi tío en la farmacia y le gustaba mucho cazar; entonces salían en el invierno a cazar, con un grupo de amigos y unas personas grandes. Y en septiembre, cuando el censo ese que se hace en la universidad, también era la duda: ¿viene o no viene? Pero no fue una discusión, no, viene. Además, por ahí me contaron cuando yo estaba acá en ese momento, que por ahí unos de la familia decían: “¿pero para qué se va a ir?”; y él decía: “yo me tengo que ir a censar porque quiero rendir el 16”. Entonces justo fue ahí, el censo, no sé cuántos días antes, y el examen el 16. Él busca a un amigo que también rendía esa materia, que estaría más preparado, que es Enrique Sánchez, también un desaparecido de bioquímica, lo llama para que le dé una mano porque rendían fisiología, el titular de la cátedra era el profesor Francisco

<sup>10</sup> Chango es un modismo norteco que significa muchacho.

Barbieri, una eminencia reconocida a nivel mundial. El día antes, yo vivía en un departamento, Enrique va y le estaba explicando cosas y quedan, esa conversación la escuché yo, que le dice: “bueno, mañana nos encontramos en la esquina de la facultad”. Se va Enrique y yo lo acompaño a tomar el ómnibus 10 que se iba a la casa de mi abuela, de manera que él cuando va a rendir el día 16, él llegó a esa esquina y Enrique no estaba, no sé, pero estoy segura que fue así. Enrique no estaba porque lo habían llevado los militares.

**P:** ¿Y qué pasó?

**F:** Y, ahí pasa lo peor, lo más macabro, una de las cosas más terribles, a la siesta. Porque rendían a la tarde; suponte que el examen habría sido a las 4 o 5 de la tarde, como todos los amigos y compañeros de casa de Juan vivían ahí, uno de ellos, casualmente, *belicho*,<sup>11</sup> salían caminando por la vereda entre la casa y la Facultad, mira un auto estacionado casi frente a la Facultad, un Peugeot blanco, y lo ve a Enrique Sánchez que lo conocía porque frecuentaba la casa y lo saluda, y él [por Enrique] no contestaba, entonces se dice: “qué le pasa a este”, y ha pensado: “lo he saludado y a gatas<sup>12</sup> me ha mirado”. Por supuesto que con el tiempo nos enteramos que hicieron que Enrique lo entregue a Juan, desde qué hora y cuántas horas estuvo en ese auto no sé, de manera que Juan entró a la Facultad sin duda, sorprendido porque no lo vio a Enrique, yo pienso que ya la tenía rendida a esa materia. Y bueno, era la materia que se rendía escrita y en ese momento el titular de la cátedra no era el Dr. Barbieri, era la Dra. Brauckman, con quien tuve a posteriori algunas conversaciones. Uno de los ayudantes era de apellido Del Río, bioquímico, que yo no sé si vive acá, pero yo hablé con él. (...) Y bueno, el relato que te voy a hacer ahora es el contado por la Dra. Brauckman y por el muchacho Del Río. Era en el primer piso, estaban terminando casi de rendir cuando se acercan 3 o 4 personas, preguntaron si estaba rindiendo Juan Carreras, la Dra. dijo que los vio e inmediatamente pensó todo, y dijo sí, dice que ella, mientras, hablaba con los otros ayudantes, y empezaron a pensar: ¿cómo lo sacamos de acá? La pared es muy alta, no va a poder salir...

<sup>11</sup> *Belicho* es la forma en que llaman a los oriundos de Belén.

<sup>12</sup> “A gatas” es una expresión coloquial que indica apenas o con dificultad.

**P:** ¿Eso fue en la [calle] Chacabuco?

**F:** Sí, en la Chacabuco. “Si lo sacamos por la ventana de atrás de alguna forma lo van a ver”, dice que ella es como que ha perdido el conocimiento con respecto a todo lo que ha ocurrido entre ese instante que preguntan por él y el momento en que ella se entera; que fue abajo, que se lo llevan, eso fue terrible. Además dice que la inquietud de Juan desde el momento que siente que lo nombran hasta que entrega el examen era terrible, a tal punto que le va mal en el examen porque dice que... vos sabés que no lo he querido ver, en un momento no me acuerdo quién me lo quiso mostrar al examen, en la Facultad, dice que a partir del momento que él escucha que lo buscan ya son rayas las que él escribe, claro, él ya no escribe nada por el temor que él tenía. Eso también me contó un compañero que estaba a la par de él rindiendo, Nadim Neme, que tiene un negocio acá a la vuelta...

**P:** ¿Había mucha gente rindiendo?

**F:** Eran muchos los que estaban rindiendo, eran varios (...), Juan fue el último en entregar la hoja, claro, no la quería entregar porque no se quería ir, porque él sabía que lo estaban esperando. A Juan lo agarran en la puerta del aula de donde había rendido, bajan las escaleras y cuando iban en el hall saliendo, nadie sabe decir si eran 2 o 3, con camperas, que nadie sabe decir si llevaban armas o no, claro, porque además nadie los miraba puntualmente a ellos [a los secuestradores], pero se encontraron en el hall con el profesor Francisco Barbieri – murió con un Alzheimer terrible hará como 10 años–, Juan lo mira al profesor y le dice: “profesor haga algo para que no me lleven”. Por supuesto que este hombre no pudo hacer nada y él me contó después: “lo que le ha pasado a Carreras marca un antes y un después en mi vida, porque yo no podía hacer nada, no sabía qué hacer, yo he tenido pesadillas después de eso, he tenido grandes culpas porque creo que algo podría haber hecho. Pero bueno, no he hecho nada”, decía él. Bueno, lo sacan y lo suben al Peugeot ese y nunca más, cuando (...).<sup>13</sup>

<sup>13</sup> Entrevista a Felicidad Carreras (2008), militante de la organización de Familiares de Detenidos-Desaparecidos de Tucumán.

La desaparición de Juan se dio en un marco represivo mucho más amplio y que, como dije, abarcó a toda la comunidad universitaria. Lo emblemático de este caso es que muestra la perfecta planificación del esquema represivo organizado desde dentro y fuera de la UNT. Las informaciones que dentro de la propia Universidad elaboraban los dictadores por medio del SSV desde las autoridades mismas, quienes además revestían carácter militar y servían para la intervención directa de un operativo. Cuando los grupos de tareas buscaron a Juan Carreras en los meses previos a su secuestro, los represores sabían exactamente a quién buscaban, sus círculos de amistades, sus redes de militancia y socialización, entre otras cuestiones. Asimismo queda demostrado con el caso de los estudiantes del Cuerpo de Delegados de la Facultad de Bioquímica, Química y Farmacia, que las tareas de coordinación y ejecución de la represión fueron planificadas durante los años previos al último asalto del poder de los militares y que el blanco elegido no fue azaroso, fueron militantes o dirigentes estudiantiles involucrados en las luchas por la defensa de sus derechos, en concreto y para el caso que nos ocupa, la defensa irrestricta del Comedor. Por si no quedaban claros los objetivos de la dictadura no sólo se cerraron los canales de expresión de la militancia estudiantil sino que hicieron desaparecer a sus dirigentes para, finalmente, cumplir con el objetivo de “aniquilamiento de la subversión”.

## **5. Palabras finales**

Las evidencias del sistema represivo dictatorial de los años setenta se hicieron visibles con los descubrimientos materiales que poco a poco vieron la luz en Tucumán. Uno de los principales hallazgos fue sin dudas el llamado Pozo de Vargas, un profundo pozo de aguas descubierta en una antigua finca propiedad de la familia Vargas en la periferia de la ciudad capital y que fue utilizado durante la última dictadura militar como enterramiento común. En algunos casos se conoce de militantes arrojados allí incluso con vida. Uno de los restos

identificados fue el de Juan Carreras, restituido a su familia en 2016 en una ceremonia que “devolvió” a Juan a su Belén natal. La urna funeraria fue depositada en el nicho familiar en el cementerio de Belén. Desde entonces Felicidad pudo comenzar a elaborar el duelo. Lo más significativo es que si bien la negación del horror de los sesenta y setenta fue incluso política de Estado en Tucumán, las evidencias que salieron a la luz dieron por tierra a las visiones negacionistas del terrorismo de Estado. Junto a los restos de Juan Carreras, fueron ya identificados a la fecha 113 cuerpos arrojados al Pozo de Vargas y quedan unos 40 restos de perfiles distintos por identificar, todos miembros de distintas corrientes políticas y organizaciones combatives del periodo estudiado. Otros testimonios, como el de José Luna, narran sus experiencias en el exilio, otros ex militantes hablan de un exilio interior que los ha llevado a distintas experiencias de vida no menos traumáticas. En todo caso, lo que aún resta por indagar son las trayectorias de quienes, una vez finalizada la última dictadura militar, volvieron al activismo o bien se recluyeron de la vida pública. Las conexiones entre la lucha obrero-estudiantil durante el onganato tuvo su correlato represivo durante los años de la transición, incluso en el ascenso de fuerzas políticas que representaban aquel sistema represivo, como el bussismo reconvertido en democrático.

Si bien en los últimos años han aparecido distintas investigaciones que dieron cuenta de los nexos entre una dictadura y otra, y entre las luchas populares y sus consecuentes respuestas represivas estatales y paraestatales, aún quedan pendientes de pesquisar los vínculos, las continuidades y las rupturas entre las luchas en los procesos denominados *azos* y el genocidio que terminó con una generación de militantes y dirigentes obreros y estudiantiles.

## Bibliografía

- Anzorena, O. (1998). *Tiempo de Violencia y Utopía. Del golpe de Onganía al golpe de Videla*. Buenos Aires: Ediciones del pensamiento nacional.
- Balvé, B. C. y Balvé, B. S. (1989). *El '69. Huelga política de masas*. Buenos Aires: Contrapunto.
- Comisión de DD. HH. - UNT (1986). *Informe de la Comisión de Derechos Humanos de la Universidad Nacional de Tucumán*. San Miguel de Tucumán: Archivo Histórico - UNT.
- Crenzel, E. (1997). *El Tucumanazo*. San Miguel de Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán.
- De Riz, L. (2000). *Historia Argentina. Tomo 8: La política en suspenso, 1966-1976*. Buenos Aires: Paidós.
- Gordillo, M. (1996). *Córdoba en los '60; la experiencia del sindicalismo combativo*. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba.
- Hilb, C. y Lutzky, D. (1984). *La nueva izquierda argentina: 1960-1980*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- James, D. (2003). *Nueva Historia Argentina. Tomo 9: Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Kotler, R. (2005). El Tucumanazo, los Tucumanazos (1969-1972). *Memoria del VII Encuentro Nacional y I Congreso Internacional de Historia Oral*.
- Kotler, R. (2012). Villa Quinteros se rebela: el Tucumanazo del 69 y la lucha contra el cierre de los ingenios. *Revista Historia, Voces y Memoria* (Buenos Aires: Programa de Historia Oral - UBA), 1(4).
- Kotler, R. (2013). La alianza obrero estudiantil como respuesta a la dictadura de 1966 en la periferia argentina. El caso Tucumán. *Clio* (Brasil: UFPE), 31(2). Recuperado de <http://www.revista.ufpe.br/revistaclio/index.php/revista/article/view/360>.
- Kotler, R. (2018). *Huellas de la memoria en la resistencia antibussista. Historia del movimiento de Derechos Humanos en Tucumán, 1976-1999*. Buenos Aires: Imago Mundi.

Moreno, S. (1996). *La noche de los bastones largos, 30 años después*. Buenos Aires: Editorial La Página.

Murmis, M. y Waisman, C. (1969). Monoproducción agroindustrial, crisis y clase obrera: la industria azucarera tucumana. *Revista Latinoamericana de Sociología*, 5(2).

Nassif, S. (2012). *Tucumanazos. Una huella de luchas populares 1969-1972*. San Miguel de Tucumán: Edición Facultad de Filosofía y Letras - UNT.

O' Donnell, G. (1997). *Contrapuntos. Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización*. Buenos Aires: Paidós.

Pozzi, P. y Schneider, A. (2000). *Los setentistas. Izquierda y clase obrera: 1969-1976*. Buenos Aires: EUDEBA.

### **Archivos consultados**

Archivo Histórico de la Universidad Nacional de Tucumán (San Miguel de Tucumán, Argentina).

### **Fuentes periodísticas**

*Clarín* (Buenos Aires, Argentina).

*La Gaceta de Tucumán* (San Miguel de Tucumán, Argentina).

*La Nación* (Buenos Aires, Argentina).

*Primera Plana* (Buenos Aires, Argentina).

### **Entrevistas**

Carreras, F. (2008). Entrevista de R. I. Kotler a la militante de la organización de Familiares de Detenidos-Desaparecidos de Tucumán [grabada]. S.d.: archivo personal del autor.

Luna, J. (2013). Entrevista de R. I. Kotler al ex dirigente estudiantil del Comedor [grabada]. San Miguel de Tucumán: archivo personal del autor.

Moya, C. (2007). Entrevista de R. I. Kotler al ex militante del Partido Socialista de los Trabajadores (PST) [grabada]. Buenos Aires: archivo personal del autor.



Taires, M. (2007). Entrevista de R. I. Kotler al periodista y ex militante del Frente Antiimperialista por el Socialismo (FAS) [grabada]. Buenos Aires: archivo personal del autor.

Zamorano, C. (2007). Entrevista de R. I. Kotler al ex dirigente estudiantil, militante del Partido Comunista (PC) [grabada]. Buenos Aires: archivo personal del autor.

### **Filmografía**

Heluani, D. y Kotler, R. (2007). *El Tucumanazo*. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=AEPm5I3O7C4>.

Reynoso, R. (2013). *Tucumanazo, Poder popular*. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=SKj8pRU-U48>.



## Sobre los autores y las autoras

**Mónica Beatriz Gordillo** Doctora en Historia por la Universidad Nacional de Córdoba (UNC). Es investigadora principal del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) en el Instituto de Humanidades (IDH, CONICET-UNC); y profesora titular ordinaria de Historia Argentina II en la Escuela de Historia, FFYH, UNC. Se ha desempeñado como secretaria de Investigación, Ciencia y Técnica y vicedecana de la FFYH, UNC. Cuenta con numerosas publicaciones sobre temas de historia social, entre las que se destacan once libros y más de sesenta contribuciones en revistas académicas y capítulos de libros. Entre los primeros pueden señalarse *El movimiento obrero ferroviario desde el interior del país (1916-1922)*; *Córdoba en los '60, la experiencia del sindicalismo combativo*; *Córdoba rebelde: el cordobazo, el clasismo y los movimientos sociales*, en coautoría con J. Brennan; *Piquetes y cacerolas. El argentinazo de 2001*. Ha sido *Visiting Scholar* en el *David Rockefeller Center for Latin American Studies* (DRCLAS) de la Universidad de Harvard, Cambridge, Massachusetts, EE.UU. entre septiembre y diciembre de 2014; ha dirigido y dirige proyectos de investigación, investigadores y becarios de distintos organismos científicos.

**Cristina Viano** Doctora en Historia por la Universidad Nacional de Rosario (UNR). Es profesora titular de Problemática Histórica e Introducción a la Problemática Histórica en la Facultad de Humanidades

y Artes de la UNR. Desde 2015 es directora de la Escuela de Historia de la FHyA, UNR. Desde el año 2015 integra el Comité Académico de las Maestrías en Enseñanza de la Historia e Historia social Argentina y Latinoamericana (UNR). Ha publicado libros, numerosos artículos y capítulos de libros sobre temas de historia argentina reciente, historia regional, mujeres en movimientos sociales y problemas teóricos metodológicos inherentes al desarrollo de la historia oral y la memoria social. Actualmente ha co-coordinado *La Historia reciente en Argentina. Balances de una historiografía pionera en América Latina* (Imago Mundi, 2018). Dirige diversos proyectos y programas de investigación vinculados a temáticas sobre historia reciente y de mujeres acreditados y subsidiados por la UNR. Es directora del Anuario de la Escuela de Historia, FHyA, UNR y miembro del Comité Editor de diversas revistas especializadas como *Historia, voces y memoria*. Revista del Programa de Historia oral de la UBA y de la *Revista Archivos de Historia del Movimiento Obrero y de la Izquierda*.

**Emilio Crenzel** Doctor en Ciencias Sociales por la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Investigador principal del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Profesor adjunto a cargo de la cátedra La construcción social de la memoria colectiva perteneciente a la carrera de Sociología, FCS, UBA. Ha publicado diversos artículos, capítulos de libro y libros entre los que se destacan *La historia política del Nunca Más. La memoria de las desapariciones en la Argentina*; *Memorias enfrentadas: el voto a Bussi en Tucumán*; *El Tucumanazo 1969-1974 y Los desaparecidos en la Argentina. Memorias, representaciones e ideas (1983-2008)*. Ha dirigido y dirige proyectos de investigación, y a investigadores y becarios de distintos organismos científicos.

**Hernán Camarero** Doctor de la Universidad de Buenos Aires (área Historia). Investigador independiente del CONICET en el Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”, Facultad de Filosofía y Letras, UBA. Profesor regular asociado de Historia

Argentina III en la Facultad de Filosofía y Letras, UBA. Posee un centenar de publicaciones, entre libros, capítulos de libros y artículos en revistas especializadas del país y del exterior, en especial, acerca de la historia del movimiento obrero y de las izquierdas. Algunos de sus libros son: *Tiempos rojos. El impacto de la Revolución rusa en la Argentina* (Sudamericana, 2017); *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920-1935* (Siglo XXI, 2007) y, en coedición, *El movimiento obrero y las izquierdas en América Latina: experiencias de lucha, inserción y organización* (EE. UU.: The University of North Carolina Press, 2018), *Política y cultura en los sectores populares y de las izquierdas latinoamericanas en el siglo XX* (Santiago de Chile: Ariadna, 2016); *El Partido Socialista en Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo* (Prometeo, 2005) y *De la Revolución Libertadora al menemismo. Historia social y política argentina* (Imago Mundi, 2000). Director de la revista académica *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda* y del Centro de Estudios Históricos de los Trabajadores y las Izquierdas (CEHTI).

**Martín Mangiantini** Doctor en Historia por la Universidad de Buenos Aires, magister en Historia por la Universidad Torcuato Di Tella y profesor en Historia por el ISP Joaquín V. González. Autor de los libros *Itinerarios Militantes. Del Partido Revolucionario de los Trabajadores al Partido Socialista de los Trabajadores* (1965-1976) (Imago Mundi, 2018); *El trotskismo y el debate en torno a la lucha armada. Moreno, Santucho y la ruptura del PRT* (El Topo Blindado, 2014 y reeditado CEHUS, 2018) y *El movimiento obrero y las izquierdas en América Latina. Experiencias de lucha, inserción y organización* (en coautoría con Hernán Camarero) (A Contracorriente – North Carolina University, 2018) y de decenas de artículos sobre la militancia revolucionaria en la Argentina de los años sesenta y setenta. Forma parte del Comité Editor de la Revista *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda* y del Centro de Estudios Históricos de los Trabajadores y las Izquierdas (CEHTI). Es docente de la Universidad de Buenos Aires (UBA) y de diversas instituciones de formación docente y becario posdoctoral

del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) con sede en el Instituto de Historia Argentina y Americana “Emilio Ravignani”.

**Juan Sebastián Califa** Doctor en Ciencias Sociales, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires (UBA). Investigador adjunto del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) con asiento en el Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”, Facultad de Filosofía y Letras, UBA. Jefe de Trabajos Prácticos regular de la cátedra Historia Social Moderna y Contemporánea de la carrera de Sociología, FCS, UBA. Ha publicado diversos artículos, capítulos de libro y libros sobre dimensiones vinculadas al movimiento estudiantil en la segunda mitad del siglo XX entre los que se destacan: *Reforma y Revolución. La radicalización política del movimiento estudiantil de la UBA 1943-1966* (2014).

**Mariano Millán** Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires (UBA). Investigador adjunto de CONICET con asiento en el Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”, Facultad de Filosofía y Letras, UBA. Docente de Teorías del Conflicto Social y de Sociología de la Guerra, en la Carrera de Sociología de la UBA. Integrante de grupo de investigadores sobre el Movimiento Estudiantil desde 2006. Ha dictado cursos como profesor invitado en la Universidad Nacional de La Plata, la Universidad Nacional de Luján y la Universidad de la República (Montevideo). Cuenta con más de treinta publicaciones en revistas científicas y cinco compilaciones de libros sobre el movimiento estudiantil argentino y latinoamericano entre los que se pueden mencionar: *Universidad, política y movimiento estudiantil. Entre la “Revolución Libertadora” y la Democracia del ‘83* (2014).

**María Elena Barral** Doctora en Historia por la Universidad Pablo de Olavide-Sevilla, España. Investigadora independiente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET).

Profesora asociada ordinaria, Área Historia de América, sub área Historia colonial (siglos XVII y XVIII) de la Universidad Nacional de Luján. Sus líneas de investigación analizan distintos problemas de la historia colonial del Río de la Plata y del catolicismo en Argentina. Ha sido investigadora residente en el *Institut d'études avancées de Paris*; en el CEIFR- EHESS e investigadora invitada en la *Université Sorbonne Nouvelle Paris 3* y el *École des hautes Études en Sciences Sociales (Mondes Américains)*. Entre sus libros se encuentra *De sotanas por la pampa. Religión y sociedad en el Buenos Aires rural tardocolonial* (Buenos Aires: Prometeo, 2007); *Catolicismo y secularización, Argentina en la primera mitad del siglo XIX* (Buenos Aires: Biblos, 2012) del cual es compiladora junto a Valentina Ayrolo y a Roberto Di Stefano; *Historia, poder e instituciones: diálogos entre Brasil y Argentina* (Rosario: Prohistoria, 2015) del cual es coordinadora junto a Marco Antonio Silveira; *Guerra y gobierno local en el espacio rioplatense (1764-1820)* (Luján: Edunlu, 2016) que coordinó junto a Raúl Fradkin y *Curas con los pies en la tierra. Una historia de la Iglesia en la Argentina contada desde abajo* (Buenos Aires: Sudamericana, 2016). Coordinadora del Grupo de Estudios sobre Historia de la Iglesia (siglos XVIII y XIX), Religio, Instituto Ravignani, UBA e integrante del Consejo Directivo del Instituto Ravignani, UBA - CONICET.

**Esteban Pontoriero** Doctor en Historia por el Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de San Martín (IDAES-UNSAM). Es docente universitario en la cátedra de Introducción a la Problemática del Mundo Contemporáneo en la Universidad Nacional de Tres de Febrero (UNTREF). Fue becario doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas (CONICET) y actualmente es becario postdoctoral de CONICET con sede en el IDAES-UNSAM. Fue becario de investigación del *Deutscher Akademischer Austauschdienst (DAAD)* con sede en el *Global South Studies Center* de la Universidad de Colonia, Alemania. Estudia la represión política en la historia reciente argentina. En su tesis doctoral exploró la incorporación de la seguridad interna dentro del área

de la defensa nacional en sentido contrainsurgente en los ámbitos político-civil y militar en la Argentina durante el período 1955-1976. Participa en diversos proyectos y grupos de investigación radicados en UNTREF y en IDAES-UNSAM. Ha participado en jornadas, simposios, congresos y talleres como organizador, coordinador, comentarista y expositor. Ha publicado artículos académicos y capítulos de libro en la Argentina y en el exterior así como artículos de divulgación histórica y notas de opinión en diferentes diarios locales.

**Rubén Kotler** Doctor por la Universidad de Salamanca, España. Actualmente se desempeña como encargado del área de historia oral del Archivo Histórico de la Universidad Nacional de Tucumán y como auxiliar docente graduado en la cátedra de Teoría de la Comunicación I en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNT. Es cofundador de la Asociación de Historia Oral de la República Argentina siendo vocal desde 2004 hasta 2013 y es coadministrador de la Red Latinoamericana de Historia Oral. Autor de libros y capítulos en libros especializados en las temáticas relativas a la historia reciente de Tucumán con énfasis en la historia del movimiento de Derechos Humanos. Sus obras más destacadas son: *Huellas de la Memoria en la Resistencia Antibussista. Historia del movimiento de Derechos Humanos de Tucumán* (2018) y *En el País del sí me acuerdo. Los orígenes nacionales e internacionales del movimiento de derechos humanos argentino: de la dictadura a la transición* (2015). Asimismo, es autor de artículos en revistas científicas nacionales e internacionales especializadas. Co-guionista y responsable de la investigación histórica del documental *El Tucumanazo (sobre las revueltas obrero-estudiantiles de Tucumán)* y editor responsable de la revista *Testimonios* de la Asociación de Historia Oral de la República Argentina.







La protesta obrero-estudiantil del 29 y 30 de mayo de 1969 marcó un hito en la historia argentina. ¿Qué se abrió y qué se cerraba con aquel ciclo de protestas sociales? Las respuestas no son unívocas. Los motivos y los efectos que giran en torno de aquella rebelión popular son objeto de interpretaciones renovadas, de reconstrucciones historiográficas que las ponen en diálogo con otras revueltas y luchas sociales, que trazan comparaciones prospectivas, consolidando un campo de estudios sobre las diferentes expresiones de la conflictividad y radicalización social y política.

*1969. A cincuenta años. Repensando el ciclo de protestas* reúne un conjunto de trabajos de destacados investigadores e investigadoras que han interpretado los diferentes azos de la historia reciente argentina, reflexionando sobre sus alcances y significados. De Córdoba a Tucumán, pasando por Buenos Aires y Rosario, este libro traza una cartografía colectiva de aquellas rebeliones dotadas de un compromiso historiográfico que trasciende el gesto conmemorativo para desarrollar nuevas preguntas y enfoques, e incorporar nuevos sujetos y objetos de estudio al estudio de un tema clave en la historia de las luchas sociales en Argentina y Latinoamérica.